



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**En búsqueda de un “trabajo a la sombra”:
masculinidades rurales en el contexto
neoliberal. El caso de la vereda El Cerro,
Municipio de Sardinata, Norte de Santander**

María Elena Villamil Peñaranda

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia
2013

En búsqueda de un “trabajo a la sombra”: masculinidades rurales en el contexto neoliberal. El caso de la vereda El Cerro, Municipio de Sardinata, Norte de Santander

María Elena Villamil Peñaranda

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Estudios de Género

Director (a):

PhD., Mara Viveros Vigoya

Línea de Investigación:

Globalización, desigualdades sociales e identidades

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2013

*A Esperanza y Francisco,
Soltar la mano e inspirar, sus principios de amor.*

Agradecimientos

En primer lugar quisiera agradecer a Esperanza y Francisco, mamá y papá, por su apoyo, su enseñanza y su confianza desde siempre. Porque sin importar sus creencias y convicciones han apoyado a ésta, su hija, la niña, la joven, la antropóloga, la feminista. Una promesa de amor eterno en la que nos re-significamos cada día. Alejita, las hermanas no nacen se hacen, agradezco nuestra construcción de hermandad. Doña Dominga, don Teodoro, Angie y Daniela, por brindarme un espacio en su casa, rodeada de afecto y amistad, definitivamente, nada de esto estaría escrito sin ustedes. A cada una de las personas y familias de El Cerro que me abrieron sus puertas, me brindaron su compañía y su orientación, que depositaron su confianza en mí a través de cada uno de sus relatos.

A mis compañeras y docentes de la línea de Globalización, desigualdades sociales e identidades. A esas amigas de la maestría que han tenido conmigo gestos imborrables de amistad y solidaridad: Aleja y Albita, sin su aliento, sus conocimientos y su frescura, “MaE angustias” no habría sido la misma; Claudina, mi compañera de chat tesístico, de crisis y de cierres, por el honor de ser tu “doblemente colega”. Alanis, Susi [Lucinda] y María, nuestro paso juntas por estos caminos dejaron muchas huellas en mí. A mis amistades de otras historias y pasos: Pacho, mil gracias por tu apoyo; Alexa, por nuestra “compinchería”; Carolina, Diana María, Lina, Lina Tatiana, Adriana, Tatiana su amistad es un privilegio. Cecilia y Arturo, gracias por su cariño, su acogida y su solidaridad.

A mi directora de tesis, Mara Viveros, por confiar en este proyecto, por las incontables charlas, las orientaciones y el ánimo. Por su cuidadosa lectura, por entender mis tiempos y rupturas inyectándole tranquilidad y confianza a mis ganas de persistir en el proceso. Todo el afecto.

Resumen

El presente trabajo hace un análisis de las representaciones y prácticas asociadas a la construcción de identidades masculinas en la vereda El Cerro, municipio de Sardinata, Norte de Santander. A través de este ejercicio se identifican las diferencias generacionales de lo que significa “ser hombre” en este sector rural, tomando como punto de partida los relatos de vida de hombres y mujeres de dos generaciones de la vereda, así como la aproximación etnográfica al sector. De esta forma, se exploran distintas dimensiones de la vida cotidiana -la sexualidad, el trabajo, la paternidad y la conyugalidad-, analizando su incidencia en los procesos de construcción identitaria, y los efectos que los cambios socioeconómicos acaecidos en la región [y el país] han tenido sobre dichos ámbitos. En síntesis, se brindan algunos aportes teóricos e investigativos al análisis de las masculinidades en un escenario rural y su impacto en las relaciones de género, en el marco de la precarización general de las economías campesinas en el contexto neoliberal.

Palabras clave: Masculinidad, identidad, condiciones rurales, cambio social rural, relaciones de género.

Abstract

This research analyzes the practices and representations of male identities within the vereda El Cerro, in Sardinata, Norte de Santander. Through the work, generational differences on what being a men means in this rural sector are identified, via life stories of women and men of two generations of El Cerro, as well as through an ethnographic approximation to the community. Different dimensions of the daily life such as sexuality, work, paternity and conjugality are explored, analyzing their effects in the construction of male and female identities; it also explores the consequences that the socioeconomic changes of the region, and the country, have had on this dimensions. In synthesis, this study makes theoretical and research contributions to the analysis of masculinities in a rural setting and its impact on gender relations in the context of precarious peasant economies produced by neoliberalism.

Key words: Maculinity, identity, social rural change, rural conditions, gender relations.

Contenido

	Pág.
Resumen	VIII
Introducción	13
Ubicación, relacionamiento y legitimación en campo.....	15
Del proceder metodológico: una etnografía feminista analizando las representaciones sociales.....	22
Edad y contexto: definiendo algunos elementos generacionales.....	28
Capítulo 1. Teorías feministas y estudios de masculinidades: aportes a un contexto rural.....	35
1.1. “Los pobres machos”: estudios sobre hombres y masculinidades en el contexto latinoamericano.....	41
1.2. Contexto y ubicación de El Cerro	48
Capítulo 2. ¿Por qué no iba a ser yo capaz de mantener una mujer?: conyugalidad, paternidad y decisiones reproductivas	65
2.1. Entonces ahí fue que resolví casarme: elección de pareja e inicio de la vida conyugal.....	67
2.2. Es que uno no planeó eso: paternidad, decisiones reproductivas y anticoncepción	77
Capítulo 3. “Y él tampoco fue capaz de un varón en la mujer”: estatus masculino y división sexual/familiar del trabajo	87
3.1. Uno de hombre nace sin miedo... El inicio del trabajo familiar en la vida masculina.....	93
3.2. Las mujeres se van más rápido de la casa: representaciones en torno a los aportes económicos femeninos	103
3.3. “Es que las mujeres en el campo no sirven igual”: los proyectos de movilidad femenina	107
Capítulo 4. “Es que mi trabajo es a la sombra”. Vinculación laboral remunerada y proyectos de movilidad masculina	117
4.1. “Fe en la causa”: movilización armada y “abandono” de la “esclavitud” rural... ..	125
4.2. El Mercado de la violencia en Colombia: la construcción de subjetividades bélicas en el contexto neoliberal.....	132
Capítulo 5. Si yo hubiera sido hombre, habría sido muy malo”: sexualidad juvenil y relaciones intergenericas	141
5.1. “Mujeres burladas”: iniciación sexual masculina y orden de género.....	146

5.2. ‘¡Como está creciendo!, vea, ya le está saliendo bigote’: adolescencia, sexualidad y subjetividad masculina	152
5.3. ‘Ese muchacho no va a poder ni conseguir mujer’: homosociabilidad y estatus masculino	163
5.4. ‘No vaya a salir con una barriga’: anticoncepción, “embarazo juvenil”, y el “gobierno de la libertad”.	175
Conclusiones	181
Bibliografía	195
Anexos.....	201
Anexo 1. Mapa político-veredal municipio de Sardinata, Norte de Santander	202
Anexo 2. Detalle vereda El Cerro.....	204
Anexo 3. Fotografías.....	205

Introducción

Mi pregunta por los hombres y las masculinidades en un contexto rural inició con la construcción de mi proyecto de grado en antropología en el año 2008. Para aquella época, mi propósito central era indagar por los cambios en el ejercicio de la paternidad (sus representaciones y prácticas), en un sector rural de mi municipio de origen, Sardinata, Norte de Santander.

Varios eran los puntos de partida de esta investigación. Por una parte buscaba, desde un ejercicio etnográfico, aportar elementos a la difundida crítica al concepto de *nuevas paternidades*, noción a través de la que se destacan comportamientos y representaciones de un determinado sector social de hombres (blanco, urbano y de clase media), con unas pretensiones de universalización (Viveros, 2002). De esta forma, quería visibilizar cómo las reflexiones que parten de dicho concepto sobrestiman los cambios acaecidos en el ámbito familiar, y obvian la persistencia de muchas desigualdades sociales, desconociendo que el orden de género se produce y reproduce en su interacción otros sistemas de jerarquización y opresión. Partiendo de estas premisas, consideraba necesario realizar un trabajo investigativo desde los estudios feministas y de género en un contexto rural.

Por supuesto, estos intereses tienen una historia. Cuando empiezan mis inquietudes por el campo de los estudios feministas y de género, mientras cursaba un pregrado en antropología, me encuentro con múltiples investigaciones sobre identidades genéricas en Colombia y otros países de América latina (Viveros, 2002; Gutmann, 2000; Fuller, 2002; Puyana et. Al., 2003; Valdés y Olavarría, 1997). Todos estos trabajos hablaban del acelerado proceso de migración campo-ciudad como uno de los principales artífices de los cambios acaecidos en las relaciones de género (Colombia, México, Perú, Chile). Por supuesto no dudé por un solo instante de dicha afirmación, pero, ¿qué pasaba con el

ámbito rural?, ¿después del acelerado proceso de migración campo-ciudad los sectores rurales del país se quedaron vacíos?, ¿se “urbanizaron”?

Desde estos interrogantes empecé a definir mis intereses, ¿qué pasa entonces con las relaciones de género en los distintos contextos rurales colombianos? Partiendo de esta pregunta me encontré con las críticas que investigaciones como las de Gutmann (2000) y Viveros (2002) realizan al estereotipo del “machismo latinoamericano”, es decir, a la emergencia de las representaciones de hombres rurales, racializados y de sectores populares urbanos, como un contingente de seres violentos y resistentes al cambio. Valiéndome de esta propuesta, perfilé aún más la necesidad de contextualizar las dinámicas de género, los cambios y las resistencias a éstos, asociadas al ejercicio de la paternidad en un escenario rural.

Con mi interés por las paternidades llegué a la vereda El Cerro, municipio de Sardinata, Norte de Santander. Valga decir que cuando inicié mi proyecto de investigación, incluso antes de tener una pregunta consolidada, la única certeza con la que contaba era el deseo de desarrollar un trabajo investigativo en mi región de origen. Probablemente esta intención se derivara de mis propias preguntas en torno a los patrones familiares y de género en los que fui socializada. Por otro lado, pese a haber crecido en Sardinata, no tenía mayor conocimiento de las realidades del sector rural del municipio.

A través de las relaciones de amistad que algunos de mis familiares tenían con personas de la vereda me acerqué a una familia habitante del sector, gracias a la cual pude iniciar allí mi trabajo de campo. Es así como en julio de 2008 conozco a doña Dominga Pabón, quien me recibió en su casa, en la que me brindó su más sincera amistad y hospitalidad. No tendré cómo pagarles a doña Dominga y a su familia todo lo que hicieron por mí.

Tras una corta temporada de campo, afino mi proyecto de grado de antropología, e ingreso como opción de grado a la Maestría de Estudios de Género, en el primer semestre del año 2009. Con todas estas preguntas y puntos de partida inicio la maestría, donde amplió mi plan de investigación, esta vez buscando indagar por las diferencias generacionales en las representaciones y prácticas asociadas a la masculinidad, y su vínculo con las relaciones de género en el sector escogido.

Todo lo antes dicho constituye un esfuerzo por sintetizar mi recorrido teórico, político y metodológico a lo largo de esta búsqueda investigativa. No obstante, me gustaría detallar

un poco más algunos elementos sobre mi llegada al campo, la legitimación de mi trabajo allí, y los enfoques metodológicos de los que parte este trabajo.

Ubicación, relacionamiento y legitimación en campo

A partir de mi contacto inicial con doña Dominga Pabón realicé cinco visitas a la vereda entre julio de 2008 y enero de 2012, permaneciendo allí entre una y tres semanas cada viaje. Por razones ajenas a mi voluntad, y más bien determinadas por mis propias dinámicas profesionales y vitales (vinculaciones laborales, asistencia a las clases de la maestría), mis viajes empezaron a distanciarse uno de otro hasta por año y medio.

Al principio pensé estas distancias temporales como algo negativo, pero al momento de analizar la información, así como durante mis últimas visitas, saqué partido de esta situación. De esta forma, pude vivenciar muchos de los cambios que ocurrían a corto y mediano plazo en los grupos familiares con los que me relacionaba: hijos e hijas que crecían, migración, paternidad y maternidad en la generación más joven.

Busqué ser lo más honesta posible respecto a la justificación de mi presencia en la vereda y los objetivos de mi trabajo, de los cuales hablé con cada una de las personas con las que tuve la oportunidad de compartir durante mis estancias. Hablar de “masculinidades” podía no resultar tan claro para los entrevistados, por lo que expliqué mis objetivos aludiendo a los temas puntuales en los que se enfocarían mis preguntas cotidianas: las diferencias existentes en el trabajo, apariencia, formas de actuar y relacionarse de hombres y mujeres; los cambios respecto a estas diferencias en las dos generaciones, así como en el ejercicio de la paternidad y la maternidad.

En muchas ocasiones sentí que esto no siempre era claro para mis entrevistados, a quienes debía explicar una y otra vez los motivos de mi trabajo. Aún con mis explicaciones muchas personas simplemente continuaron afirmando que yo era una joven que estaba haciendo una tarea para la universidad, “tarea” que en varios casos sólo quedó clara tras la realización de las entrevistas.

Buena parte de mis preocupaciones sobre el abordaje del presente estudio radicaban en las dificultades de disposición y confianza de los hombres participantes del proceso. Debo aclarar que, aún desde estas inquietudes, buscaba cuestionar el supuesto de que las mujeres antropólogas resultan idóneas únicamente para indagar sobre sus “congéneres”, es decir, sobre las mujeres de otros contextos culturales; supuesto que había sido la base de muchos de los debates dados en los inicios de la “antropología de la mujer” en la academia estadounidense (Moore: 1991)

Como parte de dicho cuestionamiento, entran al escenario los estudios feministas sobre varones y masculinidades, a través de los cuáles se pretende subvertir un orden social en el cuál sólo las mujeres hemos estado marcadas por la diferencia, haciendo visible la marca de género de los hombres (Viveros 2002: 42). Este cuestionamiento no solo tuvo implicaciones a nivel teórico, sino que también influyó en la esfera metodológica, en la medida en que se evidenciaban algunos obstáculos y aperturas de los hombres participantes al ser indagados en distintas dimensiones de su vida por una mujer.

De la misma forma, mi relacionamiento con las mujeres de la vereda también estuvo mediado por diversas barreras y aperturas. Pese a mi ubicación en un orden de género y edad (mujer joven) desde la que podría hablarse de la existencia de lugares comunes entre nosotras, también existían marcadas diferencias socioeconómicas, de escolaridad, y de referentes culturales, que variaban según el grupo generacional con el que interactuara.

Debo aclarar que, aún desde los obstáculos mencionados, también existían muchos referentes comunes con quienes participaron de esta investigación, que en ocasiones facilitaron su desarrollo: ser oriunda del municipio, tener amistades en común, y poder entablar diálogos con mayor facilidad hablando de mi propia familia, o de familias y personas conocidas de la región. De hecho la mayor parte de las conversaciones que pude tener con algunos hombres mayores (respectivamente padres y/o abuelos de las dos generaciones analizadas), pudieron ser iniciadas al hablar de mis abuelos y abuelas, a quiénes ellos identificaban con mayor facilidad que a mí.

En este conjunto de referentes comunes debo decir que los elementos lingüísticos jugaron un papel fundamental. El hecho de tener conocimiento y manejo de buena parte del léxico local, así como de comunicarme desde las variantes lingüísticas locales del español (acento regional), facilitó en mucho el establecimiento de confianza al participar

de las conversaciones y dinámicas cotidianas, pasando de ser una extraña a ser la invitada de las familias con las que tuve más cercanía.

Volviendo a mi relación con los hombres entrevistados, debo decir que esta varió considerablemente entre los dos grupos generacionales, siendo influenciada en gran medida por la forma en la que fui presentada en el sector. A través de dicha entrada, de mi edad y del hecho de ser oriunda de Sardinata, buena parte de mi trabajo de campo fui tratada como una “niña-joven” que venía a realizar una “tarea” de la universidad. De esta forma, mi presencia osciló entre ser una mujer joven que estaba sola en la vereda (es decir, sin ningún “respaldo masculino”), y ser una mujer “conocida”, cuyo cuidado había sido “recomendado” por su familia.

Esta posición coincide en mucho con una situación referida por otras antropólogas feministas en relación a su lugar en el campo: la *sobresexualización* de la etnógrafa (Tena 2010). Dicho concepto, propuesto por Tena en su discusión en torno a la etnografía feminista, implica que “(...) *dadas las connotaciones del cuerpo sexuado, la mujer sola/soltera suele ser vista como peligrosa y no respetable, mientras que la casada, por el contrario, es respetable y confiable [más aún si se presenta en el campo con su pareja]* (Ibíd. 226)

Desde esta posición fui leída y tratada como “una niña juiciosa”, lugar que de manera inconsciente reforcé con algunas de mis actitudes, como la de no beber “más de la cuenta” durante las fiestas comunitarias en las que participé. *Si ve, nadie tiene nada que decir de esta niña, en navidad ella estuvo, la pasó bien, y nadie puede decir que la vio borracha o haciendo escándalos*, me dijo un día doña Marina, mientras les hablaba a sus hijas de cómo debían comportarse para “salir adelante”.

En otras ocasiones se resaltaba mi “buen comportamiento” a partir del hecho de vivir sola hace varios años, es decir, fuera de la casa de mi familia de origen, sin “haber salido embarazada”. *La mamá de esta niña no tiene que preocuparse, ella sabe que no le va a salir con una barriga ni nada*, dijo una vez doña Mariana refiriéndose a mí. En este tipo de conversaciones evaluadoras de mi conducta, generalmente promovidas por las mujeres de la primera generación, no pude evitar encontrar de nuevo afinidad con las reflexiones hechas por Tena (Ibíd.)

(...) Esa sobresexualización y esa sobreposición hacen de la etnógrafa un sujeto investigable por parte de las mujeres con quienes se relaciona, mismas que inquietan una y otra vez sobre la vida que lleva la investigadora (Tena 2010: 226).

Debo decir que a partir de la imagen de “niña-joven buena” y del vínculo de amistad que construí con algunas familias del Cerro, pude en buena parte acceder a las entrevistas con hombres de la primera generación, quienes eran persuadidos por sus esposas o parientes mujeres para participar. *Ayúdela gato, mire que quién sabe cuándo se tengan que ir lejos las hijas de uno y necesiten la ayuda de otro, hoy por ella, mañana serán las hijas de uno*, le dijo un día doña Luciana a don Ricardo, cuñado suyo, quien había incumplido por segunda vez una cita para ser entrevistado.

Aunque con este grupo generacional pudo tomar más tiempo el establecimiento de confianza, en algunos casos el evento de la entrevista facilitó acercamientos posteriores más fluidos, quizás porque allí me habían confiado muchos eventos de su vida personal. En otros casos, como el de don Miguel y don Ricardo, el momento de la entrevista se dio en mis últimas visitas, tras el establecimiento de una mayor cercanía, como el producto de un proceso de relacionamiento continuado con sus esposas, hijas y otras parientes.

Las conversaciones en torno a temas como la sexualidad, la anticoncepción y las emociones, fueron bastante restringidas con casi todos mis entrevistados, particularmente con los del primer grupo generacional. Uno de los hombres de esta generación me dijo expresamente antes de la entrevista que no hablaría sobre su sexualidad, señalándolo mientras le mostraba y explicaba algunas de las preguntas consignadas en la guía, tal como él me lo había pedido para poder evaluar su participación.

Sobre este último punto quisiera resaltar un elemento en común entre los eventos de entrevista con los hombres del primer grupo generacional, y aquellos mayores que éstos: su preocupación expresa por sus bajos niveles de escolaridad, que para ellos redundarían en “respuestas equivocadas” que serían evaluadas por mí, una mujer urbana “estudiada”. Uno de las pocas situaciones en que esto no se hizo expreso, me ayudó a corroborar esta idea: ese es el caso de un entrevistado con una amplia trayectoria en la organización comunitaria, quien durante todo su relato se ocupó de resaltar los procesos de capacitación de los que había participado, evaluando desde el

conocimiento allí adquirido las situaciones de “machismo” de otros sectores rurales “más apartados” que El Cerro¹.

Por su parte, debo decir que fueron más difíciles las situaciones de entrevista con los hombres de menor edad y solteros, pese a que con ellos existía, en apariencia, una menor distancia a nivel de escolaridad [todos habían culminado el bachillerato, e incluso uno de ellos se encontraba a la mitad de sus estudios de universitarios]. De esta forma, en mis entrevistas con hombres de este grupo generacional la principal dificultad radicó en otro elemento: el hecho de tener edades cercanas y, por ende, la posibilidad eventual de entrar en un plano de cortejo.

Este hecho se encuentra directamente relacionado con el fenómeno de la *sobre-sexualización* de la investigadora del que hablo párrafos atrás. De esta forma, era constantemente inscrita en las reglas de interacción entre hombres y mujeres jóvenes en la vereda. En este sentido, el lugar construido de la “joven seria” me ponía en una posición contradictoria: debía ser respetada, pero esta condición dependía de la evaluación permanente de mi conducta, para cuyo mantenimiento no podía “dar de que hablar”.

Por supuesto esta eventual posibilidad de cortejo no producía las mismas reacciones entre mis entrevistados: algunos eran bastante tímidos, esquivaban mi presencia, o se mostraban parcos en las entrevistas y las conversaciones cotidianas. En otros casos se indagaba por mi posible atracción hacia algún hombre del sector, buscando una explicación a mi interés de conversar con ellos.

En una ocasión uno de mis entrevistados de la segunda generación, cuando habíamos ganado más confianza y hablábamos camino a la casa donde me hospedaba, me preguntó si yo tenía novio y si no “estaba interesada” en algún joven de la vereda o de

¹ El Cerro, de acuerdo al Esquema de Ordenamiento Territorial del municipio, es considerado como una de las veredas del sector “Central”, es decir, más cercanas al casco urbano, pese a que no hay ningún caterreable que conduzca a ella. Esta idea de cercanía al casco urbano, se asocia a mayores posibilidades de visitar el pueblo con frecuencia y, por ende, estar “menos alejados” de los bienes y servicios que este pueda representar: ver televisión cuando aún no se había electrificado la vereda, o asistir a los sitios de diversión urbanos más concurridos (sobre todo en el caso de los hombres).

Sardinata *¿A usted le gusta alguien de por aquí?, dígame María ¿algún hermano mío, algún hombre de la vereda? (notas diario de campo, enero de 2011)*

Había conocido a este joven dos años antes de la entrevista, época en la que era bastante tímido conmigo. Intenté hablar con él en varias ocasiones durante mis visitas a la casa de su abuelo, pudiendo llegar a conversar únicamente sobre cosas puntuales de su trabajo, “*el campo es bonito... a mí me gusta, pero acá no hay modos de vivir*, me dijo en una ocasión. Al momento de la entrevista había cambiado su actitud hacia mí: se ofreció a llevarme por la vereda mostrándome sus actividades diarias, me habló de sus noviazgos y de su deseo de no vincularse “en serio” con una mujer, y de cómo se distanciaba cada vez más del “trabajo material” (en el que lo había conocido inicialmente).

Fue en éste caso, y el de otros hombres de su edad, que percibí una preocupación reiterada por mostrarme una imagen de sí mismos que evidenciara una masculinidad cabal (con capacidades de cortejo, éxitos en el mundo del trabajo, responsabilidad). En este mismo sentido, llamó también mi atención el comportamiento de otros jóvenes, quienes al estar solos se mostraban “tranquilos” y “respetuosos”, pero que cambiaban su actitud hacia mí cuando interactuaban junto a su grupo de pares.

¿Qué me va a preguntar en la entrevista?... pues yo le cuento, que yo quiero montar una peluquería [hace con su mano un ademán para referirse a “lo gay”, como “lo partido”] en serio que sí, ser peluquero [...] Yo no sé si le pueda ayudar con la entrevista porque yo me la paso muy ocupado; me diría en una ocasión uno de los jóvenes a los que me refiero. Este deseo constante de mostrarse desafiantes ante mis preguntas, buscando no ser interpelados por mí, hacía que en muchas no pudiera confiar del todo en la sinceridad de sus respuestas, disminuyendo mi comodidad en algunas entrevistas.

En uno de estas situaciones, el entrevistado reaccionó ante una pregunta asociada a su sexualidad devolviéndome, a manera de desafío, el interrogante planteado por mí: *M.E.: ¿Qué otras formas de sexualidad que no sean relaciones sexuales hay?, ¿o de placer? F.: No, casi no, de eso sí no sé nada, cuénteme usted una (entrevista Camilo Ojeda, 18 años)*. Otros de los jóvenes simplemente evadían el tema, o respondían con monosílabos después de que intentara relanzar la pregunta en varias ocasiones, tal como lo hacían los hombres del primer grupo generacional.

La dificultad para abordar este tipo de temas, o la resistencia abierta a éstos valiéndose de evasivas o de una actitud desafiante hacia la entrevistadora, ya han sido analizadas por otras investigaciones relacionadas. Para Viveros (Óp. Cit. 2002), este fenómeno no puede ser explicado bajo la premisa de que los hombres tienen mayor dificultad para expresar sus sentimientos y emociones, al ser esta una habilidad que ha sido socialmente más desarrollada en las mujeres.

De acuerdo con esta autora, no es que los hombres no expresen emociones, sino que, por el contrario, evidencian aquellas que reafirman su lugar de género: es necesario poner una distancia frente a estos ámbitos de su vida conmigo, puesto que *“(...) al hablar de sus implicaciones emocionales en dichos temas, se exponían al juicio personal de la entrevistadora y corrían el riesgo de ver afectada su imagen como varones frente a una mujer”* (Ibíd. 43)

También algunos chistes cotidianos me hablaban de esa posibilidad de cortejo con hombres de mi edad. De esta forma, mi “necesidad” de “poner novio” en la vereda, sería el tema de una tarde de conversación con algunas amigas de El Cerro, quienes bromeaban sobre mis escasas habilidades físicas para moverme en el sector. *María debería poner novio aquí pa’ cuando vuAna, pero que sea uno que tenga bestias pa’ que no briegue tanto [risas]*, me dijo al respecto Mónica, una mujer de mi edad.

Con todo lo anterior no pretendo afirmar que los hombres mayores estuvieran exentos de construir una imagen ideal de sí durante las entrevistas, tal como yo lo hacía en muchas de mis interacciones cotidianas. De esta forma, para los hombres de la primera generación no era necesario mostrarme sus capacidades de cortejo, pues yo era menor que ellos, amiga de sus esposas y casi equivalente en edad a sus hijas. En contraste, varios destacaban reiteradamente su papel como padres, buenos vecinos, exponentes de una vida de trabajo y honradez, y transmisores de los valores inculcados por sus antecesores.

Por su parte, el mayor volumen de la información que produje con las mujeres se dio en el marco de nuestras largas conversaciones informales, mientras acompañaba sus labores diarias. Con esto no quiero decir que las entrevistas no hayan constituido una buena fuente de información en este grupo, pero quisiera destacar que sólo llegue a éstas después de una larga relación con las entrevistadas. Así las cosas, la entrevista

constituía un espacio para ampliar cosas sobre las que ya habíamos conversado. Por supuesto esta confianza distaba de ser el producto de una “empatía natural” enraizada en nuestra “ubicación de género”.

Al ser “estudiada”, con frecuencia me solicitaban que ayudara en tareas escolares, diera algunas clases en la escuela, o asesorara en sus trabajos a los jóvenes que estudiaban los fines de semana en Sardinata. Este escenario implicaba que pasara mucho tiempo en las casas y que esta fuera una de mis formas de adquirir confianza allí, pudiendo acercarme a las mujeres de ambas generaciones y su cotidianidad.

Para ahondar en el contexto de relacionamiento hasta ahora expuesto, valdría la pena aclarar algunos de los puntos de partida metodológicos y epistemológicos de mi trabajo. A continuación quisiera hablar del abordaje conceptual que subyace a esta investigación, y de cómo se materializa en el proceso de producción y análisis de la información.

Del proceder metodológico: una etnografía feminista analizando las representaciones sociales

Como primera medida, decidí posicionar mi trabajo desde un enfoque cualitativo, es decir, desde aquellas formas de producción y análisis de información a partir de relatos, observaciones y descripciones, difícilmente traducibles en cifras. La decisión sobre dicho posicionamiento metodológico se relaciona con los objetivos de esta investigación: analizar las representaciones y prácticas asociadas a la construcción de masculinidades en distintas etapas del curso de vida, que se develan en los relatos de hombres y mujeres, así como en las conversaciones informales, y la observación participante de la cotidianidad familiar y veredal.

Cuando iniciaba la construcción de las primeras versiones de este proyecto, durante mis últimos semestres de antropología, el docente que acompañó mi proceso en esa época me señalaría uno de los elementos claves de este tipo de posicionamiento: los datos en el marco de una investigación no se “recogen”, se “producen”.

Aunque en mi formación en antropología no fueron escasas mis reflexiones en torno a las condiciones de producción de conocimiento en el marco de un ejercicio investigativo,

sería a través del feminismo que mis análisis en torno a este punto se potenciarían, pues tal como lo plantea Donna Haraway, *“Las versiones de un mundo ‘real’ no dependen”, por lo tanto, de una lógica de “descubrimiento”, sino de una relación social de “conversación” cargada de poder”* (Haraway 1991: 342)

Tomando este enfoque como punto de partida, las representaciones sociales se convierten en una de las categorías epistemológicas que más compaginan con este estudio: todos aquellos usos del lenguaje y de la práctica cotidiana, orientados a decir algo con sentido sobre, o a dar a otras personas una representación significativa del mundo. En palabras de Stuart Hall,

“Representación es la producción de sentido de los conceptos en nuestras mentes mediante el lenguaje. Es el vínculo entre los conceptos y el lenguaje el que nos capacita para referirnos sea al mundo ‘real’ de los objetos, gente o evento, o aun a los mundos imaginarios de los objetos, gente y eventos ficticios. (Hall 1997: 4)”

Haciendo uso de esta noción de representación, pongo en interacción los enfoques etnográfico y feminista (en el primer capítulo hablaré del feminismo en el que me sitúo), buscando profundizar en las implicaciones intersubjetivas de posicionarme desde un estudio cualitativo, a partir del cual, quien investiga *“(…) ocupa un lugar central no sólo en la producción de conocimientos sino además en la relación ética y política con los sujetos y con el problema estudiado”* (Viveros 2002: 27).

Las reflexiones en torno al lugar de quién investiga durante el proceso de investigación, han sido ampliamente debatidas al interior de distintas corrientes del feminismo. Es así como varias autoras buscan develar los lugares desde los que ha sido producido el conocimiento, comúnmente invisibilizados para afirmar la existencia de un punto cero de visión, neutro e imperturbable (Haraway, Óp. Cit.). Este “punto cero” no es otra cosa que la objetividad pensada como ausencia de un sujeto cognoscente movido por una trayectoria emocional, política y educativa, a partir de la que se implica en lo que produce. De esta forma, tal y como lo planteaba Haraway en su propuesta de conocimiento situado,

“Las feministas han apostado por un proyecto de ciencia del sucesor que ofrece una versión del mundo más adecuada, rica y mejor, con vistas a vivir bien en él y en relación crítica y reflexiva con nuestras prácticas de dominación y con las de otros y con las partes desiguales de privilegio y de opresión que configuran todas las posiciones. En las categorías filosóficas tradicionales, se trata quizás más de ética y de política que de epistemología” (Haraway 1991: 321)

A partir de dicho proyecto político, el trabajo de investigación feminista, pensado desde la antropología, requiere de un permanente ejercicio de reflexividad por parte de aquellas personas implicadas, poniendo de presente a las relaciones *“entre persona, cuerpo sexuado, sexualidad, relaciones de género, relaciones de poder, organización social, alteridad”*. Dichas relaciones sólo pueden ser explicadas cuando la cultura es asumida como *“(…) un ámbito de reproducción de las desigualdades sociales que requiere ser analizada, deconstruida y descrita en términos que develen los fundamentos de la dominación (Castañeda 2010: 223)”*

Desde este punto de partida encontré en muchos postulados y herramientas de la etnografía la estrategia fundamental para llevar a cabo mi trabajo. Para distintos autores, la etnografía tiene una triple acepción: método, escritura, y enfoque epistemológico. De su última característica creo haber hablado hasta ahora con mayor detalle, así que quisiera detenerme un poco más en las dos primeras acepciones, aclarando la forma en la que me situé en ellas.

No quisiera arriesgarme a consagrar este trabajo como una “etnografía”, pero si deseo resaltar que para su ejecución me he valido de algunas de sus herramientas metodológicas más frecuentes: la observación participante dada a partir de períodos de convivencia en el lugar de la investigación, el diario de campo como estrategia de registro y reflexión de dicha experiencia y las entrevistas semi-estructuradas.

El diario de campo se convirtió en un espacio para la reconstrucción diaria de todas aquellas conversaciones que consideraba relevantes para mis preguntas. Allí también registré de manera sistemática las descripciones de mis actividades cotidianas en la vereda, así como mis observaciones y valoraciones sobre distintos eventos, costumbres, rutinas y labores. Al mismo tiempo, adelanté un registro de mi proceso subjetivo en relación con la investigación: mi gusto o disgusto hacia algunas situaciones en campo, mi preferencia por la compañía de una u otra persona durante mi trabajo y mis sensaciones frente a las experiencias vividas allí.

Como herramienta, el diario abarca uno de los puntos centrales del posicionamiento epistemológico y metodológico de la etnografía: la descripción. Lo descriptivo no puede ser sinónimo de la narración plana, neutral y sin criterio alguno de selección o interés; por el contrario, describir es, en buena medida,

“(...) identificar, deconstruir y elaborar interpretaciones que, en la búsqueda de sentido, apelan a algunos de los procedimientos centrales de la epistemología y la metodología feminista: la visibilización, la desnaturalización y la historización. La descripción feminista es conceptual, reconstructiva, interrogadora de múltiples interconexiones implícitas que reflejan y reproducen órdenes de género” (Castañeda 2010: 232)

Aunque mis períodos de permanencia en El Cerro no pueden describirse como extensos, tal como usualmente se espera de un trabajo construido desde la etnografía, creería que la prolongación de mi trabajo de campo durante algunos años, a través de los cuáles realicé varias visitas, compensaría en algo esta situación. Esta estrategia resulta válida desde los objetivos y delimitaciones espaciales y temporales de mi trabajo, que en ninguna ocasión tiene el carácter “holista” de las etnografías clásicas, con las que se pretendía cubrir “a cabalidad” el entramado sociocultural del lugar investigado, en todos sus posibles componentes.

De esta forma, me propuse analizar elementos puntuales asociados a los procesos de construcción de identidades masculinas en la vereda, apoyándome en otras herramientas metodológicas compatibles con el abordaje etnográfico, que me ayudarían a ganar la profundidad deseada en este estudio. Podría decirse entonces que este trabajo se enmarca en algunas de las acepciones contemporáneas de la etnografía, que la definen como “la descripción densa de un observable”, tal como lo hace la antropóloga feminista Patricia Castañeda (2010: 221), retomando una de las propuestas centrales del antropólogo estadounidense Clifford Geertz. Para Geertz, la descripción densa hace referencia

(...) al proceso de identificación de estructuras significativas, expresadas a manera de categorías culturales, de estructuras conceptuales complejas que quien hace etnografía debe captar, explicar e interpretar. De esta manera no se limita a la recolección de información a través de métodos y técnicas particulares, sino a la posibilidad de establecer conexiones internas de lo observable que otorgan significación. (Geertz [1991] en Castañeda 2011: 221)

Desde este panorama, el relato de vida, enraizado en el enfoque biográfico, se convierte en otro de los abordajes metodológicos centrales para este trabajo. El relato de vida busca establecer una conexión entre la/el sujeto y lo social, explorando las formas en las que las y los sujetos narran sus vivencias, percepciones, relaciones y valores en relación con su curso de vida. Así, el enfoque biográfico pretende rastrear los procesos de construcción de subjetividad, en el marco de una interacción entre quien investiga y quien es investigado.

Para la construcción de estos relatos empleé la entrevista semi-estructurada. A partir de los objetivos iniciales de la investigación construí unos ejes temáticos en torno a mis intereses, con algunas preguntas orientadoras sobre éstos. De esta manera, buscaba dejar mis interrogantes lo menos restrictivos posibles, en aras de permitir que las personas entrevistadas me ayudaran a orientar sus relatos, de acuerdo a los cursos y dinámicas propias de sus vidas, así como a sus formas particulares de narrarlas.

Este proceder parte de la estrategia de “no directividad” propuesta por Guber (2001), para quien la entrevista en el marco de una investigación antropológica se soporta en tres procedimientos: la atención flotante; la asociación libre de la persona entrevistada; y la categorización diferida. Con atención flotante Guber se refiere a un “modo de escucha” en el que se dispone quien investiga, con el objetivo de captar todo aquello relacionado con sus preguntas de investigación, buscando cuestionarlas, replantearlas, o reorientarlas de manera permanente, para incorporar aquellas líneas de análisis que se produzcan en el marco de la interacción. En síntesis: la disposición permanente a la observación, entendida esta como una mirada intencional, curiosa y autocrítica.

Así, quien investiga lleva consigo algunas preguntas originadas en sus intereses analíticos más generales, pero las guías e interrogantes definidos resultan ser provisorios, en tanto que pueden ser dejados de lado o reformulados a lo largo de su trabajo

(...) Este procedimiento se diferencia del empleado en las encuestas y cuestionarios porque la libre asociación permite introducir temas y conceptos desde la perspectiva del informante más que desde la del investigador. Promover la libre asociación deriva en cierta asimetría "parlante" en la entrevista etnográfica, con verbalizaciones más prolongadas del informante, y mínimas o variables del investigador (Ibíd.)

De esta forma, la guía de entrevista fue re-elaborada a lo largo de mi proceso investigativo, modificando una parte de sus preguntas a la mitad del trabajo de campo. Una vez hechas algunas entrevistas, realicé una revisión de la guía a la luz de las observaciones consignadas en el diario, así como de los cambios en mis intereses suscitados por lo vivenciado. Como resultado de este proceso, cree un esbozo de categorías analíticas, así como un nuevo esquema orientador del proceso de entrevista, documentos estos que continuaron siendo modificados hasta el final del trabajo de campo, de acuerdo con las reflexiones e informaciones emergentes. Incluso buena parte de las categorías de análisis surgieron durante el proceso de transcripción y sistematización.

Partiendo de un abordaje etnográfico, el análisis de la información no se piensa como un proceso posterior al trabajo de campo sino como un elemento incorporado a éste, buena parte del cuál es ejercido de manera simultánea a la producción de datos, a través de estrategias como las descritas en el párrafo anterior. Buena parte de dichas estrategias encuentran asidero en los postulados de la teorización anclada, más difundida como teoría fundamentada.

Desde este último enfoque, la información proporcionada por las entrevistas, así como por el registro riguroso del diario de campo, fueron usados para “(...) *generar, comparar y confrontar hipótesis durante todo el proceso etnográfico*” (Núñez 2007: 89). Con la teorización anclada no se busca “(...) *verificar teorías existentes o hipótesis previas, sino descubrir regularidades y desarrollar conceptos e interpretaciones*” (Ibíd.).

A partir de este proceder, así como de las condiciones mismas del campo, muchas de las preguntas o miradas iniciales se fueron replanteando en el proceso. De esta forma, aunque la investigación había sido pensada como una comparación generacional de las representaciones y prácticas asociadas a la construcción de identidades masculinas, en el camino fue adquiriendo un mayor peso la pregunta por las representaciones que la distinción generacional. Varios fueron los móviles de esta decisión: la disponibilidad de entrevistados para cada generación, el carácter de la información producida, y mis propios intereses investigativos.

Esta disponibilidad depende en gran medida de las diferencias temporales y de relacionamiento en las entrevistas de cada generación: las entrevistas a hombres mayores, a quienes inicialmente consideraba como una primera generación (de 70 años en adelante) las realicé durante mis primeras visitas a campo, y ya para mis siguientes estancias fue difícil que más hombres de esta edad accedieran a ser entrevistados. De esta forma, me concentré en los dos grupos generacionales sobre los cuáles tengo una mayor proporción de información.

Por supuesto, un análisis de representaciones sociales no puede desconocer las marcas generacionales de su producción y reproducción. De esta forma, seguí teniendo de presente el componente generacional sin que este fuera el centro de la investigación. A lo largo de los capítulos se encontrarán algunos temas en los que se contrasten dos grupos, mientras que en otros se referenciarán tres, dependiendo del material de campo

disponible. No obstante, a continuación quisiera hablar un poco más sobre este abordaje y sus implicaciones conceptuales y metodológicas.

Edad y contexto: definiendo algunos elementos generacionales.

Inicialmente había previsto entrevistar a hombres (tres por cada grupo) y mujeres (una por cada grupo) de tres generaciones. El trabajo de campo transforma a distintos niveles nuestras propuestas iniciales y, por los motivos expuestos en el anterior apartado, decidí concentrarme en dos generaciones, en cada una de las cuáles tuve la posibilidad de entrevistar a cuatro hombres y dos mujeres. A lo largo del texto me referiré, en la mayoría de los casos, a la primera (G1) y la segunda generación (G2).

Del grupo generacional que antecede a los dos seleccionados únicamente entrevisté a tres hombres, que para fines prácticos serán referidos como “generación antecedente”². Las tablas que presento a continuación contienen la edad y la generación en la que enmarqué a cada una de las personas entrevistadas. Al inicio de cada entrevista hablé de la posibilidad de cambiar los nombres de quienes participaron del proceso; ante la acogida mayoritaria de mi propuesta, todos los nombres han sido cambiados.

Nombre	Edad	Generación
Arnulfo Palacios	68 años	Generación antecedente
Alcides Camargo	67 años	Generación antecedente
Juan Velásquez	64 años	Generación antecedente

² Sus relatos se analizarán junto con las imágenes y alusiones a las y los progenitores del primer grupo generacional.

Nombre	Edad	Generación
Norberto Peñaloza	51 años	Primer Grupo
Delio Vega	48 años	Primer Grupo
Miguel Clavijo	43 años	Primer grupo
Ricardo Clavijo	42 años	Primer Grupo
Ángel Olarte	45 años	Primer Grupo
Horacio Ojeda	33 años	Segundo Grupo
Pedro Ojeda	26 años	Segundo Grupo
Roberto Camacho	22 años	Segundo Grupo
Camilo Ojeda	18 años	Segundo Grupo
Alfonso Olarte	17 años	Segundo Grupo

Tabla 1. Entrevistados hombres según edad y grupo generacional

Nombre	Edad	Generación
Linda Ochoa	43 años	Primer Grupo
Delia Acosta	42 años	Primer Grupo
Viviana Pacheco	22 años	Segundo Grupo
Lilia Olarte	22 años	Segundo Grupo

Tabla 2. Entrevistadas mujeres según edad y grupo generacional

El concepto de generación no se refiere únicamente a la pertenencia a un determinado segmento etario, aunque en mucho coincide con éste. Tomé la noción de generación

como una línea divisoria de grupo, definida a partir de una serie de eventos históricos o socioeconómicos en los que dicho colectivo compartió una misma etapa de su curso vital, de acuerdo a su contexto cultural (niñez, adolescencia, juventud, vejez, por dar algunos ejemplos).

Para el sociólogo español Enrique Martín-Criado (2005), en cualquier estudio que apele al análisis generacional o etario, es necesario hacer una distinción entre el concepto de generación y el de clase de edad. Partiendo de las conceptualizaciones realizadas por Manheinn y Bourdieu, este autor señala que, para hablar de generaciones, no basta con la contemporaneidad cronológica, puesto que (...) *es necesario, además, que se den cambios en las condiciones de existencia que provoquen que los individuos sean generados de una manera distinta; esto es, que actúen y piensen de una manera diferente (Ibíd. 88)*. De no ocurrir una transformación en dichas condiciones de existencia, de acuerdo con Martín-Criado, difícilmente puede hablarse de un cambio generacional

Así, si en una zona rural los hijos de campesinos tienen una escolaridad más prolongada que los padres y, por cambios económicos, han de trasladarse a trabajar en la ciudad, podemos hablar de cambio generacional: los hijos pensarán y actuarán de manera muy distinta a la de los padres. Si nada hubiera cambiado, si los hijos crecieran en las mismas condiciones de existencia que sus padres, actuarían de adultos de la misma manera: se daría una simple sucesión de cohortes. (Ibídem.)

Por su parte, las “clases de edad” son divisiones basadas en una ubicación etaria socialmente definida: infancia, juventud, adultez. Estas divisiones actúan como performativos, es decir, suponen formas de pensamiento y comportamiento delimitados por el contexto social, a los que los sujetos tienden a adecuarse, de acuerdo con la categoría en la que se hallan incluidos (Ibíd.).

En concordancia con la propuesta de Martín-Criado, “(...) *Estas clases de edad varían históricamente, tanto en los comportamientos que se les atribuyen como en el tramo de edad biológica que cubren*” (Ibídem.). De esta forma, dichas *clases* son delimitadas de acuerdo con las dinámicas históricas y socioeconómicas particulares de cada sujeto o grupo. Así, por ejemplo,

“la duración de la juventud depende de las condiciones para la sucesión, del plazo que han de esperar los nuevos vástagos para acceder a una posición acorde con su origen social. Cuando las oportunidades económicas crecen, y cuando no se depende de la

herencia paterna para instalarse por su cuenta, la juventud se acorta; cuando el proceso se invierte, la juventud se prolonga. (Ibíd. 88- 89)

Teniendo en cuenta estas precisiones conceptuales, abordaré las representaciones analizadas desde la doble perspectiva de generación y clase de edad. De esta forma, buscaré identificar los hitos históricos y socioeconómicos generadores de rupturas o quiebres generacionales, así como las formas en que fueron experimentadas las “clases de edad” en cada generación. Con este abordaje pretendo evidenciar, por ejemplo, las particularidades contextuales de la aparición progresiva de “nuevas” edades sociales (como es el caso de la “adolescencia”).

Quisiera definir al primer grupo generacional a partir de su acceso a la información y/o uso de métodos anticonceptivos médicos, bien durante el inicio de su vida conyugal, o durante la primera infancia de su progenie (aunque uno de los entrevistados aún se encuentra soltero). Varias personas de esta primera generación accedieron a la anticoncepción médica a través de las promotoras veredales de salud, o durante el período de gestación y el parto, que salvo por un caso es siempre atendido en una institución médica. Las edades de estos entrevistados oscilan entre los 33 y los 51 años.

Por su parte, las personas entrevistadas del segundo grupo generacional oscilan entre los 17 y los 26 años. Una de las situaciones comunes a esta generación fue el acceso a la educación secundaria, a través de programas de educación flexible, cursada completa en todos los casos. De las personas que anteceden a este grupo, tan sólo tres (dos hombres y una mujer) cursaron algún grado de bachillerato, y tan sólo uno culminó este nivel escolar.

Estos casos excepcionales de continuidad educativa del primer grupo generacional, bien están asociados a un nivel de ingresos familiares superior al del contexto (de la mano con redes de apoyo familiar urbano), o tuvieron lugar durante la adultez. De esta forma, la educación se convierte en el elemento productor de un quiebre generacional.

Por supuesto estos no son los únicos elementos determinantes de la delimitación generacional realizada, pues muchos otros puntos fundamentales de este aspecto serán tratados con mayor detalle a lo largo del presente trabajo. Hechas estas aclaraciones, a continuación quisiera presentar una estructura general de los capítulos a desarrollar.

En el primer capítulo elaboraré un balance de la relación entre los estudios feministas y de masculinidades. Como resultado de dicho balance, aclararé los puntos de partida teóricos de este estudio, posicionándome desde algunos de los postulados de corrientes feministas poscoloniales y decoloniales. Una vez hechas estas precisiones teóricas, brindaré un contexto socioeconómico de la vereda El Cerro, analizando la continuidad de ciertos procesos de precarización de las economías campesinas desde una óptica de género, de acuerdo con los hallazgos de investigaciones anteriores sobre el tema en el país y la región [América Latina y del Caribe].

Aclarado entonces el contexto investigativo, iniciaré un recorrido por cada uno de los ámbitos de análisis propuestos en los objetivos de esta investigación: la familia, el ámbito laboral, las relaciones intergeneracionales y la sexualidad, los grupos de pares.

El segundo capítulo constituye el punto de partida del mencionado recorrido: ¿Por qué no iba a ser yo capaz de mantener una mujer?: conyugalidad, paternidad y decisiones reproductivas. Como se deja entrever en el título, el objetivo de este acápite es analizar los relatos y prácticas en torno a la conformación de un nuevo núcleo familiar. De esta forma, expondré las representaciones más frecuentes de hombres y mujeres en torno a la elección de pareja y al establecimiento de un vínculo conyugal, identificando las dinámicas de género relacionadas con este evento. En esta misma vía analizo los relatos en torno a la paternidad, identificando las diferencias y continuidades generacionales en este ámbito.

Ambos ejes temáticos tiene como telón de fondo a los procesos de transformación de la familia y la parentalidad en el país: la incidencia de las políticas de familia y población implementadas a lo largo del siglo XX sobre este contexto rural. Tratando de hacer una lectura del cambio desde la óptica de la “conciencia contradictoria”, categoría analítica que Gutmann retoma de Gramsci, hago un panorama de las apropiaciones y contradicciones relacionadas con el impacto diferencial que estas políticas han tenido en las poblaciones rurales. Cierro este acápite desde la dimensión de las decisiones reproductivas y la anticoncepción.

Siguiendo con el ámbito de la familia, el tercer capítulo está dedicado a los procesos de socialización familiar en torno al trabajo, y su relación con el estatus de hombres y mujeres al interior del grupo familiar. *“Y él tampoco fue capaz de un varón en la mujer”*: *estatus masculino y división sexual/familiar del trabajo*, es el título de este acápite, en el

que pretendo elaborar una cartografía de género del trabajo familiar en este contexto: las representaciones en torno la participación de hombres y mujeres en las labores agrícolas remuneradas y no remuneradas, los imaginarios en torno a los aportes económicos de unos y otras y su relación con la movilidad física y social según género.

El cuarto capítulo *“Es que mi trabajo es a la sombra”*. *Vinculación laboral remunerada y proyectos de movilidad masculina*, da continuidad a la cartografía planteada por el tercero. De esta forma, este acápite se concentra en el tránsito masculino del trabajo no remunerado familiar a las labores remuneradas. Uno de los elementos fundamentales de esta reflexión gira en torno a las rupturas generacionales en las trayectorias laborales/económicas, en su relación con un contexto de precarización general de las economías campesinas, desde un panorama neoliberal. Buena parte de estas reflexiones están orientadas a contextualizar uno de los elementos centrales de dicha ruptura generacional: la vinculación armada como proyecto laboral/vivencial de los jóvenes varones.

El quinto y último capítulo, *“Si yo hubiera sido hombre, habría sido muy malo”*: *sexualidad juvenil y relaciones intergeneracionales*, está dedicado al ámbito de la socialización juvenil de los varones: los grupos de pares, las relaciones erótico-afectivas, las vivencias y representaciones en torno a la sexualidad, y los mandatos de género que pueden leerse desde esta dimensión.

Capítulo 1. Teorías feministas y estudios de masculinidades: aportes a un contexto rural.

Un buen número de autores y autoras coinciden en situar el inicio de los estudios sobre varones y masculinidades en los años ochenta, referenciando algunos trabajos de la década del setenta (Tena 2010; Viveros 2010; Parrini 2007; Gutmann 2000). Al hacer un balance de estos estudios se identifican dos vertientes de su desarrollo: aquellos trabajos realizados por grupos de varones que buscan cuestionar una pérdida progresiva de poder, como efecto de los movimientos feministas sobre las identidades masculinas; y los análisis de aquellos grupos que toman como insumo muchas de las teorías y propuestas feministas, analizando desde allí los procesos de construcción de masculinidades (Gutmann, 2000; Tena 2010).

R.W. Connell reconoce estas dos corrientes como la de los movimientos de varones, y la de los estudios críticos sobre varones (grupos de varones). Para esta autora, la diferencia fundamental entre una y otra corriente radica en que la segunda reconoce la centralidad del poder en sus análisis (Tena 2010: 274).

Por su parte, los estudios enmarcados en la corriente de los movimientos de varones, reivindican una forma autónoma de estudiar la masculinidad, haciendo a un lado las propuestas feministas. Muchos de dichos movimientos, de acuerdo con Kimmel (citado por Viveros 2000: 53), nacen en Estados Unidos en los años 80s, como una forma de recuperar las virtudes masculinas y fortalecer a unos hombres frente a su sentimiento de despojo del poder. Gran parte de estos movimientos de reacción frente al feminismo fueron inspirados por la corriente mitopoética del libro *Iron John* de Bly (Ibíd.)

Una buena porción de los trabajos que podrían enmarcarse en los *estudios críticos sobre varones*, coinciden en resaltar la relevancia que las teorías y los estudios feministas han tenido en las reflexiones sobre este campo. Este es el caso de Rodrigo Parrini (2000), quien afirma que el paso de los estudios de la mujer a los estudios de género, que tuvo lugar en los años setenta en la academia feminista norteamericana, llevaba implícitas las bases de los estudios de masculinidad.

De esta forma, según Parrini, la impugnación de los esencialismos de todo tipo en la búsqueda de una comprensión compleja y contextual de los fenómenos de opresión de las mujeres, condujo a un interés por el análisis de los hombres y las masculinidades, como un componente central y decisivo de las relaciones genéricas.

Olivia Tena Guerrero (2010) señala que este giro en los debates feministas marcó considerablemente a los estudios de masculinidades, en tanto que disminuyó la influencia sobre este campo de los enfoques del rol sexual (teoría funcionalista) y la teoría de la familia nuclear como tipo ideal. Según esta autora, dichos enfoques funcionalistas tuvieron una gran incidencia en los trabajos sobre este tema en los años 80s. Esta influencia se hace notoria en aquellos estudios enmarcados en la línea de los movimientos de varones, soportados en una idea de complementariedad entre masculino y femenino, encaminada a la defensa de un *status quo* en las relaciones de género.

Por otra parte, Tena (Ibíd.) encuentra grandes cercanías conceptuales entre los estudios críticos de la masculinidad y las teorías feministas. Es así como la autora identifica una estrecha relación entre el concepto de *masculinidad adulta colectiva*, de Gayle Rubin³, y la categoría de *masculinidad hegemónica* acuñada por R.W. Connell años después, en 1987. Ambas categorías, según Tena, analizan la existencia de tipos dominantes en la base de las estructuras de opresión genérica.

No obstante, otras autoras señalan que, incluso antes de la introducción de la categoría género en el campo teórico del feminismo, ya se analizaba el sistema patriarcal desde la visión analítica del dominio masculino como una de las explicaciones centrales de la subordinación femenina en diferentes espacios.

³ Según Tena Guerrero (2010) esta categoría escasamente recuperada de los postulados de Gayle Rubin es ubicada por ésta en la base de la opresión de las mujeres

En esta línea, Mara Viveros (2010) analiza la relación histórica entre las teorías feministas y los estudios de masculinidades, remontándola décadas atrás del referenciado giro de la incorporación de la categoría género en los debates feministas. De esta manera, Viveros hace un rastreo histórico de las formas en que ha sido vista y teorizada la masculinidad desde las primeras corrientes del feminismo en la década del cincuenta.

Así, las primeras teóricas feministas, tomando como una de sus exponentes a Simone de Beauvoir, "(...) fueron fundamentalmente defensivas y buscaron cuestionar la apropiación masculina de la humanidad esencial" (Ibíd. 25). Por su parte, algunas exponentes del feminismo liberal en Estados Unidos en la década del sesenta lucharon por la garantía de igual acceso de hombres y mujeres a bienes y oportunidades sociales, buscando ser medidas bajo el mismo rasero. Para Viveros, tan sólo un segmento de las pensadoras de esta última corriente continuó con la crítica a la pretendida racionalidad de la masculinidad, buscando incorporar una perspectiva de género en las leyes, los medios de comunicación, el Estado y las profesiones.

Continuando con el recorrido, Viveros habla de las posturas feministas estadounidenses en el período comprendido entre mediados de los años setenta y mediados de los ochenta. Algunas de las corrientes feministas de esta época propendieron por la reevaluación de la feminidad. Uno de los trabajos más conocidos de esta línea es *In a Different Voice; Psychological Theory and Women's Development*, de Carol Gilligan, donde la autora argumenta que la escala de desarrollo moral, hasta ese momento considerada como derrotero de lo humano, había sido construida desde un modelo masculino, establecido como canon (Ibíd.). Otros de los enfoques de este período centraron su interés en la violencia masculina, señalando que la única forma de alcanzar la equidad de género era aboliendo o transformando radicalmente a los hombres y la masculinidad, este es el caso de la jurista estadounidense Catherine MacKinnon.

Frente a las posturas de esta corriente, Viveros señala que otras teóricas feministas se interesaron no sólo en la relación entre violencia sexual y masculinidad, sino también entre las conexiones de esta última con otros tipos de violencia, como la étnica y la nacional, manifestados en escenarios como la guerra. Es esta última una de las posturas de las teóricas del ecofeminismo. Otras feministas que contrastan con estos postulados,

como es el caso de la socióloga Nancy Chodorow, atribuyen la violencia masculina a los ciclos de humillación y dominación vividos por los hombres en su primera infancia.

Dado este primer panorama, la autora da paso a un análisis de las interconexiones entre las diferencias de género y otros ejes de jerarquización social. En este punto, Viveros rescata el gran aporte de los trabajos de las denominadas *feministas de color*, para pensar la masculinidad y el lugar social de los varones desde el feminismo.

Para Viveros, las feministas de la denominada corriente del *black feminism* han “buscado incesantemente comprender, en forma simultánea y equilibrada, las opresiones particulares vividas por las mujeres negras y las vicisitudes experimentadas por los hombres de sus propias comunidades” (Ibíd. 27). A estos postulados se suman las reflexiones propuestas por la crítica poscolonial, desde las feministas provenientes del Tercer Mundo⁴, como es el caso de la pensadora India Chandra Talpade Mohanty, quienes “(...) coinciden con el feminismo negro en su perspectiva analítica de la masculinidad como una construcción histórica y culturalmente específica” (Ibíd. 29).

Es entonces con las ideas que emergen desde el feminismo de movimientos de mujeres Negras, intelectuales del llamado *tercer mundo*, lesbianas y distintas posiciones y reflexiones interseccionales, que se intenta romper, desde la academia feminista, con una idea “unidimensional” de los sistemas de subordinación y discriminación. Así, tal y como lo afirmarían la feminista afroamericana Kimberly Crenshaw (2000), elementos como la clase, la raza, la etnia, la religión, el origen nacional y la orientación sexual, implican formas de vulnerabilidad específicas que actúan siempre interrelacionadas, creando sistemas de exclusión que funcionan como “heterarquías” (Quijano 2005), es decir, como algo más que una simple superposición de exclusiones.

A partir de estas reflexiones, muchas pensadoras del *Black Feminism*, por ejemplo, analizaron la manera en la que los hombres afroamericanos habían sido despojados de su masculinidad por la supremacía blanca. Así, de la misma forma en que a ellas les habían sido históricamente impuestas ubicaciones y labores no coincidentes con los mandatos de la femineidad blanca, los hombres de sus grupos habían sido contruidos desde estereotipos que les arrebataban su humanidad y, por ende, los apartaban del

modelo hegemónico de la masculinidad. Este es el caso del estereotipo de los hombres negros como seres de naturaleza violenta e hipersexualizada, que sostuvo el mito del violador negro, en contra del que también lucharon muchas representantes de esta corriente feminista.

Otra de las autoras que aporta grandes elementos a esta reflexión es la feminista argentina María Lugones. En su artículo *Colonialidad y Género (2008)*, Lugones analiza la forma en la que fue instaurado un sistema de género binario, jerárquico y excluyente, en la constitución de un capitalismo global eurocentrado, que tuvo entre sus principales logros la creación de la categoría “mujeres”, mediante la que se definía a un grupo social homogeneizado como subordinado, a partir de una determinación “anatómica” de la diferencia. De esta forma, Lugones cuestiona los análisis de la colonialidad desarrollados por Aníbal Quijano, proponiendo una revisión de la categoría de *Sistema Moderno Colonial* acuñada por éste.

Retomando las reflexiones de pensadoras feministas como la nigeriana Oyéronké Oyewùmi y la estadounidense Paula Gunn Allen, Lugones pone en evidencia lo que R.W. Connell ha denominado el “dividendo patriarcal”. De esta manera, la autora no sólo analiza la forma en que las “mujeres” colonizadas fueron desprovistas de poder al interior de sus comunidades, sino también, y al mismo tiempo, cómo los “hombres” fueron insertados subordinadamente en una jerarquía de las masculinidades, en el marco de un proceso simultáneo de inferiorización racial y subordinación de género (p.88), que estableció unos vínculos de complicidad entre ellos y sus colonizadores:

“Como Oyewùmi, Allen está interesada en la colaboración entre hombres indígenas y hombres blancos para debilitar el poder de las mujeres (...) El colonizador blanco construyó una fuerza interna en las tribus cooptando a los hombres colonizados a ocupar roles patriarcales.⁵ Allen detalla las transformaciones de las ginecracias Cherokee e Iroqués y del rol de los hombres indios en el pasaje hacia el patriarcado. Los británicos llevaron hombres indígenas a Inglaterra y los educaron a la manera británica. Estos hombres terminaron participando en el acta de desalojo” (Lugones 2008: 88)

Es desde esta mirada más detallada del *sistema moderno-colonial de género* brindada por Lugones, que se logran entrecruzar las formas en que los pueblos y sujetos colonizados se convierten en una fuerza laboral que es distinguida de los dominantes

⁵ Subrayado por mí

bajo un estereotipo de “violencia” y “estupidez”, a través de una jerarquía racial que ha adaptado estos estereotipos a sus necesidades político-económico-temporales (Connell: 2006). Si bien bajo el establecimiento de la dicotomía víctimas desposeídas/opresores concretos los colonizados entraron en la categoría “hombres” del binomio, su masculinidad nunca estaría al nivel de la de los grupos dominantes –siendo esto totalmente neutralizado, naturalizado-, de la misma forma en que

“(...) Solo las mujeres blancas han sido contadas como mujeres (...) las hembras racializadas como seres inferiores pasaron de ser concebidas como símiles de mujer en tantas versiones de “mujer” como fueron necesarias para los procesos del capitalismo eurocentrado global (...) el estatus de las mujeres no se extendió a las mujeres colonizadas aun cuando estas últimas fueron convertidas en símiles de mujeres burguesas” (Lugones, Óp. Cit. 94)

Es así como estos análisis feministas brindan nuevas estrategias teóricas situadas, contextualizadas y comprometidas, para abordar las relaciones intra e intergenéricas en distintos contextos socioculturales, desde una mirada interseccional. En conceptos como el de *Masculinidad Hegemónica* y *Sistema Moderno Colonial de Género* encuentro la posibilidad de analizar los sistemas de opresión y dominación al interior de un grupo sociocultural, pudiendo conectar las realidades que allí se expresan con fenómenos históricos globales, sin que esto implique la imposición de categorías y análisis que no obedecen a dichos contextos y hacen esquivar una lectura situada de las relaciones de poder.

La feminista poscolonial boliviana Silvia Rivera Cusicanqui reflexiona sobre esta necesidad teórica e investigativa:

“(...) el aparato conceptual mismo de la tradición feminista debe revisarse: su narrativa sobre el poder masculino y el lugar de varones y mujeres en espacios públicos y privados responde a un modelo socio-cultural que es ajeno a las sociedades no occidentales. No es que no haya discriminación por sexo-género, la hay en otros términos que quedan invisibilizados cuando se les imponen categorías comprensivas deudoras de estructuras socio-históricas y cognitivas diversas” (citada por Femenías, 2007: 220)

Sigo la invitación de autoras y autores que señalan la necesidad de que las investigaciones sobre hombres y masculinidades apunten al cuestionamiento de las prácticas de género configuradas en torno al modelo de masculinidad hegemónica, en tanto que éstas “...son sostenidas y sostienen el patriarcado como sistema social, y es justo en este reconocimiento donde teóricamente se aclara la coincidencia, tanto analítica como política, entre los estudios críticos de la condición masculina y los estudios críticos

feministas, ambos en la dirección de desmontar todo aquello que lo recicla” (Tena 2010: 286)

De esta forma, la masculinidad hegemónica actúa como una fuerza centrífuga que obstaculiza cambios definitorios en la condición masculina y en las relaciones de género, a pesar de los cambios colectivos e individuales obtenidos a partir de las luchas dadas desde el feminismo. Los hombres siguen construyendo sus identidades en función de la asimilación, resistencia o distanciamiento de dicho modelo, sin que este deje de operar como ejercicio de poder a través del dominio (Ibíd.)

Desde estos puntos de partida teóricos y analíticos quisiera entrar a hacer un balance de los estudios de hombres y masculinidades en América Latina, tratando de ubicar la presente investigación en los desarrollos teóricos y metodológicos que sobre el tema se han dado en este lado del continente y, puntualmente, en Colombia.

1.1. “Los pobres machos”: estudios sobre hombres y masculinidades en el contexto latinoamericano

Según Mara Viveros (2002), en contraste con la producción teórica norteamericana, los estudios latinoamericanos sobre hombres y masculinidades fueron iniciados en casi todos los países por mujeres provenientes del feminismo, y sólo más tarde por varones, con una fuerte influencia conceptual de la teoría y prácticas feministas. Es así como Rodrigo Parrini utiliza la metáfora de “la costilla de Eva”, para explicar cómo los estudios de masculinidades se desprendieron de muchas de las reflexiones e investigaciones feministas de este lado del continente (Tena Óp. Cit.).

Dado este punto de partida, Viveros identifica como una de las características comunes de los trabajos realizados en este campo por mujeres feministas en América Latina, la de haber abordado este tema en una perspectiva crítica de género, y no para intentar aliviar el malestar masculino con la búsqueda de la perpetuación de unos roles sociales obsoletos (Óp. Cit. 48)

Buena parte de los estudios de masculinidades que siguen el enfoque antes mencionado, han tenido como uno de sus análisis centrales el cuestionamiento al estereotipo del “machismo latinoamericano”. Dicho estereotipo se derivó, en gran parte, de los estudios pioneros sobre familia y género en distintos países del continente, que pusieron en los cuerpos de “hombres” de sectores populares, obreros y campesinos, descritos a través de la categoría “machismo”, la carga de un “sistema patriarcal” del que se convirtieron en exponentes homogeneizados (Viveros 2002).

Así mismo, estos trabajos ponen a la categoría género en constante interacción con otras categorías o sistemas de exclusión y jerarquización, bien sean estos geopolíticos, étnico-raciales, etarios o de clase, dejando de presente que las relaciones de poder, así como los privilegios masculinos, no se expresan de la misma forma para todos los hombres (Connell 2006; Viveros 2002 y 2008; Gutmann 2000).

En esta línea se encuentran los trabajos de Norma Fuller (2002) en Perú, Teresa Valdés y José Olavarría en Chile (1997), y Matthew Gutmann en México (2000), que hacen un análisis de la incidencia que tiene cada contexto económico, político, social y cultural particular, en los procesos de construcción de identidades masculinas de las regiones analizadas.

Dado el enfoque teórico y metodológico de esta investigación, como aproximación etnográfica, quisiera ahondar en los análisis propuestos por Matthew Gutmann en su libro *Ser un hombre de verdad en ciudad de México, ni macho ni mandilón* (2000), y en su artículo *Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos* (1994). En *Ser un hombre de verdad (...)*, Gutmann sintetiza su experiencia etnográfica en la colonia de Santo Domingo, en ciudad de México, desde una pregunta por las transformaciones acaecidas en el ámbito de la paternidad y, a través de ésta, en los procesos de construcción de identidades masculinas en un sector popular del distrito federal.

Una de las contribuciones centrales del trabajo de este autor es la crítica que hace a la visión de “los pobres machos” mexicanos. Así, Gutmann cuestiona la forma en la que ha sido construida una imagen homogeneizante del “hombre mexicano”, valiéndose de datos específicos de los estudios etnográficos de Oscar Lewis, que han sido empleados para validar generalizaciones nunca escritas por el mencionado antropólogo.

La crítica de Gutmann se soporta en el análisis realizado por Giddens sobre el rol de los científicos sociales en la reflexividad institucional de la modernidad. Para Gutmann, es importante que quienes investigan en este campo piensen en la influencia que tienen sus trabajos sobre la conciencia y las prácticas sociales. En el caso particular de la imagen del “pobre macho mexicano”, el autor trabaja en su cuestionamiento a través de varias estrategias, entre ellas, develar la apropiación y uso del término *machismo* en la colonia popular que alojó su estudio.

De esta manera, Gutmann analiza la interpretación que hacen las y los participantes de su investigación de los cambios acaecidos en el ámbito de las relaciones de género y, por ende, en las representaciones y prácticas asociadas a la construcción de identidades masculinas en la colonia de Santo Domingo, especialmente en el ejercicio de la paternidad, principal inquietud investigativa del autor. A través de dicho trabajo, el investigador busca evidenciar que no existe una única forma de “ser hombre mexicano”, dado que la masculinidad es un proceso cuya definición, nunca acabada, depende del entrecruzamiento de distintos factores de contexto.

La crítica planteada por Gutmann parte de una noción de identidad basada en el concepto de *Conciencia Contradictoria* de Gramsci, que quisiera emplear en este trabajo: un proceso de permanente negociación entre algunos elementos de la “tradición”, tomada esta como una serie de pautas culturales que son interrogadas y apropiadas de forma distinta por cada generación, e incluso al interior de un mismo grupo generacional, con unos elementos opuestos o transformadores presentes en las prácticas cotidianas. Este concepto permite ver la cultura no como un imperativo, sino como un marco que brinda ciertos elementos que pueden ser apropiados, preservados, transformados o reconfigurados por parte de las y los sujetos en forma constante (Gutmann, 2000).

En una línea teórica cercana se encuentran los trabajos del mexicano Rodrigo Parrini Rosas en espacios penitenciarios mexicanos. En su libro *Panópticos y laberintos. Subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres* (2008), que tiene como uno de sus escenarios el reclusorio Norte de ciudad de México, este autor analiza el orden social construido en los espacios de reclusión y su relación con el deseo, la identidad y la corporalidad. En síntesis, tomando entre sus principales referentes teóricos a Michel Foucault y Erving Goffman, Parrini analiza los procesos de subjetivación en un

espacio de reclusión, en oposición a los frecuentes análisis de los dispositivos de control de las instituciones carcelarias.

Podría decirse que buena parte de los análisis de Parrini en torno a la configuración de la masculinidad al interior de un penal, parten del concepto de masculinidad hegemónica de Connell, para cuyo uso el autor hace una cuidadosa revisión de la noción de hegemonía que éste toma de Gramsci, según lo planea en su artículo *Un espejo invertido. Los usos del poder en los estudios de masculinidad: Entre la dominación y la hegemonía* (2007).

Para Parrini, si bien el poder ha sido postulado como un elemento central en las investigaciones feministas sobre masculinidades, no ha habido una conceptualización consensuada en torno a esta categoría. Según el autor, hacer una revisión cuidadosa de los conceptos mediante los que se analiza el poder y su funcionamiento, resulta fundamental en tanto que estos incidirán en “(...) *la comprensión del estatuto de la masculinidad, la relevancia para las relaciones de género; el vínculo entre hombres y mujeres; así como las posibilidades de transformación a las que debemos atender*” (Ibíd. 96-97).

Según Parrini, han existido dos formas paradigmáticas de enunciar y analizar el vínculo entre poder y masculinidad: la dominación y la hegemonía. La hegemonía, para este autor, apunta a una especificidad histórica del estudio de la masculinidad, teniendo como principio el carácter contextual de cualquier relación social. Por su parte, el enfoque de la dominación plantea un dominio masculino transhistórico y universal, sin remitir a contextos sociohistóricos específicos sino, por el contrario, a elementos estructurales presentes en toda cultura y sociedad.

Soportado tanto en un análisis riguroso de los postulados de Gramsci, como en algunos de los planteamientos de Judith Butler, el autor cuestiona el enfoque de la dominación, dado que éste, al ser planteado como una totalidad sistémica, da una apariencia de inevitabilidad, mostrándose como imposible de subvertir. Si bien esto coincide con los postulados teóricos sobre la categoría de masculinidades hegemónicas desde los que me he situado párrafos atrás, Parrini indica que muchos de los estudios que han empleado esta categoría no necesariamente la han revisado a profundidad, y en ocasiones la han usado como un equivalente de otros conceptos interpretativos del poder (dominación, patriarcado, etc.).

Para este autor, quien retoma a Eagleton, el concepto de hegemonía debe ser empleado como *“inherentemente relacional, además de práctico y dinámico”* (Ibíd. 109), lo que le da una enorme capacidad de articulación con gran parte de las teorías feministas. Desde este punto de partida, Parrini construye análisis relacionales como el de la división sexual del trabajo al interior de un centro penitenciario de “hombres”, usando para esto los postulados de autoras como Joan Scott y Gayle Rubin, pues tal y como él lo indica

“Si la dominación es un punto de suturación la hegemonía lo es de desplazamiento. Podemos replicar la pregunta de Rubin y cuestionar: ¿qué es un hombre? Un macho de la especie, diremos. Siguiendo con la cita, podemos agregar que sólo se convierte en obrero, esposo, político, militar, intelectual o un padre amoroso (cabén todas las descripciones posibles) en determinadas relaciones” (Ibíd. 114).

No obstante estas perspectivas críticas, las investigaciones en torno a la construcción de masculinidades siguen concentradas, en su gran mayoría, en sectores medios y populares de zonas urbanas de distintos países, siendo aún pocos los trabajos que indagan por los cambios acaecidos en los procesos de construcción de identidades masculinas en sectores rurales. En este campo resulta crucial mencionar los trabajos de Ondina Fachel Leal (1997), Gabriela Rodríguez junto con Bruno de Keijzer (2003) y Guillermo Núñez Noriega (2007).

En su trabajo etnográfico sobre *Los Gauchos*, o trabajadores rurales de la ganadería extensiva en la región del extremo sur de Brasil y el norte de Uruguay, Ondina Fachel Leal hace un cuidadoso análisis de las articulaciones entre la identidad cultural-local (o nacional) gaucha y la identidad de género, así como las tensiones presentes entre estas identidades culturales y las transformaciones del contexto rural Brasileiro.

Por su parte, Núñez Noriega en su libro *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida* (2007), explora el proceso de construcción de masculinidades en el sector de Hermosillo, en la sierra mexicana de Sonora, desde un análisis del contexto en el que se desenvuelven las prácticas homoeróticas de algunos hombres que allí habitan, buscando romper con los esquemas hegemónicos desde los que ha sido narrada y percibida la experiencia homoerótica masculina.

Haciendo una revisión post-estructural del concepto, según él mismo lo afirma, Núñez se distancia de la noción de identidad, dado que para este autor resulta más útil hablar de un *proyecto ideológico de masculinidad* que orienta al sujeto: al estudiar masculinidades

no se tiene por objeto de estudio a un grupo de hombres naturalmente definidos por su biología, sino que más bien se estudia a “...un grupo de personas socializadas en diferentes y contradictorias semióticas de que participan en disputas cotidianas por significar la “hombría” y la “masculinidad”, o que disputan el carácter “varonil” de su subjetividad, de sus relaciones y de sus acciones” (Núñez 2007: 157).

Por su parte, Rodríguez y Keijzer, en su artículo *Jóvenes rurales, género y generación en un mundo cambiante* (2003), presentan los resultados de su investigación etnográfica sobre las transformaciones en las prácticas y representaciones de la sexualidad en el cortejo de una comunidad cañera del sur-oeste del estado de Puebla en México (zona de Izúcar de Matamoros), centrándose en las y los jóvenes de la comunidad, contrastados con las generaciones que les anteceden (madres/padres, abuelas/abuelos).

Para el caso colombiano no hallé en mi búsqueda bibliográfica investigaciones sobre masculinidades en contextos rurales o campesinos del país. De esta forma, las investigaciones realizadas en ámbitos rurales del país, desde el campo de los estudios feministas y de género, se han concentrado en el acceso de las mujeres rurales a la propiedad de la tierra (León y Deere 2000), así como en la participación de mujeres de sectores rurales en procesos organizativos campesinos (Díaz 1999)

Desde este panorama, se tiene un gran vacío en el ámbito de las investigaciones en torno a las identidades y las relaciones de género en sectores rurales, si bien los trabajos sobre masculinidades realizados en el país en la última década han analizado los cambios acaecidos en las relaciones de género y las dinámicas familiares, respecto a los contextos descritos por los estudios pioneros de estos temas en el país.

Es así como cualquier investigación sobre las identidades de género y/o la familia en distintas regiones de Colombia, construida desde la antropología, debe remitirse a los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda, quien a través de su trabajo “Familia y cultura en Colombia” (1968) rastreó los modelos familiares presentes al interior del país a través de cuatro grandes complejos culturales. Dicha división analítica de Colombia fue construida desde la premisa de que no se puede hablar de “familia” como un modelo único y permanente, dada la complejidad de estructuras y dinámicas que de esta se expresan.

Podría decirse que, hasta cierto punto, es con Virginia Gutiérrez que en la investigación colombiana se entrecruzaron los modelos familiares con factores de género, clase, condición socioeconómica y “estructura cultural” (Viveros, 2002), recreando así la gran diversidad existente en las formas familiares al interior de un mismo país.

No obstante, aún desde su perspectiva de complejos culturales desde la que muchas de sus lecturas siguen teniendo gran pertinencia hoy, analizar las dinámicas familiares y de género en distintas regiones del país requiere hacer una relectura de lo propuesto por Gutiérrez de Pineda. De esta forma, es necesario mover los análisis del poder y la dominación realizados por esta autora, otorgándoles un carácter relacional a la luz de los cambios que en las últimas décadas han tenido los procesos socioeconómicos por ella descritos.

Las más recientes investigaciones sobre familias e identidades de género en Colombia han intentado dar un vuelco a lo antes expresado, teniendo de presente los cambios acaecidos en las últimas décadas como parte del proceso de urbanización y “modernización” que ha sufrido el país, aunque concentradas principalmente en los sectores urbanos de éste. En esta vía encontramos los trabajos “De quebradores y cumplidores”, de Mara Viveros Vigoya (2002), y “Padres y Madres en cinco ciudades colombianas”, coordinado por Yolanda Puyana (2003), que intentaron dar nuevos panoramas regionales del país, mostrando la diversidad que tiene cabida al interior de las regiones en las que se desarrollaron sus investigaciones, desde una visión de las identidades de género como procesos en continua creación y recreación.

En el trabajo coordinado por Puyana (2003), se habla de la paternidad y la maternidad como construcciones socioculturales, analizando los cambios y permanencias que sus representaciones y prácticas han tenido en cinco ciudades de Colombia, como el producto de una dinámica histórica y cultural, después de más de dos décadas de la publicación del trabajo de Virginia Gutiérrez.

Por su parte, en “De quebradores y cumplidores”, Mara Viveros (2002) muestra los resultados de tres investigaciones en torno a la construcción de identidades masculinidades en las ciudades de Quibdó, Armenia y Bogotá, analizando los significados que hombres de contextos regionales diversos dan a elementos como la sexualidad, el trabajo, la corporalidad, la reproducción y la paternidad; o las formas en

que algunos varones que tomaron la vasectomía como método anticonceptivo representan su experiencia.

Entre los conceptos centrales del análisis de Viveros se encuentra una noción de identidad basada en los planteamientos de Manuel Castells. Para este autor, la identidad hace referencia a la manera en que la gente construye su vida con el fin de relatarla a otros o a sí misma, en un proceso de individualización y autorreflexión.

Dicha identidad, según Viveros, es construida en el transcurso de la socialización, es decir, del proceso biográfico de incorporación progresiva de formas de sentir, pensar y actuar de un grupo social. Desde esta definición, la masculinidad y la feminidad son proyectos que se significan y resignifican en la cotidianidad, en función de las relaciones establecidas con los otros, consigo mismo y con la sociedad.

Teniendo como punto de partida los postulados conceptuales hasta aquí expuestos, me gustaría precisar las estrategias metodológicas desde las que desarrollé la presente investigación. Mi llegada al campo, las formas en que presente mi pregunta, y las relaciones establecidas a lo largo del trabajo (amistad, distanciamiento, niveles de confianza), son algunos de los elementos sobre los que reflexionaré a continuación

1.2. Contexto y ubicación de El Cerro

La vereda El Cerro se ubica en el municipio de Sardinata, Norte de Santander. De acuerdo con el censo DANE 2005, Sardinata alberga una población de 19,185 habitantes, 54.33% de los cuáles habitan en sectores rurales (ver anexo 1, Mapa político de Sardinata). En este sector residen alrededor de 13 grupos familiares, cuyo número aproximado de integrantes oscilan entre 4 y 7 personas. Una parte del territorio rural de este municipio se inscribe en el cinturón caficultor del complejo Santandereano o Neohispánico, propuesto por Virginia Gutiérrez de Pineda

El cinturón caficultor de este complejo se localiza en Norte de Santander, en parte del hábitat de este complejo y el resto en el sector americano o andino. Ocupa este cinturón norte santandereano el sexto lugar en extensión, o sea el 6,3% sobre el total de la superficie cafetera colombiana, siendo también el primero en superficie dentro de los cultivos de este departamento (1968: 130)

A esta vereda caficultura, en la que la electrificación se instaló hace apenas una década, se llega por un camino real quebrado que dista tres horas a pie del casco urbano, o un poco menos a lomo de mula o caballo. Las bestias mulares o cabalares son empleadas para “sacar” el mercado cada domingo a la vereda, o para bajar ese mismo día las cargas de café, lulo o cualquier producto con el que se haya decidido probar suerte, en medio de una decepción generalizada frente a la economía del sector. Dicha decepción fue un tema de conversación recurrente durante mis últimas visitas a la vereda, mientras las fuertes lluvias no daban buenos augurios para la cosecha de café.

Es que con estas cuestras po' aquí lo único rentable era el café, uno bajaba en sus bestias la carguita y si había buen precio pues tenía su platica para el año. Bajaba, vendía el cafecito, pagaba las cuentas del año, y así le volvían a fiar hasta la siguiente cosecha. De esta forma, ningún otro producto ha resultado ser tan rentable para quienes residen en la vereda (...) allí a Norberto una vez se le ocurrió bajar chocheco, y bajaba las cargas todos los fines de semana, pero no siguió con eso porque la gente abajo molestaba mucho porque el chocheco llegaba maltratado, entonces no lo pagaba a nada, eso no le daban ni cinco mil por la carguita, y semejante esfuerzo y trabajo pa' eso, no aguanta.

Es así como se mantiene una economía de subsistencia, en la que se bajan al pueblo productos como queso artesanal o lulo, buscando con estos obtener lo necesario para el mercado semanal o quincenal. Este ingreso es complementado con el *jornal* de algunos integrantes de la familia, aunque cada vez son más escasas las ofertas de trabajo “al día” en el sector.

Siendo el café el cultivo que históricamente ha demandado la mayor parte de la mano de obra local, debido a que a su producción se asocian distintas actividades a lo largo del año (limpias o rozas, siembra, fumigación y recolección), su caída ha significado una considerable disminución en la oferta laboral de la vereda. En simultaneidad con el cultivo de café se siembran productos como el fríjol, la arveja (ambos en las partes más altas de la vereda), la caña y el plátano (chocheco).

La caña de azúcar ha sido un cultivo orientado en mayor proporción al autoconsumo. El corte y las molientes se realizan “a medias”⁶ con otras familias del sector, buscando obtener la panela *para el gasto* de quienes participan del proceso. Por su parte, el plátano o *chocheco*, también destinado al autoconsumo, es cultivado por cada familia en la *huerta*⁷ de su parcela. Durante mis estancias en El Cerro tan sólo supe de dos familias que no tenían huerta de *bastimento*: una porque no vivía en terreno propio, la otra porque no tenía ninguna labor agrícola en su propiedad (dedicada al engorde de algunas cabezas de ganado, usadas como “ahorro”), debido a que la mayor parte de sus ingresos provienen de su trabajo en el pueblo o en otros sectores rurales del municipio.

De esta forma, los ingresos obtenidos a través del trabajo agrícola en la propiedad familiar son cada vez menores, aunque los gastos familiares son inversamente proporcionales a esta realidad: progresivamente la educación de hijos e hijas se convierte en una prioridad que requiere de inversión económica, entre otras necesidades básicas que demandan mayores ingresos. Así mismo, el desinterés de las y los jóvenes por mantenerse en las labores agrícolas, con el nivel de esfuerzo de sus padres y abuelos, es cada vez mayor.

Esta situación se encuentra estrechamente ligada al panorama nacional del sector cafetero, con la disminución progresiva del precio del grano en el mercado mundial durante las últimas dos décadas, a cuyos efectos se suman las fuertes temporadas invernales que han azotado al país en los dos últimos años, ocasionando un descenso considerable en la producción nacional. Asimismo, esta panorama se intensifica actualmente con una de las acciones implementadas para solventarlo: la renovación masiva de cultivos promovida por la Federación Nacional de Cafeteros, con la consecuente improductividad de un buen porcentaje de los terrenos destinados a este producto durante al menos tres años.

Con la renovación de cultivos, la Federación Nacional de Cafeteros busca dar paso de la variedad Caturra a la variedad Castillo, genéticamente modificada para ser resistente a la

⁶ Es decir, la panela resultante del proceso se divide entre los propietarios del cultivo y quienes realicen la molienda, generalmente en iguales proporciones

⁷ De hecho, “la huerta” no es otra cosa que el lugar destinado al cultivo de plátano para el autoconsumo, siendo este uno de los principales componentes de la dieta en el sector. De esta forma, la actividad de recolección del plátano, llevada a cabo una o dos veces por semana, se denomina “huertear” (o “güertear”).

roya. De esta forma, ningún cultivo de una especie diferente a ésta recibirá en adelante asistencia técnica y económica gubernamental.

Si bien en El Cerro el proceso de renovación de cultivos también ha tenido lugar, las motivaciones de éste resultan ser un indicador del creciente desinterés frente al producto, más que coincidir con el objetivo propuesto por la Federación, que busca estimular la producción cafetera en las nuevas generaciones. Es así como los créditos condonables otorgados por la Federación de Cafeteros departamental, con un período de gracia de cinco años, han sido asumidos en su mayoría por hombres jóvenes, que pretenden emplear el dinero en propósitos distintos al de dar continuidad a la producción agrícola de la vereda y residir en el sector, a pesar de que están llevando a cabo la siembra de las plantas exigidas para el desembolso del dinero.

Este es el caso de Camilo y Roberto, dos de los jóvenes a los que tuve la oportunidad de entrevistar y con quienes sostuve varias conversaciones. Javier terminó sus estudios de bachillerato en Sardinata, a través del programa flexible *Transformemos*, y en la actualidad se dedica a negociar bestias mulares y cabalares en otros sectores rurales del municipio. Para este joven acceder al crédito de la Federación representa la oportunidad de tener capital para su negocio, y pagar una pequeña finca que adquirió en la vereda, que a futuro desea dejar a un medianero mientras él reside en el casco urbano. Por su parte Edward, quien también terminó el bachillerato, va a emplear el dinero del desembolso en los trámites necesarios para vincularse como patrullero de la Policía Nacional.

Frente a este panorama, buscar empleo fuera de la vereda resulta ser la opción más factible, vinculándose a labores que van desde la construcción, la limpieza de potreros en sectores ganaderos del municipio y el levantamiento de cercas (labores bastante ocasionales y mal remuneradas), hasta la minería de carbón. En el caso de las actividades asociadas al sector agropecuario, estas son pagadas al jornal o por contrato. El jornal es remunerado entre \$ 18.000 y \$ 25.000 día, mientras que el contrato depende de la actividad, sin superar los \$ 400.000 al mes.

Otra actividad económica que se da en el sector es el aserrío o extracción maderera. Si bien tan sólo uno de los hombres con los que tuve oportunidad de conversar se dedicaba a ésta, dicha labor es bastante apetecida por otros habitantes de la vereda, quienes no la

ejercen debido a que la adquisición de la motosierra, como inversión inicial requerida, excede en mucho sus posibilidades económicas.

En cuanto a emplearse en las minas de carbón del municipio, esta resulta ser una de las alternativas que genera mayores ingresos, aunque no una de las más tentadoras, dado el riesgo físico que implica este trabajo. De esta forma, entre febrero de 2007 y enero de 2011 ocurrieron tres eventos fatídicos asociados a la minería en Sardinata, en los que perdieron la vida cincuenta y nueve mineros⁸.

Aunque solo uno de mis entrevistados había estado vinculado a una mina, eran recurrentes las referencias de familiares, amigos, novios o parientes que han ejercido esta labor, algo frecuente entre la población de hombres de las zonas rurales del municipio o de los sectores más pobres del casco urbano, donde las alternativas de empleo también son bastante reducidas.

Ante este escenario, muchos hombres jóvenes encuentran en la vinculación militar una opción laboral, que brinda mayores garantías que las ofertas disponibles: salario fijo, estabilidad, posibilidades de ascenso, seguridad social para ellos y sus familias, acceso a pensión tras veinte años de servicio sin importar la edad (en caso de sobrevivir). Así, ser aceptado como soldado profesional se convierte en una meta para muchos de mis entrevistados más jóvenes, que en ocasiones intentan facilitar el proceso ingresando a través del servicio militar obligatorio, tras el que esperan quedarse de manera definitiva en la institución.

La opción de vinculación a las fuerzas armadas regulares del país adquiere matices particulares en la vereda, en donde otros actores armados no han estado presentes de manera permanente. De esta forma, además de la débil presencia estatal expresada en los carnets del régimen subsidiado de salud, los subsidios de Familias en Acción, y de programas ya finalizados como el de Familias Guardabosques, la mano del Estado se hace presente a través de la militarización de la zona.

Desde este panorama, la opción de vinculación al ejército se encuentra ligada, más que a la presencia de militares en la vereda, a los mensajes permanentes de la frecuencia

8

http://www.laopinion.com.co/noticias/index.php?option=com_content&task=view&id=366559&Itemid=92 Consultada el día 20 de mayo de 2011.

“Colombia Estéreo”⁹, emisora del ejército nacional, que interactúa con la figura y testimonios de familiares y amigos que ya se han vinculado a la institución. De esta forma, los relatos sobre aquellos hombres cercanos a quienes tan sólo se ve por cortos períodos de tiempo, con los que ocasionalmente se habla por celular, y sobre quienes no se sabe nada durante largas temporadas, se combinan con los programas y mensajes de Colombia Estéreo, en los que por lo menos cada hora se repite la consigna “fe en la causa”, su más reciente política institucional¹⁰.

Es en este panorama que dicha opción empieza a ser considerada como una alternativa para los jóvenes de la vereda, ¿por qué no arriesgar la vida para “salir adelante” teniendo “la patria” como excusa?, o teniendo a hermanos, amigos y allegados que lo hacen, cuyos retratos vestidos de camuflado y fusil al hombro reposan en las salas de sus casas. Después de todo no hay que olvidar que estos jóvenes integran la generación más impactada por la política de la seguridad democrática, de la cual se deriva la estrategia de comunicaciones sintetizada en *Fe en la causa*. Sobre este tema profundizaré en el tercer capítulo del presente trabajo. Por su parte, la vinculación a la Policía Nacional resulta ser una posibilidad también pensada, pero con mayores dificultades de acceso para estos jóvenes, dado el alto costo de los trámites requeridos para su postulación¹¹.

Hasta aquí he hablado de los trabajos realizados con mayor frecuencia por los hombres de la vereda. En cuanto a las oportunidades de empleo orientadas a las mujeres jóvenes, estas son aún más escasas que las de los hombres de su misma edad, pese a que la mayor parte de la población femenina de esta última generación ha culminado sus estudios de bachillerato.

De esta forma, entre las ocupaciones remuneradas que con mayor frecuencia les son ofrecidas a las mujeres de este contexto, puedo listar el trabajo doméstico¹² en el casco

⁹ Ver www.emisoraejercito.mil.co Consultada el día 16 de junio de 2012

¹⁰ Ver <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=268876> consultada el día 18 de junio de 2012

¹¹ Unos de mis entrevistados más jóvenes me dijo que podrían necesitarse entre cinco y ocho millones de pesos para presentarse como patrullero de la Policía Nacional, sin garantía de ser admitido.

¹² Aunque el “trabajo doméstico” pueda resultar una categoría bastante amplia, en esta agrupación labores como el cuidado de ancianos o infantes, que casi siempre es combinada con labores de

urbano del municipio, Cúcuta, o algún pueblo o ciudad Venezolana, o la atención de locales comerciales (cafeterías, ventas de comida y víveres) de estos mismos lugares. La remuneración de estas actividades casi siempre está por debajo del salario mínimo mensual, siendo a su vez inferior a la de los empleos dirigidos a los hombres del sector. La informalidad laboral, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, es la constante, salvo por uno de los habitantes de la vereda que ejecuta contratos de construcción con la Alcaldía Municipal, o por quienes han tomado las fuerzas militares como camino, dejando de residir en El Cerro.

Las jóvenes que permanecen en la vereda aún terminando sus estudios de primaria¹³ o bachillerato, o ya habiéndolos culminado, apoyan las labores domésticas de sus madres o hermanas mayores, y en muchas ocasiones participan de labores agropecuarias: limpias o rozas, recolección de grano, ordeño, preparación del queso. En ocasiones, dependiendo del nivel de ingreso familiar, muchas mujeres han trabajado también al jornal durante los períodos de cosecha de café, aunque según algunos de mis entrevistados, estas eran llamadas únicamente cuando “no se daba abasto” con la recolección.

Por su parte, muchas otras mujeres “no dan abasto” con el trabajo doméstico y agrícola familiar, de manera que difícilmente pueden, o en ocasiones no desean, emplearse al jornal para generar un ingreso propio. A su vez, la disminución de la producción cafetera ha aminorado aún más sus posibilidades de ser contratadas en la vereda. Por otra parte, les sería muy difícil desplazarse a otro sector rural solas a jornalear (no conocí ningún caso), ya que de por sí es bastante alto el control a su participación en el mercado laboral de El Cerro, dadas las restricciones de movilidad que les son impuestas por sus familias.

De los hombres y mujeres de la primera generación, es decir, los padres y madres de quienes he hablado en los párrafos anteriores, tan sólo tres de mis entrevistados habían

limpieza y preparación de alimentos a un grupo familiar, o la dedicación exclusiva a estas dos últimas actividades

¹³ La enseñanza primaria en la vereda es impartida en la Escuela Rural Santa Helena, a través del modelo *Escuela Nueva*. Este modelo de enseñanza, pensado para sectores rurales apartados, busca que un mismo docente dicte los contenidos de primero a quinto de primaria, atendiendo simultáneamente, y en una misma aula, a niños y niñas de todos los grados. La fortaleza de este modelo estaría dada por los materiales didácticos empleados; no obstante, los materiales empleados para la enseñanza en la vereda dependen más del / de la docente asignado, que de los lineamientos o dotación dada por los organismos competentes.

alcanzado algún grado de educación secundaria, uno de ellos culminando sus estudios. Cuando visité el Cerro por primera vez en junio de 2008, cada fin de semana las y los jóvenes bajaban al casco urbano para tomar sus clases de bachillerato flexible. Este grupo hacía parte de la primera generación de El Cerro que accedió colectivamente a la educación secundaria, junto con algunas personas de otras generaciones.

Antes de la llegada de los programas de bachillerato flexible Transformemos y SAT, muy pocas personas de este sector rural accedían a la educación secundaria con facilidad. De esta forma, asistir a una institución de educación secundaria formal era algo posible solo para integrantes de las familias con mayor capacidad económica de la vereda. En el caso de El Cerro, tan solo una de las familias con las que tuve contacto pudo enviar a sus hijas a estudiar bachillerato al casco urbano antes de que se tuvieran estas alternativas.

Otro de los jóvenes a los que entrevisté, que en la actualidad tiene veintiséis años, pudo continuar con sus estudios de bachillerato gracias al apoyo de la comunidad de Misioneros Eudistas, en el Seminario Mayor de Ocaña. Él, junto con otro hombre de la vereda de una generación anterior a la suya, quien también pudo culminar la secundaria, se desempeña como docente en otros sectores rurales del municipio.

No obstante, esta última alternativa de empleo resulta ser bastante restringida, debido a que la asignación de dichos cargos, otorgados bajo un contrato de prestación de servicios, requiere del apadrinamiento de algún político de turno. De esta forma, muchos docentes rurales esperan ser asignados de nuevo para esta labor cada inicio de año, aunque este empleo no cuente con ningún tipo de garantía laboral y no se tenga certeza alguna del nombramiento. El empleo como docente rural es visto por algunas personas de la vereda como la posibilidad de ingresar a la educación superior, o de continuar con procesos de formación que a futuro puedan representar una mayor estabilidad laboral.

Por el contrario, entre las expectativas cercanas de quienes pertenecen al primer grupo generacional no se encuentra la migración permanente hacia otros pueblos o ciudades, sino que, por el contrario, la mayor parte de mis entrevistados de esta generación desea permanecer en la vereda mientras que sus hijos e hijas se marchan, evento tras el que algunos esperan poder residir en el casco urbano. No obstante, varios de mis entrevistados hombres habían tenido que migrar temporalmente hacia otros municipios o

zonas rurales cercanas en algún momento de sus vidas, bien fuera para trabajar al jornal, vincularse a las minas de carbón, o realizar otras actividades no calificadas.

Estos entrevistados, por contraste, me hablaron de la escasa movilidad geográfica y laboral de sus padres, quienes en su gran mayoría se dedicaban a las labores agrícolas familiares, contando con sus hijos e hijas como mano de obra no remunerada. De la misma forma, muchos de los hijos de esta primera generación se distancian de sus padres en tanto que ellos desean migrar a otros sectores, en muy pocos casos rurales, alcanzar mayores grados de escolaridad que sus progenitores y acceder a labores calificadas.

Esta realidad migratoria temporal o permanente en la que se desenvuelven los dos grupos generacionales en los que se centra este trabajo, se inscribe en buena medida en varios de los fenómenos generales que afectan las economías campesinas a nivel mundial, expresados de manera creciente con la puesta en marcha de un sinnúmero de políticas neoliberales a partir de los años 80s (Lastarria-Cornhiel 2008).

Dichas políticas han tenido una fuerte incidencia en la creación de un escenario inviable para la economía campesina, a través del incremento de los cultivos de alto valor comercial en detrimento de los de bajo valor [en aras del fortalecimiento de la agricultura de exportación]; así como del aumento en la demanda de mano de obra estacional y temporal de la agricultura comercial, con la subsecuente proletarización de la población rural, entre otros fenómenos (Ibíd. 5).

Varias autoras han reflexionado en torno a dichos procesos haciendo uso de la categoría analítica de género, a través de la que buscan contextualizar las dinámicas económicas y políticas de las relaciones de género en distintos escenarios rurales del sur global. De esta forma, investigadoras como Magdalena León y Carmen Diana Deere (2000), han hablado del gran impacto de las políticas neoliberales en las relaciones de género de distintos contextos rurales de América Latina.

Desde sus análisis, elementos como el bajo porcentaje de tierras en propiedad de las mujeres hacen difícil la superación de las inequidades existentes. Para el caso de El Cerro, dicha tendencia se mantiene. De esta forma, sólo tres de las mujeres de la vereda con las que tuve la oportunidad de hablar aparecían registradas en los títulos de propiedad familiar o eran las titulares de algún predio.

Una de estas mujeres propietarias tiene una larga trayectoria de liderazgo comunitario en la vereda, y la finca que está a su nombre es la segunda adquisición de tierra de su grupo familiar, por lo que titulársela constituía una estrategia para obtener mayores beneficios familiares: al tener en su familia dos cédulas cafeteras, aumentan las posibilidades de acceder a créditos y subsidios gubernamentales. Otra de las mujeres señaladas asumió junto con sus hijos e hijas la co-propiedad de su finca tras el proceso de sucesión derivado del fallecimiento de su esposo.

Por su parte, una de las entrevistadas del segundo grupo generacional fue incluida dentro de la escritura del inmueble familiar, como un requerimiento impuesto por sus hermanos varones a su padre, buscando evitar que éste pueda vender la finca sin previo consentimiento de su familia, como ya había ocurrido en otra ocasión. La madre de la joven no aparece en la escritura puesto que no sabe leer ni escribir, motivo por el que sus hijos pensaron que le resultaría difícil participar de los trámites requeridos.

A su vez, estos pocos casos de titularidad femenina de la propiedad se inscriben en un panorama de tenencia de medianos propietarios, descrito décadas atrás por Virginia Gutiérrez de Pineda. Así lo explica Gutiérrez en su libro *Familia y Cultura en Colombia*, en el capítulo dedicado al *Complejo Santandereano o Neohispánico*, en el que puede incluirse el sector rural que aquí analizo:

En relación con el tamaño de la propiedad, a excepción de las llanuras magdalenenses y las del Catatumbo que se ubican fuera de este complejo, predomina como norma la mediana propiedad (...) la población se asienta en la zona montañosa con propiedades medianas (...) Con frecuencia hallamos una dispersión de la propiedad que configura una imagen falsa de la misma: una sola persona es propietaria de varios predios (Gutiérrez 1975: 143)

Para el caso del Cerro, excepto por una de las familias con las que tuve contacto¹⁴, todos los grupos familiares con los que compartí durante mis estancias ostentan la titularidad de sus fincas, que en ningún caso exceden las tres unidades agrícolas familiares¹⁵, es

¹⁴ Que para la finalización de mi trabajo de campo ya se había marchado a otra vereda.

¹⁵ En adelante UAF. La extensión de cada UAF para el sector de veredas aledañas al casco urbano de Sardinata fluctúa entre 33 y 44 hectáreas, en correspondencia con el Acuerdo 132 de 2008 del INCODER, para la adjudicación de baldíos productivos en Unidades Agrícolas Familiares. Dicha extensión es estimada de acuerdo al clima y condiciones productivas conocidas de cada zona. Acuerdo consultado en:

decir, se encuentran inscritas en la pequeña y mediana propiedad¹⁶. No obstante, al dar una mirada rápida en otros sectores rurales del mismo municipio, se empieza a vislumbrar la otra parte del horizonte de tenencia descrito por Gutiérrez: *el latifundismo encubierto* (Ibíd.)

Según Gutiérrez de Pineda, en los Santanderes, a diferencia de otros complejos socio-geográficos en los que predomina el latifundio expreso, los grandes propietarios ostentan la titularidad de un buen número de predios de mediana y pequeña envergadura. Este panorama, de acuerdo con la misma autora, se da como resultado colateral de la infructífera ley de tierras de 1936, que rozó tangencialmente los departamentos de este complejo.

De esta forma, aún después de esta ley, los sistemas de laboreo del suelo continuaron fijando en tierra ajena a un alto porcentaje de la población agrícola, que fue progresivamente liquidada por los grandes propietarios, los cuales buscaban evadir prestaciones sociales. Dichos propietarios dieron un giro hacia la ganadería como actividad productiva, en aras de disminuir la mano de obra requerida para el manejo de sus tierras (Ibíd. 138). Es así como Virginia Gutiérrez describe el surgimiento de una clase media de provincia que, a partir de las rentas de sus tierras y en detrimento de una población campesina desposeída o minifundista, se desplazó a ciudades mayores:

“El ganadero santandereano benefició sus tierras con el cambio: los pastizales protegieron los suelos de la erosión que la agricultura acentuaba en las épocas de rotura... con base en la técnica, el nuevo renglón económico dio impulso a la riqueza de los poseedores del suelo. En los pequeños municipios empezaron a florecer familias que en una década multiplicaron generosamente sus ingresos, agrandaron sus tendencias y se movieron a ciudades mayores” (Ibíd. 143).

Al margen de dicha concentración territorial persistía un grupo de pequeños y medianos propietarios campesinos que, para el caso del Cerro, configuraron una economía campesina de subsistencia, en la que se alternaban cultivos tradicionales de exportación

http://www.avancejuridico.com/actualidad/documentosoficiales/2008/47012/a_incoder_0132_2008.html el día 20 de junio de 2012.

¹⁶ Aunque un terreno de más de 44 HA podría considerarse como gran propiedad en otros sectores del país, para el caso de El Cerro, esta resulta ser una mediana propiedad, en tanto que en más del 50% de su superficie no se lleva a cabo ninguna actividad agropecuaria. Ya Virginia Gutiérrez había hablado de amplias franjas de tierra “improductiva” en los Santanderes, departamentos que por su escarpada geografía abarcaban un buen segmento de sectores rurales con características de tenencia de la tierra y de productividad semejantes a las de El Cerro.

como el café, con algunos productos o actividades orientadas al autoconsumo y la comercialización local (plátano, caña, frijol, arveja, frijol, ahuyama, ganadería de ordeño a pequeña escala).

Con el ya mencionado cambio en los cultivos de exportación, empujado por las políticas de corte neoliberal implementadas a partir de los años 80s, se da paso de productos de plantación como el café, la caña y el cacao, a cultivos temporales con uso intensivo de la mano de obra (flores, y algunas frutas y verduras). En el caso del Cerro, la caída en la producción del café con el desestimulo de la población cultivadora, como efecto de la baja en el precio y la demanda del producto en el mercado mundial, ha desplazado cada vez más la mano de obra hacia labores informales no calificadas de otros sectores rurales o centros urbanos¹⁷. Todo esto debido a que no resulta rentable probar suerte con productos agrícolas de comercialización local, que son pagados a muy bajos precios, y por los que no se recibe mayor asistencia técnica y económica.

Dichas actividades receptoras no relacionadas con la agricultura tradicional, están orientadas sobre todo a la mano de obra masculina: limpia y roza de potreros destinados a la ganadería, siembra y recolección de cultivos ilícitos (hoja de coca en el Catatumbo), minería de carbón. El hecho de que la población de hombres de la vereda se convierta progresivamente en mano de obra migratoria, altera considerablemente las dinámicas económicas del sector, al tiempo que interactúa con las dinámicas actuales de género, acelerando, desacelerando o transformando tendencias existentes.

De esta forma, la migración temporal de hombres, quienes buscan vincularse a actividades más rentables que la agricultura tradicional, hace que en muchos casos las mujeres queden solas en sus fincas con una mayor carga de trabajo: la alternancia de la agricultura orientada al autoconsumo con algunos cultivos comerciales y las pesadas labores domésticas de un contexto rural, que se piensan como exclusivas de ellas.

¹⁷ Dado que en el municipio no hay ningún cultivo comercial extendido, el desplazamiento de la mano de obra, para el caso de El Cerro, se da principalmente hacia actividades de carácter extractivo, como la minería de carbón, o hacia la ganadería extensiva (caracterizada por los pocos y precarios empleos que produce).

Cuando visité El Cerro por primera vez en el 2008, doña Luciana permanecía sola en su finca junto con sus dos hijas de 4 y 12 años. Su esposo, don Jesús, se encontraba para esa época trabajando en una mina de carbón de la vereda San Roque, cerca al casco urbano del municipio. Don Miguel años atrás había trabajado también como “raspachín”¹⁸ en La Gabarra, Norte de Santander. Mientras está en la vereda don Jesús se emplea al jornal en fincas de sectores rurales cercanos. De esta forma, eran constantes las quejas de doña Laura por su permanencia sola en la vereda, pues si bien el propósito de la migración era poder mantener un ingreso familiar “fijo”, asumir sola todas las labores de la propiedad duplicaba su trabajo usual, *Miguel con irse paga y yo aquí arriscando con todo*.

En una situación semejante vivían dos mujeres más con las que tuve la oportunidad de compartir. Este es el caso de doña Ana, cuyo esposo laboraba al jornal en otro sector rural del municipio, permaneciendo muy poco tiempo en la vereda, *mi papá desde que no están los muchachos no la pasa acá, él la pasa buscando trabajo en otras partes, incluso estuvo mucho tiempo en la Gabarra, él estaba pa´ allá cuando la masacre esa*¹⁹, me contaba Liliana, una de sus hijas menores.

Por su parte, doña Ana reside en su finca junto con una de sus hijas mayores y su hijo menor, mientras su esposo trabaja como maestro de construcción en otras veredas del municipio. Tanto los hijos varones mayores de doña Ana como los de doña Marina, migraron a otros municipios y departamentos en búsqueda de oportunidades laborales. De esta forma, todas las labores domésticas recaen sobre las madres e hijas jóvenes de estas familias, quienes también esperan poder desplazarse pronto hacia algún sector

¹⁸ Recolector de hoja de coca

¹⁹ En ese relato la entrevista hace referencia a la masacre paramilitar ocurrida en el corregimiento de La Gabarra (Tibú), Norte de Santander, el 21 de agosto de 1999. La Gabarra, puerto principal sobre el río Catatumbo, se ha caracterizado por ser una zona de producción cocalera, lo que la ha hecho ser una tierra en disputa por parte de distintos actores armados. Esta masacre hizo parte de la arremetida de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) en el Catatumbo, entre junio y agosto de 1999, buscando “(...) debilitar al comando central del ELN”, para “adueñarse de los negocios de narcotráfico en la zona” (Tomado del informe “El día que se dañó la tranquilidad: violencia sexual en las masacres de La Gabarra y el Alto Naya” (2011), de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento –Codhes-) <http://www.lasillavacia.com/historia-invitado/27069/danielparram/las-mujeres-sobrevivientes-del-alto-naya-y-la-gabarra> Consultada el día 1 de julio de 2012 <http://memoriaydignidad.org/memoriaydignidad/index.php/casos-emblematicos/141-masacres-1980-a-2010/648-masacre-de-la-gabarra> Consultada el día 1 de julio de 2012

urbano, con el objetivo de trabajar y dar continuidad a sus estudios. La situación descrita, relacionada con el descenso general de la agricultura “campesina”, ha sido analizada por muchas autoras a partir del concepto de *feminización de la agricultura*.

Esta categoría analítica se deriva de otras nociones surgidas en el contexto de implementación de las políticas neoliberales de los años 80s. Este es el caso del concepto de *feminización de la pobreza*, a través del que se afirma que los mayores índices de pobreza de los países “en desarrollo”, acrecentados por las reformas de “ajuste estructural”, recaen sobre las mujeres.

Propuestas como la de la feminista india Chandra Talpade Mohanty (2008), plantean sólidas críticas a esta última noción. Para esta autora, a través del uso de la categoría de *feminización de la pobreza*, enmarcado en los discursos del desarrollo (*Women in development; Gender in development*), las feministas blancas del “primer mundo” construyen una imagen homogeneizante de las mujeres del “tercer mundo”, mostrándolas como un grupo homogéneo de víctimas sempiternas de la violencia masculina.

Para Mohanty, este estereotipo se ve reflejado en la puesta en marcha de políticas descontextualizadas, que invisibilizan las diferencias entre mujeres, obviando sistemas de diferenciación y jerarquización como la raza, la clase, o la condición socioeconómica, entre otros. A través de dichas políticas se refuerza una imagen estereotipada de las mujeres del sur global como seres desprovistos de poder, sin ningún tipo de resistencia o cuestionamiento a sus situaciones de opresión.

En una vía cercana, otras autoras han expresado su preocupación por la manera en que “(...) esta fórmula puede encubrir el cambio generacional y otras diferencias, vincular la pobreza con las mujeres (y no con las relaciones de género), dar prioridad al ingreso por encima de otros aspectos de la privación, y provocar una orientación hacia la “víctima” del desarrollo desigual como catalizador de la transformación” (Chant, 2003: 34).

Por su parte, el concepto de *feminización de la agricultura* busca poner en discusión los efectos específicos del capitalismo neoliberal sobre la vida de las mujeres

rurales/campesinas, en términos de su impacto en las actividades económicas desarrolladas, la división sexual del trabajo y las opciones políticas y sociales (Montecino y Rebolledo 1996). De acuerdo con este postulado, los mecanismos de dicha feminización serían:

(...) por un lado, la agricultura comercial a pequeña escala que implica que los hombres cultiven productos para la venta y, las mujeres trabajen para mantener la familia, lo que conlleva a que las mujeres dediquen más tiempo al trabajo agrícola y que no tengan acceso al mercado (además, el estado favorece a los hombres en créditos, tecnología, etc.); por otro lado, la migración de la mano de obra masculina implica que las mujeres se encarguen totalmente de la subsistencia de la familia (Ibíd. 9).

No obstante, a este postulado le caben críticas semejantes que las atribuidas a la noción de feminización de la pobreza: en su empleo subyace la reiteración de la dicotomía producción comercial/ producción de subsistencia, que encuentra sus bases en la clásica oposición público/privado. A partir de dicha dicotomía, se legitima el estereotipo mujer =subsistencia / hombre=comercio, a través del que son invisibilizados los aportes económicos de las mujeres, desconociendo que cada contexto rural tienen unas dinámicas de género particulares, "(...) pues hay numerosos casos que demuestran que las mujeres asumen la producción y también el mercado local, que trabajan como asalariadas en los cultivos industriales, etc." (Ibídem.)

Tomando estas críticas como punto de partida, quisiera distanciarme de dicha categoría analítica. Para el caso de El Cerro, la participación laboral y económica de las mujeres ha estado lejos de ubicarse exclusivamente del lado de la "subsistencia". En este mismo sentido, no existe una clara línea divisoria de género entre las actividades dedicadas al autoconsumo y aquellas orientadas a la generación de productos comerciales.

Desde este panorama, muchas mujeres de distintas generaciones han participado de actividades de las que se obtienen recursos monetarios, sin que esto haya implicado que dejen de recaer sobre ellas aquellas tareas "reproductivas". Asimismo, el carácter exclusivamente "reproductivo" de ciertas labores debe ser puesto en cuestión, en tanto que en la producción de elementos de subsistencia se generan también excedentes o derivados comercializables a pequeña escala (huevos, queso, aves de corral, cerdos, hortalizas).

De esta forma, analizar las dinámicas de género en un contexto de precarización de las economías campesinas, visibilizando los impactos diferenciales que dicho escenario

plantea, va más allá de tachar un fenómeno como “feminizado”. Quisiera explorar tangencialmente la forma en que esa complejidad se expresa en las trayectorias de las personas entrevistadas, a partir de sus relatos en torno a su progresiva incorporación en una división sexual/familiar del trabajo.

A través de las diferencias generacionales en las mencionadas trayectorias, así como en las representaciones, expectativas y prácticas a éstas asociadas, será posible contextualizar dichos impactos diferenciales, así como su relación con los procesos de construcción identitaria y de reproducción de un orden desigual de género.

Capítulo 2. ¿Por qué no iba a ser yo capaz de mantener una mujer?: conyugalidad, paternidad y decisiones reproductivas

M.E.: ¿Qué cambiaría de ser hombre a ser mujer? M.C.: A ver, pues de hombre porque uno maneja las cosas como... o sea, en el hogar uno maneja las finanzas, todo lo que se consigue, en la responsabilidad de trabajo y todo, y de pronto la mujer a hacer de pronto pareja con otro hombre que de pronto lo venga a manejar a uno, porque el hombre es el que casi maneja esas partes, ¿sí?, y a compartir de pronto con una persona que todavía no la había escogido de mujer, el papel de mujer para mí es un papel duro, sí. En cambio uno no, uno como hombre escoge lo que a uno le gusta, en cambio la mujer tiene que esperar de que la busquen o que bueno, algo así no, tiene que esperar más tiempo, mientras que uno como de hombre no, toma más rápido las decisiones, o sea tiene esa libertad de tomar esas decisiones al tiempo que uno quiera (Entrevista a Ángel Olarte, 46 años)

Escoger, manejar, decidir, responder. Esperar, hacerse respetar, no dar de que hablar, colaborar. Entre uno y otro tipo de características fluctuaban los adjetivos otorgados a la masculinidad y la feminidad en El Cerro. Al observar con mayor detenimiento los términos expuestos, se hace visible el ámbito en el que encuentran gran parte de su fundamento: el espacio de la familia, pensada a partir de la pareja conyugal heterosexual, orientada a la [re]producción y socialización de nuevas generaciones, que serán progresivamente incorporadas en una división sexual y familiar del trabajo, inscrita en un orden desigual de género.

En este orden, la conformación de pareja se erige como una de las principales esferas de demostración pública de la masculinidad: no es suficiente dar evidencias “juveniles” de una capacidad de conquista permanente, asociada a la adquisición de experticia sexual,

pues es necesario brindar prueba visible de las habilidades asociadas a la generación de ingresos y proveeduría, inculcadas desde el inicio de los procesos de socialización laboral/económica masculina en la vereda. El estricto control de la sexualidad, movilidad, y materialidad de las mujeres, construidas desde un *monologismo*, es decir, desde las necesidades, prácticas e intereses de otros [hegemónicos] (Amuchástegui: 2003), se convierte en una condición *sine qua non* de este orden.

Por supuesto muchas prácticas y trayectorias distan de coincidir con este orden: hombres que no cumplen con su rol de proveedores, mujeres que por su posición socioeconómica están lejos de poder apartarse del “trabajo material”²⁰ (o no desean hacerlo), o aquellas que burlan este control sexual (hijos y relaciones extra-maritales, movilidad, abortos inducidos). No obstante, el orden trata de ejercer sus potencialidades magnéticas frente a lo abyecto, buscando traerlo de vuelta, cooptarlo, apropiárselo, ocultar sus capacidades de transformación, en un intento de dar credibilidad a la sentencia que reza “la excepción confirma la norma”. Desde este panorama, el orden de género opera como una ficción discursiva con grandes efectos materiales.

Sobre la [re]producción y efectos materiales de esta ficción en el entorno familiar quisiera ocuparme en el presente capítulo. De esta forma, analizaré los procesos de conformación de pareja, y las representaciones y prácticas asociadas a la relación conyugal y a la parentalidad [específicamente la paternidad], así como a las decisiones reproductivas asociadas a ésta, desde las diferencias identificadas entre una y otra generación.

²⁰ Este término fue usado con frecuencia por las personas entrevistadas para hacer una distinción entre el trabajo doméstico, otorgándole al trabajo material un conjunto de características entre las que se encuentra el mayor uso de la fuerza corporal y la exposición a factores del ambiente (largos desplazamientos, exposición permanente a las condiciones climáticas)

2.1. Entonces ahí fue que resolví casarme: elección de pareja e inicio de la vida conyugal

Pero mujer del alma, mi compañera de tanto tiempo, pueda ser que este año nuestra cosecha salga mejor/ te llevaré al pueblo para que cambies de situación/ te colmaré de amor, lo haré en cambio de tu sufrimiento (“La mujer conforme”, canción vallenata)

Para los hombres entrevistados de la primera generación, así como del grupo generacional antecedente, el establecimiento de un vínculo conyugal se presenta como el espacio de consolidación de una trayectoria de aprendizaje económico y laboral. De esta forma, se demostrarán las habilidades de proveeduría inculcadas y apropiadas a lo largo de un proceso de socialización de género a nivel familiar, laboral y veredal²¹.

Para don Norberto, de 51 años, el proyecto de conformación de pareja no era una opción deseable durante su juventud. No obstante, con el inicio de una vida laboral y monetaria adulta, expresada en la adquisición de su propiedad rural, el aumento de una producción agropecuaria propia y la separación espacial de su familia de origen (su padre fallece, su madre se va a vivir al pueblo y sus hermanos y hermanas se casan), el matrimonio se convierte en un escenario ideal de consolidación económica

M.E.: Usted no quería casarse, ¿entonces qué fue para casarse? N.P.: Pues ya... uno dice cuando está joven mita, que no se casa pero ya se llega el momento y mentiras, ya yo cansado ahí solo cocinando pa' ahí pa' obreros y con esa finca, entonces yo me puse a pensar, mantengo obreros por qué no mantiene uno la mujer, ¿sí?, entonces ahí fue que resolví casarme (Entrevista a Norberto Peñaloza, 51 años)

De esta forma, sus logros económicos sólo adquirirán respaldo y prestigio social en tanto que se vean reflejados en su capacidad para “mantener una mujer”, que se ocupará de suplir las labores domésticas derivadas de su creciente producción agropecuaria. Pero en la escogencia de una mujer que garantice dicho ideal jugará un papel fundamental la “trayectoria familiar” de ésta, que será medida en la reputación asociada a su conducta sexual: “haberse hecho respetar” y haber sido cuidadosamente vigilada por su familia en

²¹ En el caso de estas primeras generaciones la institución educativa no se presenta como un espacio significativo de socialización, debido a los pocos años de escolarización

este aspecto,

M.E.: ¿Y cómo eran los noviazgos en esa época?, ¿usted cuándo empieza a tener novias?, ¿novias serias? **N.P.:** Ah no, ahí sí miraba uno, porque ahí sí le decía la mamá a uno, que uno debía mirar una china que fuera de familia, entonces uno buscaba mucha china de familia, ¿sí?, posiblemente uno buscaba muchas chinas... no como a hoy que... uno no, con todo el respeto, uno buscaba una china y la respetaba, ¿sí?, y así que fue uno de esa manera fue buscando uno la mujer (entrevista a Norberto Peñaloza, 51 años)

La idea de elegir una “mujer de familia”, que a través de una estricta contención sexual haya dado muestra de su “respetabilidad”, coincide con el argumento de otros entrevistados, para quienes el inicio de la vida conyugal representa la posibilidad de limitar su despliegue como conquistadores, en aras de no arriesgar el orden moral/sexual local: dejar de “hacer maldades”. Al ver que su papá envejecía y que él ya era un hombre “maduro”, don Miguel contempló el matrimonio como una opción, a través de la que daría un alto en su “riesgoso” andar sexual juvenil, en el marco de una generación que durante su juventud no accedió a preservativos [“prevención de la enfermedad”] u otros anticonceptivos

[¿Y qué fue pa’ pensar en casarse?] Pues que uno vive solo y hablándolo así, a uno le hace falta la mujer siempre, entonces pa’ ponerse uno con maldad y esa vaina [risas] mejor se organiza uno pa tener una sola mujer, sí, ah y pa’ evitar uno las enfermedades también, sí, mejor uno, hay gente que no piensa eso, pero yo sí pensaba así, pues sí, [risas], porque imagínese tantas enfermedades que hay, a ir uno a los bares y eso, entonces mejor sí. Ahí a la presente a rastras pero ahí vamos (Entrevista a Miguel Clavijo, 43 años).

Sobre el matrimonio como evento de cierre del “andar juvenil” me habló también don Ángel, quien resaltó los obstáculos que dicho “andar” suponía para el establecimiento de una economía “adulta”, coincidiendo en este sentido con lo expuesto por don Norberto.

Bueno, de que yo vi que en la vida de soltero, por las mismas juntas que uno tenía, muchos amigos, no daba de pronto rendimiento el trabajo que uno trabajaba en la finca, [anota don Ángel, tras describir las fiestas de diciembre junto a sus amigos, con los que tenía un grupo musical] (...) y empezaba uno a gastar la plata, y ya por lo menos decidí casarme porque yo tenía, ya le dije anteriormente, trabajaba con el carro, de ahí en eso pues entraba plata, pero como entraba la gastaba, y había muchas oportunidades por ahí de las muchachas, uno empezaba a gastar mucho la plata... Sí, entonces me vi... tomé la decisión de organizarme mejor e irme pa’ una finca a trabajar (Entrevista a Ángel Olarte, 45 años).

A esta representación del matrimonio como espacio ideal para la consolidación de un proyecto económico de los varones, se une estrechamente el ideal masculino de proveeduría central o exclusiva. Así me lo hizo saber Lilia, entrevistada de 22 años, para

quien la diferencia fundamental entre hombres y mujeres radica en el mayor grado de “responsabilidad” que le corresponde a los primeros: solvencia económica, proveeduría suficiente, “modelo y ejemplo masculino”.

[¿Qué cambiaría de ser mujer a ser hombre?] El cambio total de ser hombre o ser mujer, de las responsabilidades para uno es igual, pero si ya de pronto tendría otras responsabilidades mayores [¿Más grandes?] Más grandes a la de uno de mujer (...) [¿Pero cómo en qué son más grandes las responsabilidades?] En por lo menos ya una obligación en caso de que por lo menos ellos se, uno como hombre, hablándolo así, tiene, en ciertas cosas tiene más responsabilidades, por qué, porque sólo el ser hombre [Implica más responsabilidades...] Sí, para mí (...) de pronto en el trabajo, unos trabajos más pesados y ya asumir más... con los hijos, pues eso para mí es una obligación de papás a hijos pues es igual, uno de mujer también debe tener la responsabilidad de cuidarlos y todo ese cuento, pero de la educación y la alimentación y todo ese cuento, tienen que ser más responsables los papás como padres y el ejemplo y todo... (Entrevista a Lilia Olarte)

Este modelo de proveeduría central o exclusiva de las primeras generaciones, presenta muchos rasgos de lo que Valdés identifica como el modelo de familia moderno-industrial, que se introdujo entre muchas de las poblaciones rurales de América Latina a lo largo del siglo XX. Con los procesos de modernización e intervención pública de la familia se da cabida a este modelo, en el que simultáneamente se refuerzan y limitan los ideales de autoridad y proveeduría masculina: se alimentan muchos de los ideales de división sexual del trabajo y estatus masculino, al tiempo que se empieza a desvanecer la imagen del *páter familias*, trasladando el poder y control sobre las mujeres y su descendencia hacia los especialistas médicos y las funcionarias de lo social (Valdés 2007: 380).

No obstante, el esquema de división sexual del trabajo que alimenta este modelo (proveedor-asalariado/cuidadora en el hogar) no deja de ser un ideal representacional, en tanto que dista de coincidir con muchas de las dinámicas reales de vinculación laboral de la población de El Cerro. De esta forma, la distinción entre trabajos “al sol” y “a la sombra” -constantemente aludida por las personas entrevistadas-, mediante la que se pretende establecer un contraste entre las actividades “remuneradas”/ “fuertes”/ “masculinas” y aquellas labores de nula o baja remuneración/ “domésticas”/ “femeninas”, pierde efecto práctico dependiendo de la posición socioeconómica de cada sujeto/a.

Así las cosas, las mujeres de este contexto difícilmente han podido coincidir con ese tipo ideal de permanecer “a la sombra” y dedicarse exclusivamente a las labores “reproductivas” y “de cuidado” familiar. Esta no coincidencia se deriva, bien de que en un

contexto rural este último tipo de labores se diferencian radicalmente de las tareas pensadas como “domésticas” en muchos escenarios urbanos²²; o bien, de que varias de las entrevistadas han tenido que vincularse al denominado “trabajo material” en distintos momentos de su trayectoria vital.

Aún desde esta “falta” de coincidencia fáctica, el mencionado ideal tiene fuertes efectos materiales y emocionales, en los que precisamente radican sus principales justificaciones y mecanismos de reproducción: la interiorización de las sanciones sociales a la movilidad de algunas mujeres que se han “ocupado” del “trabajo material”, la representación de sus aportes económicos como “secundarios” (y otras figuras derivadas de ésta), el control familiar y comunitario a la sexualidad de las jóvenes, y el escaso número de mujeres con titularidad de la tierra, entre otros elementos. De cada uno de estos puntos me ocuparé con mayor detenimiento en los siguientes apartados.

Sobre esta distancia en el cumplimiento de los mencionados ideales laborales y de género me hablan también los relatos de hombres y mujeres de la última generación, en un intento por diferenciarse de las trayectorias económicas y conyugales de sus familias de origen. Este es el caso de Camilo, un joven de 18 años, para quien la decisión de iniciar un vínculo conyugal dependerá de la consolidación de un patrimonio económico suficiente como para garantizar una vida urbana. A su vez, dicha vida urbana se presenta como el escenario propicio para el alcance de ese ideal de familia moderno-industrial del que habla Valdés (Óp. Cit.): hombre asalariado y proveedor central, mujer doméstica y dependiente “reina del hogar”.

A través de dicho modelo, Camilo pretende establecer una distancia con la trayectoria socioeconómica de su familia de origen. Esta distancia actuará como un marcador de movilidad social, destacando así su trabajo “a la sombra”, que perderá la connotación de “lugar femenino” para varios de los entrevistados de su generación. De esta forma, “la sombra” es asociada ahora a una vida urbana y de “menor desgaste corporal”, a la que se espera llegar tras la adquisición de un mayor capital escolar y/o económico.

²² Con esto no quiero desconocer que lo urbano está lejos de ser una categoría uniforme puesto que también está atravesado, entre otros muchos factores, por la posición socioeconómica de los actores. Asimismo, muchas poblaciones del denominado “escenario urbano” (cabeceras municipales, ciudades intermedias y capitales) llevan a cabo prácticas consideradas como rurales: cría de aves de corral y pequeños animales para el consumo, huertas, entre otras.

No obstante, desde este lugar, Camilo resalta un deseo de reafirmar su papel como proveedor exclusivo, esperando que su esposa o compañera pueda ocupar una posición que su madre nunca encarnó, al no haberse distanciado del “trabajo material” o de las desgastantes labores domésticas rurales,

C.O.: Pues...no, es que yo me gustaría que mi mujer no trabajara, sino que tuviera pendiente de los hijos, porque no sé, no me gustaría, así como no me gusta que mi mamá trabaje, pero en caso de ella, ella no, ella siempre trabaja, ella no... pues no me gustaría que la mujer trabajara M.E.: ¿Por qué? C.O.: Porque no, no sé, me siento mal que uno vea a una mujer trabajando, porque pa' eso hay muchas oportunidades pa' uno, si ya un ejemplo, por eso es que yo pienso que, un ejemplo, tener las mulas pa' que yo a lo que ya me sienta capaz, con harto, un ejemplo, con hartas cosas, que me llegue dinero de una parte y otra parte, para poder trabajar bien y tener bien organizada la familia. Porque la mujer no... no me gustaría que la mujer trabajara en la casa, que ella cocinara, que trapeara, que lavara, no. M.E.: ¿No?, ¿y entonces? C.O.: Siempre me gustaría como pagarle a otra pa' que, pa' que ella como que esté pendiente en uno, que uno llegue y ella, que bueno que está mi marido, que llegaron los hijos y eso, me gustaría así la vida, pero vamos a ver si se me cumplen los deseos (Entrevista a Camilo Ojeda, 18 años)

Para los demás entrevistados, esta idea de “la reina del hogar” no resulta un escenario viable, en tanto que es poco probable que las mujeres de su contexto [al igual que sus hermanas y parientes jóvenes], al haber tenido una escolaridad cercana a la de ellos, se desprendan radicalmente del mundo del trabajo remunerado. No obstante, todos los hombres de este grupo con los que tuve oportunidad de conversar distan de cuestionar la responsabilidad casi exclusiva de las mujeres en las labores domésticas y de cuidado.

Desde este panorama, y en una vía cercana a la propuesta de Camilo, los entrevistados encuentran en la contratación de una empleada doméstica la opción más viable para compensar la participación de sus compañeras y esposas en el mercado laboral. De una u otra forma, la empleada doméstica se convierte para ellos en otro indicador de movilidad económica y/o vida urbana.

El hecho de delegar en una empleada las labores domésticas y de cuidado, que son pensadas como una tarea que corresponde “por naturaleza” a las mujeres, solo se materializó en una de las entrevistadas del primer grupo generacional. Este es el caso de doña Delia, quien se ha desempeñado como presidenta de la Junta de Acción Comunal de la vereda en repetidas ocasiones. Para doña Delia, su participación en la organización comunitaria, que requería de su presencia en múltiples reuniones, teniendo incluso que viajar con frecuencia al casco urbano y a Cúcuta, solo fue posible gracias a que contrató

una “muchacha” para suplir “sus tareas” durante su ausencia. A su vez, la vinculación de esta empleada se encontró estrechamente relacionada con el nivel socioeconómico de su familia, propietaria de una de las fincas cafeteras más prósperas del sector.

Tan sólo uno de los entrevistados de esta generación habló de la posibilidad [necesidad] de compartir las tareas domésticas y de cuidado, aunque pensando su ejercicio desde un eventual escenario urbano, que es donde en ocasiones ha llevado a cabo estas tareas: aprender a cocinar cuando se fue al pueblo a estudiar, o hacer almuerzo durante sus visitas al casco urbano los fines de semana.

Desde esta naturalización de las labores domésticas en los cuerpos de las mujeres varios de los entrevistados reafirman su lugar central en la proveeduría familiar. Si bien ningún otro joven de esta última generación considera adecuado “apartar” a las mujeres del mundo del trabajo, tal como lo hace Camilo, las ganancias de éstas siguen siendo pensadas como aportes secundarios, es decir, como un “complemento” al salario masculino,

M.E.: O sea, usted cree que la obligación de responder con mercado y con plata es del hombre M.C.: Pues sí, sí, del hombre, y la mujer ya es como... por ejemplo si ella tiene un trabajo, o si es estudiada, la plata será si ella quiere ayudar a comprar bienes o esto... M.E.: Pero no tiene la obligación de trabajar M.C.: No, que ya eso es como... le pertenece es al hombre (Entrevista a Alfonso Olarte, 17 años)

Esta idea de los ingresos de las mujeres como apoyo secundario a la economía familiar, destinado a la compra de vestuario y otros enseres, es una imagen recurrente en los relatos de ambas generaciones. Este es el caso de don Miguel, quien considera que las ganancias obtenidas por su esposa, que han sido invertidas en los ámbitos mencionados, sirven como apoyo a sus limitados ingresos, con los que él no ha podido cubrir necesidades que vayan más allá de los “gastos cotidianos” [alimentos, medicinas e insumos para la finca].

En las descripciones realizadas por Virginia Gutiérrez (Óp. Cit.) en torno a la administración de recursos familiares, la investigadora resalta este aspecto: en muchos contextos rurales del complejo Santandereano, a las mujeres les es asignado el rubro de vestuario familiar, que ellas usualmente cubren con la cría de pequeños animales (gallinas, cerdos y otras aves de corral). Esta descripción coincide con los relatos de entrevistados como don Ricardo, quien cada año le asigna a su esposa e hijas la tarea de criar algunos cerdos que él compra, para que al final de año, con el dinero de su

venta, ellas compren la ropa de navidad, necesidad que él difícilmente podría solventar con sus ingresos del jornal.

De manera implícita, Gutiérrez (Óp. Cit.) plantea que este escenario de “participación económica” de las mujeres, en el ámbito familiar, presenta pocos o ningún cuestionamiento al ideal de la proveeduría masculina exclusiva o central: sus aportes han sido pensados como un elemento que complementa o refuerza este rol. No obstante, en sus análisis de algunos contextos rurales chilenos, Valdés (2007) encuentra que desde ese lugar de “aporte secundario” muchas mujeres generan pequeñas erosiones a la proveeduría masculina. Dichas erosiones se expresan en la adquisición de bienes que no se diluyen en lo cotidiano, permaneciendo como prueba visible de su aporte (electrodomésticos, participación en la adquisición de un inmueble familiar).

En este punto quisiera traer a colación el caso de doña Luciana, para quien la administración propia de los recursos producidos constituyó un quiebre frente a las dinámicas de su familia de origen. De esta forma, el dinero obtenido por sus actividades no era del grupo familiar sino de ella, visión que le trajo varios conflictos con su suegra. *Doña Mariela era de esa gente anticoria, entonces me decía que lo que yo hiciera por ahí tenía que entregárselo a Miguel, y yo sí dije ‘no, lo que haga yo, y lo de las niñas, es pa’ nosotras’. Eso era mamá que todo lo que hacía le tocaba entregárselo a papá, él la mandaba con la carga de carbón y a ella le tocaba venderla ligero, hacer el mercado y entregarle el resto a él, y eso tenía que estar de vuelta era a la hora que él dijera. Yo sí dije, ‘¡No!, lo mío es mío’* (Notas diario de campo, diciembre de 2010).

Con los ingresos obtenidos de su trabajo ocasional al jornal, doña Luciana empezó a adquirir algunos bienes destinados a mejorar la calidad de vida y el disfrute familiar, que difícilmente habrían podido ser cubiertos con los ingresos de su esposo: equipo de sonido, nevera, ropa para ella y sus hijas. Desde este panorama se establecen ciertas limitaciones al manejo de su dinero: este sigue siendo invertido en gastos orientados, casi exclusivamente, al cuidado familiar.

Por supuesto dichas limitaciones se encuentran estrechamente relacionadas con las condiciones socioeconómicas de la familia, en la que la mayor parte de los ingresos “extras” empiezan a ser invertidos en el incremento del nivel de vida del grupo. No obstante, es importante resaltar que esta inversión tiene matices etarios y de género;

este es el caso de los jóvenes varones que inician su vida laboral, quienes además de invertir en este tipo de bienes, pueden destinar parte de sus ingresos a espacios de socialización y disfrute propio.

De esta forma, aunque se reafirme la importancia de manejar los recursos propios, estos siguen siendo bastante limitados dadas las condiciones de inserción laboral de las mujeres, quienes difícilmente podrían reducir su carga de trabajo familiar no remunerado. Asimismo, este escenario no se traduce en una mayor participación en el manejo directo de los ingresos económicos familiares, que aún siguen siendo administrados por los varones de la familia, específicamente por el padre.

La participación de algunas de las entrevistadas en la administración del patrimonio familiar se da en relación a las adquisiciones de una propiedad urbana o de un nuevo bien familiar rural: su aparición en las escrituras públicas como titulares de un inmueble familiar o la presión que ejercen para adquirirlo. Este último es también el caso de una de las entrevistadas, que en su demanda por administrar los recursos asociados a un subsidio gubernamental encaminó los esfuerzos familiares de ahorro de este dinero a la compra de una vivienda urbana: *‘yo al principio le entregaba la plata de Guardabosques a Miguel, porque como yo estaba sola en la finca a mí era la que me toca ir a reuniones y recibir el subsidio, hasta que vi que pasaban los meses y la plata no se veía, entonces yo le dije no, yo no le voy a entregar más esa plata, esa plata es para ahorrarla, y la guardé y luego la junté con unos subsidios que le llegaban a las niñas, y así fue que compré el ranchito allá abajo, que todavía le falta bastante, pero ahí vamos’* (notas diario de campo, enero de 2012)

Hasta el momento he planteado dos elementos centrales de continuidad entre una y otra generación, en lo que a la relación conyugal y la administración de recursos se refiere, aun desde las rupturas y matices analizados: la representación de las mujeres como responsables “naturales” del trabajo doméstico y de cuidado, y su aún limitada participación en el manejo de los recursos y del patrimonio familiar. De esta manera, las transformaciones señaladas por los entrevistados de ambas generaciones se concentran más en la disminución de la modalidad autoritaria y violenta del *Páter Familias*, en cuyas manos están cada vez menos su esposa e hijos: la intromisión de los poderes públicos en el ámbito familiar, con el progresivo desvanecimiento del “poder de los padres” (Viveros: 2002). Quisiera hablar un poco de las representaciones en torno a este hecho.

Durante mi estancia en el mes de enero de 2011, se hizo tema de conversación una de las noticias más sonadas de la semana en radio y televisión: un hombre asesina a sus tres hijos para “vengarse de su esposa” y luego se suicida²³. Esta noticia abrió muchas discusiones sobre algunos casos de feminicidio y, por supuesto, de maltrato hacia las mujeres y los niños. Es así como al momento de la entrevista, al hacer una pregunta sobre la violencia en la relación conyugal, don Miguel trae a colación de nuevo este episodio

ayer pasaron por la radio que, quien sabe por qué fue, yo no sé qué fue el problema y resulta que mató los dos niños o tres niños y después se mató él, ayer pasaron en las noticias eso, ¿eso pa' qué?, eso no, eso no tiene sentido de nada chamo, o sea eso es como... pues sí las peleas lo llevan a uno a pensar males, lo que digo yo, pero entonces mejor encerrarse uno, uno estarse por allá más que sea viendo televisión o escuchando música, aunque sea eso se lo... o irse a trabajar que eso el trabajo también le ayuda a uno a evitar eso, porque he escuchado y leído de verdad eso, que es mejor trabajar y así se le va esa rabia a uno. Yo me gusta así, a veces me agarro y me voy solo por allá pa' la montaña así, más que sea a mirar, y por allá a usted como que el cerebro se le va eso...

En el caso particular de don Miguel, su padre en repetidas ocasiones maltrataba a su madre, lo que para él se convierte en un elemento de riesgo para su propia relación conyugal. Así las cosas, “desnaturaliza” en cierta forma el actuar violento, que en un primer momento puede mostrarse como algo “irracional”, pero que debe ser controlado por cada sujeto. La violencia se presenta entonces como una “herencia” que debe ser interpelada y cuestionada, y sobre la que han tenido una fuerte incidencia los poderes institucionales y científicos: psicólogos, fiscales, medios de comunicación.

(...) si hay un problema con la mujer pues si se deja pues se deja, pero pa qué se pone uno en esas vainas que pa' qué, mejor se deja uno sin problemas, porque yo pensaba en esas, yo le decía a mamá cuando estaba aquí [infancia] 'mamá si la mujer me llega a engañar a mí pues yo la mato', pero yo era por, pero entonces decía mamá 'no mijo, no haga eso', pero yo lo decía era así, yo creo que no es capaz uno, ¿pa' qué (...) yo no sé por qué son tan rebrutos, gente que no piensa, o sea falta como... tal vez uno como... falta de un... ¿cómo es?, psicólogo... sí, eso es (...) hombres también que no sé, no piensan lo que... se acostumbraron así tal vez porque el papá tal vez le pegaba... nosotros papá era cosa sería con la mamá de nosotros, a uno a veces se le vienen a la mente cosas malas, pero no es así (...) ahorita no puede uno hacer eso tampoco, ahorita

²³ “En Ocaña, un hombre asesinó a tres de sus hijos y luego se suicidó. Los menores de edad, de siete, 10 y 12 años, llegaron a la vereda Nuevo Amanecer, procedentes de Bogotá, donde residían con la madre”. Noticia tomada de la página de Caracol Radio, publicada el día 9 de enero de 2011. <http://www.caracol.com.co/noticias/regional/en-ocana-un-hombre-asesino-a-tres-de-sus-hijos-y-luego-se-suicidio/20110109/nota/1408609.aspx>. Página consultada el día 15 de octubre de 2012.

forma uno un problema de esos y de una lo denuncian a uno allá en la fiscalía, ¿pa' qué?, entonces mejor, humíllese mejor, sí.

En el relato de don Miguel se hace visible la incidencia que han tenido sobre este entorno rural las políticas gubernamentales de familia y población implementadas a lo largo del siglo XX (Valdés 2007). Así las cosas, “las madres y los hijos están cada vez menos en manos del padre, y más en las de las trabajadoras sociales, médicos, psicoterapeutas y jueces” (Viveros 2002: 236). Desde este escenario, los entrevistados interpretan también la violencia ejercida por sus padres como el producto de un contexto que carecía de los conocimientos e instituciones con las que ahora ellos cuentan, siendo “benévolos” en sus juicios hacia ellos.

Este es el caso de don Ángel, quien justifica las actitudes violentas de su padre como el producto del estrés laboral y las condiciones socioeconómicas desfavorables [*don Ángel, ¿cómo eran las relación entre sus padres?, ¿entre ustedes?, ¿con ustedes?, ¿hubo violencia?*] *Sí, había también violencia intrafamiliar, sí, por la misma preocupación de mucho trabajo, el mucho estrés de trabajo (...), sí* (entrevista a Ángel Olarte, 45 años). Esta benevolencia disminuye en los entrevistados de la segunda generación, quienes juzgan con mayor fuerza las posibles conductas violentas de sus padres y, en caso de presentarse, han sido directamente interpeladas por ellos *Papá al principio era jodido con mamá, que a tratarla mal, fue que a medida que nosotros crecimos no le fuimos parando a no dejarlo, y así se le fue bajando la cosa, cuando nosotros estamos él se controla* (Hombre segunda generación, 17 años).

Esta interpelación de los hijos a sus padres, así como el contenido de la noticia [violencia infantil y parricidio] de la que se derivaron buena parte de las conversaciones que tuve en torno a la violencia doméstica y de género, dejan entrever que los cambios en relación a la crianza y el trato hacia los hijos tienen mayor resonancia discursiva en este contexto, que aquellos asociados a las relaciones conyugales. De esta forma, es en los patrones de crianza y el ejercicio de la paternidad donde se concentran la mayor parte de los discursos en torno a la equidad, la no violencia y el otorgamiento de derechos.

No obstante, en esta misma línea de análisis, los cambios en la paternidad se expresan más en términos del afecto, la proveeduría extendida (niños como “sujetos de derechos” y con “nuevas necesidades”), y la no violencia, que en lo referido a la asunción de

labores domésticas y de cuidado asociadas a su crianza, tal como ocurre en los escenarios urbanos analizados por otras investigaciones sobre el tema en país (Puyana et. Al. 2003; Viveros, 2002).

Por supuesto este distanciamiento se acentúa a partir de algunos elementos del contexto socioeconómico: en el marco del ideal de proveeduría masculina, y ante las precarias condiciones de empleo (proletarización de la mano de obra rural), los hombres en muchas ocasiones deben ausentarse de sus casas por largos períodos, de manera que se reducen aún más los contextos de entrada de este tipo de cambios. Con este argumento no quiero deslegitimar las resistencias abiertas de muchos a la asunción de este tipo de labores, que siguen siendo pensadas, tanto en contextos rurales como urbanos, como una responsabilidad “natural” de las mujeres.

Sobre esos cambios percibidos en los patrones de crianza, así como en las relaciones entre padres e hijos, en asociación con las representaciones de la paternidad, quisiera detenerme un poco más a continuación. Asociado a este tema, analizaré también otros escenarios [asociados] de incidencia de las políticas gubernamentales de familia y población: las decisiones reproductivas y la disposición de usos y anticonceptivos para cada grupo generacional.

2.2. Es que uno no planeó eso: paternidad, decisiones reproductivas y anticoncepción

La primera vez que visité la casa de doña Delia y don Norberto lo hice en compañía de Lilia. Había conversado todo el camino con ella sobre sus expectativas a corto y mediano plazo y sus ideas en torno a la posibilidad de conformar pareja y/o tener hijos. Para Lilia, al igual que para varias personas de su generación, el ideal procreativo está representado en “la parejita”: tener un niño y una niña en la familia. Cuando le pregunté el porqué de esta idea “no supo” responderme.

Cuando llegamos a nuestro destino, y en tanto que era mi primera visita a esa casa, doña Delia y don Norberto no tardaron en indagar por el motivo de mi presencia en la vereda. Hablé entonces de mi interés en torno a las diferencias generacionales en las formas de ser hombre y mujer en la vereda, así como en las relaciones familiares asociadas a éstas.

Como era usual en mis conversaciones sobre el tema de la investigación, doña Delia no tardó en traer a colación los cambios acaecidos en las formas de crianza *‘uy, eso sí que ha cambiado, ¿cierto Norberto?, en el tiempo de antes a uno lo criaban muy diferente... y en el tiempo de los papás de uno ni se diga, tío Chano [que reside con ellos] me cuenta que eso cuando ellos estaban chiquitos ni siquiera les compraban zapatos ni nada, eso eran unas meras coticitas, y cuando bajaban al pueblo les tocaba a pie limpio hasta antecitos de entrar, para no ir a dañarlas’.*

Después de la intervención de doña Delia, Lilia recordó nuestra conversación en el camino y la trajo a colación, *María Elena me preguntaba por qué hay tanta gente acá que dice que lo mejor es tener una parejita, el niño y la niña, ¿por qué será eso, ustedes qué dicen?* Frente a lo que doña Delia intervino: *es que como ya no se puede como en el tiempo de antes tener una catorcera, que era imposible que de catorce no saliera algún hombre, pues uno desea tener la parejita, el niño y la niña, porque siempre hacen falta los dos. ¿Cierto Norberto?, ¿o por qué será?*, don Norberto, que había estado callado hasta el momento, respondió:

Pues sí, ya no se pueden tener tantos como antes, porque es que además ahora los chinos sí exigen, que quieren estos zapatos y no los otros, porque le vi esos a no sé quién, eso hasta le miran la marca y todo. No es como cuando uno, que éramos once y mamita llegaba con la ropita y eso nosotros éramos contentos, eso ni mirábamos qué ropa era, eso nos daba felicidad. Es que tener hijos es arrecho, no es como ante que tenían una catorcera pero no se preocupaban por darles educación ni nada, uno ahora tiene que darles educación (Notas diario de campo, enero 2011)

Esta última intervención era bastante frecuente en la vereda. La noche anterior había estado conversando con doña Marina sobre el mismo tema, puesto que se encontraban preparando cosas para el regreso de su hija Viviana a Sardinata a iniciar el nuevo año escolar: *es que antes se podía tener hijos y dejarlos sin estudiar, ahora no, la ley no deja, por ejemplo una china como esta [señala a Viviana] uno no la puede dejar sin estudiar,* afirmó doña Marina en medio de nuestra charla.

Con afirmaciones cercanas a éstas, muchas personas de la vereda me hablaron a lo largo del trabajo de campo sobre cómo sus hijos e hijas no son “ni rastro” de lo que ellos fueron a su edad. A través de esta expresión hacían alusión a la ostensible disminución en las cargas de trabajo para su progenie, así como un mayor acceso a educación, posibilidades de juego y menores niveles de sanción y castigo. Todas estas

apreciaciones se enmarcan en otra de las dimensiones de la ya mencionada intervención de los poderes públicos en el ámbito familiar: la particularización de la infancia como una etapa de necesaria protección y la imagen de los niños como “sujetos de derechos” respaldados “por la ley” (tal como lo señalaría doña Marina), más que como adultos incompletos.

De esta forma, de unos procesos de crianza orientados exclusivamente a la inserción de las nuevas generaciones en el mundo del trabajo, teniendo como uno de los objetivos centrales de dicha inserción el mantenimiento o incremento del patrimonio y la economía familiar, se pasa a una crianza en la que se legitiman mayores niveles de dependencia económica y necesidades de cuidado. En síntesis, se empieza a interactuar con sujetos que representan más demandas que aportes económicos, cuyos procesos de formación dejan de depender exclusivamente del padre y la madre.

Tal como lo afirmarían Yolanda Puyana y Cristina Orduz, en su investigación en torno a los procesos de socialización de mujeres de sectores populares, *“En contraste con procesos de socialización centrados en el aprendizaje del trabajo siguiendo las exigencias del padre o de la madre, según el sexo del hijo, hoy en día el aprendizaje para la vida en sociedad se encuentra a cargo de otras instancias socializaciones como la escuela o los medios de comunicación* (1998: 24)

De esta forma, en los relatos de hombres y mujeres de la primera generación se destaca una infancia atravesada por el trabajo, en la que en muchas ocasiones era sancionado el juego. Al ser tratados como “adultos pequeños” o “a medias”, eran escasos sus escenarios de interlocución con “sus mayores” -particularmente con el padre-, más allá de lo atinente a su formación laboral, “(...) ya que antes el mundo de los adultos era separado de la infancia y sus criterios eran muy poco tenidos en cuenta (Puyana 2003: 56).

Esta situación es planteada por el mayor de los entrevistados del último grupo generacional, quien pasó buena parte de su infancia junto a su abuelo. De esta forma, Pedro evalúa el modelo de crianza con el que fue socializado: si bien a través de dicho modelo adquirió valores y capacidades que han sido fundamentales en su desarrollo personal –honradez, “respeto”-, también le fueron legadas una serie de conductas a las

que él atribuye un impacto negativo para su formación profesional y sus interacciones sociales actuales,

mi abuelo me ponía a trabajar, cómo agarrar café, cómo...me enseñaba a que tenía que ahorrar, que fuera educado, de pronto tengo una de las ventajas que me siento a veces bien y a veces yo digo, pero no debería ser así, a veces yo digo como de lo mismo que me gusta ser educado soy como tímido, y a veces digo pues no, yo debería ser más abierto, digo en la universidad, a veces yo voy a hacer algo o voy a decir algo y yo por respetar al otro compañero no lo hago porque pienso que la estoy embarrando, de lo mismo que el abuelo estaba hablando con alguien y si uno llegaba y se metía al lado de él le decía que respetara, que estaban hablando, que no, que después, o se iba la otra persona que estaba hablando con ellos y lo regañaban a uno, ¿usted por qué es tan grosero no ve que están hablando ahí?, esto no es conversa suya, entonces sí, esa parte de respetar a los mayores, de saludar, entonces hoy en día por un lado es muy bueno y por el otro lado no, de lo mismo uno se siente como avergonzado, como que no lo hago por miedo ... (Entrevista a Pedro Ojeda, 26 años)

En este mismo sentido, Pedro y otras personas de la vereda hablaron de casos de niños y niñas “que no parecen del campo”, es decir, que eran conversadores, poco tímidos y demandaban de sus papás ciertas conductas o exigencias materiales. De esta forma, se deja entrever la permanente comparación entre los modelos de crianza locales y los que se asumen como “urbanos”, pues hay un ideal de “modernidad” deseada en lo pensado como no-rural. Así las cosas, las imágenes de niños y niñas “despiertas”, que interpelan las formas de corrección y crianza, así como las de padres afectuosos y “cercanos”, empiezan a reconocerse como ideales “urbanos” que “han llegado” con los medios de comunicación [televisión] que hicieron su aparición tras la electrificación de la vereda.

Luego entonces, los cambios en la infancia y en los patrones de crianza, más que ser pensados como el resultado de ciertas dinámicas del contexto, se asumen como el producto de un distanciamiento frente a éste, ‘es como esa Linita, la hija de Luciana, esa china es muy despierta, esa niña no es como los niños de por acá, esa le habla a uno, le dice al papá y a la mamá cosas, de lo que ve en televisión, le habla al que sea’ (notas diario de campo, conversación con Pedro).

Sobre esta última descripción de Lina también quisiera traer a colación algunas valoraciones que hacían los padres de ésta, doña Luciana y don Miguel, en torno a su actuar con ellos *Es que los chinos de ahora no son como era uno antes, cuando estaba pequeñito*, me dijo don Miguel en una de nuestras conversaciones, *¿usted cree que yo salía con cosas como las de Lina?, ni de riesgo, qué días que la regañamos por algo*

llega y nos dice, ‘ustedes no me pueden pegar, porque yo los demando’ [risas], imagínese, uno de cuándo le iba a salir a un papá de uno con esas.

En esta descripción de don Miguel se hace explícito el carácter bi [multi]- direccional de la construcción de las relaciones padres-hijos. De esta forma, buena parte de los entrevistados hablan de cómo muchos de los cambios que han tenido a lo largo de su ejercicio paterno han sido impulsados por su progenie, a través de sus interpelaciones y demandas. A estas interpelaciones se unen en varias ocasiones las intervenciones directas de instituciones que han hecho presencia en la vereda, así como de sus parejas y parientes, quienes han actuado como “intercesores” o “intermediarios” de sus hijos. Este es el caso, por ejemplo, de la frecuente presión de las madres para facilitar el ingreso de hijos e hijas a la educación secundaria, proyecto que en varios casos encuentra una oposición o desinterés inicial por parte de los padres.

Así las cosas, *“La paternidad emerge (...) como una realidad social que no concierne únicamente al padre, sino que se construye entre todos los miembros de la familia implicados, (...) tanto de la generación anterior, (...) como de la generación posterior”* (Viveros 2002: 239). En este sentido don Ricardo compara sus espacios de diversión durante la infancia con los de sus hijas, hablando de los elementos que reproduce del modelo de crianza de su padre en relación con la afectividad y de algunos cambios que ha incorporado a partir de sus reflexiones en torno a procesos de capacitación a los que ha asistido, así como de la propia dinámica de interacción que plantean sus hijas:

M.E.: *Y con el cariño de sus hijas, ¿usted las consiente, las ha consentido siempre? (...)*
R.C.: *No, porque o sea, por lo que le digo yo, a nosotros nos enseñaron lo mismo (...) o sea uno, como si les tuviera uno miedo, ¿sí? M.E.:* *¿Y por qué miedo? R.C.:* *No sé, porque uno se acostumbró así, de pequeños nos enseñaron así que uno no lo alzaban ni nada, entonces uno... o le da como pena alzar un niño o una niña (...) mi papá a nosotros no nos dejaba [divertirse], o sea, él nunca lo llevaba a uno a una fiesta, ¿sí?, ni tampoco nos enseñaba, o sea, nunca jugábamos, o sea nosotros jugábamos cuando estábamos en la escuela, pero así que se ponga a jugar con nosotros y eso no, o sea el no tenía ninguna clase de juegos, ahorita consigue uno los dominós, pongámosle las cartas, o el parqués, y las hijas más pues tienen, o sea a ellas les regalan los tíos y nos ponemos así a jugar a veces en las noches. M.E.:* *¿Y por qué cree que eso es diferente?, ¿por qué cree que ha cambiado? R.C.:* *O sea, porque a uno lo han enseñado, o sea a veces las capacitaciones que a veces veníamos aquí a la escuela, ya después de casados nos enseñaban, venían a darnos capacitaciones los del SENA a veces, y a veces los del laboratorio de paz, y entonces uno, pues uno tiene que poner algo de eso como experiencia [...]*

Los cambios hasta ahora enunciados interactúan con otra de las esferas de incidencia de las políticas de familia y población: la “planificación familiar” y la anticoncepción. De esta forma, uno de los argumentos centrales de los entrevistados para justificar la adopción de un método anticonceptivo y la consecuente disminución del número promedio de hijos [aunque esto en el contexto no requiera ya de mayor justificación], son las demandas económicas y sociales que llegan con la progenie.

‘Ahora los chinos si piden, no es como en el tiempo de antes... a uno a duras penas lo mandaban a la escuela para aprender a leer, y eso la ropita nunca, yo me acuerdo que a mi mamá le regalaban ropa y por ahí la remendaba y con esa estábamos todo el año, o ella con cortecitos por ahí que compraba nos hacía la ropa’ (Notas diario de campo, conversación con doña Rosalba).

“No sé, eso no me parecía a yo, que ver un niño y que dos, tres, cuatro y cinco, eso pa’ qué, se ve uno a gatas con dos, ahora qué tal más”, afirmaría don Miguel en este mismo sentido, justificando sus principales motivaciones para la elección de un método contraceptivo definitivo por parte de su pareja –la ligadura de trompas–.

No obstante, todos los entrevistados del primer grupo generacional afirmaron no conocer ningún método anticonceptivo antes del inicio de su vida conyugal. De la misma forma, ninguno de ellos relató haber hablado con su pareja sobre el número deseado de hijos antes del matrimonio [todas las personas de esta generación se casaron en ritual católico]. Este último es un punto de coincidencia con la generación antecedente, no obstante, a diferencia de ésta, todas las personas entrevistadas del primer grupo generacional adoptaron un método anticonceptivo después de haber tenido hijos. Salvo por el caso de doña Linda Ochoa [once hijos] todas las parejas con las que tuve contacto tienen menos de la mitad de la progenie que integraba sus familias de origen.

El conocimiento sobre estos métodos llegó a través de promotoras de salud, que lo dirigían específicamente a las parejas casadas, o de los servicios médicos del pueblo o de Cúcuta, que ofrecían los métodos disponibles durante las consultas post-parto o de control de crecimiento y desarrollo infantil. En el caso de uno de los entrevistados, que se encuentra entre los de mayor escolaridad en esta generación, los métodos fueron documentados por él, quien aprendió de su existencia y formas de uso en capacitaciones como técnico en salud. De esta forma, en todos los casos analizados, se presenta un período de tránsito entre el interés por el tema y la adopción de un método, lapso que en varios casos estuvo acompañado de un nuevo embarazo. Así relatan sus experiencias doña Delia y don Ricardo

M.E.: (risas)... entonces nació la primera, luego la segunda... ¿ahí sí hablaron de cuántos o tampoco? **D.A.:** Pues ya que, ya dos, mirar a ver, porque ya con dos qué más... cuando uno se descuidó, otra vez embarazada. Y ya no, ya no más, y que no más y cuando ya pasaron ocho años, que me cuidaba **M.E.:** ¿Con qué se cuidaba? **D.A.:** Yo duré cinco años con el dispositivo, y después me lo quité, porque por cinco años no podía uno, porque es peligroso, y entonces planificaba con la pastilla, una pasta (Entrevista Delia Acosta, 42 años)

M.E.: y ustedes dijeron... o sea, ¿ustedes hablaron de cuántos hijos iban a tener? **R.C.:** No **M.E.:** ¿Entonces cómo era eso? **R.C.:** Porque o sea, nosotros de eso no hablábamos nada, porque ella decía, o sea, ella dijo que quería tener un niño o una niña, lo que fuera, pero uno solo, y tuvimos a Ana y después no nos cuidábamos con nada, y como a los dos años tuvo la otra niña, y entonces dijo que no, que ella no iba a tener más, y como no nos cuidábamos ni nada, volvió y quedó embarazada otra vez (Entrevista Ricardo Clavijo, 42 años)

Salvo por el caso de don Ricardo, que durante un tiempo empleó el condón como método anticonceptivo (que fue abandonado a petición de su esposa), todos los demás métodos médicos empleados son asumidos por las mujeres: ligadura de trompas, implante subdérmico (un caso en la segunda generación), DIU, inyecciones trimestrales y píldoras anticonceptivas. Buena parte de este hecho obedece a la misma oferta anticonceptiva, que para el caso de los hombres se reduce a la vasectomía y el preservativo; no obstante, a su ocurrencia también están asociadas una serie de representaciones locales sobre el papel masculino en la reproducción.

De esta forma, en los relatos de los entrevistados, los hombres por lo general ostentan la última palabra en las decisiones reproductivas de la pareja: permitir, promover, o aceptar el uso de un anticonceptivo. Este hecho se hace visible en algunas de las expresiones usadas para referirse al tema “él mandó operar a la mujer”, “él no la cuidaba” [no adoptaba ningún método “natural”], “fue que ella me convenció de tener otra” [hija]. No obstante, existen algunos matices discursivos (con un impacto “práctico”) en el hecho de tener esta última palabra.

Tan solo uno de los entrevistados del primer grupo generacional refirió haber empleado un método anticonceptivo “natural”²⁴ para evitar nuevos embarazos (pues los demás no quisieron hablar del tema). Además de los argumentos en torno a las dificultades económicas que acarrearía tener nuevos hijos, una de sus principales justificaciones

²⁴ Ritmo o coito interrumpido

sobre esta decisión era su deseo de “no hacer sufrir a su mujer”. De esta manera, la adopción de dicho método se muestra como una forma de “compadecerse” de una situación de subordinación “natural” de las mujeres, conducta suya a través de la que puede señalar moralmente a otros hombres que no la expresan

“Uno que ve esos por ahí que dicen ‘uy, esa mujer está buena como pa’ acomodarle no sé cuántos hijos... que pensamientos más bobos esos, cuando una mujer piensa y también sufre, uno como va a hacer que tenga tantos hijos. Uno por eso no quise hacerle tantos hijos a la mujer... también por la pobreza, uno cómo hacía pa’ darle de comer a tantos chinos, no podía uno” (Entrevista a Alcides Camargo, 63 años)

Esta visión de “compadecimiento” no aparece en los relatos de los entrevistados de la primera y segunda generación, para quienes la [su] decisión de adoptar un método anticonceptivo se deriva exclusivamente de la intención de menguar el gasto económico y los esfuerzos familiares. Se podría decir entonces que, en buena medida, han incorporado las demandas de autogobierno de la libertad inherentes a las políticas de familia y anticoncepción que inician en el siglo XX (Melo 2011).

No obstante, en los relatos en torno a la adopción de un método se hacen presentes ciertas continuidades entre una y otra generación. En una ocasión conversaba con Ángela y su familia sobre las campañas de planificación familiar que se han llevado a cabo en el caso urbano y sectores cercanos, especialmente de aquellas que han ofrecido métodos quirúrgicos. A propósito del tema, Ángela trajo a colación el caso de un conocido suyo del pueblo que se practicó una vasectomía, lo que para ella había sido una decisión errónea: tiempo después de la intervención, su esposa “lo engañó” y quedó embarazada de otro hombre.

En esa conversación no pude ahondar más en el tema, puesto que ya tenía que regresar a la casa donde me hospedaba. No obstante, a partir de ese momento empecé a preguntarle a mis entrevistados por sus opiniones en torno a la vasectomía. Algunos de ellos no tenían mucha información sobre el procedimiento: habían oído hablar de la existencia de “una operación para los hombres”, sin mayores detalles de sus implicaciones médicas. Entre este grupo de entrevistados se aludía una preocupación por las posibles consecuencias que esta intervención tendría para su “potencia sexual”.

Otros entrevistados enfatizaron en su negativa a practicarse esta cirugía, puesto que la

pérdida de su capacidad reproductiva les supondría problemas al momento de establecer nuevas relaciones de pareja, tal como lo señalaría Delio Vega, hombre soltero de 48 años: *“Ah no, pero no ve que es que qué tal que la mujer se muera y uno llegue a estar con otra mujer y con esa mujer que ya se organice y la mujer le pida un hijo, ¿usted cómo queda (...) no ve que para uno es más peligroso, porque en los testículos le puede agarrar una enfermedad que se llama... porque va una liga, en esa liga interna van enganchados los testículos y por eso no pasa el espermatozoide, si quiere le digo un poco...”*.

De esta forma, se hace explícita la idea de que los hombres siempre deben estar en capacidad de “embarazar”, teniendo el manejo absoluto de dicha capacidad –que se perdería ante una intervención médica-; que también se expresa en el control de la sexualidad y reproducción de sus parejas. Este elemento se presentó de manera implícita en los comentarios de Alfonso (17 años) en una conversación en la que volvimos a tratar el tema a colación con Ángela (19 años): al perder su “potencial” reproductivo, el hombre referenciado por ellos había perdido también el control del ámbito procreativo de su esposa, siendo burlado por ella con su embarazo.

Una representación asociada a este control se hace explícita en el relato de uno de los entrevistados del segundo grupo generacional, en relación al uso de anticonceptivos y la asunción de una eventual paternidad. Para este joven, el preservativo constituye un mecanismo para evitar el “engaño” de una mujer que quiera forzar el establecimiento de una unión conyugal a través de su embarazo, situación que él afirmó haber experimentado. *‘No ve que una vez yo estuve con una de mis amigovias sin protección, y la china por asustarme me dijo que estaba embarazada, que le tenía que responder, luego me di cuenta que no era verdad lo del embarazo, pero ella quería era que yo me fuera a vivir con ella’* (notas diario de campo)

Al relatar sus sensaciones en torno a este evento [embarazo potencial], él resalta un elemento adicional: al enterarse de la posibilidad de “tener un hijo” su primera reacción fue la de evaluar cuidadosamente su “responsabilidad” real en este hecho. Con dicha evaluación valoraría la conducta de la joven [*que ella no se hubiera puesto por ahí con otro*], a partir de la que tomaría la decisión de asumir o no la paternidad, o de iniciar una vida conyugal.

De esta forma, tal y como lo señala Fuller *“La biología no es el destino de la paternidad, por el contrario, esta experiencia está mediada por el estilo de relación que el varón mantenga con la mujer y la capacidad de ambos movilizar a las redes familiares e institucionales en apoyo de sus intereses personales o de un proyecto conjunto”* (2000: 86).

Sobre las representaciones y prácticas de la sexualidad en las y los jóvenes, que subyacen a esta última reflexión, hablaré con mayor detenimiento en el capítulo cinco. En el siguiente capítulo quisiera continuar con las reflexiones en torno a los procesos de socialización familiar de las nuevas generaciones, con la consecuente incorporación de hijos e hijas en la división sexual/conyugal del trabajo, partiendo de otro de los temas tocados por los entrevistados al hablar de sus decisiones reproductivas: el sexo esperado de la descendencia.

Capítulo 3. “Y él tampoco fue capaz de un varón en la mujer”: estatus masculino y división sexual/familiar del trabajo

“Sacar la raza” era una frase que con frecuencia usaban algunas personas de la vereda, buscando señalar las semejanzas existentes entre un sujeto y sus progenitores o antepasados familiares. Al detenerme un poco más en los contextos de aparición de la palabra en mi diario de campo, podría afirmar que ésta se restringía al señalamiento de un parecido existente entre los varones y su progenie. Por otra parte, también debo destacar que este término se concentra sobre todo en los rasgos de parentesco legados de los hombres a su descendencia masculina: tan sólo en una ocasión escuché a una de mis entrevistadas decir que había “sacado la raza” de su padre, destacándose como él por sus grandes habilidades para el liderazgo comunitario.

Con el tiempo asumí que el término “sacar la raza” podía equipararse a un reconocimiento social y familiar de la asunción de la paternidad: se había dado el visto bueno a la capacidad masculina de engendrar hijos, reconociendo en ellos la existencia de rasgos de la personalidad del progenitor. Estos rasgos, la mayoría de las veces, no hacían referencia a cualquier característica en el trato o las maneras, concentrándose sobre todo en aquellos atributos considerados como “masculinos” por mis interlocutores, fuesen estos valorados positiva o negativamente: capacidades en el “trabajo material”, gusto por las armas y lo militar, liderazgo, o respuesta inmediata incontrolada frente a cualquier ofensa o “falta a la palabra”.

La necesidad de resaltar a través del término aquellos atributos de la personalidad masculina transmitidos a la descendencia, me hablaba a su vez de algo más: si bien la paternidad constituye la prueba última de la virilidad, al ser la demostración pública de la capacidad masculina de engendrar hijos (Viveros, 2002), habría que añadir que sólo se

“deja la raza” a cabalidad, engendrando hijos varones e introduciéndolos adecuadamente en los códigos de la masculinidad.

Esta deducción, más que del uso del término, provino de las referencias explícitas de muchos de mis entrevistados en torno a la importancia de tener hijos varones entre su descendencia. Cuatro de las familias con las que tuve oportunidad de relacionarme en la vereda tenían únicamente hijas mujeres, situación a partir de la cual las personas entrevistadas de esos grupos familiares me hablaban con nostalgia de cuánto les hubiese gustado tener hijos hombres.

Este es el caso de don Miguel (43 años), quien durante su entrevista hizo referencia a la existencia de ciertos conocimientos locales orientados a la consecución exitosa de un hijo varón. Por supuesto dicho éxito no se limitaba a la “comprobación del sexo” al momento del nacimiento, sino que se extendía mucho más allá: es necesario demostrar que se posee un capital de masculinidad suficiente como para socializar a una nueva generación de varones, a quienes se legará dicho capital.

En la transmisión de este legado masculino, cuya efectividad se evaluará en la comprobación social del carácter de “hombres cabales” de los descendientes [prueba siempre inacabada], se garantizará la continuidad familiar en su sentido de prestigio y buen nombre, siendo este el propósito fundamental del nacimiento de un varón (Fuller, 2000: 63). Este último elemento alimenta la resignación o consuelo de don Miguel ante la ausencia de un descendiente hombre, pues resulta mejor procrear una mujer que traer al mundo un varón que transgreda los patrones hegemónicos de la masculinidad y la heterosexualidad obligatoria:

M.E.: Bueno, usted me dijo que no había pensado si tener o no hijos, que eso no se había planeado, pero cuando iba a tener, ¿usted quería tener un hijo o una hija? **M.C.:** Pues sí, uno si había pensado en un varón, pero... pues nacieron fue mujeres y yo no sé cómo será, pa' qué le voy a decir... un poco me decían que, pues ya qué, hablándolo así yo ya había mandado a operar la mujer, decían que era que tenía que ser en la creciente pues yo no sé, en eso sí uno... **M.E.:** ¿Creciente para hacer un hombre? **M.C.:** Pa' que saliera un niño varón, pero a la final yo no sé, porque no, no hubo... imagínese, Norberto arriba (...) tampoco fue capaz de un varón así en la mujer de él, en la señora, tiene son cuatro hembras. Argelio, imagínese el primo éste, que no, que un varón, ¡y se hizo cinco hembras!, ¿si ve?, entonces ahí sí ni cuentas, yo creo que no haré [risas] **M.E.:** ¿Le hubiese gustado tener un hijo varón? **M.C.:** Pues eso sí, pues con estas vicisitudes que tal que se volviera homosexual, pues mejor que salieran hembras (Entrevista a Miguel Clavijo, 42 años.)

Este fenómeno a partir del que se percibe un mayor grado de dificultad en el alcance de un hijo varón, al significar este un más alto nivel de virilidad, también ha sido analizado por el antropólogo estadounidense David Gilmore en algunas sociedades mediterráneas. De acuerdo con Gilmore, sólo la procreación de varones en estas sociedades constituye la prueba última de la virilidad del hombre, sobre quien recae la culpa en caso de esterilidad, pues es él “quien debe iniciar y realizar todas las cosas” (Viveros 2002: 238).

Por su parte, Virginia Gutiérrez (1968) encuentra una conexión estrecha entre los códigos de honor familiar bajo los que se rige el denominado complejo Santandereano, y los esquemas de honor y virilidad de las sociedades mediterráneas: de allí en parte deriva el denominativo “Neohispánico”, a través del que pretende establecer una conexión entre ambos tipos de sociedad.

Para Gutiérrez, una de las características centrales de la estructura patriarcal que ella describe, es que el control de la fuerza de trabajo, así como las dinámicas sociales y económicas familiares, recaen en manos de los hombres, a la cabeza del *páter familias* y su autoridad. Dicha autoridad paterna encuentra su principal asidero en un tipo de contrato matrimonial en el que la figura del padre mantiene los códigos del honor familiar, a partir de los que se espera una sexualidad inscrita en las reglas matrimoniales, es decir, sustentada en una rigurosa supervisión sexual de las mujeres por parte de sus parientes hombres (Valdés 2007: 248).

En esta socialización en torno a las reglas matrimoniales del contexto, confluyen dos elementos fundamentales de la división sexual del trabajo, tal como esta ha sido analizada desde distintas corrientes del feminismo: el control de la sexualidad, corporalidad y movilidad de las mujeres y su incorporación en lugares económicos subordinados a nivel familiar y social, directamente relacionada con el otorgamiento de un estatus superior a los varones de su grupo en estas mismas esferas.

De esta forma, aun cuando muchos de los entrevistados más jóvenes no mencionaron expresamente la importancia de tener un hijo varón, surgió con frecuencia entre este grupo generacional el ideal procreativo de “la parejita”: tener un varoncito y una hembra que aportaran al grupo generacional las “características propias de cada sexo”, pensadas desde una idea de complementariedad. En nuestras conversaciones en torno al tema,

Pedro (26 años) me expuso uno de sus principales deseos en torno a la procreación de una “parejita”,

“(...) sería maravilloso, porque también se necesita en el hogar que haya de diferentes géneros, ¿sí?, que yo tenga un hogar y haya la niña y el niño, porque qué tal que de pronto... yo pienso que el hombre en la casa es, después que no esté el papá, es como el verraco, el que tiene que, si no vive el papá, vivir con la mamá, darle de comer a la mamá si se murió el papá, la cabeza principal, el que agarra, no es que sea machista, sino por el hecho de ser más fuerte” (entrevista a Pedro Ojeda)

Desde este panorama, aun en los “nuevos” ideales procreativos de las generaciones más jóvenes, derivados del contexto de reducción general de las tasas de natalidad, aparecen ciertas continuidades respecto a los grupos generacionales antecesores. De esta forma, el deseo de tener “una parejita” encuentra su principal soporte en la idea de complementariedad de los sexos, a través de la que puede ser leída la existencia de una jerarquía de género en la que las mujeres ocupan un lugar subordinado.

Así, frente a la idea del hombre como un eventual “reemplazo” del padre, en caso de que este falte, Pedro me habló también de la necesidad de tener una hija mujer que se convierta en el apoyo de la madre, siendo más cercana a ésta que el hijo varón. De la misma forma, para este entrevistado, en las hijas mujeres se concentra el cariño y apoyo emocional familiar, desde un actuar compensatorio de su condición subordinada, sentida como el producto de una diferencia natural incuestionable. De acuerdo con Pedro, esta posición de “consideración” hacia las mujeres ha sido heredada de su padre, quien tuvo siempre un trato “preferencial” para con sus hermanas:

(...) mi papá quiere más a las niñas que a nosotros los varones M.E.: ¿Por qué? P.O.: No sé, él quiere más a las niñas, como que les tiene más lastima a las niñas M.E.: pero, ¿qué dice o qué hace? P.O.: O sea a mi hermana siempre la quería demasiado, y él dice que... o sea... es que póngale cuidado, uno sale [así] también, que de pronto me gustan más las niñas también, querer más las niñas, o sea si yo tuviera hijas yo querría más las niñas M.E.: ¿Por qué? P.O.: (risas) No sé M.E.: ¿Cómo así tenerles lástima? P.O.: No sé, querer más las niñas, porque de pronto ellas... de pronto yo pienso que papá piensa que porque ellas son más débiles, o sea, ¿sí?, y uno de hombre es más fuerte, o uno de hombre, ¿sí?... y de pronto yo pienso lo mismo que mi papá

Aún con las diferencias perceptibles entre una y otra generación, la mayor parte de los argumentos expuestos se inscriben en un ideal de familia en el que la pareja conyugal se encuentra orientada a contribuir a la edificación del patrimonio familiar, sobre la base de la división sexual del trabajo. De esta forma, la progenie es progresivamente incorporada a dicha división, a través de la inculcación de ciertos rasgos de personalidad y pautas de actuación según género. Desde la visión de complementariedad de los sexos que implica

este ideal, una familia necesita contar con la existencia de hijos e hijas, “varoncitos y hembras”: “(...) hijos hombres para secundar al padre en las labores externas al hogar, y con hijas mujeres para ayudar a la madre en las actividades productivas y reproductivas” (Ibídem.).

En este proceso de inscripción de la progenie en la división sexual del trabajo, de acuerdo con los análisis propuestos por Virginia Gutiérrez (Óp. Cit.), el poder y la autoridad al interior de la familia transitan y/o se distribuyen jerárquicamente según edad y género. Para hablar de este tránsito Gutiérrez propone unos momentos descriptivos del curso histórico familiar. El primer momento hace referencia al período de nacimiento e infancia de hijos e hijas; el segundo, por su parte, corresponde a la juventud de la progenie, aun permaneciendo en casa paterno-materna. El tercero y último obedece a la salida de hijos e hijas del hogar, con la esperada conformación de nuevos núcleos familiares y la consolidación de redes de familia extensa. En todos los momentos expuestos, el primer lugar de poder es siempre ostentado por el padre.

En el primer momento, justo detrás del padre se encuentra la autoridad de la madre, seguida de sus hijos e hijas según orden de edad. Una vez hijos e hijas llegan a la juventud, el poder transita de la madre hacia los primeros, jerarquizados por edad, quedando ella ubicada justo antes de sus hijas, quienes siguen ocupando el último lugar, según orden etario descendente. En el último momento, con la salida de los hijos varones de la casa paterno-materna, detrás del padre se encuentra el hijo mayor, seguido de los hijos casados, los hijos solteros, la madre, las hijas casadas, las hijas solteras y las nueras, consecutivamente. En el último peldaño de esta escala se encuentran nietos y nietas según prelación de sexo y edad (Gutiérrez 1968)

De esta manera, todo el proceso familiar en su desenvolvimiento tiende a ubicar la nueva generación de hombres en un puesto de prelación del que previamente gozan en la persona del jefe de hogar. Por esto, la madre, al crecer los hijos varones, va perdiendo en su estatus lo que ellos ganan en el suyo (Ibíd. 191).

Hasta el momento he enunciado dos ejes centrales en la transmisión intergeneracional del poder entre hombres al interior del grupo familiar, expresadas a partir del deseo de tener “un varoncito” o “una parejita”: las expectativas y prácticas en torno a la incorporación progresiva de los hijos varones en las labores y responsabilidades del padre; y la participación de los hombres del grupo familiar, así como del padre y la

madre, en el control de la sexualidad de las mujeres del grupo, y lo que este hecho aporta al prestigio masculino familiar. Sobre el panorama de dichos ejes quisiera concentrarme en el presente capítulo.

Varias décadas han pasado desde que Virginia Gutiérrez propuso este modelo de análisis de las formas de reproducción de la estructura familiar patriarcal, a partir de la cual la autora caracterizaba el complejo regional del que hace parte la vereda El Cerro. Ya para la época de su trabajo, Gutiérrez planteaba varios quiebres o resistencias a este modelo, originados en factores del contexto tales como el aumento en los niveles de escolaridad en la población general, y la participación de las mujeres en el incremento de dichos niveles.

En el Cerro también confluyen varios elementos de dicho contexto de cambios: la caída de la economía campesina en torno a la producción cafetera, con su incidencia en las formas y tiempos de vinculación masculina a las labores agrícolas y en la reproducción de éstas al separarse de las familias de origen; y la re-organización familiar en torno al proyecto de dar continuidad a la educación de hijos e hijas, entre otros aspectos.

Desde este escenario, las personas de El Cerro se plantean constantes tensiones frente las representaciones de género que consideran “anticuadas” o de “otras generaciones”, y aquellas que sienten más cercanas a un panorama de igualdad pensado como actual. No obstante, dichas representaciones, así como las prácticas a estas asociadas, nunca pueden ser vistas de manera lineal o a partir de opuestos, y en esto resulta bastante útil el concepto de conciencia contradictoria de Gramsci retomado por Gutmann (2000). Para este autor, la idea de lo “pasado” es construida y revaluada de manera permanente a través del presente, de forma tal que incluso al interior de un mismo grupo generacional pueden coexistir y articularse representaciones consideradas como “anticuadas” y “actuales” por personas de esta generación.

En un primer momento, presentaré los relatos de hombres y mujeres en torno al inicio de su vinculación a las actividades agrícolas familiares, concentrándome en el lugar que es otorgado a los varones a través de dicho vínculo, y a los proyectos de movilidad y consolidación económica que desde éste son construidos. Tras esta reflexión, hablaré de las representaciones existentes en torno al trabajo y al aporte económico de las mujeres en el grupo familiar.

Una vez planteados los escenarios enunciados para ambas generaciones, me concentraré en las representaciones de género asociadas a uno de los proyectos de movilidad socioeconómica de la última generación: la continuidad escolar. “*Es que las mujeres en el campo no sirven igual: los proyectos de movilidad femenina*”, es el apartado final, en el que desarrollo este último enunciado.

En cada uno de los temas mencionados, buscaré evidenciar los procesos de inculcación progresiva de *habitus sexuados*, en función de la ya mencionada división sexual del trabajo. Los *habitus sexuados*, de acuerdo con la propuesta teórica de Pierre Bourdieu, corresponderían a un conjunto coherente de disposiciones subjetivas y categorías mentales inconscientes, producidas por una serie de condiciones objetivas que definen la trayectoria sexuada de los sujetos, y que redundan en capacidades perceptivas, formas de sensibilidad y prácticas diferenciadas según “el sexo” (Viveros 2002: 124).

Desde este abordaje teórico, la familia de origen constituye un espacio inicial de socialización de género, al ser esta un (...) *ámbito de aprendizajes y centro difusor de valores, comportamientos y actitudes en torno a cómo ser, sentir y pensar como varón (o mujer)*” (Viveros 2002: 123). En este mismo sentido, la familia de una función identificadora cuya *“frecuentación es para [el individuo], el lugar primario de definición de los valores importantes y por consiguiente de los polos posibles de identidad”* (Tylor 1994 en Viveros 2002: 123).

3.1. Uno de hombre nace sin miedo... El inicio del trabajo familiar en la vida masculina

Tener hijos varones, para muchos hombres de El Cerro, se convierte en la garantía de contar con alguien “sin miedo”, un compañero en las faenas agrícolas a quien desde temprana edad se le pueden enseñar oficios asociados con la “fuerza” y “la valentía”. Así me lo hicieron saber incluso algunos entrevistados que expresaban no dar importancia al sexo de su descendencia. Este es el caso de Arturo, quien para mi última visita a la vereda, en enero de 2012, acababa de tener su primer hijo.

'... la de allí qué días me decía, 'ay yo críe tres niñas, a mí me hubiera gustado mucho un niño, pero no lo tuve', me decía por lo que nació el varoncito, pero a mí me da lo mismo, niño o niña sirven para lo mismo, lo único es que los niños nacen sin miedo, las niñas nacen más miedosas [¿y eso por qué los niños nacen sin miedo?] no sé, pero uno de hombre nace sin miedo, yo me voy por ese camino abajo a las doce de la noche y no me da miedo, en cambio una mujer tiene que buscar quien la acompañe, le da miedo andar sola, pero eso no importa, a mí niño o niña me da igual'. (Notas diario de campo, 28 de febrero de 2012)

Esta “ausencia de miedo” es totalmente naturalizada por los entrevistados, quienes no la perciben como el resultado de un fuerte proceso de socialización, mediante el que se incorporan rasgos de la personalidad que les ubican en un lugar privilegiado del contexto. De esta forma, tal y como lo dice Arturo, perder el miedo puede significar la capacidad de “andar la noche”, y en general moverse por la vereda con total libertad.

Para dicho proceso de socialización resulta fundamental la vinculación de los hijos varones en las actividades del padre, siendo esta una de las primeras imágenes que traían a colación los hombres que no tenían entre su descendencia hijos varones *'Porque uno siempre aspira un niño, porque uno es muy diferente, como se dice, tengo mis niñas acá, ellas son muy jodidas para montar a caballo y pa' todo, ¿cómo voy a mandar una niña pa'l pueblo a hacer mercado? (...) a los varones uno les enseña... qué se va usted a llevar una niña a herrar una mula'* (Notas diario de campo, conversación con don Norberto Peñaloza, enero de 2011)

De estas enseñanzas en torno a la pérdida del miedo me habló en una ocasión Alfonso, quien tiene la cacería entre sus principales pasatiempos. La caza de fauna silvestre (armadillos, guartinajas, entre otros), que cada vez se practica con menos frecuencia, dada la considerable disminución de sus especies objetivo, es una actividad considerada como masculina en la vereda, al punto que ninguna de las mujeres con las que conversé me habló de haber participado de una de estas faenas. Así, una tarde en la que charlábamos sobre su vida de infancia y sus primeras jornadas de trabajo, justo después de su entrevista, Alfonso me contó uno de sus primeros recuerdos sobre esta actividad *yo me acuerdo que una noche estábamos con papá de cacería y él me dejó sólo en un filo, yo no veía nada pa' donde él estaba, y uno de chiquito le da susto, pero ahí me dejó sólo y él se fue pa' otro filo, y yo sin linterna y todo oscuro... así fui yo aprendiendo (notas diario de campo).*

Para todos los entrevistados, particularmente para los del primer grupo generacional, el inicio de su participación en las labores agrícolas familiares oscila entre los 7 y los 13

años. Durante esta época su trabajo no cuenta con remuneración alguna, pese a lo que constituye una anécdota feliz. La emotividad asociada al evento de su integración en las labores “fuera de la casa”, se encuentra implícitamente ligada a su sentimiento de adquisición de un nuevo estatus en compañía del padre

***R.C.:** Desde los siete años, a mi hermano y a mí nos llevaban, y a uno como pequeño le compraban un cuchillo y eso era feliz, y nos compró a cada uno un cuchillo y nos llevaba todo el día a trabajar, ¡y uno contento con él!, porque cada uno con cuchillo propio, uno era feliz por eso.. **M.E.:** Por el cuchillo **R.C.:** aja (Entrevista a Ricardo Clavijo, 42 años)*

Para otros entrevistados, el inicio de su vida laboral no estuvo necesariamente ligado a acompañar al padre en sus actividades, pero en su remplazo se presentan otras figuras masculinas familiares, encargadas de esa formación inicial en el trabajo fuera de la casa

***M.E.:** Bueno, Pedro usted me decía que salía a trabajar con su abuelo, ¿con su papá también salía a trabajar o era con su abuelo? **P.O.:** Pues yo todo más... mi abuelo fue como mi segundo papá para mí, o sea él fue el que me enseñó a coger café, en los trabajos me los enseñó más mi abuelo, mi papá pues yo trabajé con él, sí, pero yo me la mantenía más con mi abuelo porque yo era el consentido de mi abuelo, y yo me venía de la finca de allá [finca vecina de sus abuelos] (...) y yo me amañaba mucho con mi abuelo porque él ordeñaba y me daba leche en las mañanas y estaba comiendo y venga mijo, le voy a dar esto (...) pequeño me amañaba era con ellos, entonces yo aprendí la parte del trabajo, mi abuelo me ponía a trabajar, cómo agarrar café, cómo... (Entrevista Pedro Ojeda, 26 años)*

No obstante, hay una diferencia generacional en la forma de vinculación a las actividades agrícolas consideradas como masculinas. Muchos de los entrevistados de la primera generación, así como algunos hombres del grupo antecedente, señalan que esta etapa sólo se alternó por un tiempo con la asistencia a la escuela, pues en muchos casos, la necesidad de que su vinculación a las jornadas de trabajo fuera de tiempo completo, motivó su deserción escolar. Por otra parte, todos los hombres de la generación más joven concluyeron sus estudios de primaria e iniciaron [y culminaron] el bachillerato.

En el caso del primer grupo generacional, su retiro de la escuela era ordenado por sus padres, quienes lo argumentaban a partir de las largas distancias entre las fincas y el centro escolar, o la necesidad de contar con apoyo permanente en las labores cotidianas, en tanto que “no se daba abasto” con éstas. En algunas ocasiones los niños simplemente manifestaban su desinterés en la escuela, frente al que los padres procedían al retiro sin poner mayor oposición. Para los entrevistados de la segunda generación el retiro de la escuela no era una opción, pues, aunque estos manifestaran su disgusto por las clases o

por quien las impartía, sus padres los mantenían escolarizados hasta el final de la primaria, incluso apoyando en muchos casos sus estudios posteriores.

De esta forma, la escuela ocupó un lugar central como espacio de socialización del segundo grupo generacional, frente a cuyos tiempos se amoldaba su participación en las actividades productivas. En muchos casos la continuación de sus estudios, una vez culminada la primaria, desplazó su vinculación de tiempo completo al trabajo, u orientó los recursos producidos por éste a la continuidad de dicho proyecto.

Antes de su incorporación a las actividades del padre o su equivalente masculino, los niños apoyan algunas labores domésticas: traer leña, acarrear agua, barrer, dar de comer a las aves de corral, ayudar en el ordeño. Aun así, su participación en este tipo de tareas nunca alcanza los niveles de la de sus hermanas u otras mujeres de la familia. Las jornadas de trabajo de las mujeres empiezan normalmente antes que las de sus pares hombres, y se extienden más allá del retorno de éstos a casa: deben encargarse de la preparación de los alimentos que ellos consumen antes y durante su jornada, así como del lavado de ropa a su regreso, la limpieza de la casa, y el cuidado de niños y niñas.

Durante mi primera visita a la casa de doña Linda y don Joaquín, me sorprendí de la carga de trabajo que recaía sobre ella y Lucía, la única de las hijas mujeres que aún permanecía en la finca mientras trabajaba medio tiempo cocinando en la escuela²⁵. Cada mañana antes de irse a su trabajo Lucía preparaba el desayuno para la familia [de ocho integrantes] y limpiaba la casa, mientras que a su regreso se ocupaba de lavar la ropa de su papá y sus hermanos. En una ocasión la acompañé mientras arreglaba la cocina después de que todos se habían acostado, para levantarse al otro día, antes que los demás, y repetir las actividades ya mencionadas.

Durante los días en los que fui acogida en su casa, los hermanos de Lucía, incluso los que aún no iban a trabajar con su papá y asistían a la escuela, apenas si apoyaron labores tales como tender las camas o barrer. Y es que en general la participación masculina en estas tareas es planteada por muchos de los entrevistados como algo

²⁵ El gobierno municipal, a través de un programa de comedores escolares, da a cada vereda un mercado semanal, con el compromiso de que con aportes de las personas de la vereda se pague a una persona que prepare la alimentación a las y los estudiantes, quienes también deben encargarse de llevar el mercado del pueblo a la escuela cada semana.

ocasional o excepcional, provocado por la ausencia de sus madres, esposas, o hermanas.

Para los hombres de la primera generación, las labores de la cocina o la limpieza del hogar son actividades en las que los hombres deben participar “cuando puedan”, *por decir algo, el día sábado o el día domingo, no diario, pero también debe de hacer su sancocho, de trabajar en la parte de la casa, ¿ve? (entrevista Ángel Olarte, 46 años);* o una labor que deben asumir ante la ausencia de alguna mujer en casa *No, a mí me gusta cocinar pa mi sólo nada más. Pongámosle, cuando estoy así solo, que mi esposa va pal pueblo con las niñas, entonces yo madrugo y hago el desayuno (entrevista Ricardo Clavijo, 42 años).*

Por su parte, los hombres de la segunda generación me hablaron de haber participado muy poco de las labores domésticas, que se concebían como responsabilidad directa de sus madres o hermanas. Algunos de ellos señalaron haber asumido algunas de estas tareas durante sus visitas al casco urbano, o en los casos en que residieron fuera de sus casas por motivos de trabajo o estudio. Asimismo, una de las entrevistadas me contó que sus hermanos, quienes ya no viven en la casa, llevaban a cabo estas actividades durante las temporadas de vacaciones, siempre y cuando su mamá estuviera sola con ellos *‘para que a mamá no le tocara pesado, pero si estábamos nosotras ellos no hacían nada’* (notas diario de campo, diciembre 2010).

Si bien dos de los entrevistados de la generación más joven mencionaron la necesidad de participar de las actividades domésticas ocasionalmente, al no ser esta una tarea que competa exclusivamente a las mujeres, al nivel de la práctica se veía poco reflejado este discurso. De esta forma, eran escasos los recuerdos de su participación en éste ámbito, aun cuando no hubiesen estado completamente dedicados al trabajo “fuera de la casa”.

En torno al trabajo doméstico y de cuidado, considerado como femenino, giran representaciones o posturas contradictorias: por un lado, algunos hombres le atribuyen a estas tareas un menor nivel de esfuerzo o sacrificio que el de las labores consideradas como masculinas, por lo que no encuentran en ellas un desafío; mientras que otros las encuentran tan tediosas, que expresan su preferencia por cualquier otra labor, siempre que esta no los mantenga “atados” a la casa:

(...) en veces que ella se iba pa Sardinata [su esposa] que yo me quedaba con las tres niñas, las dos niñas, entonces yo cocinaba pa ellas, pero entonces uno ahí maneado en la casa todo el día, porque pongámosle si uno está acostumbrado por allá andando, trabajando, en donde se estaba todo el día en la cocina ahí, cocinando pa ellas nada más (Ricardo Clavijo, 42 años)

María Elena yo prefiero que me diga alguno 'Norberto, váyase a palear caña, váyase y haga tal trabajo', porque usted sabe que donde usted llega, a las doce del día, usted tiene su almuerzo, si llega a las seis, cinco de la tarde, tiene su comida, y no lave que lave loza, y que mugre en la cocina, no, eso nunca me ha gustado a yo. (Norberto Peñaloza, 51 años)

Esta resistencia habla de una distinción de estatus entre uno y otro tipo de actividades, estrechamente ligada a los procesos de socialización de los que fueron partícipes estos hombres: a través de la enseñanza de las labores “fuera de casa”, asociadas a una “pérdida de miedo” y a la adquisición de una serie de atributos físicos, morales y emocionales ligados a éstas, se adquiere un determinado lugar social y económico, pues como bien lo diría Valdés

Esta lógica de transferir de padres a hijos “ciertas maneras de hacer” y ciertas costumbres, contribuyen a que los hombres se posicionen en la estructura social con un capital económico que respalda su autoridad en la familia. Los hijos imitan las acciones y saberes de los padres. La lógica de transmitir de padre a hijo estos “saberes” que se constituyen en capitales económicos y culturales masculinos, estructura las relaciones sociales de género en el hogar y permite su reproducción a través de las generaciones (Valdés 2007: 251)

Desde este escenario, aunque emerjan algunos discursos que deslegitiman el distanciamiento absoluto de los varones frente a las actividades domésticas y de cuidado, difícilmente estas ideas intervienen en la transformación radical de las prácticas asociadas a dicho distanciamiento. Asimismo opera la participación de las mujeres en las tareas “fuera de casa” o consideradas por ellos como “masculinas”: pese a que cada entrevistado refiere al menos un caso de vinculación “femenina” a estas labores, este hecho es siempre referido como “excepcional”.

De esta forma, la segmentación de espacios y de labores llega a ser tal, que aun cuando las mujeres participen de labores como la recolección de café al jornal, la roza o tareas equivalentes, su responsabilidad frente al trabajo doméstico y de cuidado no es cuestionada ni siquiera en el discurso: no hay problema con que las mujeres de una familia vayan masivamente a una jornada remunerada, siempre que una de ellas, de acuerdo a los turnos que establezcan entre sí, se quede en casa con la responsabilidad de las actividades que allí se desarrollan.

Esta dinámica fue expresada por ambas generaciones. Para las mujeres de la primera generación, la vinculación al “trabajo material” se daba a partir de los designios de un padre autoritario en demasía, para quien la progenie constituía su principal fuente de mano de obra (vinculándolas únicamente al interior de la propiedad familiar); o ante un bajo nivel de ingresos económicos familiares (que las incorporaba al trabajo externo a la propiedad). En el caso del segundo grupo generacional, su vinculación se argumenta como el resultado de la ausencia de hombres en la familia, o de la partida de sus hermanos varones, así como el producto de una situación económica desfavorable, a raíz de la que dejaban de ser cubiertos algunos de sus “gastos personales”.

Esta última situación era el punto de partida para una representación con frecuencia aludida por los entrevistados, a partir de la que se argumentaba que el producto del trabajo de las mujeres era invertido en “gastos suntuarios” (maquillaje, ropa, etc.), descalificando así su aporte económico, o describiéndolo como secundario.

En este contexto, aunque los hombres entrevistados hablen de una tajante división del trabajo entre ellos y sus hermanas, normalmente indican que al menos una de ellas se resistía a participar de lleno en las labores domésticas y decidía unirse a ellos en el trabajo “material”, incluso cuando no les era impuesto. Frente a dicha vinculación los padres no expresaban ningún problema, al ser tomado ésta como un caso excepcional, y teniendo garantizada la dedicación de otras mujeres a las labores reproductivas.

***M.E.:** Bueno, usted se acuerda cuando su papá lo sacó a trabajar esas primeras veces, ¿sus hermanas también salían a trabajar o estaban en la casa con su mamá? **H.O.:** No, a la mayor sí no le gustaba quedarse en casa con mamá, le gustaba salir a trabajar con nosotros **M.E.:** ¿Y andaba con ustedes? **H.O.:** Sí **M.E.:** ¿Y no había problema? **H.O.:** Ah no, normal como cualquiera de nosotros **M.E.:** ¿Y eso por qué salió así? **H.O.:** Ella decía que no le gustaba la casa, ni la cocina **M.E.:** ¿Y andaba en el monte parejo con ustedes? **H.O.:** Sí, igual, como cualquiera de nosotros (Horacio Ojeda, 33 años)*

***M.E.:** Sus hermanas mayores también salían a trabajar, ¿o no había mujeres mayores? **N.P.:** Mujeres mayores había pero ellas trabajaban con la mamá dentro de la finquita **M.E.:** En los oficios de la casa... **N.P.:** En los oficios de la casa y por allá a palear caña mamita, eso le tocó a la mamá de nosotros y a las peladas, había dos muchachas que les gustaba mejor el paleo de caña, el paleo de café, que estarse en la casa cocinando. (Norberto Peñaloza, 51 años)*

De esta forma, si bien los entrevistados reconocían cualidades para el desarrollo de labores consideradas como “propias” de los hombres en ciertas mujeres, los atributos a ellas asignados correspondían a la identificación de un “carácter masculino” en su actuar, reafirmando así la idea de la no regularidad de su vinculación y adecuado desempeño.

(...) pues la mujer pa que voy a decir mentira, una mujer es arrecha, es como si fuera varonil, ¿sí?, porque imagínese ella ha fumigado, se la pasa por ahí metida, por eso es que se la pasa también mala, pero ella ha agarrado la fumigadora, imagínese veinte litros uno, es que yo me pongo a trabajar bastante y cuando veo es un dolor aquí [cintura] que no soy capaz (entrevista don Miguel Clavijo, 43 años)

Así, la atribución de una señal de género a las labores ejercidas, en aras de otorgarles un estatus genérico -ante el temor de una posible “feminización” o “subordinación” de quien las ejerce-, que ha sido analizada en algunos estudios en torno al desempeño masculino en trabajos socialmente considerados como femeninos -labores de cuidado, trabajo doméstico- (Hernández 2003 en Castro 2008), en este caso opera de manera inversa: las labores contextualmente asignadas a los hombres no perderán prestigio o se “feminizarán” ante un ingreso progresivo de las mujeres a éstas. De esta forma, cualidades como la fuerza y la resistencia no dejan de ser consideradas como atributos viriles, aun cuando en ocasiones correspondan a rasgos reconocidos en ciertas mujeres.

Incluso para las entrevistadas, su participación en estas actividades se plantea como una excepción, en pocas ocasiones deseable, que acarrea una serie de incómodas consecuencias sociales y corporales. Durante mis primeras visitas a la casa de la familia Olarte Monsalve, Ángela y Lilia hablaban constantemente de cómo todas las personas de la familia, incluidas ellas, había tenido que vincularse al “trabajo material”: limpieza de potreros, roza, levante de cercas y fumigación, y contratos al jornal para la recolección y mantenimiento de cultivos de café de otras fincas. Esta participación se intensificó para ellas cuando sus hermanos mayores se vincularon al ejército.

Desde dicha participación, las jóvenes mencionan constantemente las incomodidades que podía llegar a generar su presencia en los espacios laborales considerados como masculinos, sin que esta fuese diferente en mucho a la de sus compañeros hombres *Nosotras hemos trabajado a la par con obreros, desde chiquitas, a veces a Aurelio y a Pacho Pérez no les gusta trabajar con nosotras porque dicen que les ganamos y eso les da pena (notas diario de campo, 13 de enero de 2011).*

De esta forma, los relatos de Lilia y Ángela giraban en torno a dos elementos: “las habladorías” de la gente en tanto que ellas se movían solas por la vereda para ir a trabajar [*del cuero de estas han hablado hasta más no poder*’, decía constantemente su mamá], y el desgaste corporal producido por un trabajo que no era “propio” de “su condición”. *‘A nosotras nos ha afectado lo material, el trabajo en otras fincas... Otras así son las Ortíz, que trabajan parejo, sobre todo cuando el papá estaba vivo que las sacaba*

a la par con obreros', me expresó Ángela una mañana mientras conversábamos sobre una enfermedad aún sin diagnóstico que padecía su hermana Lilia.

Aunque "las habladurías" funcionan a manera de control social de la movilidad de las mujeres en la vereda, siendo esta una de las principales preocupaciones familiares que recae sobre las hijas ("que nadie tenga nada que decir de usted"), fue su incorporación corporal y emocional lo que más llamó mi atención. De esta forma, tal como lo diría Dolors Comas D'argemir, "[...] en el lenguaje del cuerpo, en sus fantasmas, se lleva acabo plenamente una de las funciones del pensamiento que no consiste solamente en explicar, sino también en convencer. Y cuando el lenguaje sobre el cuerpo se convierte en un lenguaje del cuerpo ya no queda qué decir sobre la sociedad y el universo" (Comas D'Argemir 1995: 46).

Es así como en mis conversaciones con doña Luciana encontraba relatos cercanos a los de Ángela y Lilia, en los que ella expresaba una estrecha relación entre sus quebrantos de salud y una vida de fuertes trabajos, soledad [ante las largas ausencias de su esposo] y dificultades económicas. *Ay es que uno con esta pobreza, a uno le toca aguantar, porque uno enfermo acá no sirve para nada...uno toda la vida trabajando, es que con papá fue duro, era como un obrero más uno de mujer... pero yo he sufrido mucho María, con tantas enfermedades, que una cosa que la otra, uno se siente mal con esta pobreza* (notas diario de campo, 17 de enero de 2011).

De esta forma, su desgaste corporal y afecciones de salud se interpretan como situaciones asociadas a unas condiciones socioeconómicas adversas, frente a las que ella considera tener poca capacidad de transformación. Este esquema explicativo ha sido analizado por otras investigaciones en torno a los procesos de salud-enfermedad en poblaciones rurales, como es el caso del trabajo de Mara Viveros (1993) con comunidades campesinas productoras de panela del municipio de Villeta, Cundinamarca.

Según Viveros, buena parte de las explicaciones de la enfermedad, en este contexto, la atribuían a causalidades de tipo social, percibiéndola "(...) como una entidad exógena, proveniente de las condiciones de existencia ligadas a la posición social del individuo" (Ibíd. 135). De esta manera, los entrevistados establecen una relación de exterioridad con sus condiciones vitales, en la que se sienten sujetos pasivos y obligados a "(...) soportar una forma de vida impuesta y patógena" (Ibídem.): rudeza del trabajo en el

campo, limitaciones económicas, deficiencias en servicios públicos y sociales. Para la investigadora, el hecho de transferir a la sociedad la responsabilidad de las alteraciones en la salud, más que una manera de disculparse, se presenta como una acusación, es decir, como una forma de cuestionar un orden social injusto.

No obstante, de acuerdo con Viveros, esta representación de la enfermedad como metáfora de una relación con la sociedad, expresa diferencias de acuerdo con la posición objetiva y subjetiva del individuo frente a la sociedad y a la familia. Para el caso particular de las entrevistadas citadas, la relación establecida entre una afectación corporal y emocional, las adversidades económicas y la asunción del trabajo “material”, se convierte en un símbolo de su inconformidad con un contexto familiar y social que las distancia de unos determinados ideales de género.

De esta forma, *“Valdría la pena preguntarse entonces, si la función de este cuestionamiento social no es sobre todo una forma de afirmar su identidad, su dignidad individual y social por encima de su posición objetiva, [...]”* (Viveros, 1993: 137). En dicha afirmación de su identidad, en el caso de las mujeres más jóvenes, se encubre la esperanza de poder trazar caminos “de regreso” a ese ideal del que su trayectoria personal ha estado “lejos” de coincidir, sin cuestionar de fondo un orden de género desigual.

Es así como varias entrevistadas coinciden en valorar un ideal de proveeduría masculina central, si no exclusiva, a través del que esperan poder acceder a mayores comodidades, ocupando un lugar “a la sombra” [en contraste con el “sol”, como ubicación de las actividades consideradas como “masculinas”]. Desde esta expectativa, sus trayectorias deben procurar distanciarse del contexto en el que fueron socializadas y sus dinámicas, y buscar una ruptura con el “trabajo material” que nunca representó para ellas la adquisición de un estatus semejante al de “sus pares” masculinos.

Tiempo después de nuestras primeras conversaciones, tras el embarazo de Ángela y el nacimiento de su hija, hablábamos con doña Marina sobre el padre de la niña, quien, según ella, no le brindaba a la joven las comodidades esperadas (que pasaban por el inicio de una vida urbana)

(...) es que él en la dieta no estaba pendiente ni nada, yo creo que él esperaba que Ángela se pusiera a trabajar allá en esa finca así como estaba y todo [embarazada], y Ángela sí decía ‘yo no me conseguí marido para ponerme a trabajar’, uno quiere que

estén en un pueblo, que estén bien, pa estarse en un campo trabajando habían seguido aquí con uno (notas diario de campo, 15 de enero de 2012).

Así las cosas, en la medida en que se reproducen dichas ideologías en torno a la proveeduría, así como al papel que ésta desempeña en la construcción de masculinidades, se crean visiones de la incorporación de las mujeres en los mundos del trabajo considerados como “masculinos” que las incluyen en lugares subordinados de éstos, pese a que difícilmente pueden excluirlas de ellos por razones de subsistencia.

Dichas posiciones subalternas al interior del grupo familiar se traducen en prácticas y representaciones en torno a su participación económica: restricciones en el acceso a la administración de los recursos familiares, devaluación del estatus que estos representan, e imposición de barreras a su movilidad física y social. De esta forma, a continuación quisiera analizar las representaciones de los aportes económicos de las mujeres en el grupo familiar, y el modo en que dichas representaciones garantizan el mantenimiento de un *status quo* en cuanto al control de su sexualidad y al destino de dicho control.

3.2. Las mujeres se van más rápido de la casa: representaciones en torno a los aportes económicos femeninos

A medida que los hombres son incorporados en aquellas labores consideradas como “masculinas”, les es asignado un lugar económico y familiar que los distancia de aquellas ubicaciones pensadas como propias de las mujeres. Así, como ya lo he analizado, aunque estas últimas desarrollen en muchas ocasiones dichas tareas, difícilmente se desestabiliza ese lugar social creado para ellos: en la asignación de los primeros cortes de café, siempre más amplios que los que muy ocasionalmente se dejan a las mujeres, en la atribución de responsabilidades ligadas a la administración de los recursos familiares, o en la toma de decisiones relacionadas con éstos, se empieza a materializar dicho estatus.

De esta forma, con el carácter excepcional desde el que es pensada la vinculación de las mujeres al “trabajo material”, se plantean pocos resquebrajamientos a la división sexual del trabajo en este contexto. Al respecto, cabe traer a colación los análisis planteados por

Comas D'Argemir (1995) en torno a la creación de espacios segmentados de trabajo. Para esta autora, no es la división sexual del trabajo la que crea las relaciones sociales inequitativas, sino que son éstas las que se concretan en determinadas maneras de repartir y concebir lo laboral.

Así, D'Argemir indica que el género, la raza y la clase constituyen representaciones ideológicas, es decir, pantallas a través de las que se proyecta la realidad, que cumplen principalmente con tres funciones: interpretación del contexto; organización de las pautas de interacción; y legitimación de las relaciones que se establecen entre las personas. Desde dicho enfoque, las ideologías no son meros elementos explicativos de las formas de segmentación social y sexual del trabajo, sino elementos estructurantes de éstas,

“La ideología puede considerarse como un lenguaje en que se expresa y representa lo que una sociedad dada considera como las relaciones más importantes que hay entre los individuos y sus condiciones de existencia (...) las ideas no constituyen simplemente una dimensión subjetiva del trabajo: se trata más bien de estructuras objetivas, que forman parte de la propia sustancia y características del trabajo” (Ibíd. 55)

A este reconocimiento social de la “productividad” económica de las actividades atribuidas a los hombres, se encuentra asociada una representación que encontré en al menos tres de las personas entrevistadas: las mujeres siempre se van más rápido de la casa que los varones.

Inicialmente asocié esta idea a las imágenes de las “fugas” femeninas que encontraba con mayor frecuencia en los relatos de la primera generación, desatadas por un episodio de enamoramiento, a partir del que se presentaba la necesidad/posibilidad de huir como forma de librarse de una autoridad paterna que no consentía el noviazgo, o que mostraba oposición a la conformación de un vínculo conyugal con la pareja “elegida”. Debo resaltar, antes de continuar, que sólo una de las historias de “fuga” que tuve oportunidad de conocer había sido motivada por el deseo de la joven de continuar con sus estudios de bachillerato, propósito que consiguió tras la huida.

Por supuesto el tema de las “fugas”, asumido por varias de las personas entrevistadas como el producto de un ejercicio de control excesivo sobre las hijas, o de una carga de trabajo desmedida impuesta a estas (argumento de una de las entrevistadas para justificar su huida), requiere de una atención particular. No obstante, sobre este hecho puntual del control sexual de las mujeres en la vereda me detendré más adelante, queriendo aquí desarrollar un poco más otros dos elementos, que por supuesto se

encuentran asociados a éste: el vínculo económico diferenciado de mujeres y hombres a sus familias de origen, y la relación entre éste y la movilidad de las primeras.

Una tarde mientras conversaba con don Ricardo, él me habló de otra de sus motivaciones para tener un hijo varón, relacionada con la transmisión de un legado económico y de trabajo: las mujeres siempre se van antes que los varones de su casa de origen. Meses después me repetiría esta misma idea durante su entrevista

***M.E.:** ¿Pa qué más le hace falta un niño? **R.C.:** O sea, porque pongámosle las niñas cumplen por ahí los dieciocho (...) y a veces se van antes de los dieciocho, las mías como son menores... en cambio el varón aguanta más en la casa, dura hasta por ahí hasta los veinticinco, treinta años. **M.E.:** ¿Y por qué? **R.C.:** Porque se ponen a trabajar con el papá y desde que le den oportunidad pa trabajar pues van a trabajar, y si no se van a trabajar a otro lado, pero vuelven a la casa, en cambio las mujeres se van es con el marido... entonces le hace falta a uno un hombre en la casa **M.E.:** Y ya que se vayan solas, a estudiar o... ¿eso casi no pasa? **R.C.:** No, eso no pasa (Ricardo Clavijo, 42 años)*

Por supuesto esta afirmación partía de la interpretación de su historia personal: tanto don Ricardo como su hermano don Miguel, habían permanecido en su casa “paterna” hasta su matrimonio (e incluso después de éste se asentaron en propiedades de su padre), salvo por algunos episodios esporádicos de trabajo en otras fincas de la vereda, o en otros sectores rurales del municipio. Por el contrario, sus hermanas se había ido “voladas” de la casa siendo aún jóvenes: *mamá sabía que tenían un novio por ahí, pero cuando menos se daba cuenta, ellas se levantaban antes que todos, se hacían las que estaban haciendo el desayuno, ponían la olla, el novio las estaba por ahí esperando y se iban (notas diario de campo).*

No obstante, la afirmación de don Ricardo me indicaba algo más: si bien no todas las mujeres que conocí salieron de su casa paterno-materna antes que sus hermanos, en general su motivo principal de salida es el de conformar pareja. Este último hecho contaba con algunas excepciones en el segundo grupo generacional, dado que algunas jóvenes se desplazaron al casco urbano u otras poblaciones para continuar con sus estudios; aun así, mientras la salida contara con el respaldo económico de su familia, continuaban bajo su supervisión. Sumado a éste hecho, su aporte económico al grupo familiar, bien sea a través de su trabajo “ocasional”, de su participación en actividades

reproductivas, o de las actividades productivas que se invisibilizan tras éstas²⁶, siempre fue representado como secundario por mis entrevistados varones (e incluso por ellas mismas).

Por su parte, los hombres pueden salir de la casa sin que este hecho esté necesariamente asociado al establecimiento de un vínculo conyugal: ser “andantes”²⁷, emprender proyectos económicos propios, vincularse a empleos lejos de su familia de origen (como es el caso de la incorporación a las fuerzas militares). Asimismo, también tienen la opción de quedarse allí hasta tanto no conformen un nuevo núcleo familiar, y aún tras el surgimiento de éste, siendo partícipes de la administración de la economía del grupo.

Incluso cuando se van por largas temporadas, los jóvenes varones pueden dejar allí inversiones propias que son cuidadas por los demás integrantes de la familia, como lo son las cabezas de ganado vacuno. Sus proyectos, más que ser objeto de vigilancia y control familiar, les permiten mantener un vínculo económico socialmente reconocido con sus familias; vínculo éste pensado desde la proveeduría, en oposición a la situación de dependencia económica en la que son descritas, o se reconocen en muchos casos sus hermanas.

Las mujeres una vez se van se piensan como dependientes de una economía ajena, por lo que su partida se siente definitiva a nivel económico, así en la práctica no siempre funcione de tal forma. Una de las hijas de don Norberto y doña Delia, que había continuado con sus estudios de educación superior fuera de Sardinata, quedó en embarazo de su novio y tuvo su primer hijo antes de mi último viaje a la vereda, de manera tal que durante mi visita mucho se habló en su familia de éste evento, puesto que había nacido “el único varoncito” de la casa. No obstante, don Norberto me expresó su incomodidad por el contexto económico del nacimiento de su nieto, en tanto que él debió apoyar a su hija en esta dimensión.

²⁶ Actividades como la producción de quesos, crianza de pollos, gallinas o cerdos, pequeños cultivos de pan coger para el autoabastecimiento o la distribución local a pequeña escala, entre otras.

²⁷ Uno de los hombres entrevistados del grupo generacional que antecede al primer grupo de entrevistados me habló de su condición de andante en la juventud: un hombre que salió a los 18 años de su casa, “andando de un lado a otro” en búsqueda de oportunidades laborales, sin consolidar ahorros o un lugar definitivo para residir. Para Maximiliano, de 68 años, ser andante era una opción que únicamente contemplada para los hombres que podían en algún momento desafiar la autoridad paterna y salir en búsqueda de vida. Generalizo aquí el uso de este término como concepto explicativo de esta “opción masculina” porque me parece esclarecedor al respecto.

(...) yo le decía, como ella es la mayor, mita, a usted qué le pasó, usted no se fijó haber conseguido un tipo que trabajara, porque Adriana consiguió un muchacho que a la hora de la verdad lo criaron fue como consentido, no ahorro nada, a esta fecha como decir ahorita que vino pa aquí a uno le tocó colaborarle... a mí me da rabia, de que yo soy el papá de una muchacha, se casa, ¿por qué tengo yo que ayudarle?, si yo fui casado y yo nunca llegué a donde los suegros a que me regalaran un mercado, a que me ayudaran pa esto y pa aquello, no, porque cuando yo ya me eché una obligación encima es porque yo ya tengo cómo afrontar las cosas, cómo conseguir las cosas, ¿sí? (entrevista Norberto Peñaloza, 51 años)

En otra ocasión, hablaba con el hermano de Lucía sobre la partida de ella, quien para mis últimas visitas ya no residía en la vereda. En el marco de esta conversación le dije cuánto había echado de menos a su hermana durante mi estancia, pues con ella conversé mucho en mis primeros viajes; asimismo le pregunté si él no la extrañaba, a lo que se apresuró a responder

Pues sí, pero cada uno busca su vida, Lucía quería estudiar pero no siguió... al marido le gusta que estudie, pero quién sabe. Usted ha sido persistente con lo del estudio, ¿no?, ¿usted tiene novio? [Sí, sí tengo] pues es que si el novio estudia y eso, pues están los dos en lo mismo, pero ya si usted quiere mucho al novio, y él le dice que si se van a vivir y usted se va, pues la cosa cambia [pero uno puede irse a vivir con alguien y seguir estudiando, ¿no?] Pues sí, pero eso depende del pensado de él, porque si él no estudia, de pronto le dice que no estudie más, que porque de pronto allá conoce alguien, o que si es que prefiere al estudio que a él (notas diario de campo, enero de 2012)

Así las cosas, aún con las diferencias existentes entre una y otra generación, las posibilidades de movilidad física y social que se piensa pueden llegar a ganar las mujeres con la educación formal, se analizan como limitadas ante una eventual conformación de pareja, o de las disposiciones familiares orientadas al control de la sexualidad femenina, estructuradas por un orden matrimonial/ conyugal. Para ambas generaciones existe una clara distinción entre hombres y mujeres a partir de un elemento clave en la diferenciación de los primeros respecto a las segundas: movilidad y capacidad/posibilidad de decisión.

3.3. “Es que las mujeres en el campo no sirven igual”: los proyectos de movilidad femenina

En el caso de la familia Olarte Monsalve, el hijo mayor no tuvo posibilidad de continuar con sus estudios de bachillerato, en tanto que tuvo que estar vinculado laboralmente, para apoyar el proyecto educativo de sus hermanas y hermano menor. Augusto terminó sus estudios de secundaria estando ya en el ejército, pues dicha culminación era un

requisito para poder vincularse de manera definitiva a la institución como soldado profesional. Su hermano y sus dos hermanas intermedias terminaron la secundaria a través de un programa de bachillerato flexible, mientras que su hermano y hermana menor, entre quienes hay un año de diferencia, continuaron con el bachillerato de manera presencial primero en Cúcuta y después en Sardinata, pues la familia consideró que esta era la única forma de recibir educación de calidad, garantizando la posibilidad de emprender estudios técnicos o superiores posteriormente.

En mi última temporada de campo Alfonso había decidido retirarse de “estudiar día a día”, es decir, abandonar el programa de secundaria presencial en una de las instituciones educativas del casco urbano, puesto que su mamá se encontraba sola en la finca tras la partida de sus hermanas mayores a Cúcuta, quienes se habían ido a trabajar como vendedoras a esta ciudad, evento tras el que una de ellas quedó en embarazo y conformó un nuevo núcleo familiar fuera de la vereda. Dado que su papá trabaja en otros sectores rurales como maestro de obra y sus dos hermanos varones están vinculados al ejército, él era el “único hombre de la casa” y, por ende, debía velar por el mantenimiento de la finca, viendo como solución su incorporación a un programa de bachillerato flexible mientras que su hermana sigue estudiando en el pueblo.

Este último evento me pareció indicativo de uno de los argumentos más fuertes de algunas personas de la vereda para incentivar la continuidad de los procesos de educación formal de sus hijas, sobre todo en el caso de las madres: las mujeres en el campo tienen aún menor futuro que los hombres, por lo que “su única” opción de movilidad se plantea a través de la educación, tal como me lo plantearía doña Luciana en repetidas ocasiones

'las mujeres en el campo no sirven igual, no pueden trabajar igual, no tienen mucho qué hacer, como quien dice, (...) uno debe hacer lo más que se pueda por dejarle a las hijas el estudio, porque una muchacha del campo sin estudio en el pueblo o la ciudad consigue por ahí un trabajo en casa de familia y eso no lo pagan bien, y ya con hijos no las reciben'
(Notas diario de campo, 20 de diciembre de 2010)

Aunque todos los entrevistados de la primera generación aseguraron que la educación de sus hijos [sobre todo de sus hijas] era de gran importancia, las conversaciones cotidianas, así como las entrevistas a mujeres, resaltaron que en general eran sobre todo las madres quienes motivaban la continuidad de la educación una vez terminada la

primaria, poniendo así resistencia a la posible oposición paterna o tratando de persuadir a su esposo o compañero de la importancia de apoyar económicamente este proyecto.

Para algunas de las mujeres entrevistadas o con las que tuve oportunidad de conversar, si bien sus esposos o padres en muchas ocasiones no mostraban oposición expresa a la iniciativa, tampoco concentraban su interés en ésta, estando entonces en manos de las mujeres la canalización de los recursos económicos necesarios, o la flexibilización y/o negociación de las normas de movilidad de sus hijas.

Este último es el caso de doña Pilar, quien decidió impulsar a su hija a continuar con sus estudios de bachillerato. Esta iniciativa no contaba con el apoyo de su esposo, don Marcos, quien consideraba que incentivar a las generaciones más jóvenes a estudiar era algo infructuoso, pues el campo se quedaría solo y, de manera directamente proporcional, no habría trabajo suficiente para futuros profesionales si toda la población se decidía por estudiar.

Por otra parte, don Marcos era caracterizado por mucha personas de la vereda como un padre autoritario “*de esos criados como la gente de antigua*”, afirmarían algunos, y desde esta postura se destacaban las fuertes restricciones a la movilidad que imponía a su progenie. No eran entonces escasos los relatos de cómo sus hijas se escondían ante la presencia de un desconocido en su casa, o de cómo mantenían noviazgos a escondidas con otros jóvenes de la vereda, los cuales debían dañar a propósito cercas o pasos de agua para que las enviaran a repararlos y de esta manera poder encontrarse. *Ellos iban y dañaban un tubo, o algo hacían para que don Marcos mandara a las chinas a ver qué era y ahí era que las veían, eso cuadraban eso con las chinas cuando las veían por ahí en la escuela para una venida del padre o algo así*, me contaría otro joven de la vereda (Notas diario de campo, 20 de enero de 2011)

Una mañana que pasé por la casa de doña Pilar y don Marcos y, una vez logré entrevistarlos, empecé a conversar con ella, quien me preguntó sobre mis estudios universitarios, cómo había sido el inicio de mi vida en Bogotá y si mis padres me apoyaban en el proyecto. Pasado un momento de la conversación doña Pilar con un poco más de confianza me comentó

‘ay yo siempre soñé con tener una hija profesional, lo único que queda es que la niña menor estudie, la tengo matriculada en Transformemos y la llevo todos los sábados, las otras dos se fueron muy jóvenes de acá de la casa, viven en Cúcuta, el papá no colaboró

pa que estudiaran porque él era muy celoso con ellas. Las niñas si me decían que a ellas no les gustaba el campo y que querían hacer algo más, por eso se fueron' (notas diario de campo, 23 de septiembre de 2008)

Frente a este deseo doña Pilar intentó mediar la negativa de don Marcos sin mostrar una abierta oposición a su voluntad, puesto que decidió acompañar a Libia cada fin de semana a Sardinata, llevándola y recogiénola en el colegio, e incluso permaneciendo con ella en los espacios de receso entre las clases mientras le llevaba las onces, de esta forma don Marcos se sentiría más tranquilo y cedería en su negativa. Con esta estrategia doña Pilar buscaba evitar que su hija menor se fuera tan pronto de su casa como las demás, quienes según varias personas de la vereda se habían marchado muy jóvenes, “huyendo” con hombres con los que habían tenido relaciones cortas, que habían pasado desapercibidas por las demás personas de la comunidad.

Tres años después de esta primera conversación tuve ocasión de volver a visitar la casa de doña Pilar, y dado el reciente grado de su hija Libia, tocamos de nuevo el tema de la educación de ésta. De esta forma, me contó que entre los planes de Libia estaba el de descansar de la escolaridad un año, buscando tener tiempo para decidir qué le gustaría estudiar, frente a lo que yo opiné que era bueno que empezara a ver cuáles eran sus intereses para poder enfocarse en una formación en la que se sintiera cómoda, con el objetivo de que no perdiera su motivación. Frente a mi opinión doña Pilar agregó: *claro, eso toca antes de los 18, más ella de mujer, no se puede esperar tanto*. Esta última afirmación me remitió de inmediato a la representación de que las mujeres salen más pronto del hogar de origen que sus hermanos varones, que para el caso puntual de doña Pilar se relacionaba con la experiencia de huida de sus dos hijas.

Desde esta situación, el apoyo materno a los proyectos de continuidad educativa de las hijas se concentra sobre todo en postergar su salida del hogar, o de hacer que esta se de en condiciones de menor vulnerabilidad o dependencia, puesto que a diferencia de su progenie, salvo por un caso, ninguna de ellas culminó la primaria e incluso una de las entrevistadas de esta primera generación no sabe leer ni escribir

(...) lo único que le puede dejar a los hijos es eso, todo lo más que yo alcance para ellas se los doy y Miguelito lo mismo, no ve que uno se muere y ellas qué hacen, en cambio con estudio pues buscan un trabajo y ven por ellas mismas, si eso es usted que su papá le dio el estudio y consigue pa sus cositas. Uno les da eso, porque de pronto más adelante consiguen marido y no les sale bueno, pues tienen como ver por ellas mismas (Notas diario de campo, conversación con doña Luciana, 20 de diciembre de 2010)

De esta forma, la educación se plantea como una estrategia para brindar movilidad a sus hijas, esperando que con esta herramienta sean menos susceptibles al abuso de pareja [*si no le sale bueno el marido pues tienen como ver por ellas mismas*], o que puedan conformar un vínculo conyugal a través del que garanticen una vida con menores sufrimientos que los que puede brindarles el contexto existente, disminuyendo así su dependencia y vulnerabilidad. Este es el caso de doña Delia, que se enfrentó a la opinión de su esposo para lograr que sus hijas se fueran al pueblo a estudiar

Él al principio no quería ni dejarlas ir a Sardinata a estudiar, fue que yo me le metí, que qué iban a hacer esas chinas por acá, que quedarse aquí y empezaran a crecer y se enmozaran por ahí con uno de los obreros, y les tocara por ahí aguantar mierda, tener que pedirles hasta por unos calzones, sometidas ahí con un tonto que no sabe nada... y las mandamos a estudiar a Sardinata (Diario de campo, 12 de enero de 2011)

Doña Delia, la única mujer de la primera generación de entrevistadas que cursó algún grado de secundaria, consideró importante que sus hijas continuaran sus estudios de bachillerato y posteriormente ingresaran a la universidad. Dado que su grupo familiar fue uno de los más prósperos en la economía cafetera de la vereda y a que buena parte de su familia y de la de su esposo residen en zona urbanas, sus hijas estudiaron de manera presencial en una de las instituciones educativas del casco urbano de Sardinata, e ingresaron a programas de educación superior en Cúcuta y Bogotá.

No obstante, el acceso a educación después de finalizado el bachillerato aún es una opción bastante limitada para las jóvenes de la vereda. Salvo por las hijas de doña Delia, quien desde su trayectoria particular las impulsó en este proyecto, sólo conocí dos jóvenes más que habían cursado estudios técnicos en el SENA, a quienes no tuve la oportunidad de entrevistar -pues ya no residen en El Cerro-. Una de ellas recibió una formación tecnológica subsidiada por una de las compañías que explotan minas de carbón en el municipio, empresa ésta que la vinculó laboralmente una vez finalizado el proceso educativo.

La madre de la última joven mencionada, doña Linda, me habló de cómo había impulsado a su hija a que continuaran sus estudios después de la primaria. De esta forma, ella debió permitirle que desde los doce años residiera en Sardinata en casa de su madrina, para la que trabajaba en el servicio doméstico o atendiendo un local comercial. El esposo de doña Linda nunca apoyó económicamente este proyecto, pues para él invertir en la educación de las mujeres *era plata perdida*, argumentando *que ellas luego*

se iban y buscaban marido y no hacían nada con el estudio. La hija menor de doña Linda no debió desplazarse a Sardinata como su hermana [*pude tenerla un poco más acá en la casa*], puesto que se benefició de un programa de bachillerato flexible.

También quisiera referir cómo algunas de las mujeres entrevistadas destacan la importancia de los subsidios de educación, otorgados por el programa *Familias en Acción*, a través de los que lograron sortear de una u otra forma el desinterés de sus esposos frente al proyecto educativo, o las dificultades de proveeduría experimentadas por éstos, para cubrir algunos gastos asociados a la permanencia escolar de sus hijos (libros, cuadernos, uniformes). En el caso particular de una entrevistada, se hizo referencia a cómo su participación en estos programas había suscitado pequeñas resistencias de su esposo, quien inicialmente no concebía que ella fuera con frecuencia al pueblo y menos aún que el dinero del subsidio no fuese administrado por él. Así lo cuenta su hijo

M.E.: Y con lo de *Familias en Acción* se empezó a... **A.O.:** Ah sí, ahí ya la plata y lo que necesitáramos, porque él casi no se preocupa que toca que comprarle cuadernos, que toca que comprarle... nada. Como ese casi no estudió, cuando eso un cuaderno y no más, un lapicero por ahí, en cambio ahora sí ya exigen más, pues él no mira eso **M.E.:** Pero entonces su mamá, ¿cómo empezó a darse cuenta que empezaba a sacudirse? **A.O.:** Porque se le paraba, decía me voy pa' Sardinata y se iba **M.E.:** ¿Es que al principio no la dejaba irse pa' Sardinata? **A.O.:** O sea cuando llegamos ahí, al Cerro, de una vez salió ese programa y mi mamá se fue a ese programa a Sardinata, como que es en esa época, mamá de una vez nos metió, de una vez salimos, eso fue de una vez, entonces mi mamá dijo que no, que necesitaba irse a cobrar y a meter unos papeles y eso, y como que no le gustaba cuando eso, pero mamá dijo que no, que se iba y se iba, y se iba (entrevista a Alfonso Olarte, 17 años)

De esta forma, estos programas pueden llegar a tener un impacto en las trayectorias familiares particulares, dada su incidencia en la resolución de ciertas necesidades prácticas de estas familias. No obstante, aún con los significados que atribuyen algunas mujeres al manejo de estos ingresos, las resistencias que se puedan llegar a dar en el marco de esta situación siguen siendo limitadas o inexistentes.

Como primera medida es importante resaltar que estos programas están diseñados partiendo de la naturalización de un orden existente de género, a partir del cual "(...) Las madres beneficiarias son incluidas dentro del programa bajo el rol de madres-cuidadoras, construido con base a la división sexual del trabajo, en donde se busca dar respuesta a los intereses que se desprenden de la maternidad, el bienestar de la familia y del hogar" (Ochoa 2010: 57).

Por otra parte, también entran las percepciones del programa concebido como “ayuda”, en las que se refuerzan las ideas del papel del Estado como posible proveedor de “ayudas” monetarias o materiales, que podrían ser suplidas desde otro enfoque. De esta manera, nunca se menciona la necesidad de establecer exigencias comunitarias para el mantenimiento o reforzamiento de los programas de bachillerato flexible²⁸, puesto que se piensa más en la vinculación particular a los programas de subsidio y en las limitaciones económicas cuando los hijos cumplen la edad límite para su permanencia en éstos, o cuando de manera arbitraria son retirados de los listados de beneficiarios (que en mucho dependen de favores políticos).

Este fenómeno ha sido considerado por otros análisis en torno al impacto de este tipo de políticas, que plantean cómo los programas de erradicación de la pobreza generan un desplazamiento de las ideas de ciudadano y garantía de derechos, por las de integración del *pobre* y sus *necesidades básicas insatisfechas* (Ibíd. 81). De esta forma, este tipo de programas pueden categorizarse en lo que el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2003) denomina *políticas de gestión regulada*. Para dicho autor, estas políticas están orientadas, más que a la superación de las situaciones de exclusión y desigualdad, al mantenimiento de unos límites “tolerables” de éstas, es decir, de unos niveles que no pongan en riesgo la gestión estatal y su legitimidad.

Desde el panorama hasta aquí presentado, la mayor parte de las entrevistadas de ambas generaciones depositan en la educación la esperanza de movilidad de las jóvenes. Ninguna de las mujeres de la segunda generación con las que tuve la oportunidad de conversar se proyectaba residiendo a futuro en un sector rural, ideal desde el que reforzaban la importancia de la educación como garantía de una vida urbana. Este deseo plantea una prolongación de su distanciamiento frente al “trabajo material”, del que en muchos casos han sido partícipes, pese a la imagen contraria representada en algunos ideales de feminidad y masculinidad en la vereda.

²⁸ En este momento los jóvenes que se empiezan a vincular a programas de bachillerato flexible prefieren hacerlo con instituciones privadas de “validación”, puesto que los programas oficiales tienen retrasos en el inicio de las clases, se piensan como de “menor calidad” y en la actualidad no tienen el valor agregado de ofrecer algunas clases en la vereda, tal como ocurría cuando la primera generación beneficiaria accedió a éstos en una vereda cercana.

De esta forma, este tipo de trabajo que ha sido considerado como “propio” de los hombres por ellas y sus familias, no se plantea como un posible espacio de transformación de las relaciones de género, puesto que muchas de ellas han estado vinculadas a éste sin ver ningún cambio. Asimismo, sus proyecciones se inscriben en el panorama general de su generación, que busca distanciarse de las trayectorias rurales de sus familias; percibiéndolas como escenarios desgastantes corporal y emocionalmente, que no representan las retribuciones socioeconómicas deseadas.

Aún desde las expectativas que han sido puestas en la educación como posibilidad de disminuir las relaciones de dependencia y, por ende, la vulnerabilidad de las mujeres jóvenes frente a sus posibles parejas, difícilmente su sexualidad empieza a desligarse de las normas matrimoniales o deja de ser pensada como reproductiva [heterosexual] y masculina. Así las cosas, solo existe un desplazamiento de algunas representaciones de la feminidad: el embarazo que antes era recalcado como “deshonra” para la joven, según los relatos de la primera generación y del grupo generacional que le antecede, es presentado ahora como un obstáculo para la continuidad de un proyecto escolar en las mujeres jóvenes

Yo si les digo a las chinas que estudien, que aprovechen, que salgan adelante, yo no les prohíbo que tengan novios ni nada de eso, nunca les he prohibido porque eso sería una tontería, pero yo si les digo que se den a respetar, que primero se conozcan, que hablen, pero es que los hombres ahora no quieren sino pedírselo, que la pruebita. ¡No, qué cuento de la pruebita ni qué ocho cuartos!, yo mando a volar a un hombre, si lo quiere a uno pues lo respeta, pues que hablen y lo respeten a uno, yo tuve novios como desde los catorce, pero todos me respetaron (Diario de campo, 12 de enero 2011, doña Delia)

Pese a que en repetidas ocasiones se haga referencia a los “cambios” que han tenido lugar entre una y otra generación, en términos de la disminución del número promedio de hijos, del uso de anticonceptivos y del desvanecimiento progresivo de la figura de los padres autoritarios, esta información parece no atravesar los imaginarios en torno a la sexualidad femenina que son inculcados a las jóvenes generaciones. Así, las vivencias en torno a la sexualidad de las mujeres son planteadas en términos de riesgo, es decir, como una conducta directamente relacionada con el plano de lo reproductivo, cuyas principales consecuencias serán vividas por ellas.

Por otra parte, la exposición del embarazo como uno de los principales obstáculos para dar continuidad al proyecto educativo, no conlleva a un cambio en los mensajes inculcados a las jóvenes en su crianza, sino que por el contrario se presenta como el escenario de reproducción de todas aquellas representaciones de la sexualidad que las

plantean como sujetos pasivos, vulnerables a los “ataques” y “engaños” de los hombres, que se convierten en la representación de una sexualidad por naturaleza incontrolable, y por ende, libre.

Capítulo 4. “Es que mi trabajo es a la sombra”. Vinculación laboral remunerada y proyectos de movilidad masculina

El inicio del manejo de ingresos económicos asociados a la producción agrícola familiar o el comienzo de una vida laboral fuera del hogar de origen, aun residiendo en éste o visitándolo con frecuencia, es una anécdota destacada en los relatos de la primera generación de varones. En casi todos los casos, este evento se encuentra estrechamente relacionado con la adquisición de un nuevo estatus al interior del grupo familiar.

Para algunos de los entrevistados de esta generación, la ausencia del padre o la agudización de las condiciones económicas desfavorables de sus familias de origen hacen que este evento tenga lugar antes de la edad promedio de ocurrencia (entre 15 y 18 años). Tal es el caso de don Norberto, quien comienza una vida laboral remunerada a los once años, tras el fallecimiento de su padre, cuando tuvo que participar activamente como miembro proveedor de su familia de origen.

*“(...) entonces quedamos nosotros solos con la mamá y todo ese plaguero que había, nosotros teníamos era un pedacito de tierra ahí poquito, entonces nosotros nos tocó ir a trabajar por allá pa afuera pa ayudar a la mamá. Nosotros comenzamos a trabajar desde la edad de once años **M.E.:** ¿De once años? **N.P.:** Sí, de once años (...) ya cuando papá murió. Sí, porque él primero eran los negocios entonces no nos sacaban porque éramos pequeños, pero ya... nosotros salíamos a trabajar por allá por fuera y ella se quedaba con los pelados pequeños a palear por ahí lo que había, la cañita y por ahí las maticas de café, entonces de eso vivimos” (entrevista Norberto Peñaloza, 52 años)*

Asimismo, don Alcides (63 años) tuvo su primer “empleo” fuera del ámbito familiar a los 10 años, trasladándose a vivir a la casa de “su patrón”, don Miguel. Esta situación, más que estar asociada al inicio de una vida de trabajo remunerado, representa la continuidad de su formación masculina, interrumpida por la situación económica desfavorable de su familia. Dado su carácter de campesinos sin tierra, la inexistencia de una economía

agropecuaria familiar se presenta como un obstáculo en el alcance de niveles mínimos de subsistencia y, por ende, en la posibilidad de “adquirir bienes” y empezar una vida económica propia.

M.E.: ¿a qué edad empezó a trabajar más o menos? A: Cómo...apenas así... me fui...porque mi mamá era muy pobre y mi papá...no tenían con qué darnos de comer
M.E.: ¿Pero más o menos cuantos años tenía? A: Como unos ocho o diez años. M.E.: Empezó a trabajar con Don Miguel A: Y me salí, me salí ya hombre, dieciocho y pico. (...)
M.E.: ¿A qué actividad se dedicaba su papá? A: A trabajar en agricultura. M.E.: ¿y su mamá? A: Mi mamá, pos ama de casa, lavando ropa ajena para mantenernos a nosotros y pues muchas cosas, porque mi papá no tenía la propiedad cuando eso no, porque mi papá no tenía propiedad.

Desde este panorama, “su patrón” es descrito como una especie de “socializador” laboral, benévolo proveedor de trabajo, hospedaje y alimentación. Don Alcides lo define como su “segundo padre”, la figura masculina que lo “inició” económicamente enseñándole las faenas agropecuarias

(...) cuando nosotros ya salimos de la escuela, porque nosotros fue poco lo que estuvimos allí, a los ocho-nueve años yo le dije a Don Miguel que me diera trabajo y me fui (...) M.E.: ¿Entonces para usted quién fue Don Miguel? A: El papá, el segundo papá, buenísimo, buenísimo (...) M.E.: ¿Y cómo era el trato hacia usted? A: Buenísimo. Y me enseñó a tocar la guitarra y la bandola, el tiple y yo podía hacer en la cocina lo que quisiera cuando tenía hambre, que él decía que si este está comiendo po' allá es que tenía hambre, dejarlo
M.E.: ¿Lo reprendía Don Miguel? A: Sí pero él no era grosero ni repelente ni nada. Entonces yo ya estaba grande y yo dejé eso. Cuando eso, yo era arriero de él, cargaba las mulas de él y me iba pa' Lourdes y la Pailona y mandaba a hacer almuerzo don Miguel pa' allá y arreglaba las mulas y me iba pa' allá pa' arriba, me bañaba y yo trabaja todo el día de Lunes a Viernes. M.E.: ¿Y por qué cree usted que actuó como su segundo papá? A: Porque él fue como un segundo papá porque si no hubiera sido por don Miguel, por Dios y la Virgen que no lo desampara a uno, pero yo con don Miguel no dejé de jugar nunca al bolo el lunes y llegaba y me encontraba en el bolo y no me decía nada. Y él nunca me miró feo y nunca me dijo una grosería ni nada.

Aún en otras circunstancias, este hito se presenta como un escenario de adquisición de capacidades y valores asociados a la proveeduría masculina. Este aprendizaje, ligado al acceso a recursos económicos, abre también la posibilidad de participar activamente de múltiples ámbitos de diversión y sociabilidad (fiestas, consumo de licor, visita a prostíbulos). Dichos espacios, fundamentales en la reafirmación de los atributos y privilegios masculinos, deberán ser progresivamente articulados a prácticas de ahorro y preparación de una futura vida conyugal.

Este último hecho se hace evidente en la trayectoria de otro de los entrevistados, a quien le era restringido dicho espacio de tránsito. Su padre se oponía a que generara ingresos fuera de la propiedad familiar, limitando también su participación en el manejo de los

recursos económicos de ésta, preocupado porque gracias a la adquisición de cierta autonomía económica conformara un nuevo núcleo familiar y “lo abandonara”: *‘él dijo que nosotros los menores no podíamos casarnos, que teníamos que quedarnos ahí con él, él era muy estricto (...) eso no le gustaba que nosotros trabajáramos por fuera, que si era que ya nos estábamos poniendo a trabajar pa’ nosotros como si no hubiera nada que hacer en la finca’* (diario de campo, enero 2012, conversación con Delio Vega, 48 años).

En estos relatos alrededor de este hito económico, ninguno de los entrevistados del primer grupo generacional diferencia su trayectoria laboral de la de sus padres y abuelos. Todos plantean que el inicio de su vida laboral remunerada se enfocaba en dar continuidad a las actividades agropecuarias en las que habían sido socializados. Las únicas alusiones a una diferencia generacional se referían a la necesidad de acumular un mayor patrimonio que el de sus familias de origen, aun dedicándose a las mismas actividades.

El quiebre de las trayectorias económicas de algunos entrevistados de esta generación se da más bien durante el ejercicio de la paternidad, ante las “nuevas” demandas de su progenie (educación, deseo de una vida urbana, etc.), tal como lo señalo en el capítulo segundo. Es así como varios de ellos plantean haberse cuestionado el uso de la fuerza de trabajo familiar, a diferencia de lo experimentado por ellos en sus familias de origen: *‘él se afanaba mucho por trabajar [su papá] y de pronto ya me diferencio porque a yo me gustaría más bien buscar la parte de negocio, o sea cómo tener ganancias sin utilizar tanto el trabajo de la familia’* (entrevista Ángel Olarte, 46 años)

En el caso de don Ángel, las rupturas existentes entre su recorrido económico/laboral y el de sus padres han sido impulsadas fundamentalmente por su trayectoria política y su participación en procesos de organización comunitaria. De esta forma, ya después de haber iniciado una vida conyugal, él decide continuar con sus estudios de secundaria (sin culminarlos) y vincularse a un programa de formación técnica en el área de la salud, así como a distintas capacitaciones asociadas a su rol como líder social.

Este proceso político y educativo de don Ángel, se traduce en la adquisición progresiva de un mayor capital social²⁹. Las relaciones sociales e institucionales establecidas por él a lo largo de su trayectoria política le han permitido acceder a nuevas opciones de empleo, siendo contratado por la alcaldía municipal como maestro de obra o como facilitador de procesos comunitarios³⁰. Aunque estos contratos no sean garantía de un “trabajo estable” (continuidad, prestaciones sociales, seguridad social permanente), representan mejores condiciones laborales que aquellas ofrecidas por los trabajos disponibles en la vereda (mayores ingresos, posibilidad de nuevas ofertas).

Por su parte, otro de los entrevistados de esta generación decidió culminar sus estudios de bachillerato ya siendo adulto y pudo vincularse como docente de otras áreas rurales. A pesar de que la mayor parte de los maestros rurales del municipio son contratados a través de órdenes de prestación de servicios (lo que disminuye sus garantías laborales), y de que la renovación de su nombramiento depende en muchas ocasiones de prebendas políticas a cambio de respaldo electoral, su salario es superior al nivel promedio de ingresos de la vereda, así como lo es el prestigio social de su actividad.

Excepto estos dos casos, los demás hombres de esta generación tienen una historia económica/laboral cercana a la de sus familias de origen. Si bien algunos de estos entrevistados se han vinculado ocasionalmente a otro tipo de actividades –contratos temporales en las minas de carbón del municipio-, dichos empleos no pasan de ser una estrategia económica en épocas de menor demanda laboral o de disminución de la producción agropecuaria en la vereda.

En el caso del segundo grupo generacional, la educación -entre otros factores-, se presenta como un elemento dinamizador de las trayectorias socioeconómicas respecto a

²⁹ Dicho capital, de acuerdo con la propuesta del sociólogo francés Pierre Bourdieu, se expresa en “(...) los recursos que pueden ser movilizados por los actores en función de la pertenencia a redes sociales y organizaciones” (Chihu Amparán 1998: 184)

³⁰ Don Ángel hizo parte del equipo ejecutor de varias actividades asociadas al proyecto “Il Laboratorio de Paz del Norte de Santander” (2008), de la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional -ACCIÓN SOCIAL-, que contaba con recursos de la Unión Europea. En palabras de la agencia ejecutora, este proyecto buscaba “(...) establecer y consolidar en tres regiones del país (Macizo Colombiano / Alto Patía, Oriente Antioqueño y Norte de Santander) espacios y procesos territoriales, institucionales, sociales, económicos y culturales, priorizados y sostenibles, resultando en un menor nivel de conflicto y violencia, así como de vulnerabilidad de la población” (tomado de: <http://www.laboratoriodepaz.org/publicaciones.php?id=27785> Página consultada el día 1 de noviembre de 2012)

la generación antecesora, o al menos de las expectativas frente a sus trayectorias. Por una parte, algunos de los entrevistados más jóvenes hablaron de su baja implicación en las actividades agrícolas familiares durante el tiempo escolar, prolongado con la continuación del bachillerato, que en tres de los casos implicó residir fuera de la vereda por uno o dos años.

Por otra parte, aunque los jóvenes hayan sido socializados en las mismas actividades económicas de sus padres y abuelos, estando vinculados a éstas en alternancia con su quehacer escolar, ninguno de ellos expresa un deseo de dar continuidad a la trayectoria económica de sus familias, pues la evalúan como un escenario desgastante y poco prometedor. Estos entrevistados enfatizan en sus relatos las diferencias existentes entre ellos y sus padres en relación con sus expectativas y proyectos económicos.

Este es el caso de Camilo, quien desea continuar con algunas actividades asociadas al entorno rural -negociante de animales de carga-, pero desde la perspectiva de un “hombre de negocios” que reside en el casco urbano y “vive la vida” -va a fiestas, bebe, tiene suficientes ingresos económicos-. De esta forma, su relato, así como el de otros entrevistados de su grupo generacional, busca establecer un contraste permanente entre sus proyectos laborales/ocupacionales y los de sus padres, resaltando su menor desgaste físico y mayor rentabilidad

‘Es que mi trabajo es a la sombra... uno puede trabajar sin desgastarse tanto, hay que usar la inteligencia, la cosa es manejarlo, echarle cabeza (...) Mi trabajo es a la sombra, yo pongo unas dos bestias ahí en la esquina que le digo, y uno va tomando cerveza y eso, y si llega un cliente pues uno ofrece la bestia, ya está establecido que el que venda gasta la cerveza, porque como con eso se gana hartito (...) yo en unos años sigo con esta finca ya después de haberla puesto bonita, pero entonces dejo un medianero, y yo me quedo con una buena bestia con la que subo varias veces a la semana, miro que todo esté bien y me voy al pueblo otra vez (Fragmentos diario de campo, reconstrucción de conversaciones diciembre 2010 y enero 2012)

“La sombra”, figura que para algunas personas de los otros grupos generacionales equivalía a un lugar ideal para el “trabajo femenino”, en el caso de Camilo representa un marcador de movilidad socioeconómica respecto a las generaciones que le anteceden. De esta forma, sus proyectos contrastan con el lugar de enunciación de varios hombres mayores, quienes daban gran valor a la capacidad “de aguante” [frente al “sufrimiento”], que al ser indispensable para su subsistencia en condiciones adversas es convertida en un elemento central de su identidad masculina-campesina-cristiana.

“¿Qué debe tener un hombre para ser un buen hombre?”, le pregunté a don Alcides (generación antecedente) durante su entrevista, a lo que respondió sin vacilar: “Sufrir y pasar trabajos, porque los trabajos y la pobreza y las humillaciones lo amansan a uno”. Asimismo, Don Juan (generación antecedente) resalta la importancia del sufrimiento en la formación de su hijo varón, valorando la configuración de una serie de disposiciones ascéticas que garantizan la reproducción del grupo familiar: [¿Y cómo es la relación con su hijo?] Pues muy respetuosa, muy buena, porque, pues ellos no están, están por allá, y están empezando a sufrir, pero yo creo que eso les sirve, porque cogen un camino más... más recto.

De esta forma, el sufrimiento se convierte en un espacio de afirmación identitaria en los relatos de varios hombres de la generación antecedente, y por ende, de exaltación de la dignidad individual y social expresada en una “capacidad de aguante” que les ubica por encima de su “posición objetiva” -frente a la que expresan inconformidad- (Viveros, 1993 Óp. Cit.). Aunque este postulado coincida en mucho con el análisis que empleé para hablar de las interpretaciones de la enfermedad, cuando esta es explicada desde causalidades sociales –tercer capítulo-, la razón por la que lo vuelvo a traer a colación es la manera en la que condensa la idea de *hacer de la necesidad virtud*, desde la que se expresa esta validación del sufrimiento.

Otros entrevistados de este grupo, como es el caso de don Arnulfo (68 años), usan en sus relatos expresiones equivalentes al “sufrimiento”, encaminadas a establecer un contraste entre ellos y las generaciones más jóvenes y “menos sufridas”: “M.E.: ¿Ahí fue cuando empezó a trabajar más parejo? A: Sí, eso le tocaba a uno camellar, era arrecho cuando eso, ¡ahora qué pingos!, ahora se levanta toda esa chinamenta por ahí a las siete y si pueden dormir hasta las ocho, nueve, diez, nadie les hace bulla, sí”.

Por su parte, los entrevistados de la última generación hacen pocas referencias a situaciones de “sufrimiento” o “sacrificio” y, en caso de mencionarlas, las resaltan como etapas de necesaria superación que fortalecieron su deseo de generar rupturas y “salir adelante”, más que como elementos constitutivos de su identidad. Esta idea se hace explícita en el caso de Camilo: su continuidad en un escenario rural, teniendo “la posibilidad” de emprender otro camino, sólo será legítima en tanto que las labores ejercidas no impliquen un mayor desgaste físico. De la misma forma, dichas actividades deben estar asociadas a la obtención de un nivel de ingresos suficiente para llevar una

“cómoda” vida urbana. Para los demás entrevistados de esta generación, el contexto rural actual no brinda alternativas económicas atractivas.

Este es el caso de Deiber (15 años), quien me habló de su desinterés por las actividades “del campo”, a diferencia de su hermano Camilo: *‘no, a mí no me gusta trabajar ni nada de eso, a mí me gusta ganarme el dinero de otros modos [¿y qué otros modos hay para ganar dinero?] pues con el estudio y eso’, [¿A Camilo no le gusta estudiar?] No, a Camilo si no le gusta eso, mi mamá a ratos empieza a picarlo para que estudie, él no le dice nada, a lo que ya se molesta le contesta, pero entonces mamá le dice ¿es que a usted no le pican las hormigas?...’.* (Notas diario de campo).

Como ya lo mencioné, aunque esta intención de ruptura con el “trabajo material” se hace explícita en las narrativas de los hombres más jóvenes, su aparición empieza a elaborarse desde los relatos del primer grupo generacional (si bien sus trayectorias ocupacionales no distan en mucho de las de la generación antecedente), asociada al ejercicio de la paternidad: una buena parte de estos entrevistados “acceden” a que su progenie se distancie de las labores “del campo” con el objetivo de dar continuidad a su formación escolar. No obstante, esta “concesión” es más el producto de una interpelación familiar que el resultado de una reflexión individual, hecho que se hace visible en las diferencias existentes entre las trayectorias económicas de hijos e hijas de una misma familia, dependiendo de su edad

M.E.: ¿Y su hermano Augusto cómo hacía pa venir a estudiar la primaria? A.O.: pues él iba por ahí tres días, por eso es que dice que casi no pudo terminar el quinto, porque iba tres días a clase y ya dos días faltaba... M.E.: Pa jornlear A.O.: Sí M.E.: Y su papá no decía nada... o sea lo sacaba de normal A.O.: No sí, jmmm pa'l estudio sí... está crítico M.E.: ¿Por qué? A.O.: O sea que él no se esmeraba que los hijos sacaran el tiempo necesario pa'l estudio, o sea pa' trabajar les quedaba tiempo y trabajos que no fueran forzados, pero esto que le importaba más el trabajo que el estudio, hasta que él mismo yo creo que cayó en cuenta, porque... M.E.: ¿Cayó en cuenta con el tiempo? A.O.: Que el estudio era lo mejor M.E.: ¿Y eso qué fue pa' caer en cuenta? A.O.: Ya que nosotros nos echamos a...pues ya que transcurrió el tiempo, y ya todo era casi ahorita pa', o sea pa' algo ya tiene ahorita que estudiar, tener algo, un estudio, y que ya el trabajo se echó a acabar así, aquí que el jornal y eso, entonces que de eso solamente no se podía depender (Entrevista a Alfonso Olarte)

En el caso de Alfonso, quien alterna desde hace un año su vinculación “al jornal” con sus clases de bachillerato los fines de semana en Sardinata (antes estudiaba “día a día” en el pueblo), el “trabajo material” es presentado como una “estrategia temporal” encaminada a generar los recursos económicos necesarios para culminar la secundaria y vincularse

al Ejército Nacional: **M.E.:** *¿Y a usted le gusta el trabajo que hace?* **A.O.:** *Pues por la ocasión, me toca como se dice, pero yo casi el campo no* **M.E.:** *¿Por qué?* **A.O.:** *O sea yo me adapto como más al pueblo, y eso es por, yo quizás el campo quizás este año, como se dice, porque después me voy a prestar servicio y ya quizás me abro, yo creo que al campo no vuelvo* (Entrevista a Alfonso Olarte, 17 años).

Para Alfonso el servicio militar obligatorio se presenta como una vía de ingreso a las fuerzas armadas regulares, a través de la que podrá garantizar el posterior desarrollo de una carrera como soldado profesional. Dicho proyecto no es exclusivo de este joven: la mayor parte de los hombres de su generación contemplan [o contemplaron] enlistarse en alguno de los grupos armados regulares (Policía y Ejército Nacional, principalmente). Camilo (18 años) y Roberto (22 años) intentaron, sin éxito, ingresar como patrulleros de la Policía Nacional, uno de los hermanos de Alfonso se desempeña como soldado profesional, mientras que el otro acaba de ascender a Sargento del Ejército Nacional. A su vez, los hijos de otras familias de la vereda también están vinculados a esta última institución, mientras que Pedro, el mayor de los entrevistados del grupo, prestó servicio militar obligatorio.

Este proyecto de vinculación militar, escenario de la última generación, amerita una profundización. Para hacerlo reconstruiré los relatos de algunos de los entrevistados en torno a su deseo de vincularse a las fuerzas militares, o a la vinculación armada de algunos de sus familiares, identificando las expectativas, trayectorias, motivaciones, resistencias y características personales que se expresan en este deseo. Paso seguido haré un análisis de las dinámicas que se tejen en torno a este proyecto, partiendo de las propuestas teóricas y categorías analíticas de algunos investigadores colombianos que se han ocupado del tema; en este punto se concentrarán los últimos dos apartados del capítulo.

4.1. “Fe en la causa”: movilización armada y “abandono” de la “esclavitud” rural

“Fui lo que otros no quisieron ser, fui a donde otros les daba miedo ir e hice lo que otros no pudieron hacer, no le pedí nada a aquellos que nada daban y acepté con renuncia el pensamiento de la eterna soledad en caso de fallar, he visto la cara del terror, he sentido el templado frío del temor y saboreado el dulce sabor de un momento de amor, he llorado, sufrido. Deseado, pero más que todo he vivido momentos que otros piensan que es mejor olvidar. Con orgullo algún día podré decir que fui soldado de Colombia. Beta 22 Mocha. 24 de septiembre de 2006”.

El anterior epígrafe corresponde a la leyenda impresa sobre una de las fotografías que decoraban la sala de la familia Olarte Monsalve. En dicha foto se encontraba al hijo mayor de pie, vestido de camuflado, cargando su armamento de dotación: Augusto es ahora sargento del Ejército Nacional, vinculado a las Fuerzas Armadas hace un poco menos de una década. Fue en la casa de esta familia donde escuché las primeras referencias al proyecto de vinculación a los grupos armados legales de algunos jóvenes de la vereda, principalmente a la Policía y el Ejército Nacional.

Augusto se enlistó en el ejército a través del servicio militar obligatorio, siendo reclutado mientras trabajaba en Barbosa, Santander, durante un período de cosecha cafetera³¹. Una vez cumplida la etapa de vinculación obligatoria, decidió enlistarse de manera definitiva con el propósito de hacer carrera como soldado profesional. Algunos años después, Rodolfo, otro de sus hermanos, iniciaría su período de servicio militar obligatorio, tras el cual se vinculó también como soldado profesional.

En mi última estancia en El Cerro, don Ángel, el papá de Augusto, había viajado a la ceremonia de ascenso de su hijo, quien culminó su curso de suboficial del ejército, aprovechando algunas condecoraciones recibidas en su desempeño como soldado profesional y valiéndose de un préstamo bancario para cubrir los costos asociados a éste. Augusto inició y culminó sus estudios de bachillerato estando en el Ejército

³¹ Escuché al menos dos referencias de algunos jóvenes que habían ido allí para recoger café durante la temporada de cosecha, a través del contacto establecido con personas de veredas vecinas que lo hacían, y aprovechando que dicha temporada no coincidía con el período de recolección de la vereda.

Nacional, con la intención de llenar los requisitos mínimos exigidos para “hacer carrera”. No tuve la oportunidad de conversar en persona con Augusto y Rodolfo, de manera que reconstruyo algunos elementos de su trayectoria a partir de los relatos familiares.

A diferencia de sus cinco hermanos, Augusto no estuvo vinculado de manera continua al entorno escolar, cursando incluso algunos grados de primaria a extra-edad: el desplazamiento de su familia a raíz del conflicto armado, su papel de co-proveedor familiar en distintos momentos de su trayectoria socioeconómica y la no disponibilidad de programas de educación flexible, son algunas de las justificaciones que sus parientes dan a este hecho. Su hermano Rodolfo sí culminó el bachillerato antes de enlistarse como soldado profesional, aunque hizo una interrupción en su ciclo de estudios durante su período de servicio militar obligatorio.

Según lo expresaron sus hermanos, la “atracción” por este proyecto en ambos casos provino tanto de la influencia de algunos familiares, como del deseo construido entre pares. De esta forma, estos jóvenes planeaban presentarse de manera “voluntaria” para ser reclutados en el servicio obligatorio junto a sus amigos, hablando con ellos frecuentemente del tema y generando procesos de “entrenamiento corporal” adicional al trabajo cotidiano (carreras, salto de obstáculos, construcción de pozos, “aguante” de grandes pesos). Así las cosas, Lilia asocia el ingreso de otros jóvenes de la vereda o de sectores rurales vecinos con la vinculación de su hermano Augusto

“(…) el marido de María siguió, y el hermano siguió, Andrés, el finado Leo pues él ya años antes se había ido y estaba allá, Hugo trabajó como dos, tres años allá de soldado profesional y Tuto también pero a él sí lo echaron más rápido, como al año, tuvo un problema, un accidente y lo echaron, pero ellos siguieron, cuando eso era como la ilusión de ellos no, era como... el único trabajo que no tenía requisitos de estudio, y eso pues es lo que más fácil, y lo otro por el sueldo, pago de trabajo y que no tenían plata y que trabajaban y no hacían para mantenerse, qué se iban a quedar por ahí haciendo sin trabajo y eso” (Entrevista Lilia Olarte, 22 años)

En cuanto a la influencia familiar, Lilia destaca la opinión de uno de sus tíos, quien antes de fallecer les habló a sus hermanos de la pertinencia de este proyecto como escenario para la adquisición de capital escolar y económico:

Porque el hermano de mi mamá, mi tío Toño, a él lo mataron, y él antes de morir él le decía a los muchachos, a mis hermanos, que la ilusión de él era ver los sobrinos militares, pues en esa entonces eso era como una carrera, ¿sí me entiende?, lo máximo que había porque ya para estudiar ya casi nadie cuando esa entonces la gente de campo, o sea como uno, no podía irse uno pa un colegio porque los papás no se lo iban a pagar, y que si se iba para allá pues tenía que trabajar y para mantenerse uno y el colegio, entonces era más difícil, y a él pues siempre le había gustado eso, pero él nunca, no sirvió cuando

él quiso ir y entonces no se lo llevaron y ya estaba viejo y no fue, entonces él quiso ver a los sobrinos, entonces antes de morirse él le había dicho a mi hermano y a él se le había quedado eso en mente, que lo que le había dicho el tío y se fue... después de que él vino fue que le dijo a Augusto que él tenía que ir a prestar servicio como él lo había hecho y que se tenía que presentar, y él fue y presentó a Augusto (Entrevista Lilia Olarte, 22 años)

Partiendo de estos relatos, Lilia establece una distinción generacional fundamental entre sus hermanos y su padre, que guarda una estrecha relación con la vinculación militar de éstos (...) *no, por lo menos con mis hermanos Augustico ha salido más, él pues creo que ha andado toda Colombia, seis años andando, y ya él no es igual por lo menos a mi hermano Rodolfo, una diferencia poquita que le digo, y que él es menor y todo, pero él ha tenido más estudio, él ha andado más, él ha sufrido más, y él ya le lleva como más la razón a vivir a la juventud de hoy en día que a lo que la educación y el comportamiento de mi papá hacia nosotros, el cambio es totalmente diferente, ya él piensa más a futuro que al presente (Entrevista Lilia Olarte, 22 años)*

En el mismo sentido, don Ángel resalta los valores y actitudes que cualificaron a sus hijos para este proyecto, para quienes la vinculación armada no constituía una opción “dura”, sino un espacio de conversión de la necesidad en virtud “(...) *ellos han sido personas muy responsables y honestas, y como hemos sufrido tanto todo lo que hemos andado les ha tocado el trabajo duro, entonces eso para ellos a la final no es duro, en tanto que otros se retiran ellos no, están enseñados a sufrir y para ellos es fácil, sí M.E.: O sea, los muchachos se enseñaron a sufrir A.O.: Sí para ellos es fácil, cargar maleta, andar lo que sea, y ellos son muy callados, no tomar, no tener ningún hábito ni nada, no fuman, ni toman, ni nada y son responsables*” (Entrevista a Ángel Olarte 46 años)

Esa reivindicación del “sufrir” de la que habla don Ángel es muy distinta a la defendida por algunos de los entrevistados de la generación antecedente: el sufrimiento por el sufrimiento no se convierte en un modo de vida válido, en medio de un intento de producir una ruptura generacional social, económica y simbólica. De esta forma, aunque el trabajo militar diste de ser el deseado escenario “a la sombra” reivindicado por muchos de los entrevistados de la última generación, se presenta como un ámbito de ruptura laboral frente a la familia de origen, encarnando un desplazamiento frente a ésta: “es duro”, “es difícil”, pero “es diferente”. De esta forma lo analiza Alfonso, hermano de Augusto y Rodolfo, que también desea unirse al ejército, siguiendo las trayectorias familiares:

A.O.: *Pues sí, allá es... lo que yo me trato de recordar es que por allá era duro y todo, pero le hacían ver la vida como de otra manera, como se veía por acá, que todo era como esclavitud, en cambio por allá no, que dizque todo... le cambia a uno completamente la vida, o sea la forma de pensar y todo, como pa' tener las cosas... M.E.:* *O sea por acá todo era como esclavitud... A.O.:* *Sí, por acá toda la vida, y no aspirar a tener nada, ni salir a rebuscarse así como pa' tener sus propias cosas, en cambio por allá sí le enseñaron M.E.:* *A tener sus propias cosas... A.O.:* *Sí, y que si fuera a ser más respetuoso, más... sí, así todo (...) yo quizás el campo quizás este año, como se dice, porque después me voy a prestar servicio y ya quizás me abro, yo creo que al campo no vuelvo M.E.:* *Lo del ejército si le gusta A.O.:* *Ah sí... pues claro que el ejército es duro, lo que pasa es que el ejército es parte que es duro y es parte que es relajado también... el ejército me gusta porque es independiente, cada quién si quiere salir, o sea es un trabajo que cumple uno las órdenes que le den, ya si quiere acostarse a dormir, ya si quiere que pagar, o sea que si tiene plata se salga, y si no lo que le guste a él... lo que sí no me gusta es que está uno por acá tranquilo y que vaya a pelear, y servir pa pelear porque si no... es lo que no me gusta casi, o sea estar así en riesgo, pero yo lo que es alturas y eso sí, o que saltar algo así (Entrevista a Alfonso Olarte 17 años)*

De esta forma, Alfonso establece un contraste entre el contexto rural en el que fue socializado y lo que él proyecta como una vida militar, a partir de las trayectorias armadas de sus hermanos y otros parientes. Un escenario de “mayores libertades” e independencia frente a ese panorama que él plantea como de esclavitud, en el que “no se aspira a tener las propias cosas”, o a “salir adelante”. A diferencia de sus hermanos, Alfonso ha tenido una continuidad escolar desde sus primeros grados de educación secundaria hasta la actualidad, incluso estudiando durante algún tiempo en una institución educativa “día a día” en el casco urbano.

Así las cosas, aunque para este joven la vinculación militar constituya una salida económica que brinda una estabilidad laboral que no encontraría en otros escenarios accesibles para él, expresada en la posibilidad de “hacer carrera”, su decisión no puede ser analizada solo desde un plano economicista. Para Alfonso, este proyecto se asocia a la consolidación de unos valores de ruptura generacional (experimentar la vida, conocer, “tener mando” frente a otros), así como de un espacio de visibilización de ciertas capacidades y disposiciones emotivas, que podrían traducirse en capital masculino: valentía, osadía y temeridad, como elementos que se funden en una libido agonística³² que le es atractiva.

³² “Disposición mortal”, o capacidad emocional para disponer de la vida propia y la ajena (Castellanos 2011).

M.E.: ¿Y usted qué piensa hacer?, usted se quiere ir al ejército... A.O.: Pues el sueño mío es ese, y hacer una carrera, por ejemplo yo pensaba era un curso extraordinario, pero según como haya los bienes... M.E.: ¿Y por qué le llama la atención el ejército? A.O.: No sé, porque como... paga uno todo es con la vida, se puede decir, porque si se resbala, tómelo ahí, pues al final, si uno acepta eso, me parece un trabajo hasta, es hasta bacano M.E.: ¿Por qué? A.O.: No sé, anda uno y conoce y experimenta la vida, como se dice, y a corto plazo porque entra uno y ya, la carrera extraordinaria así por dos años, y ya echa uno como es mando ya a echar a ganar, y al tiempo va uno subiendo de mando y así (Entrevista a Alfonso Olarte 17 años)

El no reducir esta decisión a móviles estrictamente economicistas es la reflexión que me suscita el contenido del epígrafe con el que inicio este apartado: renunciar a los miedos, superar a “los otros”, vivir de amores “efímeros”, andar, poder recordar lo que otros olvidarían, aceptar el sufrimiento y la renuncia, ser un “orgullosa soldado de Colombia”. De esta forma, en estas iniciativas de vinculación militar confluyen móviles económicos con otros de carácter político, ético y social: “ser un guerrero” no significa únicamente empuñar las armas para obtener una buena remuneración, sino obtener réditos simbólicos que se asocian a este campo, que requieren de ciertos valores y capacidades que han sido incorporadas o ganadas por algunos sujetos en sus procesos de socialización.

En este sentido entrarían en juego algunas de las propuestas de Pierre Bourdieu, para quien “(...) el poder económico logra su mayor efectividad en la medida en que puede legitimarse como poder simbólico, es decir, en tanto que sea falsamente reconocido” (Chihu Amparán 1998). Esta legitimación simbólica, que adquiere un peso propio en las relaciones sociales (aunque difícilmente separable de otras esferas), zanja el “determinismo económico” con el que son usualmente analizadas las posiciones sociales de los sujetos, complejizando sus dinámicas de construcción. Dicha propuesta parte de la teoría de los campos o espacios sociales planteada por Bourdieu, de la que hablaré más adelante.

Volviendo a los relatos en torno al proyecto de movilización armada, encuentro a Camilo y Roberto, ambos jóvenes que buscaron vincularse como patrulleros de la Policía Nacional. En el caso de Roberto, su proceso de ingreso ha dado como resultado dos intentos fallidos, lo que aún no le había hecho desistir de la idea al momento de la entrevista (en enero de 2012).

Es importante mencionar que, desde los procesos de profesionalización que han acaecido en las dos últimas décadas al interior de las Fuerzas Armadas colombianas, la Policía Nacional ha quedado en un nivel medio de dificultad de ingreso: requiere de una mayor inversión inicial que la exigida a los aspirantes al rango de soldado profesional del ejército (Castellanos 2011). Asimismo, la Policía se asocia a unas trayectorias, capitales y expectativas que guardan algunas divergencias frente a la vinculación a rangos equivalentes de otras instituciones militares legales, que se traducen, entre otras cosas, en que esta esfera requiere de una menor disposición agonística.

En esta misma vía, el ingreso a la Policía Nacional, de acuerdo con algunos entrevistados, establece mayores posibilidades de acceso a formación profesional [académica] en simultaneidad con el ejercicio militar. Así lo expresa Roberto, quien además de adjudicarle grandes expectativas a este proyecto en términos de movilidad socioeconómica para él y su familia, complementa sus motivaciones con un deseo altruista de “servicio a la comunidad”

M.E.: ¿Y eso?, ¿desde cuándo le atrajo la policía? R: Pues es un instinto que tengo como que me entra, como que por ayudar a las personas, como por servir a la comunidad, quiero entrar a la policía y también por mí mismo, por mi familia, porque también como que hay, o sea la policía entrega como esa confianza en ayudas, que uno puede estudiar, y también lo hago por mi familia también, por ayudarlos a ellos M.E.: ¿Por qué? R: Sí porque el sueldo también es, tanto el sueldo como para mí los va a beneficiar a ellos porque los voy a ayudar, ¿sí? M.E.: Ahorita no tiene un sueldo de nada R: No, ahorita no.

Regresando a trayectorias asociadas al Ejército Nacional, me encuentro con los relatos de Pedro (26 años), quien prestó servicio militar obligatorio. Para Pedro, este carácter “obligatorio” de su vinculación fue atenuado con su deseo de “experimentar” y salir de nuevo de la vereda (él había terminado su bachillerato en un seminario de Misioneros Eudistas en la ciudad de Ocaña, Norte de Santander), presentándose de manera “voluntaria” para ser reclutado.

Después [de terminar el bachillerato] yo apenas duré por ahí seis meses, y ahí fue donde me agarraron y pues yo quería ir y eso, serví y me fui, o sea le dije a mi mamá que yo iba era a pagar la libreta, no le quise decir que yo me iba para allá, como ella a veces se ponía como nerviosa porque decían que de pronto allá me pasara algo o que era dura, y papá también, pues como papá había prestado servicio militar, que eso no era fácil me decía, yo quería y me metían como miedo (Entrevista Pedro Ojeda, 26 años).

En consonancia con lo descrito por Lilia para el caso de sus hermanos, para Pedro sus pares masculinos alimentaron el deseo de vinculación, en el marco de una construcción conjunta del proyecto de enlistarse. Esta construcción implicó, en muchos casos y

además de las conversaciones en torno al tema, un proceso grupal de “adecuación física”: “(...) con un amigo que estaba, que él es soldado profesional, lleva diez años, con él nosotros era una fiebre ambos, era colgándonos en los árboles, pasando, haciendo yumbos, todo lo que se hacía en el ejército, porque nos contaban los otros pelados que habían ido al ejército, y nosotros lo hacíamos, nos entrenábamos, decíamos ‘cuando tener los dieciocho pa’ irnos’...” (Entrevista Pedro Ojeda, 26 años).

Dado que su incorporación inicial se realizó a través del servicio militar obligatorio, Pedro no esgrime ninguna motivación de tipo económico para su vinculación, de manera que su relato se concentra en la descripción de ciertos elementos simbólicos que le resultaron atractivos de ese campo: el uniforme, la posesión de armas, los himnos, la disciplina física y emocional, la posibilidad de “representar un Estado” resignificando “la dureza” de su socialización en un contexto rural

M.E.: ¿Y por qué quería ir usted? **P.O.:** Pues yo quería conocer, o sea, quería conocer el arma del Estado, quería colocarme un camuflado, me gustaba el camuflado, quería darme de cuenta qué era el ejército, o sea, sí, cómo andar allá, cómo hacer uno **M.E.:** ¿Y de dónde le venían esas ideas así del ejército? **P.O.:** (risas) el gusto yo pensaba que, yo decía, de pronto la vida mía es bacana, estar por allá en el monte, o sea estar por allá con... es como algo como que me nacía, ser militar, así fuera duro, yo me acuerdo que cuando, o sea siempre me andaban duro y yo no me daba duro, para mí, o sea era fácil, o sea lo ponían a correr demasiado o lo acosaban, o a veces esto lo hacían pasar a usted por cuerdas y eso yo lo hacía por juego, o sea no era pesado, no era como otros que lo hacían por pesado para ellos, como difícil (...) **M.E.:** ¿Y qué le gustó? **P.O.:** Pues lo que más me gustó fue los himnos, lo que más me gustó los himnos, y una frase que decía frente a donde nos formaban, todo necesita más tiempo de lo que uno cree (Entrevista Pedro Ojeda, 26 años).

No obstante, aunque hubiese contemplado inicialmente la posibilidad de una vinculación definitiva a la institución, una vez culminado el período obligatorio Pedro desistió de la idea, aun cuando obtuvo una libreta militar con “conducta excelente” (garantía de acceso directo). Entre las razones para desistir Pedro resalta la preocupación de su mamá al verlo expuesto a un riesgo permanente, así como una oferta de trabajo como docente rural. Esta última oferta, así como sus propias razones para abandonar el proyecto, puede ser abonadas, en parte, a la misma razón: Pedro había recibido una educación secundaria por encima de los niveles locales, que a su vez llevaba implícitas ciertas normas de conducta y trato que le resultaban incompatibles con las formas de relacionamiento castrenses. Desde esta postura, el capital educativo y social de Pedro

actúa como un factor desestimulante de su movilización bélica permanente.

“Pues yo... por una parte me gustó y por otra parte no, por el trato, o sea yo pienso que como yo venía de un misionero, allá lo tratan a uno bien, sí, con respeto y todo, en cambio en el ejército este huevón, muévase, que rápido, y lo hacen que uno haga todo es como rápido, o sea enérgico, o sea quieren es que, de pronto la milicia, que usted sea ligero, y si no pues lo matan, si usted no es rápido pues se muere” (Entrevista Pedro Ojeda, 26 años)

Hasta aquí he expuesto algunas de las representaciones, expectativas y trayectorias puestas en torno al deseo de vinculación armada de los jóvenes de la última generación, en el marco de una apuesta de ruptura generacional. En los apartados que siguen desarrollaré un análisis teórico de este fenómeno de vinculación masiva (o del interés recurrente en ésta), valiéndome de otros estudios realizados en Colombia en torno al tema.

4.2. El Mercado de la violencia en Colombia: la construcción de subjetividades bélicas en el contexto neoliberal

Aunque la vinculación a cada tipo de institución militar implica unas trayectorias y aspiraciones particulares, las proyecciones militares de los jóvenes entrevistados tienen algo en común: ellos hacen parte de una generación [socializada entre la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI] que se enlistó masivamente en las armas (Castellanos 2011). De esta forma, estos hombres crecieron durante un momento “culminante” para el desarrollo del mercado ilegal de la guerra en Colombia (aumento de bandas delincuenciales y carteles), con un incremento, en iguales proporciones, de los grupos armados legales destinados a su control y persecución. Es así como “El conflicto armado generó (...) alrededor de trescientos mil puestos de trabajo legales e ilegales, siendo el mercado legal el principal (80% y 90%)” (Ibíd. 130)

De acuerdo con el sociólogo Juan Manuel Castellanos, este pie de fuerza legal ha tenido tres momentos históricos en su dinámica de crecimiento: “(...) una primera etapa de estabilidad numérica hasta 1982, una etapa de crecimiento lento hasta 1999, y una etapa actual de crecimiento acelerado a partir del 2000, que se proyecta hasta el 2010” (Ibíd. 123). Dicho incremento numérico ha estado estrechamente asociado a una transformación de tipo cualitativo, reflejada en la progresiva profesionalización, tecnificación e integración de este ejército de reserva: incremento de requisitos de

ingreso para una mayor “cualificación” de su personal (la exigencia de educación secundaria en el caso del ejército, y los altos costos económicos de admisión en el caso de la policía), y una mayor capacidad en tecnología, comunicaciones, logística e inteligencia.

Estos cambios cuantitativos y cualitativos en el pie de fuerza legal han redundado en el desarrollo de campañas más extensas en el territorio y el tiempo, a través de las que “su causa” ha adquirido un mayor despliegue geográfico (Ibíd. 130). En este punto se han concentrado algunas de las investigaciones existentes en el país en torno a las móviles de la vinculación armada en las últimas décadas: La producción discursiva y práctica de un sujeto bélico.

Para el caso de El Cerro, la presencia militar se concentra sobre todo en el pie de fuerza regular, que ejerce una incidencia en la población más “indirecta” que “directa”: la vereda no es un lugar de tránsito o campamento para el ejército, por lo que su influencia institucional se siente, sobre todo, a través de su emisora oficial, así como de los relatos e imágenes de parientes y amigos que han hecho carrera en esta institución.

Aunque la vereda no haya sido un lugar de operaciones y tránsito de ningún actor armado, el municipio de Sardinata, como unidad político-administrativa a la que pertenece, tiene una parte de su territorio en la región del Catatumbo, sector cuyo control se disputan distintos grupos armados regulares e irregulares. Esta región está integrada por los valles inundables de los ríos Zulia y Catatumbo, en una zona de 5000 km² distribuida entre Colombia y Venezuela (Navas 2007).

A comienzos de los años ochenta hacen presencia en esta región el ELN y el EPL, a los que se sumará la entrada de las FARC en los años noventa, temporalidad que coincide con el inicio del auge de los cultivos de coca en esa misma región (Pérez 2006). A finales de los años noventa e inicios de la primera década del siglo XXI, ingresan los grupos paramilitares a la disputa por el control de la zona, constituyendo el bloque Catatumbo de las AUC, responsable de la masacre ocurrida en La Gabarra (corregimiento de Tibú) en el año de 1999. Esta masacre es recordada por algunos hombres de El Cerro, que para aquella época trabajaban como recolectores de hoja de coca [raspachínes] en ese

sector. Tras la desmovilización de las AUC en el 2004, ingresan al escenario las Águilas Negras, grupo incluido entre las denominadas “bandas emergentes”.

En cuanto a las fuerzas armadas regulares, la zona está bajo la jurisdicción de la Segunda División del ejército. Una de las formas de su presencia en El Cerro que más llamó mi atención durante el trabajo de campo fue la frecuencia Colombia Estéreo, emisora del Ejército Nacional con sede en el municipio de Tibú, Norte de Santander, región del Catatumbo.

Podría decirse que esta es una de las emisoras más sintonizadas en la vereda, a través de la que se transmiten buena parte de los mensajes de la más reciente estrategia institucional de las Fuerzas Armadas: “Fe en la causa”, es la frase repetida después de cada cierto número de canciones, o para indicar el inicio y fin de un determinado programa. Noticias de “bajas” y “triumfos militares”, mensajes alusivos a la desmovilización u orientados a “prevenir” la vinculación de jóvenes a grupos armados irregulares, son parte de la programación diaria de la frecuencia.

Esta presencia de los medios de comunicación allí habla de las particularidades de esta etapa del conflicto armado colombiano, correspondiente al período en el que fue socializada esta generación de guerreros, de cuyas dinámicas se ocupa el trabajo “Formas actuales de la movilización armada”, de Juan Manuel Castellanos (2011). La opción guerrera de esta generación vinculada masivamente a las armas, que coincide con el último grupo generacional entrevistado en El Cerro, no fue únicamente el producto de la cooptación o coacción de diferentes cuerpos armados sobre estos jóvenes y sus familias: se trató también de un proceso de movilización, seducción y provocación (Ibíd.).

Para Castellanos, este proceso no puede reducirse a la existencia de ejércitos como estructuras de oportunidad para capitalizar la condición juvenil de estos sujetos, que desde dicha “condición” han sido pensados como un segmento poblacional dispuesto naturalmente a la rebeldía, la aventura y el sacrificio [mortal]. Luego entonces, este autor propone que dicho espacio de capitalización se combinó también con una *vocación guerrera*, que no es otra cosa que el encuentro entre sus posibilidades objetivas y sus disposiciones subjetivas.

Así, aunque en Colombia haya una larga tradición beligerante a la que se articula esta última fase de confrontación bélica, no necesariamente existe una continuidad entre las

configuraciones de una y otra etapa, es decir, entre los distintos estados del conflicto que han construido una larga trayectoria de oposiciones políticas armadas.

Por tanto, a cada estado del conflicto le corresponde un mercado de violencia/guerra que moviliza y produce un valor particular, a partir del que se generan ciertos intereses y orientaciones para cada fracción de clase, en términos de las oportunidades de vida de sus miembros y las oposiciones potenciales entre ellas. Se configuran entonces modos de generación, que operan como productores de subjetividades, afinidades y contrastes (Ibíd.). Esos modos de generación no son otra cosa que un trabajo social de integración simbólica de un segmento de población, a la que

“(...) se le permite convertir la necesidad en virtud mediante la producción de libidos agonísticas que encuentran su realización en formas y estilos de vida castrense, militares y militantes. Es la generación, en últimas, de disposiciones agonísticas, de competencias y capitales belicosos, pero también de la atracción y la seducción del embrujo armado” (Ibíd. 25-26)

De esta forma, para el caso de algunos jóvenes de El Cerro, los proyectos de vinculación militar son mencionados en el marco de sus procesos particulares de ruptura con una vida rural, esos mismos desde los que muchos entrevistados reivindican el “trabajo a la sombra” como expresión de movilidad social. Este último elemento, en apariencia, entraría en contradicción: la vinculación al ejército dista de separarlos radicalmente del espacio rural, así como de constituir un escenario laboral “a la sombra”. No obstante, el contexto neoliberal en el que se edifica el actual estado del conflicto plantea pocos escenarios “a la sombra” a través de los cuales se pueda dar dicha ruptura.

Las tasas de desempleo en el país afectan en mayor medida al segmento más joven de la población en edad de trabajar. Esta afectación particular se concentra, sobre todo, en hombres y mujeres que accedieron a la secundaria (aún más si este ciclo no fue culminado), expresándose en menores proporciones en aquella población juvenil con menor capital escolar (primaria completa o incompleta), o que culminó sus estudios superiores. (Ibíd.)

Esta es la situación de los hombres entrevistados de la última generación: a diferencia de sus padres, todos accedieron y culminaron el bachillerato, posición desde la que no consideran viable continuar ejerciendo las mismas labores de sus familias. No obstante, este capital escolar no constituye una experiencia que los respalde o que sea valorada

en el mercado laboral, pues no cuentan con una formación específica para acceder a labores diferentes a las del contexto en el que fueron socializados.

De esta forma, la percepción de un “avance” en la calidad de vida de las poblaciones rurales, en términos del aumento en los niveles de escolaridad, resulta paradójica ante las evidencias de que *los jóvenes escolares* se encuentran entre los segmentos más vulnerables de la PEA³³. Este hecho es explicable teniendo en cuenta que el trabajo, y no sólo el estudio, constituyen un mecanismo de movilidad socioeconómica para un gran segmento de la población juvenil, que se enfrenta a procesos de reproducción de la pobreza y ampliación de la marginalidad (Ibíd. 137). Así las cosas,

La reforma educativa actual redefine las relaciones sociales, centrándolas en el individualismo y la competencia, haciendo creer a los sujetos que pueden participar de los beneficios del cambio: por ejemplo, accediendo a los bienes de la modernidad (...) no sólo nos encontramos en un momento de imposición de un determinado modo de producción y distribución de la riqueza, sino que además es un proceso de resocialización, de reorganización de los sentidos en los cuáles convivíamos (Almonacid y Arroyo 2000, 264 en Castellanos 2011, 137-138)

Desde esta óptica, Castellanos analiza la exclusión social no como un efecto colateral del modelo de desarrollo económico dominante, sino como un elemento central de la construcción de un *ethos* neoliberal, en el que hace aparición una nueva forma de subjetividad: la del sujeto emprendedor. Para este autor, el sujeto guerrero es una de las expresiones de esta nueva subjetividad emprendedora: una “autogestión” promulgada, que parte de la creencia de que el esfuerzo personal es el camino idóneo para la “movilidad social”.

De acuerdo con su análisis, una gran parte de los combatientes que se enfrentan en el escenario bélico colombiano tienen un antecedente laboral, personal y familiar, que en este caso coincide con el marco de condiciones objetivas de los jóvenes entrevistados de El Cerro: son o han sido trabajadores informales del campo [o la ciudad], laborando día a día o a destajo, hijos de campesinos sin tierra o de pequeños propietarios que venden su fuerza de trabajo para complementar el ingreso obtenido en la propiedad familiar.

En “contrapeso” a la desposesión en términos de capital social, económico y escolar, este segmento poblacional es poseedor, en muchas circunstancias, de una forma específica de capital laboral, que puede ser transado en la incorporación armada en

³³ Población económicamente activa

términos de posesiones básicas para la contienda (Ibíd. 184): libido agonística [condiciones para disponer de la vida propia y ajena/“condiciones para el sufrimiento”], capacidad de acción, conocimiento local [del territorio rural], obediencia, entre otros.

De esta forma, se “moldea” un perfil bélico de la masculinidad que ha sido abonado en los primeros procesos de socialización: aguante físico; endurecimiento emocional; normalización de la muerte; pruebas de fidelidad al grupo; indiferencia frente al sufrimiento de otros; capacidad de matar (Muñoz 2011). Dichos recursos, como fruto de la inculcación armada, serán progresivamente traducidos en capital guerrero (Castellanos Óp. Cit.).

Así las cosas, el escenario de incorporación armada se convierte en un ámbito adecuado para la operación de esa ruptura generacional promulgada por los entrevistados más jóvenes. Se ha constituido un campo de gran valor simbólico, en el que el “trabajo al sol”, o el hecho de “sufrir y pasar trabajos”, recuperan su sentido de prestigio, “se capitalizan”. Aunque se resalte en los relatos la estabilidad laboral y garantías económicas que “brinda” el escenario de la incorporación armada regular, el deseo de vinculación militar no puede ser explicado desde una visión economicista.

La movilización armada no es el producto directo de unas condiciones socioeconómicas determinadas, sino de la convergencia entre dichas condiciones y unas disposiciones construidas a lo largo del proceso de socialización. En estas disposiciones se hace visible el trabajo práctico, simbólico y organizativo puesto en marcha para seducir a los sujetos, para crear en ellos una subjetividad generacional que orienta su trayectoria hacia ese proyecto. Partiendo del estructural-constructivismo de Pierre Bourdieu, podría decirse que la movilización es la doble actividad de producir sujetos y generar las estructuras para su incorporación (Castellanos 2010).

En este mismo sentido, Darío Muñoz Onofre (2011), hace un análisis de la “producción de sujetos bélicos” en la generación socializada en el marco de las políticas de seguridad democrática en Colombia, partiendo de las propuestas teóricas de Michel Foucault. Para Muñoz, las expresiones actuales del conflicto armado en Colombia combinan formas del poder sutiles, virtuales, moleculares e indirectas (“contemporáneas” según la propuesta de Foucault), con aquellas formas disciplinarias y bélicas de éste.

Este autor retoma para su análisis las modalidades de gubernamentalidad bélica y disciplinaria, en su articulación con técnicas gubernamentales como la publicidad, la opinión pública, los discursos persuasivos y el ejercicio mediático (que corresponden a las formas “contemporáneas” del poder), en aras de explicar las dinámicas de construcción de unas masculinidades bélicas. Para Muñoz, la producción de dichas masculinidades se orienta a la búsqueda de legitimidad de esta modalidad gubernamental, en la medida en que éstas garantizan su funcionamiento. Así las cosas, y como resultado de complejos procesos de subjetivación,

(...) estas masculinidades promueven la vinculación afectiva de la población con la guerra, en la medida en que, para sectores amplios de opinión pública, las masculinidades bélicas encarnan un poder omnipotente y omnipresente que garantiza la seguridad nacional y que no solo debe ser consentido sino apoyado incondicionalmente. En efecto, ésta se perfila como la principal tecnología gubernamental para crear y mantener el marco de legitimidad de la vía armada para resolver el conflicto sociopolítico y económico en Colombia (Ibíd. Versión online sin paginación).

Retomando también el concepto de masculinidades hegemónicas de Connell, Muñoz afirma que las masculinidades bélicas se constituyen a partir de un conjunto de prácticas de poder que configuran los cuerpos [masculinos] y las trayectorias de ciertos grupos poblacionales, así como en el marco institucional de los ejércitos, las políticas bélicas y de seguridad nacional.

En síntesis, se genera un vínculo “afectivo” de la población con la guerra, produciendo subjetividades orientadas a su mantenimiento, que se capitalizan en un campo construido para la “inclusión subordinada” de ciertos grupos poblacionales, que luchan en función de y a partir de posiciones marginales en el espacio social. Dichas subjetividades se mueven dentro de ciertos marcos comunes a la masculinidad: la heroicidad, el servicio, la autonomía, la aventura, el juego (Castellanos Óp. Cit.). En síntesis, la movilización debe ser analizada como la acción estratégica de los actores sociales, a través de los que se mantiene y legitima la “solución armada” del conflicto en Colombia.

Así las cosas, el conflicto armado se convierte en un escenario legítimo de reproducción de determinados procesos de exclusión social, desde los cuales la opción bélica se presenta como una vía “aceptable” para el acceso a ciertas posiciones políticas y socioeconómicas a las que, desde los *habitus* incorporados en sus procesos de socialización, los sujetos no habrían podido acceder en otros ámbitos.

En la contradicción entre la agudización de las economías campesinas en el marco del contexto neoliberal y la promesa de ciertos bienes simbólicos de la “modernidad” [“educación”, avance, bienestar], se construye un “sujeto emprendedor” que encuentra en el escenario bélico un campo en disputa para la adquisición de otros capitales: un sujeto que resignifica los valores de “sufrimiento” y “trabajo fuerte” con los que pretendía generar una ruptura.

Capítulo 5. Si yo hubiera sido hombre, habría sido muy malo”: sexualidad juvenil y relaciones intergeneracionales

Motivada por las constantes alusiones a la importancia de tener hijos varones incorporé una pregunta más a mis entrevistas: ¿qué pasaría si usted mañana despertara siendo hombre/mujer? Propuse esta pregunta tanto a mis entrevistados hombres como a las mujeres participantes. Con los hombres tomó un poco más de tiempo obtener una respuesta, pues incluso debí relanzar o replantear el interrogante intentando explicarlo: *¿cómo así?, barájemela más despacio porque ahí si no le entendí [Pues sí, digamos que como si estuviéramos en una película, y usted, que es el protagonista, de un día para otro aparece en el cuerpo de una mujer]*. Por el contrario, salvo en un caso, las mujeres respondían la pregunta sin tardanza, como si hubiesen imaginado en varias ocasiones el escenario planteado.

Una de las respuestas que más llamó mi atención fue la de Viviana , una joven de 22 años, con dos hijos. La vida de Viviana fue un tema recurrente en mis conversaciones con sus familiares, quienes con frecuencia expresaban su preocupación por los dos embarazos de ella, dadas las dificultades que tuvo para que los padres de sus hijos asumieran la paternidad (o “respondieran” según sus términos). En la actualidad Viviana está radicada en Sardinata con su compañero, con el que convive hace un año, y no tiene hijos de esta última unión.

Escogí un mal día para la entrevista, puesto que justo a esa hora su familia estaba organizando una mudanza, de manera que mientras conversábamos iban y venían personas de la casa, lo que hacía que Viviana se sintiera incómoda al conversar y las preguntas que de por sí habían presentado dificultad para algunas de mis entrevistadas (temas de sexualidad, relaciones de pareja) se hicieran aún más difíciles en esta ocasión.

Estando ya por terminar la entrevista, y sintiéndome algo desanimada ante la escasa respuesta que había logrado generar en esta ocasión, formulé uno de los últimos interrogantes clave de la guía: *¿Alguna vez usted no ha dicho, ‘ay, si yo fuera hombre yo podría hacer tal cosa’...?* Automáticamente cambió el tono de su voz, y percatándose de que en ese momento sus familiares se encontraban fuera de la casa subiendo algunas cosas a un camión, se apresuró a responder:

V: Yo lo único que le doy gracias a mi dios es que no me hizo hombre porque yo había sido muy malo... yo le digo a mi hermana, yo creo que dios no me hizo hombre porque yo hubiera sido muy mala (...) M.E.: ¿Cómo así? V: No sé, o sea los hombres, yo digo eso, que donde yo hubiera sido hombre yo quizás hubiera sido malo (...) o sea hacer cosas que ellos hacen, como por ejemplo pegarle a la mujer, aunque eso dicen que no se debe de hacer, yo en la vaina que me han hecho a mí uno se pone a pensar y hubiera sido malo (...) por eso le digo, le doy gracias a dios que me hizo mujer quizás, porque yo a veces, como los hombres me han pagado tan mal a mí con los dos chinos que me hicieron y así, y uno se aguanta eso, uno de mujer lleva del bulto, entonces yo me pongo a pensar, si yo hubiera sido hombre yo hubiera sido muy malo M.E.: ¿Y por qué cree que hubiera sido mala? V: No sé, o sea me hubiera puesto, o sea digo que yo no hubiera conseguido mujer, yo le decía a mi hermana, yo hubiera sido hombre yo no hubiera conseguido mujer, me la pasaría andando, trabajando, ganando mi plata y haciendo maldades, recochando la vida, riéndome, le dije a mi hermana por joder un día, burlándome de las mujeres, mirando cómo la tienen, cómo no la tienen, sí la tienen grande o pequeña [risas], mi hermana me dijo ‘qué, ¿usted qué va a hacer eso!’, y yo le digo, ‘si yo hubiera sido hombre, yo habría sido muy malo...’ M.E.: ¿No pudo ser mala? M.P.: No pude ser mala porque soy mujer, y si hubiera sido hombre habría sido malo...

Con esta respuesta, Viviana me habló de una posibilidad adicional ligada a la capacidad masculina de movilidad física y económica que a ella le había sido negada: la maldad. Por supuesto, aún desde los privilegios, existen unos patrones de masculinidad asociados a la asunción de responsabilidades relacionadas con la edad adulta (paternidad, consecución de pareja estable, capacidades para el trabajo y la proveeduría), en cuyo cumplimiento progresivo van siendo socialmente medidos los varones, en su carácter de buenos o malos hombres.

La identidad masculina, al ser siempre un proyecto inacabado y de carácter relacional, se asocia a patrones hegemónicos frente a los que se miden de manera permanente los sujetos. Estos patrones no son otra cosa que modelos ideales, respecto a los que los varones deberán buscar la mayor cercanía posible, en tanto que de ésta depende su reconocimiento social como hombres cabales. Las mediciones sociales de este cumplimiento han sido analizadas por muchas de las investigaciones de corte feminista en torno a las masculinidades.

Es así como Matthew Gutmann (Óp. Cit.) plantea que las valoraciones en torno a la masculinidad en la colonia de Santo Domingo, Ciudad de México, oscilan entre dos categorías locales: *macho* y *mandilón*. A través de la categoría de “Macho”, se representan muchos de los atributos con los que ha sido definido el estereotipo del “machismo latinoamericano”: fuerza física, capacidad permanente de conquista sexual, autoridad, y en ocasiones, uso de la violencia. Por contraste, la categoría de “mandilón” es usada en la colonia para referirse a aquellos hombres que “se dejan mandar” de sus compañeras mujeres, describiéndolos como “faltos de carácter”, es decir, con una masculinidad insuficiente. De esta forma, para Gutmann, la valoración positiva de un hombre en la colonia depende de su equilibrio entre algunos de los atributos del *macho*, y aquellas características del *mandilón* referentes a una conducta adulta, es decir, proveedora, cumplidora.

En la misma línea de esta propuesta, Mara Viveros (Ibíd.) reflexiona sobre dos categorías derivadas de sus análisis en torno a los relatos de vida de hombres de Armenia y Quibdó, dos contextos regionales colombianos con grandes diferencias entre sí: “el quebrador” y “el cumplidor”. Estas dos categorías corresponden respectivamente a modelos hegemónicos y subordinados de masculinidad, pero a su vez definen elementos entre los que oscilan las masculinidades como proyectos identitarios: la prueba constante del desempeño masculino como conquistador, al tiempo que la demostración de las capacidades de protección y proveeduría. Así, pese a la existencia de múltiples formas de masculinidad, se plantean también algunas similitudes entre éstas asociadas a los retos comunes que afrontan los hombres frente a las normas sociales que rigen su conducta.

“Las definiciones sociales de un hombre de verdad presentan (...) aspectos duales. En uno de los polos encontramos normas como la responsabilidad y la actitud protectora y, en el otro, valores contruidos con base en la búsqueda de diferenciación de la feminidad y la homosexualidad, percibidas como identidades” (Viveros 2000: 372)

Desde esta perspectiva, Gutmann y Viveros analizan las sanciones sociales existentes para aquellos hombres que se inclinan más hacia alguna de las posiciones de la dualidad, en tanto que no es bien visto ser un *quebrador* o *macho*, y tampoco es deseable evidenciar exclusivamente los atributos de *cumplidor* o *mandilón*. Sobre la no conveniencia de ostentar el lugar de *quebrador* me habló en una ocasión uno de mis entrevistados de la generación más joven, quien pese a valorar la adquisición de

experiencia sexual en los hombres, considera que un exceso de ésta puede dar una imagen social de no “seriedad”

M.E.: ¿Y qué le decían de estar con varias mujeres? P.O.: Pues estar con varias mujeres por una parte bueno, pero por otra parte no porque entonces a usted ya lo ven como un picaflor, como acostarse usted con todo el mundo sin querer la mujer, o sea (...)
(Entrevista a Pedro, 26 años)

Aun así, tanto los análisis de las investigaciones antes mencionadas, como el relato de Viviana , dan cuenta de unas jerarquías de género que subyacen a estos procesos de construcción identitaria, en los que las mujeres ocupan un lugar subordinado, a partir del cual su comportamiento difícilmente recibe valoraciones sociales y morales equiparables a las recibidas por los hombres de su contexto. De esta forma, Viviana resalta que si bien un hombre que pase la vida entera “andando”, gastando su dinero sin que este tenga como objetivo cumplir con su rol de proveedor, y siendo un *quebrador*, pueda ser calificado como un “mal hombre”, le es posible desde su lugar de privilegio ocupar esta posición sin que tenga repercusiones semejantes a las que tendría recibir el calificativo de “mala mujer”.

Podría decirse entonces que el incumplimiento frente al papel de proveedor en ocasiones puede recibir una menor sanción social que la no demostración de la capacidad de conquista y disposición sexual masculina: de ello dan evidencia las altas cifras de demandas por inasistencia alimentaria, así como los escasos mecanismos para garantizar el cumplimiento de las decisiones judiciales o acuerdos al respecto³⁴, al tiempo que las elevadas cifras de crímenes homofóbicos, o el rechazo social frente a las identidades de género u orientaciones sexuales no normativas³⁵

En varias ocasiones conversé con algunas mujeres sobre las consecuencias que traía para un varón el haber sido un “mal hombre” en su juventud, es decir, haber incumplido

³⁴ “Reparos a la Ley de Inasistencia Alimentaria”, Por: Norbey Quevedo H. Noticia publicada en el diario El Espectador el día 23 de junio de 2012. <http://www.elespectador.com/noticias/investigacion/articulo-354953-reparos-ley-de-inasistencia-alimentaria> consultada el 25 de septiembre de 2012.

³⁵ “Según los datos consolidados hasta el momento por Colombia Diversa, al menos 57 personas LGBT habrían sido asesinadas en 2008, mientras que para septiembre de 2009, se habrían reportan al menos 39”. Situación de derechos humanos de la población LGBT. Informe Alternativo presentado al Comité de Derechos Humanos de Naciones Unidas. Colombia Diversa (2010). <http://www.iglhrc.org/binary-data/ATTACHMENT/file/000/000/422-1.pdf> página consultada el día 29 de septiembre de 2012.

sus deberes de proveeduría, siendo un padre irresponsable, “bebedor”, o mal esposo, o haber despilfarrado su dinero “andando” sin “conseguir mujer”. Entre algunos de los efectos de estas conductas en la vida de los hombres, se hablaba de una vejez en soledad y sin mayores contemplaciones sociales. Una tarde mientras conversaba con doña Luciana sobre la vida en el campo, ella me resaltó que vivir en un sector rural era una experiencia bonita si se compartía en familia, puesto que la soledad allí no era nada fácil; automáticamente traje a colación la imagen de Don Alcides, un hombre mayor viudo que vive solo en su finca, frente a quien doña Luciana señaló

“yo no sé cómo hará, él se tiene que aburrir mucho, además que a los hombres nadie les tiene pesar, porque a uno de mujer la gente lo busca, le tiene como más lástima, eso es lo que digo yo, que a los hombres no les tienen pesar, a las mujeres les tienen como más lástima, porque un hombre tuvo plata y por ahí la botó, tuvo mujer y no la cuidó” (notas diario de campo 20 de diciembre de 2010)

En contraste, una “mala mujer” verá las consecuencias de sus actos a nivel personal y social de manera inmediata: las advertencias familiares constantes a las hijas mujeres, que giran en torno a no “dar de que hablar”, no “dejarse comer cuento de los hombres” y no “salir embarazadas”, dan cuenta de esta representación. En dichas advertencias se condensan dos puntos fundamentales del control de la sexualidad femenina en la vereda: el mantenimiento de la “virtud”, como reconocimiento social de una feminidad adecuada, y asociadas a éste las representaciones de una sexualidad difícilmente separable de lo reproductivo, al seguir siendo pensada desde las reglas matrimoniales.

Este escenario plantea grandes continuidades frente a lo que Virginia Gutiérrez había descrito para este complejo. Para Gutiérrez, buena parte del orden y de la transmisión del poder al interior de la familia está orientada a moldear la conducta femenina para el alcance de una virtud individual y familiar “...a la mujer se le forma para defender su integridad física, mediante el condicionamiento adecuado de su sensibilidad y una fuerte internalización de pautas de comportamiento para proyectar una imagen ideal que se ajuste a los conceptos de mesura, de control e inhibición de su yo biológico. La guarda de la virginidad es la meta final de su condicionamiento” (Gutiérrez 1968: 208).

A través de este planteamiento la autora trata de establecer diferencias entre dicho modelo de mantenimiento de virtud y los patrones existentes en complejos regionales como el antioqueño. Para Gutiérrez, si bien en otras regiones existen valores similares y

estrictos en este aspecto, en los Santanderes éstos son más de carácter ético-social que religioso: “(...) *virtud emanada de la autovaloración social, enraizada en un complejo de honra individual y familiar*” (Ibíd.).

Pero, ¿qué implicaciones tienen estas continuidades en la socialización y sociabilidad de la población joven en la vereda? A partir de esta pregunta inicial, quisiera analizar las representaciones y prácticas ligadas al relacionamiento erótico afectivo entre jóvenes varones y mujeres en la vereda. En un primer momento analizaré la relación existente entre dichas representaciones dicotómicas de feminidad y masculinidad, y el inicio de la vida sexual en los varones. Por su parte, el segundo apartado estará dedicado a una reflexión sobre la información referente a sexualidad que circula entre los jóvenes, así como los escenarios de discusión de ésta, y de uso y negociación de la anticoncepción.

En el tercer apartado hablaré del lugar de los varones en el control de la sexualidad de las mujeres de su familia, y lo que éste lugar representa para el propio relacionamiento erótico afectivo, escenario del que se derivan los temas tratados en el cuarto y último apartado: representaciones de la sexualidad femenina y el embarazo de las mujeres jóvenes mostrado como límite de sus proyectos de movilidad.

5.1. “Mujeres burladas”: iniciación sexual masculina y orden de género

De la *virtud emanada de la autovaloración social* como elemento central de la *honra personal y familiar* de las mujeres, que para Virginia Gutiérrez constituía uno de los soportes fundamentales del código de honor del complejo cultural santandereano, se encuentran un buen número de referencias en los relatos del primer grupo generacional. Uno de los conceptos que más llamó mi atención en relación con este tema fue el de “la burla”, puesto que éste guarda un estrecho vínculo con el inicio de la vida sexual masculina.

Para los hombres de esta generación, tener relaciones sexuales con mujeres “respetables” de la vereda o de sectores cercanos, fuera de un vínculo matrimonial, equivalía a “burlar” a dichas mujeres, salvo por algunas ocasiones en que éste vínculo se negociaba con una relación “seria”, es decir, construida en el marco de una promesa

matrimonial. En dado caso, era obligación masculina no revelar este hecho, pues de hacerlo se estaría también “burlando” a la mujer implicada, quien sería socialmente juzgada por no “darse a respetar”.

A partir de esta idea, los entrevistados de este grupo (salvo por un caso), hablan del inicio de su vida sexual a través de los servicios de prostitución disponibles en el casco urbano. Por otra parte, algunos de ellos refieren encuentros sexuales esporádicos con mujeres que no representan la “virtud” e “inocencia” de las de sus lugares de origen (no todos son nacidos en El Cerro), como el producto de una clasificación del carácter virtuoso femenino, que pone más cerca de la norma a las mujeres de su “comunidad”, de cuyo control familiar y veredal tienen evidencias.

Para la legitimación discursiva de dicha clasificación, uno de los entrevistados apela a la jerarquización moral de contextos geográficos, a partir de la que atribuye una conducta sexual liberada a aquellas mujeres de climas más cálidos que el de su vereda (caracterizada por un clima templado), estableciendo así una suerte de determinismo climático del comportamiento sexual femenino

(...) por ejemplo en la parte caliente, nosotros vivíamos en la parte fría y allá era una tradición, en la parte fría una muchacha podía tener hasta veinte, veinticinco años, se casaba por ahí a los... bueno, cuando ella quería, muchachas que a veces... algunas que ni se casaban, mientras que si uno se iba a la región que era la parte caliente allá sí apenas tenían por ahí quince años, trece años, de ahí en adelante si empezaban a tener novios y cuando tenían dieciocho, veinte años, o se habían casado, o tenía hijos, o se ajuntaban con alguien, y allá en esa región ya se ajuntaban o algo así, no se casaban ni nada, mientras que en la región donde nosotros vivíamos allá si tenía era que casarse uno, entonces se daba la posibilidad de que se encontraba uno con muchachas de otra región que no era la zona de uno, entonces se daba la posibilidad de poder tener uno relaciones (Entrevista a Ángel Olarte, 46 años)

Partiendo de la misma clasificación sexual, uno de los entrevistados resalta cómo su padre aprobó su deseo de contraer matrimonio, viendo en este evento la posibilidad de que su hijo no continuara “burlando” mujeres de su contexto, es decir, controlara su faceta de conquistador y diera prueba social de sus capacidades como proveedor

M.E.: ¿Y por qué usted toma la decisión de casarse? **R.C.:** No, porque yo ya tenía veinticinco años, y papá nos decía que por ahí hasta los veinticinco, hasta los treinta años podía uno aguantarse pa casarse, y uno pues por hacerle caso a ellos pues uno... **M.E.:** ¿y por qué les decía eso? **R.C.:** Era para que no se pusieran a burlarse de tantas mujeres, porque papá decía que él no había tenido más sino como tres novias, o sea con las tres

mujeres que... la que le gustaba de una vez, se casaba de una... entonces él decía eso... (Entrevista a Ricardo Clavijo, 46 años)

Para la mayor parte de los hombres de esta generación, el inicio de la vida laboral remunerada, bien fuera a través de la administración de la producción agropecuaria de su familia o de su vinculación laboral en otras fincas de la vereda u otros sectores rurales, implicó el acceso a recursos que garantizaban su participación en fiestas, el consumo de licor, o las visitas frecuentes al casco urbano. Estos escenarios de “salida” coinciden en mucho con el inicio de una vida sexual socialmente no sancionada.

***M.E.:** ¿Y con las del pueblo cómo era? **R.C.:** Con las del pueblo sí, cada ocho días bajaba uno, por ahí un año duraba con esa, y después así, buscaba otra... **M.E.:** ¿y con ellas era más fácil tener relaciones? **R.C.:** [Sí] Porque ellas mismas se le ofrecían a uno (...) Tal vez uno les caía bien y se le ofrecían...cada ocho días bajábamos, íbamos por allá a miniteca y en la noche pues a pagar pieza (...) **M.E.:** ¿Sí?, ¿y de dónde ahorraban la plata?, ¿cómo hacían? **R.C.:** Lo que trabajábamos, nosotros como cogíamos café y todo eso, entonces ahorrábamos plata... y papá a veces nos daba contratos y pagábamos...cuando eso ahorrábamos para pagar la pieza, o pa ir a rumbear (Entrevista a Ricardo Clavijo, 46 años)*

Asimismo, los hombres de este grupo coinciden en que la no existencia de anticonceptivos durante su juventud se convertía en un temor adicional para el ejercicio de la sexualidad con mujeres de la vereda, o en el marco de noviazgos “serios”. Para todos los entrevistados de esta generación, la información sobre estos métodos, así como la disponibilidad y uso de los mismos, sólo llegó años después del inicio de su vida conyugal. De esta forma se plantea un escenario erótico-afectivo dual: por una parte las relaciones orientadas al matrimonio que pudieran tenerse con “jóvenes de familia”, y por otra, el ejercicio de una sexualidad fuera de estos vínculos, a través de servicios de prostitución o de relaciones esporádicas establecidas en otros sectores rurales o en el casco urbano.

Desde un escenario de inevitabilidad del embarazo, este se convierte en un elemento de visibilización social de la “burla”, a partir del cual eran desacreditadas la mujer y su familia, quienes en muchos casos no dudarían en buscar al “responsable” para obligarlo a casarse. Así las cosas, varios entrevistados me hablaron del “respeto” a las mujeres de “familia” como la única forma de “evitar problemas”, es decir, la necesidad de mantener una clasificación de las mujeres entre “sexualizables” y “respetables”, siendo solo las primeras las indicadas para vivir su sexualidad,

***M.E.:** ¿Y entonces cómo hacían?, ¿se cuidaban? **N.P.:** Sí mita, cuando eso buscaba uno por allá...si necesitaba uno mujer buscaba uno un bar, ¿sí?, pero así chinas de afuera...mejor cuidarse uno **M.E.:** ¿Y quién los llevaba a los bares? **N.P.:** Los mismos amigos, porque uno tenía sus amistades donde uno iba a trabajar, vamos a tal parte, entonces lo llevaban a uno... pa no tener problemas con nadie (Entrevista Norberto Peñaloza, 51 años)*

Por supuesto este tipo de representaciones funcionan a manera de ideales, en tanto que a medida que avanzaba el trabajo de campo me encontraba con casos que contradecían estos modelos: embarazos fuera del ámbito matrimonial (a partir de los que la familia de la novia impulsaba el matrimonio, aunque no siempre lo lograra), abortos inducidos, relaciones consentidas en el marco de una promesa matrimonial, fugas, infidelidad femenina. En síntesis, siempre hallé al menos un caso de cada una de las situaciones que eran presentadas en los relatos como inaceptables, o de baja y nula ocurrencia.

En el caso del segundo grupo generacional, ninguno de los entrevistados mencionó el término “burlar” para referirse a las relaciones sexuales pre-matrimoniales con mujeres consideradas como “respetables”; tampoco hubo referencias de la visita a prostíbulos como forma de iniciación sexual o de ejercer la sexualidad antes del matrimonio. No obstante, aunque estos jóvenes indicaron que sus primeras experiencias sexuales tuvieron lugar en el marco de noviazgos con mujeres cercanas a su edad [varias de ellas consideradas como “de familia”], muchos de sus relatos plantean continuidades respecto a las representaciones en torno a la sexualidad femenina y masculina de la generación anterior.

Este es el caso de Roberto de 22 años. De acuerdo con este entrevistado, si bien el mantenimiento de la virginidad no es una exigencia válida en esta época, al considerarla como una demanda “machista”, aún se valora un cierto autocontrol sexual por parte de las mujeres, quienes deben limitar su “recorrido” o conocimiento sexual, sí desean ser “respetadas” o consideradas para el establecimiento de una relación “seria”

***M.E.:** Bueno, ¿usted qué espera de una mujer?, en cuanto a lo que hace, la virginidad, ¿a usted le importa que su novia sea virgen? **R.C.:** Pues no, no porque a ella tampoco le va a importar si yo he estado con una mujer o con otra, o con cuántas mujeres he estado, porque eso es lo que usted dice machismo (...) **M.E.:** Ah no, sino que he escuchado que para escoger a una mujer miran que no esté con uno y con otro **R.C.:** Ah por eso, porque yo puedo tener una novia, y ella pues no puede ser virgen, pero ella, si ha estado, ha*

estado con uno o máximo dos hombres, supongamos, o sea que no ha estado con muchas personas, pero por ejemplo una persona que ya tenga bastantes, que haya estado con muchos hombres pues eso ya cambia, porque ya es una persona que como que no busca nada, busca es tener sexo y ya (Entrevista a Roberto Camacho, 22 años)

Para muchos de los entrevistados de esta generación, los patrones clasificatorios a partir de los que sus padres y abuelos consideraban a las mujeres de su comunidad como más cercanas a los ideales de autocontrol sexual femenino, resultan ser una barrera para relacionarse con las jóvenes locales: los noviazgos con éstas están sometidos a una supervisión familiar y veredal, en caso de que cuenten con aprobación

***M.E.:** Pero entonces los noviazgos por acá en El Cerro, ¿cómo son? **A.O.:** No, por acá sí como dicen, malos... **M.E.:** ¿Por qué? **A.O.:** Pobres (risas)...no, por acá si no **M.E.:** Por qué, ¿cómo son pobres? **A.O.:** No, porque por ejemplo, un ejemplo, allí la hija de doña Pilar, Libia, si llega a poner un novio y si se llega a dar de cuenta Marcos ay, va a la casa y lo desafía a machete, es todo celoso, y doña Pilar.... ¡Virgen santísima!, entonces es mejor como evitar problemas, eso es como meterse uno en una vacaloca ahí, ¿sí? (Entrevista a Alfonso Olarte, 17 años)*

Los celos paternos fueron un tema recurrente de conversación durante el trabajo de campo. Para muchos de los jóvenes entrevistados, una de las principales dificultades al momento de establecer un noviazgo con alguna mujer de la vereda es la existencia de “padres celosos”. “Pedir la entrada” se presenta como una de las formas de mediación de los celos paternos, pues esta expresión no es otra cosa que la solicitud de autorización para visitar a la joven en la casa de su familia, o en espacios supervisados por otras personas de la vereda. Este proceso es calificado por algunos jóvenes como no aplicable en todos los casos, puesto que “pedir la entrada” es algo que se hace cuando se piensa en un noviazgo “más serio” o duradero, por lo que ninguno indicó haber pasado por esta situación al momento de la entrevista.

***M.E.:** ¿Pero hay unas con las que se pide la entrada y otras con las que no? **R.C.:** Ah claro **M.E.:** ¿Y cómo se sabe eso? **R.C.:** O sea porque se pide la entrada a la novia que uno tenga, que a uno le guste en serio, que uno sepa que la cosa va en serio, que va a funcionar, más no cuando uno tiene una novia porque ella lo tenga a uno, o sea no más por ser, por darse besos, o sea eso no tiene que (...) cómo va a ir a pedir la entrada si simplemente es por darse besos y ya, se supone que no va a ser en serio (Roberto Camacho, 22 años)*

De esta forma, las relaciones entre jóvenes, antes de que éstos piensen en un noviazgo duradero, transcurren a espaldas de los adultos, o por lo menos de padres y familiares de la joven, quienes en caso de darse cuenta del ocultamiento pasarían a prohibir la relación

o a intentar formalizarla. Este fue el caso de don Ricardo, quien tras darse cuenta que su hija sostenía un noviazgo con un chico de su edad en la vereda decidió castigarla retirándola del programa de bachillerato flexible durante algo más de un año

(...) yo no les digo que no puedan poner novio, que lo pongan, pero de frente, no ve Natalia, ahí Andrés vino a hablar con Miguel, y habló con Luciana y Miguel para pedirle la entrada para hacerle la visita, él le dijo que viniera cuando estuviera Luciana, pues sí que tengan novios de frente, que vengan y las visiten a la casa, pero así escondidas no, no ve que después salen con una barriga y qué, después de que les han hecho el mal eso no responden. Tocó sacarla de estudiar, tocaba así, ahorita van pero entonces ya saben que van con condiciones “si hija, si usted sale embarazada pues se va con el que le toque, sin importar quién sea”, esas ya saben (Notas diario de campo, 15 de enero de 2011, conversación con don Ricardo)

Aunque todos los entrevistados de la primera generación hicieron énfasis en la importancia de la figura de “pedir la entrada” como estrategia de control de los noviazgos de sus hijas, la postura de don Ricardo fue calificada como excesiva por varios. No obstante, es importante anotar que fueron algunas personas de la comunidad las que lo alertaron de la relación de Ana. De esta forma, el control de las relaciones entre jóvenes, y sobre todo de la conducta de las mujeres y la legitimidad de sus noviazgos, no solo reposa en la familia, sino que también y sobre todo, en los vecinos y conocidos de la vereda, quienes “apoyan” y evalúan la actividad de control familiar.

Así, aunque la mayor parte de los entrevistados de la primera generación no considera que los noviazgos de la juventud deban terminar en matrimonio -en oposición a lo que según ellos pensaban sus padres y abuelos-, la figura de “pedir la entrada” sigue operando como una forma de inscripción de la sexualidad en el marco de las reglas matrimoniales. Es así como se busca mantener un control permanente de las mujeres del grupo familiar, orientado a evitar el ejercicio de su sexualidad antes de un vínculo conyugal definitivo.

Asimismo, el acto de pedir la entrada también puede constituirse en una de las primeras pruebas a la dimensión “cumplidora” o adulta de los hombres jóvenes, a manera de mecanismo para su formación como futuros “hombres de familia”. Así las cosas, se espera de ellos una “valentía” expresada en su capacidad de “poner la cara” ante los padres de la joven, en un evento a partir del cual aceptan un compromiso de “respeto

sexual” para con ésta (relación visible y supervisada). La figura de “pedir la entrada” también funciona como garantía de que, en caso de romper el compromiso “de respeto”, los jóvenes asumirán la paternidad ante un eventual embarazo.

En contraste, ninguno de los hombres jóvenes está obligado a presentar novias a sus familias, mucho menos a informar a éstas de sus vivencias erótico afectivas, pues socialmente se piensa que no hay nada que controlarle a un hombre, en tanto que éste no “corre riesgos”, o por lo menos no en el ámbito de la sexualidad. Desde esta óptica, no existe una figura equiparable a “pedir la entrada” para el caso de los hombres, ni estos reciben castigo alguno tras ser descubiertos en un noviazgo “a escondidas”, salvo por algunas advertencias sobre “no dejar embarazada” a alguna joven.

Las constantes alusiones de los jóvenes a su desinterés frente al establecimiento de una “relación seria”, así como a su intención de postergar el matrimonio o la unión conyugal de hecho hasta tanto no se cumplan proyectos propios (como el de dar continuidad a la escolaridad), hablan del reconocimiento social de una etapa de la vida que apenas empezaba a perfilarse en los relatos de algunos de sus padres, pero que no se reconoce en las trayectorias de la generación que antecede a éstos. A continuación quisiera detenerme un poco más en este elemento, analizando las diferencias generacionales en las representaciones en torno a las relaciones intra e intergeneracionales de la juventud.

5.2. ‘¡Como está creciendo!, vea, ya le está saliendo bigote’: adolescencia, sexualidad y subjetividad masculina

Sobre el reconocimiento de una nueva etapa del curso de vida también me hablaron algunos hombres del primer grupo generacional, quienes resaltaron la inexistencia de ciertos indicadores de este momento vital durante sus años de juventud. De esta forma, don Miguel me señalaría un hecho fundamental para la identificación de este tránsito etario: la visibilización social de los cambios corporales que marcaban el paso de la infancia a la edad adulta, asociados en su mayoría a la adquisición de una madurez sexual

(...) crecí, y no sé, en ese tiempo no sé, era más distinto, no es como ahorita que mira, ‘mire usted como está grande’, ‘mire’, que uno mira así la juventud, ¿no?, y cuando esos tiempos no, la gente era como más todo oculto, no sé, ¿sí?, como más oculto era, ahorita

la gente habla más, se dice las cosas, en ese tiempo, crecimos nosotros y cuando se dio de cuenta estaba uno formado ya, de nada, no nos dimos cuenta de nada, le decían a uno tampoco **M.E.:** *¿Y a sus hijas usted sí les dice?* **M.C.:** *Pues en veces sí, pues sí, ‘vea como está grande’, dice uno así por molestar, ‘mire, mire como los senos le quedaron grandes’, ¿sí?, ¡pero en esos tiempos a donde!, era que eso no se veía, ni uno decía nada tampoco, por eso es que digo, porque sí uno encuentra un hombre, un niño por allá uno le dice eso, ‘como está creciendo vea, ya le está saliendo bigote’, dice uno así por molestar, nosotros, en vida así en mi juventud no (Miguel Clavijo, 46 años)*

De la mano con la identificación social de los cambios corporales, don Miguel también pone de presente en su relato la legitimidad de una interacción intra e intergenérica que no tenía cabida en su generación, cuyas relaciones se encontraban más constreñidas al mundo del trabajo, así como al cortejo orientado al establecimiento de un vínculo matrimonial, *‘y las mujeres veía normal uno, como si tal ahí, como un poco de obreros llegar y que vengan a comer y eso, así, así iba pasando el tiempo’ (Miguel Clavijo, 46 años)*, añadiría.

Empieza entonces a reconocerse una etapa caracterizada “(...) por la contradicción entre un cuerpo suficientemente maduro a nivel biológico –como para tener vida sexual crecientemente- confrontado con una adultez social que se va alejando al alargarse los procesos educativos y al dificultarse la independencia económica” (Rodríguez y Keijzer 2003: 35). De esta forma, tal como lo afirman Rodríguez y Keijzer, lo que en la ciudad ya existe de generaciones atrás como una etapa de minoría extendida que ha sido denominada adolescencia, en el contexto rural es de más reciente aparición (Ibidem.). En el caso del Cerro, podría decirse que esta figura toma forma en las vivencias de la última generación analizada, pese a que debo reconocer que en raras ocasiones escuché los términos “adolescencia” o “adolescente” entre mis entrevistados.

En los relatos de los jóvenes empieza a resaltarse su deseo de postergar al máximo el establecimiento de un vínculo conyugal, ante un contexto que legitima espacios de ocio y recreación no siempre dependientes de la autosuficiencia económica, aceptando la prolongación de su moratoria social. Algunos de los entrevistados hablan de la forma en que fueron interpelados sus progenitores por estos cambios, estableciendo así una ruptura generacional en cuanto a sus metas económicas y afectivas

(...) pues yo me iba por allá, mi mamá sí, ya con ella ya sabía y eso, pero mi mamá pues siempre con ese miedo ‘uy cuidado por allá llega a embarazar a esa muchacha, cuidado’,

entonces esto, o uno siempre, 'uy esa muchacha', o ella pensaba que como era el primer novio entonces uno ya se iba a casar, a vivir, a irse con ella, o la va a embarrar, todo más pensaba que uno la iba a embarazar, y que se iba a meter en un problema con los nonos, y un día yo le dije 'no mamá, usted cree, yo no quiero eso, yo quiero, mi vida yo tengo que hacer muchas cosas, yo soy novio de ella', pero entonces yo pensaba yo quiero ir al ejército, tengo que de pronto me gusta el seminario, que tal que me vaya por allá, yo no puedo embarazar a una muchacha, un embarazo ya no me llevan pa' l ejército, yo ya no puedo ir al seminario, no puedo, tenía otra vida, entonces mi mamá era con ese miedo 'uy cuidado', y me decía 'uy no, esa china no sirve, esa china no es buena para mujer'. (Entrevista Pedro Ojeda, 24 años)

Si bien algunos hombres del primer grupo generacional relataron la existencia de espacios de recreación e interacción durante su etapa de juventud, lo que varía entre una y otra generación son las representaciones asociadas a dichos espacios, así como la legitimidad social de su disfrute. De esta forma, los relatos de algunos jóvenes sobre la importancia de que “no todo sea trabajo”, así como el reconocimiento de esta idea entre algunos de sus padres, contrastan con el arrepentimiento de algunos hombres mayores frente al hecho de haber vivido prolongados espacios de disfrute entre pares [fiestas, consumo de licor, gasto de dinero en diversión], y múltiples situaciones de cortejo sin interés perdurable [matrimonial].

Para los hombres del grupo generacional antecedente, este escenario “de juventud” planteaba contradicciones con los valores que socialmente les constreñían a una vida de trabajo y sacrificio, así como a la construcción de un entorno familiar orientado por dichos valores, desde los que estas actividades eran vistas como una pérdida de tiempo de obligada culpa y arrepentimiento

“(...) Le digo las cosas que tiene que hacer [a su hijo]: no se encompinche con malos compinches, ni malos amigos, pues porque lo que yo hice no me parece bueno pa él, porque yo fui mucho lo que me gustó como la... y jugué, pero yo ahorita recapacito y... y eso fue malo pa yo, porque perdí mucho tiempo y hay cosas que uno no piensa que de golpe le pueden haber sucedido y ya... Yo ya me arrepiento de haber sido así, pero ya estoy muy viejo pa corregirlo, porque ya pasó el tiempo” (Entrevista a Marcos, 60 años)

De esta forma, los únicos espacios de transición planteados por los hombres de las primeras generaciones, son aquellos asociados a la adquisición de condiciones “completas” para el ejercicio de las labores económicas del contexto. Dicha situación es planteada por uno de los entrevistados, en el relato de su inicio laboral fuera del ámbito familiar. Para ingresar al jornal, Don Norberto fue vinculado a través de una modalidad de contratación que le representaba una menor remuneración que la de los demás trabajadores, en tanto que se consideraba que no contaba aún con las habilidades

necesarias para alcanzar los niveles de productividad esperados por sus “patrones”. Tras un período de participación en estas labores se evaluó su adquisición de dichas cualidades, de cuya obtención dependía la percepción de un salario de “obrero completo”, que debió ser demandado por él en aras de legitimar su condición adulta

(...) desde la edad de trece años, ya éramos obreros, ya, obreritos, pues no era obrero completo, pero ya nos ganábamos el pan, entonces uno se acostumbra a trabajar (...)
M.E.: ¿Y cuándo fue obrero completo? N.P.: Ya como a los catorce años ya era obrero completo, ya le pagaban a uno lo que... M.E.: ¿usted lo empezó a pedir o la gente se empieza a dar cuenta? N.P.: No, no, ya... porque nosotros le trabajábamos a un señor allí y él le quedaba de pagar un precio a uno y nos pagaba otro precio(...), y ya con el tiempo, me llegó la edad de catorce años y un día le dije, yo sí le voy a decir, entonces él había quedado de pagarnos, cuando ese tiempo nos había quedado de pagar a doce pesos porque había una cogida de café muy buena, nosotros pañábamos dos sacos de café en el día, y cuando nos fue a pagar nos fue pagando a siete pesos, entonces yo ya brinqué y le dije, que si me pagaba eso que mejor no me pagara, entonces él me pagó y se acostumbró a seguirme pagando... (Entrevista a Norberto Peñaloza, 51 años)

No obstante lo hasta ahora descrito, debo resaltar que esta novedosa etapa del curso de vida tiene implicaciones distintas en cada contexto. Así, las definiciones de la adolescencia como la prolongación de un período de dependencia económica, que han sido planteadas sobre todo en el marco de contextos urbanos de clase media, tiene otros matices en los escenarios rurales. En El Cerro dicha dependencia dista de ser exclusiva, pues en muchas ocasiones los jóvenes deben alternar su vinculación a los programas de educación flexible con la participación ocasional en actividades económicas, a partir de las que generan parte de los ingresos requeridos para cubrir sus necesidades escolares.

De la misma manera, la vivencia de esta experiencia puede variar al interior de un mismo grupo generacional familiar. Este es el caso de los hijos de la familia Olarte Monsalve, en cuyas trayectorias socioeconómicas particulares pueden verse diferencias en la experimentación de esta etapa. De esta forma, podría decirse que los hijos mayores de esta familia nunca fueron beneficiarios de un período de dependencia económica posterior a la niñez, mientras que los menores del grupo pudieron disfrutar un poco más de su distanciamiento del ámbito laboral. En parte, dicho beneficio de los hijos menores ha sido posible gracias a los aportes económicos de sus hermanos mayores, quienes siempre debieron participar de la generación de ingresos, dadas las condiciones

económicas desfavorables de la familia, que había sido desplazada de otro sector rural a causa del conflicto armado

M.E.: ¿O sea que él por ahí a qué edad empezó a trabajar?, [su hermano] A.O.: Jmm, ese sí, mi hermano sí trabaja desde los diez años... M.E.: Ah, trabaja ahí parejo A.O.: Ay, ese sí era... a mí sí me fue hasta mejor porque me fui pa' abajo pa'l pueblo, pero ya que se fueron Augusto y Rodolfo, mis hermanos mayores, sí, por allá desde los diez, once años, yo creo... M.E.: O sea usted se salvó porque ya... A.O.: Entre ya a la escuela, y que de aquí ya pa' Sardinata (Entrevista a Alfonso Olarte, 17 años)

Por supuesto, tal como lo expuse en el capítulo dedicado a la iniciación económica masculina, fuera del ámbito del trabajo y la escolaridad, los jóvenes de la última generación experimentan otros procesos que inciden de manera clave en la consolidación social de esta fase de tránsito. Al respecto debo destacar la incidencia de los medios de comunicación³⁶, que llegarían detrás de la relativamente reciente electrificación³⁷: celular, televisión, y en los últimos años, el acceso ocasional a Internet de algunos jóvenes.

Con la incursión de estos nuevos elementos, se introducen a su vez otras representaciones y referentes de conducta, que sirven para interpretar los patrones de relacionamiento existentes. Es así como uno de los entrevistados establece un antes y después de la llegada de la televisión, en relación con la disponibilidad y uso de preservativos

(M.E.): Y en esas primeras relaciones para no tener hijos, o para cuidarse de enfermedades, ¿qué hacían? (H.O.): No, cuando eso casi no, la gente no se protegía casi, no había preservativos ni nada (M.E.): O sea no usaba preservativos, ¿cuándo empezó a usar preservativos? (H.O.): No, como a los veintidós años, a medida que fue avanzando la tecnología y eso (M.E.): ¿Cómo se enteró? (H.O.): No, pues por la televisión y eso (M.E.): ¿Y antes de eso ni idea de nada? (H.O.): No, antes no había televisión allá tampoco (Entrevista a Horacio Ojeda, 33 años)

³⁶ Esta llegada de nuevas tecnologías de comunicación, plantea a su vez cambios en el uso de los medios de los que ya disponían las generaciones antecedentes, como es el caso de la radio. Durante mis primeras visitas pasé mucho tiempo con Lucía, quien para entonces tenía quince años; Lucía usaba su celular para enviar mensajes de texto a emisoras del municipio, con el objetivo de dedicar canciones y transmitir saludos a sus amistades (hombres y mujeres) de otras veredas.

³⁷ La vereda fue electrificada hace menos de una década

Para otros jóvenes de menor edad que Horacio, quienes a diferencia de éste accedieron a la educación secundaria, la información en torno al uso del condón y otros anticonceptivos provino, más que de campañas televisivas, de las charlas de educación sexual impartidas ocasionalmente por sus docentes, o de la interacción con sus compañeros de curso. Incluso, uno de los entrevistados mide temporalmente su progresiva adquisición de conocimientos, así como los cambios en sus valoraciones en torno al tema, refiriéndose a los años escolares

[Pero entonces sus primeras relaciones [sexuales] fueron en noviazgos largos] Sí, con la que más he durado que fue como medio año, pero a corto plazo sí no... [¿En el colegio hablan de eso?] Ah sí [Usted habla con sus amigos y todo] Pues ya eso sí con algunos hay que no se puede, no eso ya comienzan que por ejemplo uno les cuenta cualquier cosa y todo el colegio se da cuenta al otro día, y no, eso no se puede, pero claro que tiene uno sus amistades y en el colegio se habla ya de tema abierto de eso... [Y nadie habla de que la virginidad sea importante...] No, eso sí ya no, por ejemplo cuando estaba haciendo sexto pues era menos, pero a medida que van pasando los años, que uno está en un grado más alto, sí es un tema como más abierto.

No obstante, las dinámicas de transmisión de dicha información, así como las formas en las que esta es recibida, interpretada y aplicada desde los guiones locales de género y generación, requieren de una discusión más detallada, que daré en el último apartado del presente capítulo. Continuando con la incidencia de las tecnologías de la comunicación en las relaciones entre jóvenes, me gustaría destacar el impacto que algunos de ellos le atribuyen a la televisión, como proveedora de buena parte de sus primeras imágenes en torno al cortejo y la sexualidad,

(...) casi uno la primera vez uno no sabe nada, uno es inocente y todo, y pues me pareció bien, un ejemplo, algo que el hombre necesita y la mujer también, y es algo normal, eso ya ahorita eso se volvió normal, y me pareció bien, bacano, ya de ahí pa' lante ya comencé a saber más sobre eso, porque uno no, casi no. Un ejemplo, yo antes no sabía nada de eso, pues sí, escuchaba por ahí, pero no sabía, y pues ya ahorita, pues tiene uno más conocimiento sobre eso M.E.: ¿Dónde escuchaba? F: No, por ahí así, el televisor siempre, uno comenzaba a mirar la novela y por ahí veía uno muchas cositas que uno escuchaba, por ahí los hermanos a uno lo ayudaban también

Aunque Camilo señala en su relato que las experiencias sexuales son necesarias para hombres y mujeres en la misma medida, tal como lo hacen los demás entrevistados de su edad, este relacionamiento erótico afectivo está lejos de constituir un escenario equitativo. De esta forma, tal como lo han evaluado otros investigadores sobre el tema en escenarios rurales, "(...) las y los jóvenes siguen confrontando la doble moral sexual

presente en la socialización de género, la que aún limita la autonomía y la libertad sexual de las mujeres (...)" (Keijzer y Rodríguez Óp. Cit. 35).

La trayectoria sexual femenina está siendo evaluada en cada interacción. Así las cosas, tanto padres y madres, como el resto de la población adulta de la comunidad, tienen su mirada puesta en la conducta de las jóvenes, cuyas interacciones erótico-afectivas están siendo controladas [y restringidas] de manera permanente, bien a través de los llamados de atención directos, o de los rumores encaminados al desprestigio.

De esta forma, se evalúa que sus tiempos fuera de casa sean estrictamente controlados por su familia, y se sanciona cuando son ellas las que de manera "evidente" inducen la situación de cortejo o "la facilitan", siendo sorprendidas en una interacción fuera de la visibilidad social ["buscando lo oscuro", o "entre un potrero"]. Así me lo hizo saber doña Luciana, cuando en una ocasión conversábamos sobre una joven cuyo noviazgo fue descubierto y prohibido por su padre

'Él pa darse cuenta de lo de la china y Camilo fue porque en una fiesta la china se le desapareció mientras él atendía la caseta y Delia le dijo vaya mire que está haciendo su hija, pues claro, nadie quiere ver a su hija por allá en un hueco con un hombre (...) Pero la misma mamá [de la joven] tiene la culpa, porque el papá lo pasa es trabajando, a esas chinas no las ponen a hacer nada y se van a llevar una razón y duran todo el día por allá, llegan a las seis y ni les dice nada (...) no ve que la china era la que lo buscaba. La primera vez que él los vio los encontró por allá en un callejón abrazados' [Diario de campo. 20 de diciembre de 2010]

Para algunas jóvenes, la entrada de las ya mencionadas tecnologías de la comunicación también puede representar la aparición de nuevos ámbitos de cortejo e interacción, como alternativa a los limitados escenarios de relacionamiento en la vereda, dadas las distancias entre cada finca y las restricciones a la movilidad femenina. Estos escenarios, pueden pasar desapercibidos hasta cierto punto por los adultos de la comunidad, condición desde la cual se abre la posibilidad de que sean ellas las que inicien el relacionamiento, disminuyendo el temor de ser señaladas por esto. Este es el caso de una de las entrevistadas, quien encontró en los "repiques"³⁸ de celular un espacio para sus primeros cortejos

³⁸ Dado el bajo ingreso de los jóvenes, y en general, los bajos rubros que se pueden destinar a gastos como el de las "recargas" de saldo a celulares, uno de los mecanismos más frecuentes de

“Después de que los muchachos se fueron pa’l ejército, porque ellos ya comenzaban a decirle que las chinas y que tales, Augusto me regaló el celular a mí, cuando en el 2005 que yo cumplí los quince años, de regalo me dio el celular... no, ya iba a cumplir los dieciséis fue la vaina, pero bueno, él me dijo que era de quince años, y que era de quince años, y yo empecé a tener celular y entonces usted sabe que uno comienza a repicar y que el número del vecino y que ahí nos hablábamos por celular las dos, Ángela y mi persona y ellos llamaban, en la casa no había celular cuando eso, ninguno tenía celular, y empezábamos nosotros a molestar por celular, y por ahí por la emisora y así” (Entrevista a Lilia Olarte, 22 años)

Partiendo de estos escenarios no visibles al mundo adulto, algunos jóvenes hablan de la necesidad de que las mujeres tomen una posición más activa en el cortejo. De esta forma, al sentir sobre ellos la responsabilidad total de conducir estas interacciones, se apropian de ciertos discursos que abocan escenarios de igualdad de decisión e interacción para las mujeres, delegando exclusivamente en ellas la ruptura de las condiciones inequitativas de relacionamiento de su contexto. Estas posturas son presentadas sin cuestionar su lugar de poder y privilegio, desde el que anuncian su desinterés en ceder “la última palabra” o acción determinante al momento de establecer una relación

[¿A usted le gustaría que las mujeres le dijeran?] Pues claro, uno se imagina que por qué el hombre tiene que ir siempre a’lante, por qué una mujer... por eso es que dice que el hombre es muy obsesivo, que el hombre es como muy por delante de la mujer, y las mujeres mismas se dan ese, o sea ellas mismas están llevando a eso, porque por qué, o sea por qué ellas dejan que toda la vida el hombre tiene que ir, por qué ellas no insinúan también algo, para que vea el hombre que la mujer también opina, que la mujer también, por ejemplo si a usted le gusta usted que me insinúe aunque sea que le gusto, por qué el hombre a diario tiene que ir a rogar, que por qué no se cuadra conmigo, o por qué... entonces por eso es que también el hombre coge esa cosa como de ser el primero, de estar por encima de la mujer, porque como las mujeres lo dejan que él siempre empiece, que él siempre empiece, pues él se vuelve obsesivo y se toma todo (...) [Pero le gustaría por ejemplo que una mujer le dijera usted me gusta, tengamos algo...] No, que insinuara, que me insinuara, más como para ir a la fija

Desde el análisis de construcción de subjetividad sexual masculina planteado por Ana Amuchástegui, el relato de Roberto parte de la imagen de un individuo cuya condición subjetiva se afina en el monologismo, es decir, en “(...) la supresión del otro a través de construirlo en virtud de los propios intereses” (2003: 147). Para esta autora, quien analiza

uso de estos dispositivos es el de dejar llamadas perdidas a manera de saludo o para indicarle a la persona que se le requiere de manera urgente.

los procesos de construcción de subjetividad entre jóvenes mexicanos desde su dimensión como sujetos de sexualidad y procreación, este concepto brinda herramientas para analizar la reproducción de un orden dual y jerarquizado a partir de los discursos sobre el deseo sexual y las relaciones intergeneracionales.

“El primer gran otro en occidente es precisamente La Mujer, y todo polo masculino del orden de género comparte esta necesidad de diferenciación radical con lo femenino, definido desde su particular punto de vista (...) A partir de las conversaciones se puede interpretar que es naturaleza del Hombre ser un sujeto de deseo sexual; que una supuesta condición intrínseca de la masculinidad impulsa al Hombre hacia la actividad sexual. La mujer, en contraste, no posee esta "llamada de la naturaleza". Es simplemente una parte de la evolución fisiológica lo que lleva a los hombres a experimentar el deseo que, además, invariablemente sería heterosexual” (Ibíd. 147-148).

En la misma vía me encuentro con el relato de otro hombre de esta generación, en el que expresa la continuidad de una construcción dual de la sexualidad femenina, aún desde un discurso que inicialmente puede plantear un escenario de flexibilización de los contextos de relacionamiento erótico-afectivo. De esta forma, Camilo presenta la figura de la “amigovía”, es decir, de una joven con la que se establece una relación sin compromiso de exclusividad, por el deseo de la misma chica: “(...) ella está es por estar con uno... la amigovía es cuando una persona le gusta a uno harto, y ella no puede ser novia de uno entonces le dice que no, que mejor sean amigovios porque ella puede tener otro novio serio” (notas diario de campo, diciembre de 2010)

Más adelante, valiéndose de esta misma figura de la amigovía, Camilo establece una clasificación entre mujeres respetables y no, a través de la que se legitima el ejercicio de una sexualidad masculina dual, semejante a la que emerge en los relatos de los entrevistados del primer grupo generacional. En síntesis, la construcción de una subjetividad sexual “monológica”:

(...) un ejemplo, en mi edad y eso, lo que siempre ha existido es amigovias, pero ellas también, un ejemplo, lo que pasa es que uno casi no les tiene, con amigovias uno casi no les tiene el respeto, ¿sí?, un ejemplo, de decir que la voy a llevar a la casa, la voy a invitar a comer, que la voy a invitar a un paseo, no, la amigovía es como pa uno llegar, besarla, hablar con ella, hacer lo que uno puede, y listo; en cambio con la novia de uno no, sí es más diferente, ya uno es más serio con ella, más como... la presenta a la familia, ya cambia, diferente (Entrevista a Camilo Ojeda, 18 años)

Desde esta misma posición, Camilo resalta la importancia del control sexual de las mujeres de su círculo familiar o sus parejas “serias”: está bien que existan ciertas

mujeres que flexibilicen [en aras del deseo masculino] las normas de conducta sexual que les han sido impuestas, siempre y cuando, un amplio segmento de la población “femenina” se mantenga bajo las normas de la unión conyugal heterosexual. De esta forma, “su novia” no puede tener “amigovios”, y por ello la somete a una rigurosa vigilancia; a él, por su parte, no le puede ser restringida esta opción: sus antepasados varones le han legado la posibilidad de expresar un deseo sexual incontrolable, a manera de capital y privilegio masculino

M.E.: Pero entonces si ella también tiene amigovios C.O.: Ah no pues porque uno está muy pendiente en eso y no, no, uno está muy pendiente de ella pa' que ella no cometa por ahí errores y eso M.E.: Pero, ¿cómo es estar pendiente? C.O.: Pues uno le dice las cosas, que cuidado la...va a tener un amigovio o eso porque hasta ahí llega la relación y todo, hasta ahí. Porque no, no me gustaría, un ejemplo, que la novia mía tenga otro novio, o un amigovio M.E.: ¿Por qué? C.O.: Porque no, no, un ejemplo, siempre las novias que yo ha tenido, en serio, son porque ellas son serias. Un ejemplo, ellas no, no son esto así con uno y con otro, no, ellas son serias y son niñas de casa, niñas amables M.E.: ¿y por qué usted si puede tener amigovias? C.O.: Porque no sé [risas tenues], eso ya no es culpa mía, es culpa de la herencia M.E.: [risas] ¿Cuál es la herencia? C.O.: La herencia de mi papá tal vez, salí muy enamorado, no sé [risas] (Entrevista a Camilo Ojeda, 16 años)

Esta situación ha sido planteada también por Matthew Gutmann, en sus análisis en torno a la comprensión social de la salud reproductiva y la sexualidad de jóvenes urbanos de Oaxaca, México. Para Gutmann, los jóvenes enfrentan una falta de opciones en cuanto a sus posibilidades sexuales, construidas en el marco de un proceso de establecimiento de límites y restricciones psicosociales, derivadas directamente de “(...) una comprensión médica (medicalizada) de la salud reproductiva y la sexualidad, que inicia a los jóvenes en explicaciones biologicistas y "naturalistas" de sus impulsos, necesidades, satisfacciones, etc. (2003: 153)”.

Desde este enfoque, muchas de las que parecerían rupturas frente a un orden desigual de género, finalmente llegan a “(...) la mantención de la necesidad biológica masculina” (Ibíd. 160). De esta forma, aún con los desplazamientos generados por los cambios en los esquemas de iniciación y disfrute sexual masculino [menor uso de servicios de prostitución en su “iniciación sexual”, por ejemplo], la sexualidad de las mujeres sigue siendo moldeada desde el deseo sexual de los varones.

Partiendo de este ordenamiento genérico dual de la experiencia sexual, los entrevistados de ambas generaciones refieren la necesidad de participar en el control de la movilidad y conducta de sus hermanas, hecho a partir del cual refuerzan su capital de masculinidad. De esta forma, en raras ocasiones su sexualidad será sancionada en el ámbito familiar, mientras que estarán en el deber de vigilar la de sus hermanas, siempre susceptible de ser “vulnerada” por el “natural” e “incontrolable” deseo sexual masculino.

Solo los entrevistados del grupo generacional antecedente, y algunos hombres de la primera generación, refieren haber sufrido algún tipo de control o sanción hacia sus noviazgos por parte de sus padres. No obstante, dicho control resultaba fácilmente violable, pues de su contravención no se derivaban mayores consecuencias. Escaparse fingiendo estar en una jornada de trabajo, o simplemente irse de fiesta y regresar varios días después, eran las opciones más comunes: aun cuando hubiese algún tipo de reprimenda, era posible volver, pues “nada se había perdido”.

De hecho, para don Ricardo [primera generación], estas primeras huidas, seguidas de algunos cortos períodos en los que decidió “probar suerte” económica en otros sectores, sirvieron para reafirmar su posición de “hombre adulto” en la familia, haciendo desaparecer así cualquier control a sus noviazgos o movilidad *‘Usted cree que lo dejaban a uno tener una novia, si se daban cuenta eso era el vaciador que le pegaban. Yo me fui temprano de la casa, como a los dieciocho, a trabajar por allá pal páramo, la atarrajada es que uno se salga, ya después, así vuelva a la casa otra vuelta, no lo molestan’* (notas diario de campo, 15 de enero de 2012, conversación con Ricardo Clavijo).

En el caso de las mujeres, los castigos eran mucho mayores, pues fugarse significaba en muchas ocasiones no poder regresar [“si ya le había hecho el mal... ¡ya qué!”], y “perder la honra” o “el buen nombre” social. Así las cosas, el control a la sexualidad y las relaciones afectivas masculinas no resulta algo bien visto, y es calificado en muchas circunstancias como una realidad del pasado, tal como quisiera ejemplificarlo a continuación.

5.3. 'Ese muchacho no va a poder ni conseguir mujer': homosociabilidad y estatus masculino

La virtud de la mujer es frágil, dice la cultura a instancias de su fe, pero constituyendo el ego femenino el símbolo de la pureza, no puede ser víctima ni victimaria de su propia vulnerabilidad, haciéndose indispensable poner en manos del ser fuerte, un hombre, padre, hermano, o hijo, este cuidado, y el control y dominio de la mujer, esposa, madre, hermana, o hija (Gutiérrez 1968: 189)

La idea de aquellos “padres celosos” que ni siquiera permiten los noviazgos vigilados, es vista por personas de ambas generaciones como una imagen del pasado, construida a partir de prácticas que les parecería absurdo imponer a sus hijas. Buscando distanciarse de esta imagen, era frecuente que algunas personas me refirieran ejemplos de esos “padres anticuados” que aún persisten, desacreditando su forma de actuar.

De esta forma, dicho actuar “erróneo” es atribuido a un escaso distanciamiento frente a los patrones de crianza en los cuáles fueron socializados, como resultado de unos bajos niveles de escolaridad ‘(...) es que como ellos tienen esos pensamientos de la gente anticoria, como a ellos los criaron así y ni educación ni nada, entonces ellos quedaron con eso’ (notas diario de campo, 15 de enero de 2012).

Uno de los casos referido con mayor frecuencia cuando se hablaba de este tema fue el de don Marcos, uno de los entrevistados de la generación antecedente. Así las cosas, fueron varias las conversaciones en las que se resaltaba el carácter inadecuado de sus formas de crianza, que para muchas personas habían ocasionado la partida “temprana” de sus hijas: se habían “volado” con hombres que habían estado “de paso” por la vereda, a los que casi nadie conocía.

De esta forma, muchas personas de El Cerro consideran las actitudes de don Marcos como exageradas, partiendo de la idea de que es necesario permitir a sus hijas tener noviazgos, siempre y cuando estos estén bajo la vigilancia familiar. No obstante, los reproches a los comportamientos de don Marcos se enfocan, sobre todo, en el control

que él ejerce hacia su hijo. Varios son los relatos que hacen referencia a Mateo, el único hijo hombre de don Marcos.

Mateo es un joven callado y sin amigos en la vereda, dado que no frecuenta espacios de reunión comunitaria o de sociabilidad masculina, puesto que no continuó con sus estudios de secundaria, y tampoco trabaja fuera de la propiedad familiar: *'a veces es que sale ahí a la escuela, pero yo creo que si han sido dos veces no han sido más, y ha salido es a encerrarse ahí en la tienda, toma sin hablarle a nadie y cuando está todo borracho se devuelve para la casa'* (Notas diario de campo, conversación con doña Rosalba). Durante todas mis visitas al Cerro tan sólo me crucé una vez con este joven, de aproximadamente 20 años, quien en lugar de saludar aceleró el paso³⁹.

Para muchas personas, don Marcos se ha equivocado en la crianza autoritaria y controladora en exceso con su hijo. "Lo volvió todo pendejo", "no es capaz ni de poner una novia", fueron algunos de los comentarios que registré durante conversaciones en las que se hablaba de Mateo, en las que el joven era puesto como ejemplo de lo que no se debe hacer en la crianza de un hombre.

En Mateo confluyen varios de los elementos tomados por las personas de la vereda socialmente como un desacierto en la socialización juvenil masculina, que muchos plantean como elemento fundamental para la posterior asunción de rasgos de la personalidad adulta. Y es que en el ámbito del cortejo, en parte apoyado y validado por los grupos de pares masculinos, se percibe un campo para la adquisición de habilidades de interacción fuera del ámbito familiar, que, al ser limitadas y encaminadas, darán cabida al futuro papel de "proveedor" y "cuidador". *'Yo creo que ese Mateo se volvió fue marica, porque le tiene miedo a las mujeres, ese ni habla'*, me diría don Norberto en una de nuestras conversaciones, opinión que en otro escenario complementaría doña Luciana, *'cuando se case le va a tocar todo es a la mujer'*.

³⁹ Algo no común allí, pues al cruzarse con alguien en los caminos veredales, aun cuando no sea una persona conocida, es usual saludar. Más aun, para cuando me crucé con el joven iba en compañía de otra persona local.

De esta forma, en las opiniones alrededor de Mateo algunas de las pocas alusiones en torno al tema de la homosexualidad y el homoerotismo entre varones. Aunque varias preguntas de la guía de entrevista estaban orientadas a develar representaciones en torno al deseo y las prácticas homoeróticas entre varones, estas eran usualmente evadidas por los entrevistados, de manera semejante a como esquivaban muchas de las inquietudes asociadas al ámbito de la sexualidad. Cuando estos interrogantes eran respondidos, las situaciones o representaciones descritas eran puestas en el lugar de la alteridad: la homosexualidad y el homoerotismo como realidades de contextos urbanos o de escenarios rurales lejanos o distintos al propio.

Esta “alterización” frente al tema habla de la homosexualidad y el homoerotismo como escenarios siempre posibles del contexto, en oposición a la “negación” o invisibilización que se busca con la producción de “alteridad”. De esta forma, la no aparición expresa de un posible escenario homoerótico masculino en los relatos me habla más del contexto de producción de la información que de su no existencia: la relación que sostuve con las y los entrevistados, la forma en la que era vista por ellas y ellos, y el guión heterosexual prevaleciente en nuestras interacciones.

Desde esta óptica retomo trabajos como el de Guillermo Núñez Noriega (2010), que aparecen en el escenario de las investigaciones sobre masculinidades en contextos rurales para descentrar las representaciones sobre éstas: la correcta masculinidad no excluye el homoerotismo y es necesario seguir analizando la heterosexualidad y la homosexualidad como constructos, amparados bajo la edificación de la heterosexualidad como norma. Ante la no aparición de relatos propios en torno al deseo homoerótico y la alterización de la homosexualidad, aposté a un análisis del proceso de producción de la heterosexualidad como orientación sexual y como norma.

Y es que además de la no comprobación de algún noviazgo de Mateo, tampoco se identificaba que el joven fuera partícipe del relacionamiento entre pares, otro espacio considerado como fundamental en los procesos de socialización masculina. Los partidos de fútbol son los escenarios de recreación homosocial más frecuentes para los varones solteros de la vereda. Es así como varios domingos del mes los jóvenes tienen encuentros futbolísticos en la escuela veredal. Aunque en algunas ocasiones puedan

asistir mujeres a estos eventos [en compañía de hermanos u otros familiares], e incluso vincularse como jugadoras, nunca lo hacen con la frecuencia de sus pares masculinos y, en caso de que ellas participen, las normas y conductas de éstos cambian.

Uno de esos domingos fui invitada a jugar en un partido en el que algunos de mis amigos de la familia Pabón compartían con sus hermanas, hermanos y otros parientes que los visitaban. “Métasele” me gritó don Miguel cuando su hermano se aproximaba al arco, indicándome que debía bloquearlo en una maniobra defensiva. Cuando regresábamos a casa, don Miguel me contó que inicialmente no pensaba quedarse en el partido porque estaba muy cansado, pero cambió de idea al ver que también íbamos a jugar algunas mujeres

‘yo por eso fue que me quedé en el partido, porque yo salí cansado de Sardinata, pero como vi que bajaban mujeres a jugar me quedé, porque es más de recocha, eso las mujeres no le pegan al balón, por ahí medio lo tocan, si hubiese sido solo machitos no me quedo. Por eso fue que le dije que se le metiera a Ricardo, porque así lo frenaba, no ve que uno a las mujeres no les pega, no les anda duro...’ (Notas diario de campo, 9 de enero de 2011).

En la justificación de don Miguel se hace evidente la importancia que para los hombres jóvenes tiene este espacio deportivo (los mayores casados muy ocasionalmente participan de él): la adecuación de su cuerpo a un orden de género allí imperante, con su progresiva desfeminización (Viveros 2002: 218). Para Viveros, al ser la masculinidad un proyecto enseñado y transmitido a un universo de varones, la institución deportiva funciona como una “casa de los hombres”, de acuerdo con los análisis que la autora retoma de Maurice Godelier.

De esta forma, “Las pruebas y las competencias deportivas pretenden conferir a los varones una especie de invulnerabilidad, blindando, acorazando y preparando su cuerpo y su carácter para la lucha y para la demostración pública de su respetabilidad” (Ibíd. 221). Luego entonces, este espacio perdía parte de su carácter “original” con la participación de mujeres, haciendo que nuestra presencia allí se asociara a un menor esfuerzo de los hombres

A través de estos procesos, sustentados en la ideología de la virilidad, se acredita y refuerza la idea de una superioridad de los hombres sobre quienes consideran como

“más débiles” (mujeres, niños), en la medida en que todas las diferencias físicas adquieren el carácter de valores. No obstante, en el marco de esta misma concepción, el escenario deportivo busca imponer a los hombres una serie de restricciones sobre la expresión de la agresividad, a través de elementos como “la caballerosidad” (Ibíd. 227). Es este uno de los elementos que se visibiliza en la observación de don Miguel: el deporte también está encaminado a reducir las posibilidades de uso de la fuerza y oportunidad física adquirida en estos escenarios con las mujeres, de tal forma que se limite y canalice ese capital de dominio ganado.

La asociación entre el espacio deportivo y la adquisición de condiciones viriles, en el marco de su carácter de “casa de hombres”, vincula a éste otras actividades orientadas a los mismos fines. En una ocasión conversaba con un hombre de la primera generación de la vereda sobre una práctica que ha tenido lugar entre los jóvenes: las reuniones para ver pornografía en el televisor y el reproductor de DVD de la escuela. Esta práctica ha sido documentada en otros estudios sobre el ejercicio de la sexualidad masculina en contextos rurales, como es el caso del trabajo de Benno de Keijzer y Gabriela Rodríguez en un sector cañero mexicano (2003). En su trabajo, Keijzer y Rodríguez muestra como la pornografía, con la llegada de “nuevas” [para el contexto rural que analizan] tecnologías de la información y la comunicación, se convierte en uno de los ámbitos de configuración de la sexualidad juvenil.

Si la institución deportiva constituye el componente visible de este espacio de homosociabilidad y virilización, la circulación de mensajes e información en torno a la sexualidad, representada en el acceso a la pornografía, encuentra en este mismo espacio una oportunidad para su ejecución “disimulada”. De esta forma, las reuniones para ver películas pornográficas, que en otras generaciones equivaldrían a las conversaciones sobre sexualidad entre varones parientes y amigos, son espacios homosociales que deben transcurrir con la mayor discreción posible, de “espaldas al mundo adulto”, tal como lo señalarían Keijzer y Rodríguez para el caso de la población joven rural de Iguanillas [México].

No obstante, la ocurrencia soterrada de dichos espacios no implica que estos carezcan de legitimidad social. Por el contrario, este proceso de “ocultamiento” se enmarca más en

la doble moral sexual prevaleciente, orientada al sustento de un determinado orden de género. De esta forma, la información y vivencia de la sexualidad se piensa como un elemento constitutivo de la identidad masculina, mientras que la “inocencia” y “contención sexual” son consideradas como atributos deseables de la feminidad. Si bien los jóvenes varones evitan que estos eventos sean conocidos por sus padres u otros adultos de la comunidad, la libertad de movilidad y encuentro de la que gozan, en oposición al control familiar y comunitario al que están sometidas las mujeres de su edad, posibilita su realización. Tal como lo afirmarían Rodríguez y Keijzer,

Lo importante es que el mundo adulto no se entere de lo que ya sabe que está ocurriendo. El mismo mecanismo tiende a ocurrir con fenómenos como la iniciación sexual masculina y la circulación de videos porno entre los jóvenes. La norma y su trasgresión parecen convivir pacíficamente siempre y cuando no sean atrapados en el acto. (Ibíd. 46)

De esta forma, uno de los pocos adultos que conocía de este espacio, y quien me habló de su existencia [que no fue admitida por ningún joven], legitimaba su ocurrencia en el marco de la naturalización de un deseo sexual masculino exacerbado, que requiere de la obtención de un máximo posible de “conocimiento”, que permita probarse experimentado ante sus pares. Este hombre, que durante su juventud había iniciado su vida sexual a través de servicios de prostitución, visitando los establecimientos en compañía de familiares de su edad y amigos, atribuye a este espacio un significado equivalente: un escenario de adquisición de condiciones viriles, y de demostración de estas ante los grupos de pares, esos mismos con los que se espera obtener buena parte de la información atinente a la sexualidad.

(...) ¿En su época se daban cosas parecidas?, pues no con videos sino con otras cosas, que se reunieran... R.C.: No, porque pongámosle cuando ese tiempo no había luz ni había nada, por aquí en el campo no había luz, ni que cuento de televisión ni qué nada, por eso cuando bajábamos al pueblo mirábamos televisión, pero de resto no. M.E.: Pero que conversaran sobre las experiencias, sobre cómo... R.C.: Sí, pongámosle lo enseñaban a uno, cuando eso las mismas mujeres de los bares lo enseñaban a uno posiciones y todo eso, y los primos que venían nos enseñaban cómo las agarraban y todo eso, las posiciones...ya ahora después de que llegó la luz pues sí ya echaron a comprar televisor y entonces ya echaron los muchachos a comprar, los más jóvenes, a comprar videos y todo eso, y los otros a mirarlos (Entrevista a Ricardo Clavijo, 42 años)

Así las cosas, los videos se convierten en una nueva fuente de información en torno al relacionamiento sexual y erótico, convirtiéndose en una “(...) dimensión importante en la constitución de la sexualidad” (Ibíd. 44) de estos jóvenes varones. De esta forma, dichos

espacios de reunión en torno a la pornografía, constituyen un escenario para “despejar las dudas” originadas en sus conversaciones en torno al tema, incluidas aquellas que parten de lo que muchos de ellos señalaron como elementos “ajenos” a su contexto: imágenes en torno a orientaciones sexuales e identidades de género fuera de la norma heterosexual, que en ocasiones habían sido tomadas de algunos referentes televisivos

(...) porque empezaron a hablar, que bueno, que habían mujeres que tenían de novias más mujeres, ¿sí?, y entonces nos poníamos nosotros a hablar, bueno, ¿qué será eso?, entonces conseguíamos videos pa ver que era una lesbiana. Entonces nosotros lo colocábamos y llamábamos a los muchachos a ver qué era eso, y por reírnos ahí un rato (...) **M.E.:** Y usted que días que me contaba que los muchachos quería ver el video porno de Laisa⁴⁰, ¿por qué? **R.C.:** Pues pa mirarlo, porque a ver cómo era un... pues pa mirarlo, como pasan ahí todo, pues el muchacho que quería verlo pa ver si se había mandado a quitar los testículos o no, Laisa, entonces era por mirarlo no más, pero al fin no lo conseguimos, o sea ellos lo habían conseguido pero estaba rayado entonces, no lo compraron pa mirarlo, no se veía bien (Entrevista a Ricardo Clavijo, 46 años)

Estos espacios en ninguna circunstancia son compartidos con mujeres, puesto que a través de ellos se reafirman muchas de las representaciones en torno a la sexualidad femenina que circulaban entre generaciones anteriores: la información de la sexualidad no debe estar del todo disponible a las mujeres, en tanto que esta podría contribuir a su “despertar sexual”, disminuyendo así el control sobre sus deseos e interacciones en este ámbito.

M.E.: bueno, entonces se ríen, se reúnen a eso, vienen puros chinos, ¿no vienen chicas? **R.C.:** No, niñas no, aquí poníamos alguno que mirara, el que no quería mirar lo poníamos a que mirara a ver que no viniera ninguna niña. Un día entró una niña y entonces nosotros lo apagamos de una, sí, pa que no aprenda, ¿no? **M.E.:** Porque no es bueno que lo vean, ¿o qué? **R.C.:** No, pues uno piensa, hacen lo mismo que ven ahí, ¿sí?, dice no, pues ponen en práctica eso, entonces uno dice, le pasa algo a esa niña y es porque uno se pone a enseñarles todo eso **M.E.:** ¿Con los chinos si no hay problema? **R.C.:** No, con los chinos no, porque pa que aprendan, a ser más machitos, entonces uno desde pequeños, a veces metemos hasta chinos por ahí menores de doce años, nos reunimos hay veces hasta diez, doce a mirar (Entrevista a Ricardo Clavijo, 46 años)

En el marco de una reproducción de este escenario dual de la sexualidad, se legitima a su vez el control ejercido por los varones hacia sus parientes mujeres: al ser

⁴⁰ Personaje de la novela colombiana “Los Reyes” interpretado por Endry Cardeño, reconocida actriz trans. Esta telenovela fue emitida por el canal RCN en el año 2005. Con el papel de Endry Cardeño, Laisa se convirtió en la primera mujer trans representada en un programa televisivo del denominado horario *prime time*.

“conocedores” del tema, se espera que procedan de forma “adecuada” en la preservación de un orden de género, que será garantía del prestigio familiar y, por ende, constituirá un aporte a su capital de masculinidad. Dicho conocimiento es reflejado en algunas de sus advertencias para con sus hermanas [‘uno de hombre sabe cómo son los otros hombres’], o en una de las frases más comunes entre los entrevistados: ‘uno de hombre no tiene nada que perder’.

M.E.: Y ellos por los novios de ustedes, ¿les ponían problema?, ¿estaban pendientes de que no se fueran a ir con el novio, de que no se fueran a acostar con el novio? L.O.: Ah no, ellos nos decían sí, miren, eso no se hace, uno como hombre piensa esto, uno pone cuidado a esto, cuando la novia está con uno, uno dice esto, ¿sí?, ellos nos ponían... M.E.: Por ejemplo, ¿qué les decían que hacen los hombres? L.O.: Ellos por lo menos, todo más Augustico nos decía ‘miren, uno está con una muchacha y uno hace lo que le provocó, y si ella se dejó el problema fue de ella, porque yo la dejé y mire, yo quedé bien y ella no, o yo me puedo ir a hablar de ella, mire, aquella muchacha tal y tal cosa, que le hice yo y qué no le hice, qué se dejó hacer, y lo mismo hacen ellos con ustedes, ustedes se dejan de ellos y el día menos pensado ustedes se abrieron y ellos van a decir: ay mire, tal muchacha se dejaba hacer tal cosa, o hacía conmigo tal cosa, o salía a tal lado’, ¿sí?, todo eso nos lo decían ellos, entonces uno como que ponía cuidado (Entrevista a Lilia Olarte, 22 años)

En el caso de Lilia, la adquisición de un estatus económico por parte de sus hermanos, dados sus aportes al grupo familiar incluso antes de vincularse a las Fuerzas Militares, les otorgó a su vez una posibilidad adicional: participar de las decisiones en torno a los proyectos y movilidad cotidiana de sus hermanas. De esta forma, en los relatos de esta entrevistada empieza a hacerse visible uno de los fenómenos analizados por Virginia Gutiérrez (Óp. Cit.), de los que en buena parte me ocupé en el segundo capítulo. Lilia describe entonces una dimensión del proceso de transmisión intergeneracional del poder masculino al interior del grupo familiar, que había sido relatado también por una mujer de la primera generación, integrante de otra familia.

Aquí entonces se explica buena parte de la oposición social frente a las restricciones impuestas por don Marcos a su hijo Mateo: si los varones deben participar del control a la sexualidad y conducta de sus hermanas, ¿resulta válido restringir su movilidad y sus espacios de socialización?, ¿no les restará esto capacidades para asumir la “transmisión” paterna de estatus y sus mencionadas implicaciones? De esta forma, a través de dicho proceso intergeneracional, los hermanos mayores adquieren espacios de negociación o cuestionamiento a la autoridad paterna, que sus hermanas en ocasiones ven como una oportunidad de apertura para ellas, en tanto que pueden negociar más fácilmente con

ellos ciertas concesiones de libertad, pues se muestran un poco más permisivos y cómplices que su padre.

Respecto a esto, Lilia mencionó cómo varios de sus noviazgos le fueron permitidos gracias a que sus parejas eran amigos de sus hermanos, quienes las “defendían” de la posible oposición de su padre, aun cuando sus novios “pidiesen la entrada”. Tal era la posibilidad de negociación de sus hermanos con don Ángel, que la entrevistada resalta cómo tuvo que cortar su relación después de que éstos se fueran al ejército

Yo tuve un novio con el que duré como casi cuatro años, pero eso papá no lo quería, yo lo conocí porque él trabajó con Augusto para allá para El Páramo [vereda], entonces pues mientras estuvo Augusto él era el que lo defendía, pero entonces ya cuando Augusto se fue yo lo saqué, mijito ya no tiene quien lo defienda, porque uno piensa que qué tal más adelante uno se vaya a vivir con uno de esos y el papá de uno sin quererlo, entonces para traerlo a la casa y eso (Diario de campo, conversación con Lilia, 12 de enero de 2011)

En el caso de Lilia y su hermana Sandra, jóvenes de la segunda generación, el hecho de que sus hermanos se convirtieran en co-proveedores de su familia, les daba a éstos el poder de negociar con su padre la movilidad de ellas, a manera de desafío a su autoridad, al no ostentar éste la proveeduría absoluta. De esta forma, las jóvenes sentían mayor cercanía con sus hermanos, y encontraban en ellos una autoridad menos rígida que la de su padre, aun cuando ésta no estuviera exenta de reglas

(...) cuando Augusto estaba en el Páramo, papá peleaba mucho con nosotros y nosotros le contábamos a Augusto, cuando papá no nos quería dejar bajar a estudiar, teníamos que bajar a hacer una tarea, él no nos dejaba ni salir donde las Ortiz a hacer un trabajo ni bajar al pueblo, entonces pa' que nos diera permiso teníamos que llamar a Augusto y contarle, mire tal cosa, y Augusto lo llamaba y le decía '¿Es que usted es bobo?, no dejar bajar las chinas, ¿y entonces?, ¿las va a dejar para usted?', eso le decía, y él desde ahí cualquier cosa Augusto, todavía, que papá tal cosa del viaje llamamos a Augusto y papá a Augusto le hace caso, ya se acostumbró que lo que Augusto le dice, cuando él le habla duro o cuando Augusto le habla él sabe que mi papá lleva las de perder y que así no es (entrevista a Lilia Olarte, 22 años)

Para el caso de estas jóvenes, sus hermanos siguen teniendo una gran influencia en la toma de sus decisiones y en la mediación con su padre, aun estando lejos de la casa. En la navidad del año 2010, Lilia empezó a sufrir constantes desmayos, varios de los cuales ocurrieron en las novenas de aguinaldos, espacios de reunión de toda la vereda. Estaba por esos días quedándome en su casa, donde además de las preocupaciones existentes

por su estado de salud, las conversaciones familiares discurrían sobre las posibles especulaciones de la gente en torno a su enfermedad.

Preocupada por sus quebrantos de salud, así como por las “habladurías” de la comunidad en torno a éstos, Lilia habló con su hermano Augusto, quien entre sus principales advertencias le señaló que no debía asistir a esos espacios de encuentro veredal, para evitar los comentarios de los demás asistentes. Después de esta conversación, su mamá, su hermana y yo, intentamos persuadirla de acompañarnos a una novena de aguinaldos veredal, sin que ella cediera, en tanto que Augusto había sido enfático en que no debía asistir. De esta forma, en todas las conversaciones familiares se refiere la importancia de contar con la opinión de Augusto y Rodolfo ante cualquier proyecto o decisión, en tanto que ellos son el principal soporte económico de la familia y “los hombres mayores” de la casa.

Estas relaciones con los hermanos varones, cuando no se dan en el marco de un desafío directo a la autoridad paterna, pueden funcionar a manera de complicidad, ayudando a ocultar los noviazgos de las hermanas, como fue relatado por una de las mujeres del primer grupo generacional. Por supuesto este ocultamiento se da a partir de su propio seguimiento a estas relaciones, en tanto que transcurren en espacios generacionales compartidos fuera de casa, es decir, no están del todo exentos al control familiar: (...) *Papá no nos dejaba poner novios, yo puse novio a escondidas, yo bajaba a Sardinata con los muchachos y ellos sabían que yo tenía de novio a Miguelito y nos veíamos, pero de que Miguel fuera a la casa y nos viéramos, no (...)* (Notas diario de campo, diciembre 2010).

En otros casos, las entrevistadas hicieron menos alusión a este control directo por parte de sus hermanos mayores, y en cambio refirieron la vigilancia familiar ejercida a través de sus hermanos y hermanas menores. Esta vigilancia se concentraba sobre todo en sus “salidas al pueblo”, siendo el casco urbano el espacio más frecuente para la vivencia de los noviazgos. De esta forma, eran acompañadas a muchos espacios por sus familiares más pequeños, quienes luego se encargarían de contar lo visto a sus hermanos mayores y padres.

(...) los chinos de la casa, Henry y Germán, nos ponía a Camilo a que nos persiguiera los pasos a ver qué hacíamos nosotras, y si teníamos novio o no M.E.: ¿Y por qué ellos hacían eso? V.P.: Yo no sé...eso nos decía, les vamos a mandar al popular

malachachana, de hoy mañana y siempre M.E.: ¿Cómo así? V.P.: Le tenían un sobrenombre a él, popular porque contaba todo, y ellos llegaban y le contaban a mamá y eso nos regañaba, nos prohibían la bajada aquí al pueblo, nosotras decíamos que teníamos que bajar a veces al hospital y no nos dejaban bajar (Entrevista a Viviana Pabón, 22 años)

Todos los relatos en torno a este control familiar justifican las acciones ejecutadas en las “altas” posibilidades de que las jóvenes mujeres “sean engañadas” y “salgan embarazadas”. El engaño es una de las representaciones más frecuentes en torno al relacionamiento erótico-afectivo entre jóvenes, partiendo del ya analizado orden sexual y de género dual. De acuerdo con esta representación, las jóvenes son “engañadas” por sus novios al momento de iniciar una vida sexual con ellos, en tanto que se espera que se resistan a esta situación, estableciendo los controles que sean posibles para evitarla. El embarazo se asume entonces como la evidencia social del “engaño”.

La expresión “dejarse comer cuento”, comúnmente asociada a esta última representación, actúa como un indicador de la expectativa matrimonial en la que las familias inscriben a sus hijas: existen amplias posibilidades de que ante un embarazo los jóvenes “no respondan” y, por ende, se haga visible el engaño.

La mayor parte de las y los jóvenes entrevistados, señalaron su interés de postergar la conformación de pareja y la llegada de hijos, hasta tanto no culminaran sus estudios o consolidaran algún proyecto económico fuera de la vereda. No obstante, para las personas entrevistadas del primer grupo generacional, las vivencias en torno a la sexualidad y la interacción afectiva entre jóvenes, traerán como consecuencia, casi que inevitable, un embarazo inesperado. Pero este hecho se mantiene en la dualidad que plantea la heterosexualidad como norma: cuando se “aconseja” a los varones, se resalta la existencia de métodos anticonceptivos, aunque no se provea mayor información sobre éstos en la vereda, mientras que al “aleccionar” a las jóvenes, se les indica que deben evitar apartarse de cualquier vivencia sexual.

M.E.: ¿Y con sus hermanas era lo mismo?, Les decían cuídese, use condón y eso C: (...) pues sí, que tengan novios y eso pero que se cuidaran, que no se dejaran... a las mujeres siempre les decía que no se dejaran engañar y eso, sí, que se cuidaran y que...pero, casos que pasaron M.E.: ¿Pero cómo así que no se dejaran engañar? C: sí, porque nosotros los hombres somos muy...queremos no más sino por pasar el rato y listo...unos no, porque yo que soy serio. Pero no, ella tal vez no le paró atención, hizo el error ahí

M.E.: *¿Pero las mujeres también no pueden querer pasar el rato? C.:* *Pues sí, pero un ejemplo uno como hermano y ellos como papás pues no les gustaría, sí, que las mujeres sean (...) eso es muy, muy feo para una de la familia (...) 'ay que mire su hermana que se dejó con su marido y que mire que...', no, eso no me gusta a yo, me gusta que ellas sean serias, y uno de hombre también, uno de hombre pues si puede tener varias novias y eso, pero mujer, mujer como uno de llevársela a vivir no, pos sí se la puede llevar a vivir pero que ya sea responsable con ella (Entrevista a Camilo Ojeda, 18 años)*

Así las cosas, aunque los jóvenes varones planteen algunas diferencias en la vivencia de su sexualidad respecto a sus padres y abuelos, tal como ya lo he descrito aquí, hay una continuidad frente a algunos de los valores sexuales que planteaban las anteriores generaciones, en cuanto a las representaciones en torno a la sexualidad femenina, y al acceso y uso de la información referida al placer sexual y la anticoncepción.

Y es que en el ámbito de la sexualidad juvenil, los procesos de construcción de identidades y subjetividades revelan la consciencia contradictoria que tienen como marco: las nuevas informaciones disponibles en torno al ejercicio de la sexualidad y la salud sexual y reproductiva, no son leídas fuera de una permanente interpretación de los valores disponibles en ambas generaciones, de manera tal que hay una coexistencia y contradicción permanente entre lo que se piensa como “pasado”, y lo que es calificado como actual, al punto que estos dos polos se hacen indistinguibles.

De esta forma, mientras la existencia de la anticoncepción es una de las “innovaciones” que plantea el escenario vivencial de la segunda generación, tal como lo afirmaron varias de las personas entrevistadas de ambos grupos, “salir embarazada” y “riesgo” eran las expresiones más frecuentes cuando se hacía alusión a la sexualidad de las jóvenes. Por supuesto, el embarazo y el riesgo son situaciones interpretadas desde un marco distinto al que pudieron tener las primeras generaciones en su juventud, operando allí un desplazamiento en las representaciones en torno al tema, que aun así siguen orientadas al mantenimiento de un orden desigual de género. Sobre dichas representaciones y su contexto de aparición quisiera referirme a continuación.

5.4. ‘No vaya a salir con una barriga’: anticoncepción, “embarazo juvenil”, y el “gobierno de la libertad”.

Al preguntar por el uso de métodos anticonceptivos a los entrevistados varones del segundo grupo generacional, todos afirmaron emplear el preservativo en sus encuentros sexuales, siendo este el único método que referenciaban. Acto seguido, era usual que les preguntara por las principales fuentes de información al respecto: todos los jóvenes coincidieron en que los conocimientos sobre estos métodos y su uso se derivaban de algunas charlas impartidas durante el bachillerato.

En el caso de las mujeres de su misma edad, una de ellas también referenció que la mayor parte de la información que tiene al respecto provino del programa de educación flexible al que asistió, mencionando también la oposición inicial de su padre frente al tema, dado que compartía con él estas clases -pues también adelantaba el bachillerato-. Por su parte, la otra mujer entrevistada de este segundo grupo generacional, afirma que sólo accedió a información sobre anticonceptivos después de su segundo parto, tras el que se implantó un dispositivo subdérmico -que fue promocionado en una campaña radial local- para evitar un nuevo embarazo.

Aunque los entrevistados de esta generación destaquen a las instituciones de bachillerato como la principal fuente de información en cuanto a anticoncepción y salud sexual y reproductiva, en otras conversaciones con ellos pude confirmar la baja frecuencia de las clases o charlas dedicadas al tema -un par de veces en todo el bachillerato-. Así mismo, los mensajes transmitidos en estos espacios, buscaban profundizar en una determinada “situación de riesgo”, a manera de aleccionamiento moral: la forma en la que un embarazo ponía límites a los proyectos deseados, o las situaciones experimentadas por una persona que vive con VIH, entre otras.

M.E.: ¿Quién le había hablado de los preservativos? R.C.: En el estudio, la educación, yo he estado en muchas charlas de eso, siempre nos han dado charlas de cómo debe cuidarse uno y eso M.E.: ¿En dónde le han dado charlas? R.C.: En el colegio abajo en Sardinata nos dieron muchas charlas, estudiando, cuando eso que venía gente con SIDA, que tenían SIDA y eso, entonces los traían y daban charlas sobre las enfermedades y eso (Entrevista a Roberto Camacho, 22 años).

Durante mis épocas como estudiante de bachillerato en Sardinata⁴¹, participé de algunas de las charlas que refiere Roberto, quien estudió dos años en una de las instituciones educativas del casco urbano. En una ocasión las directivas del colegio invitaron a un hombre que vivía con VIH para que nos hablara de las consecuencias sociales y personales del SIDA, y de cómo habría podido evitar contraer el virus.

Años después conversaría con algunas de mis amigas de la época⁴² sobre esta charla, llegando a la conclusión de que nos había dejado más aterrorizadas que informadas. Y es que ese era precisamente su objetivo: cumplir con los lineamientos nacionales sobre la necesidad de impartir educación sexual (en aras de disminuir el “riesgo” de un embarazo “indeseado”, o el contagio de enfermedades de transmisión sexual), sin contradecir los mensajes de “abstinencia” o postergación de la vida sexual, orientados sobre todo a las mujeres de esta institución católica⁴³.

La visión de la sexualidad de los jóvenes como una situación “de riesgo” ha sido analizada por otras investigaciones sobre el tema, enfocadas sobre todo en contextos urbanos. Este es el caso del trabajo de Mara Viveros (2004), en el que la autora analiza las modalidades de “gobierno de la sexualidad juvenil” puestas en marcha en las actividades pedagógicas de dos programas de educación sexual en Bogotá, así como la incidencia de dichas formas de gobierno en la producción de subjetividades juveniles.

La palabra Gobierno, de acuerdo con los análisis que la investigadora retoma de Michel Foucault, se refiere a las formas de acción orientadas a actuar sobre las posibilidades de acción de los demás. Es decir, para el análisis que aquí propongo, hace referencia “(...) a la forma en que se dirige y estructura el posible campo de acción de las y los jóvenes en materia sexual” (Ibíd. 156).

⁴¹ Ocho años han pasado desde que finalicé el bachillerato

⁴² Reflexioné en el diario de campo sobre esa conversación, buscando ponerme en diálogo con algunas de las informaciones

⁴³ Las dos instituciones de educación secundaria del casco urbano de Sardinata son de carácter público, pero una de ellas funciona mediante una concesión con la Diócesis de Cúcuta, mientras la otra estuvo a cargo de la comunidad de Hermanas Vicentinas durante muchos años.

De acuerdo con esta autora, las nuevas formas de gobierno de los cuerpos, orientadas al control de la sexualidad de los jóvenes y adolescentes como grupo poblacional definido, “(...) buscan que cada uno de ellos se cuide y se vigile lo mejor posible, y sancionan a aquél que se muestra incapaz de hacer buen uso de esta delegación de poder o tiene actitudes y comportamientos “desviados” que perjudican el acuerdo social establecido en torno de la norma (Fassin y Memmi, 2004)”. Para Viveros, esta noción de autovigilancia, más que derivarse de una transformación radical en el orden de género, se enmarca en el proceso de individualización de los comportamientos e ideales sexuales, que inició hace por lo menos tres décadas con la “masificación” de los métodos de anticoncepción.

Aunque dicho proceso de masificación de la anticoncepción se remonte menos décadas atrás en el caso de El Cerro, tal como lo he descrito hasta ahora, esta noción de autovigilancia se hace presente en muchos de los relatos analizados en esta investigación. De esta forma, hacen aparición los proyectos de movilidad educativa en los que se inscriben varias de las personas entrevistadas de la segunda generación, así como la conformación de un nuevo grupo etario cercano a lo que en contextos urbanos se ha denominado “adolescencia”. Estos escenarios se constituyen en herramienta clave para la consolidación del mencionado proceso de individualización.

Por supuesto, los escenarios antes mencionados se expresan de manera particular en este contexto, dada la interacción de dichas representaciones con el panorama socioeconómico de la vereda, así como con los valores en permanente contradicción que sostienen allí un orden de género. De esta forma, aunque las situaciones de dependencia económica de las y los jóvenes no sean equiparables a aquellas experimentadas por algunos sectores medios urbanos –salvo por ciertas familias de la vereda con un mayor nivel socioeconómico–, la representación de la juventud como un período de “subordinación” económica, hace emerger la idea del embarazo juvenil como “riesgo”.

De esta forma, todos los relatos en torno al apoyo familiar para la continuidad del proyecto escolar de la progenie (principalmente femenina), señalaban la finalización de éste ante la ocurrencia de un embarazo “no esperado”. Aunque algunos de los varones señalaran la preocupación familiar [o la suya propia] frente a un eventual embarazo, este

“problema” era recalcado sobre todo a las mujeres, para quienes era presentado como uno de los mayores obstáculos en la consecución de “su proyecto de movilidad”.

Y es que dicho proyecto, tal como lo analiza el antropólogo Marco Melo (2011), en su trabajo sobre los discursos en torno al embarazo juvenil en la prensa colombiana, presenta marcadas diferencias frente a la forma en que el evento de un embarazo era visto por la generación de sus madres y abuelas durante su época de juventud. De esta manera, “Salir con una barriga”, que para los otros grupos generacionales se convertía en un estigma derivado de “la maternidad y la filiación ilegítimas”, en este grupo generacional empieza a adquirir un criterio de edad, en la superficie de la gubernamentalidad liberal (Ibíd.). Para Melo, lo que en contextos urbanos ha sido analizado como “maternidad adolescente”, no resulta ser otra cosa que la creación de un objeto particular del discurso, a partir de los dispositivos de “autovigilancia” o de “gobierno de la libertad”

Así, la preservación de la libertad y la autonomía como principios de (auto) gobierno de las jóvenes, está subordinada al control de la reproducción por parte de ellas. En ese sentido, dentro de la gubernamentalidad liberal, la maternidad “temprana” de las mujeres aparece como un factor negativo en la “formación del capital humano”, e implica un fracaso en la instalación de un modo de subjetivación que se corresponda con la encarnación de los principios liberales de regulación de la conducta y la aplicación de sus tecnologías en el gobierno de sí de las jóvenes (Melo 2011: 46).

No obstante, este gobierno de la libertad se convierte en un escenario de reproducción de un orden desigual de género, en tanto que *“No se pretende, como podría ser deseable, constituir sujetos con mayores posibilidades de ejercer el “arte” de usar los placeres (Foucault, 1986), sino individuos más hábiles para el control en términos represivos.”* (Viveros 2004: 166)

Este control en términos represivos, expresa la interacción de representaciones contradictorias: la expectativa sobre el control de las capacidades reproductivas en la población [y en el segmento juvenil de ésta de manera particular], que convive de maneras insospechadas con las normas morales establecidas por un orden de conducta matrimonial-religioso. Este último orden se opone abiertamente a los “dispositivos de seguridad” planteados por las acciones públicas enfocadas en la administración del ámbito de la salud sexual de las y los jóvenes (Ibíd. 161).

Por otra parte, aunque se represente a los varones como los necesarios poseedores de amplios conocimientos en torno al ámbito de la sexualidad y la reproducción, este escenario, planteado desde la construcción de identidades genéricas en un orden desigual de género, está lejos de consolidarse. Así las cosas, aún se encuentran en los jóvenes grandes vacíos de información en esos ámbitos que socialmente se supone “deberían conocer”. Este es el caso de uno de los entrevistados, quien me habló de la existencia de una “inyección anticonceptiva para varones”, que había usado en algunas ocasiones para prevenir embarazos.

Desde las dinámicas de la entrevista, puedo interpretar que este joven no cree realmente en la existencia de dicho dispositivo⁴⁴, pues la mención surgió tras preguntarle por métodos diferentes al preservativo sobre los que tuviera información. Tras tardar un poco en la respuesta, el joven señaló la existencia de la inyección, negándose a aceptar ante mí su desconocimiento frente al tema. Este relato abrió dos escenarios de análisis: por una parte, la débil información circulante frente a temas de anticoncepción y salud sexual y reproductiva, aún desde los dispositivos del “gobierno de la libertad” presentes en el discurso; y por otra, las representaciones en torno al “embarazo no deseado” y la conformación de pareja entre algunos de los entrevistados de esta generación.

De esta forma, para este entrevistado, dicho anticonceptivo, al igual que el condón, le permitía prevenir que su pareja “lo engañara”, es decir, “ocasionara un embarazo” no esperado por él, buscando presionar el establecimiento de un vínculo conyugal. Esta posibilidad de engaño fue atribuida por el joven sobre todo a aquellas relaciones esporádicas, o fuera de un noviazgo “sólido”. En esta figura salen a flote algunas de las imágenes asociadas a la paternidad entre los jóvenes: su asunción de está relacionada con el vínculo anterior que se tenga con la madre. Es así como la responsabilidad frente a la concepción se asume en función de la valoración que se haga de la conducta sexual de la mujer, tal como lo enuncio en el segundo capítulo.

⁴⁴ No obstante, durante la entrevista, así como una vez finalizada esta, le señalé al joven la no existencia de este método, mencionándole otros realmente existentes, y sus formas de uso. Debo resaltar que el joven se mostró bastante reacio a escucharme y a hacer “creíbles” mis afirmaciones, por los motivos que aquí mismo expongo.

Para cerrar este acápite, quisiera concentrarme en las representaciones de la feminidad que construye este entrevistado desde dicha situación hipotética. De esta forma, se sigue planteando un escenario de inequidad en el que las jóvenes son pensadas como “engañadas” o “engañadoras”, polos planteados desde su “necesidad” social de establecer un vínculo conyugal, a través del que se garantizará un “respaldo” masculino. Y es que aún desde los proyectos de movilidad asociados a la educación, el evento de la reproducción y de la conformación de pareja sigue siendo planteado como el panorama demarcatorio de sus expectativas: postergarlo y dar demostración de su “autocontrol”, o darle existencia en el marco de los patrones de conducta esperados. Esta representación de la feminidad fue planteada también por otro de los entrevistados, quien habló de la importancia de hacerse cargo de la decisión de emplear métodos anticonceptivos, desde su negativa a tener hijos hasta tanto no concluya sus estudios universitarios

M.E.: Pero de los métodos se habla entre los dos, ¿quién proponía el tema? P.O.: Yo era el que lo proponía, pero yo pienso que si yo no lo hubiera propuesto ella habría estado conmigo así sin eso, y hubiera pasado, casi la mayoría de la parte de las mujeres, yo pienso que ellas uno de hombre es el que tiene que opinar que vamos a utilizar el método, porque incluso yo veo que ellas no le dicen a uno eso, que vamos a utilizar un método, vamos a cuidarnos, sino yo no he mirado en esa parte, de los noviazgos que he tenido, que uno es el que a veces le toca como no, yo voy a utilizar esto y si no, no, si uno a veces lo quiere ellas de pronto opinaría que no, o sea normal M.E.: ¿Y por qué será? P.O.: Son menos cuidadosas en esa parte, o de pronto no sé... de pronto yo pienso que será que ellas se enamoran demasiado de uno (Entrevista a Pedro Ojeda, 26 años)

En el relato de Pedro aflora de nuevo una dualidad que alude al deseo femenino permanente de establecer un vínculo conyugal, para cuyo logro puede resultar efectivo un embarazo. Por supuesto, no creo que el inicio de dicho vínculo, así como las representaciones en torno a éste, pueda ser tratado desde ese único abordaje, pues esta tampoco fue la imagen evocada por todos los entrevistados. No obstante, de lo que si da cuenta este último relato es de la forma en la que se presentan ciertas continuidades en el orden de género entre una y otra generación, en la medida en que

(...) La sexualidad masculina sigue presentándose como naturalmente incontrolable, agresiva, precoz y más ligada al placer físico que a la afectividad, características construidas en este modelo como excluyentes u opuestas. Y aunque se hable de una mujer que puede expresar su deseo, dentro de ciertos límites, se sigue privilegiando el modelo de una feminidad asociada a la capacidad de entrega afectiva, a la inocencia sexual, a cierto grado de pasividad sexual y a la responsabilidad del cuidado de su propia salud y de la de su familia. (Viveros 2004: 172)

Conclusiones

El interés central del análisis que he realizado hasta el momento, es el de constituir un aporte al campo de los estudios de masculinidades en contextos rurales, y específicamente, a la reflexión en torno a las dinámicas de género de estos escenarios en el país. Por supuesto no existe un “mundo” rural colombiano como panorama homogéneo, acorde con lo propuesto por Virginia Gutiérrez de Pineda en su trabajo “Familia y cultura en Colombia: Tipologías, funciones y dinámica de la familia [...]” (1968), en el que la autora habló de la existencia de cinco complejos regionales diversos, dentro de cada uno de los cuáles se hallaban también muchas diferencias contextuales.

El hecho de enmarcar mi trabajo en uno de esos segmentos regionales habla de ese deseo de particularización contextual, teniendo referentes teóricos y empíricos para el contraste histórico-temporal: La vereda El Cerro y el municipio de Sardinata, Norte de Santander, como lugares geográficos insertos en el complejo cultural Santandereano o Neohispánico (Gutiérrez *Ibíd.*). Para la época de las investigaciones adelantadas por Gutiérrez, empezaba a intensificarse la tendencia de migración campo-ciudad en Colombia [y en la región], proceso a partir del cual se configuraron las dinámicas poblacionales actuales de los principales centros urbanos del país. Aún con la presencia de la mencionada tendencia, para el período analizado por Gutiérrez en sus primeros trabajos, Colombia era “un país rural”: más del 50 por ciento de la población residía fuera de las ciudades y centros poblados semi-urbanos (Puyana 2003).

Actualmente el 94 por ciento del territorio colombiano es rural y el 32 por ciento de la población nacional vive allí (SEMANA 2012). Los procesos demográficos y socioeconómicos generales han complejizado este escenario: el aumento en los niveles de escolarización de la población, el descenso del número promedio de hijos, las políticas y legislación sobre familia, género e infancia, han tenido una incidencia diferencial en este ámbito.

El análisis de los elementos antes mencionados en el contexto particular de El Cerro se traduce en uno de los principales objetivos del presente trabajo: los vínculos e interacciones entre el ámbito de las relaciones de género en el sector y los fenómenos socioeconómicos locales y globales que lo atraviesan. Buena parte de las reflexiones de este trabajo buscaron poner en evidencia las formas diferenciales en que cada una de las situaciones referidas aparece en las trayectorias de las personas entrevistadas, así como de sus grupos familiares. Así las cosas, busqué articular las visiones del cambio generacional, en el ámbito de las relaciones de género, con un análisis de los cambios socioeconómicos más amplios.

Y es que los “efectos diferenciales” de los elementos de contexto global-local analizados, se enmarcan en un escenario socioeconómico de intensificación de muchas tendencias de exclusión y desigualdad que habían sido identificadas por otros trabajos. De esta forma, aun desde las continuidades del “orden patriarcal” descrito por Gutiérrez, el proceso de “modernización” del país en el que esta investigadora situaba sus análisis empieza a ser atravesado por un panorama neoliberal. Para la época del trabajo “Honor, Familia y Sociedad en la Estructura Patriarcal. El caso de Santander” (Gutiérrez 1988), apenas se vislumbraban los efectos de las políticas de ajuste estructural con las que se acentuaron las tendencias neoliberales en el sur global.

Pero el análisis de este escenario neoliberal buscó no enraizarse en una mirada economicista de las dinámicas sociales. De esta forma, tomando algunas reflexiones enmarcadas en el *estructural-constructivismo* de Pierre Bourdieu (Castellanos 2011; Chihu Amparán 1993), y en las *tecnologías de gobierno* de Michel Foucault (Melo 2011; Viveros 2002, 20004), busqué plantear un ejercicio que pusiera a un nivel heterárquico (Quijano 2008) los diferentes planos o campos que se implican en un determinado contexto. En este ejercicio, lo económico no constituye un determinante unidireccional, sino que entra en interacción -encontrando legitimidad y contenido-, con los planos simbólico, cultural, étnico, geográfico, social y de género, entre otros.

Del presente abordaje emerge una de las principales conclusiones o ejes teóricos, que articula varios de los hallazgos centrales de esta investigación: la exclusión social no como un efecto colateral del modelo de desarrollo dominante, sino como un elemento central de la configuración de un *ethos* neoliberal, estrechamente vinculado a la construcción de determinadas subjetividades (Castellanos 2011; De Sousa 2003). Una

de esas subjetividades es la del “sujeto emprendedor”, auto-controlado e individualista, para el que la autogestión constituye el camino idóneo de “avance” y/o “movilidad”, expresadas en el promulgado “esfuerzo personal” (Ibíd.). Este ideal de subjetividad se deja ver sobre todo en las expectativas de movilidad del último grupo generacional, para el que la “vida rural” no resulta un camino deseable. Por supuesto dichas expectativas expresan matices de acuerdo con ideales particulares de género, de los que hablaré al final de este acápite.

Pero, ¿por qué abordar lo hasta ahora expuesto desde un estudio de masculinidades?, ¿qué se puede concluir teniendo este enfoque como punto de partida? Para empezar es importante mencionar que, a diferencia de lo acaecido en este campo en la academia estadounidense, en casi todos los países de América Latina los estudios de masculinidades fueron iniciados por investigadoras provenientes del feminismo (Viveros 2002, 2008; Parrini 2007).

De esta forma, buena parte de los análisis realizados por esta línea se han opuesto al enfoque de ciertos grupos de varones, que ven en dichos estudios un espacio de “reclamo” frente a una pérdida progresiva de poder, “ocasionada” por el efecto de los movimientos feministas sobre las identidades masculinas (Viveros 2002). Una reflexión en torno a las masculinidades, desde una postura feminista, representa un esfuerzo de continuidad en la impugnación de todo tipo de esencialismos (Parrini 2000), al tiempo que un cuestionamiento abierto a las resistencias generadas por las demandas de distintas corrientes del feminismo.

Para el análisis de este campo en un escenario rural, resultó de gran pertinencia el enfoque de la *hegemonía*, retomado de Gramsci (Gutmann 2000), con el que varios autores han pretendido dar cuenta de la especificidad histórica de cada fenómeno social. Esta propuesta, a diferencia del enfoque de la “dominación” -que plantea un dominio masculino tras-histórico- apunta a contextos sociohistóricos específicos, teniendo como principio rector el carácter contextual de cualquier relación social (Parrini 2007).

Este enfoque fue puesto en interacción con otras propuestas provenientes de distintas corrientes del feminismo poscolonial y decolonial, que han apuntado a repensar el aparato conceptual mismo de la tradición feminista. Al cuestionar el “dominio universal

masculino” no se niega la existencia de discriminación por sexo-género, sino que se reconoce que esta se expresa de formas que han sido invisibilizadas en la imposición de categorías analíticas desconocedoras de la existencia de estructuras socio-históricas y cognitivas diversas (Cusicanqui en Femenías 2007).

En este sentido ha resultado fundamental pensar el rol de las/los científicas/os sociales en la reflexividad institucional de la modernidad, tal como lo propone Giddens (Gutmann 2000): analizar la influencia que tienen los trabajos de este campo sobre la conciencia y las prácticas sociales. Desde una continuidad con la crítica que trabajos como el de Gutmann (1998, 2000) y Viveros (2002) hacen a la asignación homogénea del término “machismo” a ciertos grupos de hombres –obreros, campesinos, de sectores populares-, encuentro en el estudio de masculinidades rurales un espacio para pensar las dinámicas de subordinación y exclusión que se concentran en el ámbito rural colombiano, en el marco de un panorama neoliberal.

Desde este abordaje se evidencia la agudización de fenómenos analizados por trabajos que antes habían dado una mirada de género a contextos rurales. Este es el caso del bajo porcentaje de tierra en la vereda en propiedad de mujeres, hecho que plantea una continuidad con lo analizado por el trabajo de Madgalena León y Carmen Diana Deere (2000) como una tendencia del sur rural-global. Dicha tendencia interactúa con un panorama general de proletarización de la población rural/campesina, que adquiere legitimidad desde la construcción de la ya mencionada subjetividad “empresaria”.

Aún desde la progresiva migración campo-ciudad, acentuada en las últimas décadas con los procesos de desplazamiento forzado, el contexto rural está lejos de “desaparecer”, y por el contrario, es objeto de una agresiva invisibilización nacional, así como de la intensificación de los procesos de precarización que afectan las economías campesinas.

Este hecho se materializa en varios de los relatos de la generación más joven, en los que se destaca su deseo de generar una ruptura con el escenario rural, al que no encuentran atractivo en términos sociales, simbólicos o económicos. Para estos jóvenes varones que, a diferencia de sus padres y abuelos, completaron sus estudios de bachillerato, es necesario diferenciar sus trayectorias laborales de las de las generaciones antecedentes: el “sufrimiento” [físico y emocional], que es destacado por los hombres mayores de este contexto como un elemento central de su subjetividad, no es reivindicado por ellos.

De esta forma, el sufrimiento sólo será legítimo en tanto que se equipare con un “esfuerzo personal” encaminado a la movilidad social, expresada en un escenario laboral menos “desgastante”, o de mayor reconocimiento económico y simbólico. No obstante, el capital escolar adquirido por la mayor parte de estos jóvenes está lejos de garantizar el alcance de estas expectativas. Las mayores tasas de desempleo se concentran en la población juvenil y, especialmente, en aquella con estudios de bachillerato -aun cuando estos hayan sido concluidos- (Castellanos 2011).

Esta tendencia individualizante es reforzada por muchos de los programas gubernamentales de corte asistencialista que tienen cobertura en el sector. Este es el caso del programa Familias en Acción, a través del que se otorgan subsidios nutricionales y educativos a la población infantil, que son reclamados y administrados por sus madres como requisito institucional para su asignación. Si bien muchas de las mujeres entrevistadas, así como algunos de sus hijos, refieren “impactos positivos” de este subsidio en sus trayectorias familiares particulares -“posibilidad” de administración de recursos por parte de las mujeres, resolución de necesidades prácticas en el ámbito de la educación-, las resistencias en términos del orden de género que estos pueden llegar a generar son limitadas o inexistentes.

Por el contrario, estos programas naturalizan y reproducen el orden de género existente, reforzando el rol de madres-cuidadoras construido con base en la división sexual del trabajo, a partir del que recae sobre las mujeres la obligación exclusiva del bienestar familiar (Ochoa 2010). Podría decirse entonces que este tipo de estrategias se apropian de un orden inequitativo de género, con el objetivo de legitimar su gestión regulada: mantener en unos mínimos “tolerables” los niveles de exclusión y desigualdad, en aras de legitimar su labor gubernamental, más que pretender por la superación de estas condiciones (De Sousa Santos 2003).

En este mismo sentido, la noción de “ayuda” que se deriva de este tipo de programas refuerza la idea del Estado como proveedor de “dádivas” monetarias y materiales, disminuyendo otro tipo de demandas de carácter comunitario/ colectivo: una forma de *inclusión subordinada* cimentada en la subjetividad neoliberal ya descrita.

Antes de continuar con una de las conclusiones centrales de este trabajo, asociada a las rupturas en las expectativas y trayectorias laborales y vitales de la última generación, quisiera hacer un recorrido por algunas de las reflexiones concluyentes asociadas a los objetivos específicos de este estudio. Es pertinente abordar cada una de las dimensiones propuestas para el análisis de los procesos de construcción de masculinidades en la vereda: la conyugalidad y las decisiones reproductivas, la parentalidad, la socialización familiar-laboral según género, la interacción entre pares, la sexualidad.

Para los entrevistados de ambas generaciones, la conyugalidad se presenta como un espacio de consolidación de un proyecto económico y simbólico masculino, que inicia con los procesos de socialización laboral en el ámbito familiar: la inserción de la progenie en la división sexual del trabajo, que tiene como ideal a la pareja conyugal orientada a la reproducción del patrimonio familiar [masculino]. Con las primeras salidas al jornal en compañía de padres y hermanos mayores, se transmite a los hombres del grupo familiar un dividendo de poder, que les otorga posibilidades de movilidad física y económica que les son negadas a las mujeres. Aún desde su frecuente participación en estos mundos “masculinos” del trabajo, al no poder ser excluidas de ellos por razones de subsistencia, las mujeres nunca son beneficiarias de este tipo de concesiones.

De esta forma, sus aportes económicos son pensados como secundarios, su movilidad es constantemente vigilada y señalada por la comunidad y su grupo familiar, y ellas mismas en muchas ocasiones resaltan su participación como “inadecuada” o “coyuntural”. Desde este escenario, por ejemplo, la participación laboral femenina no se traduce a una mayor vinculación al manejo directo de los ingresos económicos familiares, que aún siguen siendo administrados por los varones de la familia.

Así las cosas, de esta incomodidad propia frente a la vinculación al “trabajo material” expresada por algunas jóvenes se derivan dos elementos: la reafirmación social de un ideal de proveeduría masculina casi exclusiva o central, o la expectativa familiar de movilidad de las mujeres en relación con un proyecto educativo. Ambas opciones se encuentran más ligadas de lo que aparentan: en cada una de ellas las expectativas de “cambio”, en términos de relaciones de género, son depositadas en sus posibilidades de apartarse del escenario rural.

Una de estas posibilidades de ruptura se expresa en el ámbito educativo. De esta forma, la continuidad escolar de las jóvenes es una de las preocupaciones centrales de muchas

de las madres entrevistadas, quienes encuentran en esta opción la posibilidad de salvaguardar a sus hijas de un futuro marital desafortunado [“que si no se consigue un buen marido pueda mantenerse sola”, aunque este no sea el ideal]. No obstante, esta vía evidencia un panorama de representaciones contradictorias, que de nuevo se entrelazan con el ideal de una subjetividad emprendedora [neoliberal] y el auto-control propendido por la gubernamentalidad liberal, orientados ambos al mantenimiento de un orden desigual de género.

Luego entonces, aun desde las diferencias que existen entre una y otra generación de mujeres en términos de su continuidad escolar –que llega hasta el bachillerato-, las posibilidades de movilidad física y social deseadas en este proyecto, se presentan como elementos limitados ante una eventual conformación de pareja, o a una ruptura frente al control familiar de la sexualidad femenina. “No vaya a salir con una barriga”, “tiene que darse a respetar”, son algunas de las sentencias dirigidas con mayor frecuencia a las mujeres jóvenes estudiantes.

En cuanto al vínculo conyugal y las expectativas de proveeduría masculina exclusiva o central, es importante destacar los relatos de varios jóvenes entrevistados. Para algunos de ellos, la posibilidad de “mantener una mujer” en un contexto urbano, y distanciándose de las dinámicas laborales de sus propias madres [en muchas circunstancias implicadas en el “trabajo material”] se convierte en otra de las expectativas de movilidad. Aun desde los casos en que la participación económica femenina es pensada como necesaria y deseable, el trabajo doméstico y de cuidado sigue siendo naturalizado como una labor de las mujeres.

En este sentido, los hallazgos de esta investigación coinciden en mucho con otros trabajos realizados sobre el tema en contextos urbanos. Aun desde los cambios existentes en el relacionamiento familiar y en el ejercicio de la paternidad, con la disminución de la figura autoritaria del *páter familias*, las mudanzas en el ámbito de la distribución de las labores domésticas y de cuidado siguen siendo limitados. Esto último se hace visible en la aparición discursiva de la figura de la “empleada doméstica” como representación de movilidad social, en el caso de las proyecciones de vida urbana de algunos jóvenes varones.

Ligado a esta última reflexión, puedo afirmar que los cambios en el ámbito de la paternidad, y del ejercicio de la autoridad, se expresan con mayor fuerza que aquellos atinentes a las relaciones conyugales y de género. Dichas transformaciones en el ejercicio paterno se concentran en la construcción de la infancia como una etapa del curso de vida de necesaria protección, más que en la asunción de labores reproductivas por parte de los padres/hombres. Así las cosas, entre algunos de los cambios en esta dimensión puede mencionarse la disminución del castigo físico y de la participación laboral de niños y niñas, y las asignaciones económicas familiares a la educación, juegos y vestuario de los menores.

Esta tendencia diferencial entre uno y otro tipo de cambios guarda una estrecha relación con la incidencia de las políticas de familia e infancia en la zona: sus mensajes han tenido una mayor influencia que aquellos enfocados en la transformación de las relaciones de género. Como ejemplo de esta incidencia desigualdad puede citarse el caso de las ya mencionadas políticas de gestión regulada: mensajes de protección de la infancia acompañados del refuerzo de un rol naturalizado de las mujeres como cuidadoras exclusivas de la progenie y la familia.

Por otra parte, los cambios asociados a la percepción de la infancia y el ejercicio paterno aparecen como un escenario bi-multidireccional: la paternidad es una realidad social que no concierne únicamente al padre, sino que se construye con aportes de distintos miembros del grupo familiar, de todas las generaciones (Viveros 2002). Desde esta óptica, cabe resaltar la importancia de las demandas e interpelaciones directas de la progenie [y la incidencia que sobre ésta tienen los medios de comunicación y el contexto educativo], así como la injerencia de madres, tíos/as y otros parientes en la regulación del ejercicio de autoridad paterna, y en los proyectos de continuidad escolar de niños/as y jóvenes.

Uno de los elementos de mayor impacto en este ejercicio paterno es la adopción de la regulación del número de hijos con la adopción de métodos anticonceptivos. De esta forma, la mayor parte de las personas entrevistadas de la primera generación, redujeron a casi la mitad el tamaño de sus familias, respecto al número de integrantes que componían sus grupos familiares de origen. En el caso de este grupo de entrevistados, y en contraste con la generación antecedente, estos métodos fueron conocidos y empleados tiempo después del inicio de su vida conyugal, ante la influencia de

promotoras de salud, o de la información transmitida en los centros hospitalarios en los que fueron atendidos los partos.

Esta transformación, que venía dándose algún tiempo atrás en sectores urbanos del país, coincide con la llegada de las políticas de familia y población construidas desde la gubernamentalidad liberal, es decir, orientadas al auto-gobierno de los cuerpos y los placeres (Melo 2011). No obstante, en el caso de la vereda, la disponibilidad y uso de estos anticonceptivos sigue estando a expensas de una visión adultocéntrica y sexista de su manejo: la información de anticoncepción expresamente dirigida a las y los jóvenes es casi inexistente.

En esta misma vía, cabe hablar de los contextos de asunción del rol paterno. La biología dista de ser el destino de la paternidad, pues el “reconocimiento paterno” fuera del ámbito conyugal, se encuentra mediado por la relación previa que los varones tengan con la madre, así como por la presión de sus redes familiares para la conformación de un nuevo vínculo, coincidiendo con lo señalado por Fuller (2000) para algunos sectores populares limeños. Este hecho encuentra sus cimientos en una construcción dual de la sexualidad, orientada por la reproducción de representaciones y prácticas sexistas.

De esta forma, en cada interacción, y sobre todo en cada potencial evento de paternidad, los varones harán una valoración de la conducta sexual de las mujeres para evaluar la asunción de su “responsabilidad”. Por supuesto las familias –sobre todo la de la joven- intervendrán en un intento de presionar la conformación de un nuevo núcleo conyugal a partir de dicho evento. Esta es, de acuerdo con los relatos de varios jóvenes, una de las formas más frecuentes de inicio de la vida conyugal de la última generación.

Todo lo anterior estrechamente ligado a las dinámicas de interacción intergeneracional en el sector, y a las representaciones y prácticas en torno a la sexualidad de las y los jóvenes. Aun cuando el último grupo generacional, a diferencia de sus padres y abuelos –quienes hacían uso de servicios de prostitución o acudían a mujeres de otros sectores urbanos y rurales-, relata el establecimiento de una vida sexual pre-conyugal entre pares, sus relatos siguen dando continuidad a muchas representaciones duales de la conducta sexual femenina.

Así las cosas, en cada interacción está siendo evaluado el “poco recorrido” sexual de las jóvenes, el cuidado que sobre estas ejerzan sus familias, y el “tipo de relación” que pueda sostenerse con ellas, a partir del que se asumirá o no la responsabilidad de un eventual embarazo. De esta forma, aun desde los desplazamientos existentes en las normas de interacción sexual local, la sexualidad femenina sigue siendo construida desde un *monologismo*, es decir, desde “el ser para otros” (Amuchástegui 2003).

En la misma vía, de la mano con la prevalencia de una doble moral sexual masculina, se reproduce una visión adultocéntrica y sexista de la sexualidad juvenil –la sexualidad de los jóvenes como “conducta de riesgo”–, en la que el esperado gobierno de la libertad se cruza con escenarios inequitativos de género. De esta forma, más que abogar por un gobierno de los placeres, como escenario deseable desde la óptica de la gubernamentalidad liberal, se pretende construir individuos más hábiles para el control en términos represivos (Viveros 2004).

Ese hecho, que ha sido identificado en contextos urbanos –escolares e incluso universitarios–, se intensifica aún más en este escenario. De esta forma, incluso las charlas o estrategias pedagógicas de educación sexual construidas desde una óptica represiva, resultan bastante reducidas en el panorama local.

Para finalizar, cabe retomar los debates planteados al inicio de este apartado, en relación a los proyectos de movilidad según género. En el marco de esa construcción de una subjetividad emprendedora moldeada por el contexto neoliberal, y de los proyectos de abandono rural que a esta se asocian, cabe hablar de uno de los escenarios de ruptura generacional, en la trayectoria económico-laboral de los jóvenes: la vinculación militar a las Fuerzas Armadas regulares como proyecto de los varones de esta última generación.

Si bien este hecho resulta contradictorio en el marco de un intento de ruptura con el “trabajo duro” y “el sufrimiento”, desde la búsqueda de una vida laboral “a la sombra”, la vía militar se convierte en un escenario de capitalización de las cualidades propias de la socialización de estos jóvenes rurales: aguante físico, resistencia emocional, libido agonística. En este hecho confluyen una serie de condiciones objetivas –altas tasas de desempleo juvenil, aumento en los niveles de escolaridad, contexto económico familiar– con unas disposiciones subjetivas, construidas en el marco de una incorporación progresiva de *habitus* capitalizables en el contexto guerrero, que constituye un escenario idóneo para *hacer de la necesidad virtud* (Castellanos 2011).

No obstante, este camino no obedece a una elección racional de tipo economicista: este grupo de jóvenes hace parte de una generación que se vinculó masivamente a las armas, en un momento histórico de un crecimiento ostensible de los grupos armados regulares e irregulares, y de su impacto político y mediático. De esta forma, muchos de estos jóvenes debieron ser seducidos y moldeados para este campo: el sujeto guerrero se convierte en una de las materializaciones más claras de esa subjetividad emprendedora (Ibíd.), a partir de la que se hace una inclusión subordinada de estos jóvenes a los ideales políticos y económicos del contexto neoliberal.

A manera de cierre, a continuación presento algunos de los interrogantes teórico-investigativos que me quedan tras este ejercicio, a manera de futuras vías de investigación en contextos rurales, desde el campo de los estudios feministas y de género:

- Las investigaciones en torno a la sexualidad y las dinámicas de género en escenarios rurales constituyen un campo hasta ahora poco explorado en el país, que ha sido abordado en algunos trabajos de países como México. El incremento de estas investigaciones en Colombia contribuiría en gran medida a la formulación de políticas de salud sexual y reproductiva orientadas a poblaciones rurales, acorde a sus dinámicas e intereses específicos. Una necesidad apremiante en nuestro contexto.
- Asimismo, aún son escasas y necesarias las investigaciones orientadas a descentrar la heterosexualidad como norma de los escenarios rurales. Desde esta óptica, los análisis dedicados al homoerotismo entre varones y la homosexualidad en contextos rurales constituyen un campo de necesario abordaje en los estudios de masculinidades en Colombia y América Latina.
- También se hace necesario emprender trabajos investigativos que indaguen por las dinámicas de participación laboral, según género, de la población juvenil residente en el escenario rural colombiano, haciendo un rastreo complejo de las reproducciones de ciertas inequidades, así como las rupturas y los procesos subjetivos en torno a esta inserción laboral. Esto último obedeciendo a uno de los

elementos analizados en el presente trabajo: la inclusión subordinada de estos jóvenes en el panorama económico/laboral colombiano, en el marco de un moldeamiento de disposiciones subjetivas que constituyen sujetos bélicos, es un fenómeno que aún requiere de particular atención.

Bibliografía

ACUERDO 132 DE 2008. Diario Oficial No. 47.012 de 6 de junio de 2008 Instituto Colombiano de Desarrollo Rural http://www.avancejuridico.com/actualidad/documentosoficiales/2008/47012/a_incoeder_0132_2008.html Fecha de consulta: 20 de junio de 2012.

Amuchástegui, A. (2003) 'No sé decirle si quedó embarazada': género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos. En: José Olavarría (Ed.) Varones adolescentes: construcción de identidades de género en América Latina, Santiago de Chile: FLACSO; FNUAP; Red de Masculinidad/es, pp. 143-152.

Castañeda, M. P. (2010) Etnografía feminista. En: Norma Blazquez Et. Al. Investigación feminista. Epistemología, metodología, representaciones sociales. México: UNAM, pp. 220-232.

Castellanos O., J. M. (2011). Formas actuales de la movilización armada. Manizales: Universidad de Caldas.

Castro R., V. N. (2008). Estrategias de conciliación entre la vida familiar y el trabajo remunerado en el contexto de la flexibilidad laboral. Bogotá: Tesis Maestría en Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.

Censo DANE 2005. www.colombiastad.gov.co. Consulta dinámica. Fecha de consulta: 26 de mayo de 2012.

Comas D'Argemir, D. (1995): Trabajo, género y cultura. Barcelona: Icaria.

Connell, R.W. (2006) Desarrollo, globalización y masculinidades. En: Careaga y Cruz Sierra (coordinadores), Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía, México: PUEG-UNAM, pp. 185- 210.

Crenshaw, K. (2002) Documento para encontro de especialistas em aspectos da discriminação racial relativos ao gênero. En: Dossiê III Conferência Mundial contra o Racismo, Revista Estudos Feministas vol. 10 No1. Florianópolis: Centro de Filosofia e Ciências Humanas e Centro de Comunicação e Expressão, Universidade Federal de Santa Catarina, pp. 173

Chant, S. (2003). Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género. Santiago, Chile: Naciones Unidas, CEPAL: Serie Mujer y Desarrollo No. 47.

Chihu A., A. (1998) La teoría de los campos en Pierre Bourdieu. En: Polis (México-UAM), Vol. uno, Número. 98, pp.179-200. Disponible en Internet: <http://148.206.53.230/revistasuam/polis/include/getdoc.php?id=190&article=180&mode=pdf>; fecha de consulta: 12 de septiembre de 2012.

De Sousa S., B. (2003) La caída del Angelus Novus. Ensayos para una nueva teoría social. Bogotá D.C.: En Clave de Sur. 1ª ed. ILSA.

Díaz, D. I. (1999) Incidencia y transformación de las relaciones de género en la asociación nacional de usuarios campesinos de Colombia unidad y reconstrucción ANUC-UR: el programa mujer y familia en el departamento del Huila y a nivel nacional. Tesis para optar al título de Doctora en Sociología del Desarrollo. Universidad de París I.

“En Ocaña, un hombre asesinó a tres de sus hijos y luego se suicidó”. Noticia tomada de la página de Caracol Radio, publicada el día 9 de enero de 2011. <http://www.caracol.com.co/noticias/regional/en-ocana-un-hombre-asesino-a-tres-de-sus-hijos-y-luego-se-suicido/20110109/nota/1408609.aspx>. Fecha de consulta: 15 de octubre de 2012.

Fachel L., O. (2007) Suicidio y honor en la cultura gaucha. En: Masculinidades. Poder y crisis, Valdés & Olavarría editores; Ediciones de las Mujeres nº 24, Chile: ISIS Internacional, FLACSO, pp. 113-124.

Fachel L., O. (2000) Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina. En: Fuller, Norma (ed.). Paternidades en América Latina. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 309-331.

Fe en la causa. Política Institucional, Fuerzas Militares de Colombia: <http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=268876>. Fecha de consulta: 18 de junio de 2012

Femenías, M. L. (2007) El género en el multiculturalismo. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Fuller, N. (2002) Masculinidades, cambios y permanencias: varones de Cuzco, Iquitos y Lima. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fuller, N. (2000) Significados y prácticas de paternidades entre varones urbanos de Perú. En: Fuller, Norma (ed.). Paternidades en América Latina. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 32-89.

Guber, R. (2001). La etnografía. Método campo y reflexividad. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Gutiérrez de P., V. (1975) [1968]. Familia y cultura en Colombia: Tipologías, funciones, y dinámica de la familia; manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales. Bogotá: Colcultura.

Gutiérrez de P., V (1992) [1988]. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal. El caso de Santander. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Gutmann, M. C. (1994) Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos. En: Alteridades (México), Sin mes, pp. 9-19.

Gutmann, M. C. (2003) Iniciación sexual y salud reproductiva entre adolescentes de Oaxaca de Juárez México. En: José Olavarría (Ed.) Varones adolescentes: construcción de identidades de género en América Latina, Santiago de Chile: FLACSO; FNUAP; Red de Masculinidad/es, pp. 143- 164.

Gutmann, M. C. (2000). Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón. México D.F.: Colegio de México

Hall, S. (1997) El trabajo de la representación. En: Stuart Hall (ed.), Representation: Cultural Representations and Signifying Practices. Londres: Sage Publications. Cap. 1, pp. 13-74. Traducido por Elías Sevilla Casas.

Haraway, D. J. (1991). Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra.

Lastarria-Cornhiel, S. (2008). Feminización de la agricultura en América Latina y África. tendencias y fuerzas impulsoras. Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. Debates y Temas rurales N° 11. Santiago de Chile. Disponible en Internet: <http://www.dhl.hegoa.ehu.es/recursos/475>; Fecha de consulta: 2 de junio de 2012.

León, M.; Deere, C. D. (2000). Género, propiedad y empoderamiento: tierra, estado y mercado en América Latina. México D.F.: Universidad Autónoma de México

Lugones, M. Colonialidad y género. (2008). En: Tabula Rasa No. 9. Bogotá - Colombia, julio-diciembre, pp. 73-101.

Martín-Criado, E. (2005). La construcción de los problemas juveniles. En: Nómadas (Col), Octubre-Sin mes, 86-93.

“Masacre en La Gabarra (Norte de Santander), 2 de julio de 1999”. Memoria y Dignidad, casos emblemáticos: <http://memoriaydignidad.org/memoriaydignidad/index.php/casos-emblematicos/141-masacres-1980-a-2010/648-masacre-de-la-gabarra>. Fecha de consulta: 1 de julio de 2012.

Melo M., M. A. (2010) “Como el cangrejo”. La construcción de un problema social: los discursos de la prensa bogotana (El Tiempo, El Espacio, El Nuevo Siglo) sobre el embarazo adolescente, 2000-2007. Bogotá: Tesis Maestría en Estudios Culturales, Universidad Nacional de Colombia. Disponible en Internet: <http://www.bdigital.unal.edu.co/3863/>; fecha de consulta: 2 de octubre de 2012.

Mohanty, CH. T. (2010) Bajo los ojos de Occidente. Academia feminista y discurso colonial. En: Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández (Ed). Descolonizar el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes. Madrid: Cátedra.

Montecino, S. y Rebolledo, L. (1996) Conceptos de género y desarrollo. Serie Apuntes Docentes No. 1. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Programa Interdisciplinario de Estudios de Género. Disponible en Internet: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/concepge.pdf>; fecha de consulta: 19 de septiembre de 2012.

Moore, H. (1991). Antropología y feminismo. Madrid: Editorial Cátedra.

Muñoz O., D. R. (2012) Masculinidades bélicas como tecnología de gobierno en Colombia. Revista La Manzana (México), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Año 6, Núm. 9, Septiembre 2011-Febrero 2012. Disponible en Internet: http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num9/masculinidades_b.html. Consultada el día 2 de junio de 2012.

Navas P., Y. (2007) Cuenca binacional del Catatumbo. Disertación para la maestría en Ingeniería Forestal, Bogotá: Universidad Francisco José de Caldas. Disponible en Internet: http://200.69.103.48/comunidad/eventos/1ciaya/memorias_1/s1_cuencas_transnacionales_cuenca_binacional_del_catatumbo.pdf; fecha de consulta: 20 de noviembre de 2012.

Núñez N., G. (2007). Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida. México D.F.: PUEG-UNAM/El Colegio de Sonora/Porrúa

Ochoa A., J. M. (2010). Mujer no, madre: Análisis crítico del impacto generado por el Programa Familias en Acción en madres beneficiarias del Barrio Jerusalén de Bogotá. Bogotá: Tesis Maestría en Política social, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales.

Parrini, R. (2000). Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. de la hegemonía a la pluralidad. Chile: Red de Masculinidad. Disponible en Internet: <http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>; fecha de consulta: 22 de julio de 2012.

Parrini, R. (2007). Un espejo invertido: los usos del poder en los estudios de masculinidad: entre la dominación y la hegemonía. En: Amuchástegui, A. y Szasz, I. (coord.) Sucede que me canso de ser hombre: relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México. México D.F.: El Colegio de México, pp. 95-117.

Parrini, R. (2008). Panópticos y laberintos. México: El Colegio de México.

Pérez G., L. M. (2006) Comunidades del Catatumbo: entre el conflicto armado y la imposición de modelos de desarrollo regional. En: Revista Población Civil N° 4 (Bogotá, Colombia) Defensoría del Pueblo, pp. 13- 26. Disponible en Internet: http://www.defensoria.org.co/red/anexos/pdf/03/pc/catatumbo_43.pdf; fecha de consulta: 30 de octubre de 2012.

Puyana, Y.; Lamus, D. (2003). Paternidad y maternidad: construcciones socio-culturales. En: Puyana (Comp.) Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.

Puyana, Y. y Orduz, C. (1998) "Que mis hijas no sufran lo que yo sufrí". Dinámica de socialización de un grupo de mujeres de sectores populares. Estudio de caso sobre la región cundiboyacense. En: Luz Gabriela Arango, Et. Al. Mujeres, Hombres y Cambio Social. Santafé de Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Quijano, A. (2005) Colonialidad del poder, eurocentrismo y américa latina. En: Edgardo Lander (compilador), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, Buenos Aires: CLACSO, pp. 201-246.

Keijzer, B.; Rodríguez, G. (2003). Jóvenes rurales, género y generación en un mundo cambiante. En: José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes, género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO; FNUAP; Red de Masculinidad/es, pp. 33-51.

“Las mujeres sobrevivientes del Alto Naya y La Gabarra”. Nota tomada de “La Silla Vacía”. Viernes 26 de agosto de 2011. <http://www.lasillavacia.com/historia-invitado/27069/danielparram/las-mujeres-sobrevivientes-del-alto-naya-y-la-gabarra> Consultada el día 1 de julio de 2012

Tena G., O. (2010). Estudiar la masculinidad, ¿para qué? En: Norma Blazquez Et. Al. *Investigación feminista. Epistemología, metodología, representaciones sociales*. México: UNAM, pp. 271-291.

Valdés S., X. (2007). *La vida en común. Familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo xx*. Santiago de Chile: LOM Ediciones/Universidad de Santiago de Chile.

Valdés, T. y Olavarría, J. (eds.) (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional/FLACSO.

Viveros, M. (2008). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En: Ramírez Rodríguez, Juan C.; Uribe Vázquez, Rosalba (Coord.). *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés Editores. Pp. 25 – 42.

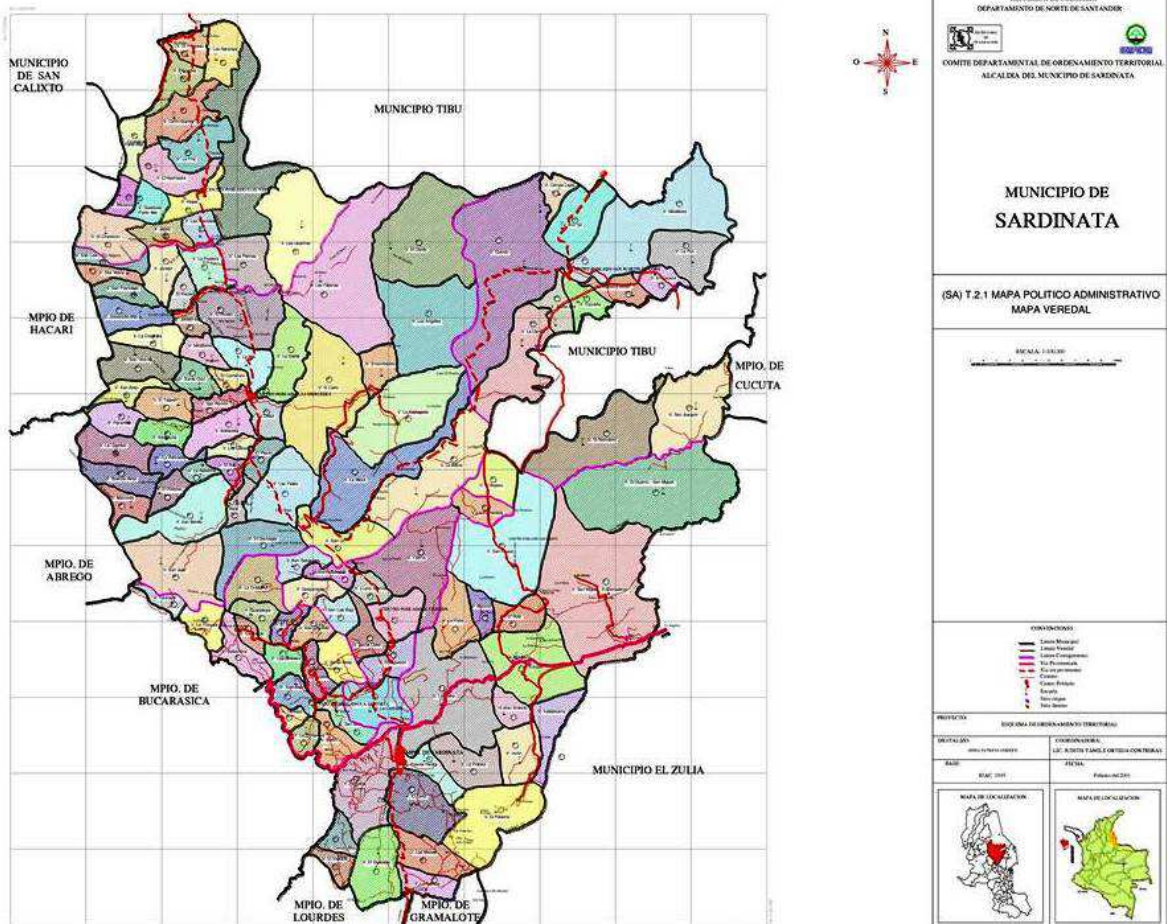
Viveros, M. (2004). El gobierno de la sexualidad juvenil y la gestión de las diferencias. En: *Revista Colombiana de Antropología*, 40, pp. 155-184.

Viveros, M. (2002) *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.

VIVEROS, M. (1993) La problemática de la representación social y su utilidad para los estudios de salud y enfermedad. En: *Boletín Socioeconómico*, No. 23, diciembre. Cali: Universidad del Valle, pp. 121-139.

Anexos

Anexo 1. Mapa político-veredal municipio de Sardinata, Norte de Santander



Fuente: Corponor-Alcaldía municipal de Sardinata, Norte de Santander

Anexo 3. Fotografías



Fotografía 1. Vista de la escuela Santa Helena, Vereda El Cerro. Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda



**Fotografía 2. Vista de la vereda Las Mesas (límite con El Cerro) desde la vereda El Cerro.
Fotografía: María Elena Villamil**



Fotografía 3. Niños y niñas escuela Santa Helena. Vereda El Cerro. Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda. 2009



**Fotografía 4. Angie y Daniela enseñando a don Teodoro a jugar en el computador.
Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda. 2011**



Fotografía 5. Semilleros de café. Vereda El Cerro. Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda. 2012



Fotografía 6. Representación novena de aguinaldos. Vereda El Cerro. Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda. Navidad 2010



Fotografía 7. Helio tratando de que su hijo sonriera a la cámara. Fotografía: María Elena Villamil Peñaranda. 2012



Fotografía 7. Jóvenes de la vereda El Cerro camino a Sardinata. Fotografía: María Elena Villamil. 2011